

José Luis Corral

El amor
y la muerte



La tragedia de Eloísa y Abelardo



Lectulandia

En 1142, a los sesenta y tres años, moría el filósofo Pedro Abelardo, el «León de París»; veintiún años más tarde lo hacía Eloísa, su amante y esposa. Fueron enterrados juntos en un monasterio de Champaña; desde 1817 sus cuerpos continúan unidos en la misma tumba de un cementerio de París.

Eloísa y Abelardo protagonizaron la historia de amor más dramática y convulsa de todos los tiempos. Se amaron intensamente y como nunca se había conocido hasta entonces. La castración de Abelardo, instigada por un tío de Eloísa, acabó con su pasión carnal, mas no con su amor. Amantes y enamorados en una época en la que el amor constituía una categoría ajena a la voluntad de los seres humanos, su relación pasional ha trascendido a su propia tragedia personal.

José Luis Corral, considerado el maestro de la novela histórica española, recrea la tragedia humana de estos dos extraordinarios personajes, que ofrecieron al mundo una nueva forma de amar, en una novela inmersa en la historia, la cultura y la filosofía de la plena Edad Media, una época esplendorosa en la que tienen su origen las primeras universidades europeas y en la que, por una vez, el amor triunfó en una Europa que estaba saliendo de las tinieblas de la Alta Edad Media para entrar en el período brillante y luminoso del gótico.

Lectulandia

José Luis Corral

El amor y la muerte

La tragedia de Eloísa y Abelardo

ePub r1.0

armaurumque 30.01.2018

Título original: *El amor y la muerte*

José Luis Corral, 2010

Ilustración de la cubierta: Walter von der Vogelweide, *The Joy of Love*

Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Editor digital: armaurumque

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA PREVIA

Esta novela relata hechos reales acontecidos en el siglo XII.

A excepción del anónimo narrador, todos los personajes que aparecen aquí son absolutamente históricos, así como los lugares y las ciudades donde se desarrollan los acontecimientos.

Los desdichados amores de Eloísa y Abelardo constituyen la historia de amor más trágica de toda la Edad Media y uno de los más dolorosos dramas personales de la historia de la humanidad.

INTROITO

Yo fui discípulo de Abelardo.

Mi nombre no importa; no dejaría de ser uno más entre los numerosos cronistas que en este tiempo de bonanza narran las venturosas hazañas de los ancestros o los hechos gloriosos de nuestros contemporáneos, en esta época prodigiosa en la que todo florece como en la más fecunda de las primaveras.

Escribo este sentido relato a finales del año del Señor de 1164, algunos meses después de que el obispo Mauricio de Sully haya colocado la primera piedra de la que en unos pocos años se erigirá como la catedral más asombrosa de toda la cristiandad. Lo hago a orillas del Sena, en París, la ciudad que brilla en todo el orbe por la eminencia de sus escuelas de filosofía, por la abundancia de sus copiosos mercados y por el progreso de sus nuevos barrios. Algunos ya la consideran como la Nueva Atenas, y en verdad que así lo parece, pues los numerosos templos, los opulentos palacios y las notabilísimas puertas podrían rivalizar en igualdad con las maravillas arquitectónicas de la capital de los antiguos griegos, de las que, quienes las han visto, aseguran que, pese a su estado de deterioro y abandono por el paso de los siglos y la desidia de los hombres, todavía revelan un dorado pasado de grandeza y de gloria en sus vetustas ruinas.

Es éste un tiempo luminoso. Las ciudades crecen año a año, los campos rebosan de frutos gracias a las excelentes cosechas y las mercancías abundan de tal modo que en los abastecidos mercados de París se pueden encontrar a buen precio variados productos de todo el mundo conocido. Las escuelas están colmadas de ávidos escolares y fecundos maestros, y hasta aquí acuden alumnos de toda la cristiandad para escuchar las lecciones de los más relevantes profesores. Entre todos ellos, Abelardo fue el más eminente.

Hace ya veintidós años que el Maestro, así lo seguimos llamando quienes guardamos su memoria en nuestro recuerdo, no está entre nosotros. Su muerte dejó un angustioso vacío que nadie ha podido llenar. Entre quienes lo conocimos, todavía resuena el susurrante eco de sus sabias palabras, de su verbo encendido y de su dialéctica insuperable; sus enseñanzas eternas han quedado escritas en sus obras, tan perseguidas durante su vida como veneradas y estudiadas ahora.

Abelardo fue, para cuantos lo frecuentamos y admiramos, como un dios de sabiduría. Su porte magnífico, su pasión en la defensa de sus ideas, su discurso embriagador, sus argumentos contundentes y razonados, su elocuencia insuperable y su inimitable capacidad para convertir la retórica en un arte sublime nos sedujeron de tal modo a todos los que fuimos sus alumnos que, muchos de ellos, ya profesores en

Melun, Bourges o París, seguimos fascinados por su recuerdo, convencidos de que con él se fue el espíritu más brillante y la mente más preclara de este siglo, el hombre más clarividente desde los tiempos antiguos.

En cierto modo, yo me he convertido en su albacea. Cuando presintió que su vida estaba amenazada, requirió de mi presencia; y acudí presto a su llamada. Cualquier conversación con el Maestro constituía para mí una maravillosa catarata de vida. Frisaba los cincuenta y tres años de edad y parecía cansado y triste debido a las penalidades y tormentos que había soportado, pero mantenía un aspecto distinguido y su mente era tan lúcida como cuando, en la plenitud de su vida, asombraba al mundo en cada una de sus estupendas clases.

Nos reunimos en el apartado monasterio de San Gildas, en la costa sur de la rocosa Bretaña, del cual él era abad. Yo había acudido a su llamada porque también necesitaba de su ayuda y consejo, pues me habían encargado la redacción de unos estatutos en los que se asentaría la fundación de un Estudio General de Artes en París. Me recibió en aquel desastrado cenobio vestido con su hábito monacal, sencillo y austero, aunque en su figura formidable parecía un atuendo digno de un emperador. Me cogió las manos y me miró a los ojos. Me dijo que yo había sido el mejor de sus alumnos, lo que me estremeció el corazón y me llenó de orgullo el alma, y fue entonces cuando me confesó que iba a escribir la memoria de sus desdichas.

—La llamaré *Historia de las calamidades* —me reveló—, y en ella relataré los caprichosos avatares de mi trágica vida. Con ello, quiero dejar constancia de que son los ejemplos, más que las palabras, el verdadero desencadenante de las pasiones humanas.

Intenté consolarlo aduciendo que mi existencia tampoco había transcurrido precisamente por un camino alfombrado de rosas. Él apoyó su mano, todavía poderosa y firme, en mi hombro y me miró fijamente a los ojos. Fue entonces cuando pude contemplar en los suyos la amargura de un ser ya desafecto a la vida y a las cosas de este mundo, orillado y rendido, vencido en aquel penoso exilio por hombres mucho peores que él, mediocres irrelevantes que no hubieran sido dignos de atarle los cordones de las sandalias si en este lado del universo imperara la justicia y reinara la razón.

Me comunicó que había decidido que yo sería el destinatario y el guardián de aquella historia y que en ella contaría todas sus desgracias. No lloró, nunca lo hizo, pero sus ojos estaban acuosos y sombríos.

—Maestro —me atreví a preguntarle—, ¿necesitáis alguna cosa que yo pueda proporcionaros?

No me contestó a esa pregunta. Se limitó a cogerme las manos de nuevo y a comentar que la primavera estaba siendo cálida y deliciosa; habló del delicado perfume de los narcisos y del aroma exquisito de las camelias, de la suave brisa marina y del rumor de las olas en la orilla del océano, de la dulzura del agua del pozo y de la placidez de las noches de luna, y acabó asegurando que algún tiempo después

yo recibiría el manuscrito con su autobiografía.

En aquella ocasión no comentó nada sobre Eloísa, su amante, su esposa, la causa de toda su felicidad pero también de toda su desdicha; su taciturna mirada delataba el amargo tormento del hombre abatido que había renunciado al amor y que sabía que nunca podría recuperarlo.

Se despidió de mí con un sencillo «Dios te guarde y te guíe»; me abrazó, me besó en las mejillas, dio media vuelta, colocó ambas manos enlazadas a su espalda y se marchó caminando despacio hasta que desapareció tras la esquina del claustro.

Tal cual me había anunciado en aquel monasterio, algún tiempo después recibí en mi casa de París un pequeño códice de hojas de pergamino; se trataba de un libro encuadernado con unas sencillas tapas de piel bermeja, con las hojas cosidas al margen con hilo de cáñamo. En *la primera página se leía el título de la obra: Historia calamitatum. Petri Abelardi ad amicum suum consolatio epistula; es decir, Historia de mis calamidades. Carta de consuelo de Pedro Abelardo para un amigo suyo. Ese amigo anónimo era yo.*

El que mi maestro me calificara de manera tan entrañable me satisfizo, mas mi efímera alegría devino enseguida en amarga tristeza y aun en dolorosa pena cuando acabé de leer el manuscrito. Durante casi treinta años lo he guardado con celo en el cajón de mi escritorio, y durante todo ese tiempo he estado tentado de mostrarlo en alguna de mis clases en la escuela de la catedral de Nuestra Señora de París y de leerlo a mis alumnos. Pero nunca he llegado a hacerlo, ni creo que lo haga jamás.

No obstante, he decidido dictar estas memorias en este mismo año porque hace unos meses ha muerto Eloísa, la esposa de Abelardo, la única mujer que él amó, y me he sentido en la obligación de dejar constancia escrita de cuanto presencié como testigo, porque sé que también lo harán sus detractores para con ello tergiversar su vida y su obra.

Los amores de Eloísa y Abelardo acabaron de manera trágica y su historia conmocionó al mundo. Hoy, ese mismo mundo asiste atónito al amor encendido de dos figuras no menos formidables, unidas por una pasión que ha escandalizado a la cristiandad y ha alterado el decurso de la historia.

Me refiero a Enrique II Plantagenet, rey de Inglaterra y duque de Normandía, el hombre más poderoso de esta centuria, y a Leonor, reina de Inglaterra, duquesa de Normandía y duquesa de Aquitania, la mujer más hermosa y excelsa del siglo. Ambos forman una pareja extraordinaria, poderosa, magnífica, rutilante... Su formidable corte constituye la imagen real de aquella otra legendaria que el rey Arturo de Bretaña y su esposa Ginebra labraron en el brillante reino de Camelot y en la isla mágica de Ávalon, lugares fabulosos que ahora cantan en célebres poemas los más afamados trovadores y relatan en narraciones prodigiosas los más finos cronistas.

En cierto modo, si no hubiera existido el amor de Abelardo y Eloísa, el de Enrique y Leonor no hubiera sido igual, porque nunca se conoció ese tipo de amor hasta que ellos lo crearon. Es verdad que los anales antiguos relatan la pasión

amorosa de Alejandro y Rosana, de Marco Antonio y Cleopatra o de Guillermo y Matilde, pero aquéllos eran amores anclados en la épica magia de la epopeya y éstos fueron tan reales como los protagonistas que los encarnaron.

Eloísa y Abelardo idearon una nueva forma de amar, un amor a la vez carnal y espiritual, apasionado y sereno, soñado y vivido, y ambos lo llevaron consigo hasta la muerte, y más allá de ella, porque el suyo era un amor eterno, profundo y total, como jamás nadie hasta entonces había siquiera imaginado.

Por eso he querido narrar la historia de ese amor, tal cual yo la he sufrido, tal cual mis contemporáneos la han conocido, tal cual Eloísa y Abelardo la vivieron.

Porque una historia como ésta no puede caer en el olvido.

PARTE PRIMERA

EL APRENDIZAJE

CAPÍTULO I

Transcurrían tiempos dichosos de valerosos caballeros y delicadas damas, de exquisitos poemas y fabulosas espadas, de prodigiosas conquistas e inmensos horizontes. La cristiandad bullía de emociones y esperanzas tras haber superado una época oscura y brumosa.

El duque Guillermo de Normandía, el hijo de Roberto el Magnífico, quien había muerto de regreso de una peregrinación a Tierra Santa, había conquistado Inglaterra en el año del cometa, cuyo avistamiento en el firmamento nocturno fue considerado como una clarividente señal del cielo para ganar ese reino.

Guillermo, conocido como el Bastardo, zarpó al frente de su escuadra del estuario del Vire en el mes de septiembre del año de Nuestro Señor de 1066. El cometa brillaba en las noches oscuras más que cualquiera de las estrellas fijas y trazaba en el cielo el camino hacia Inglaterra. La nave ducal, de nombre *Mora*, encabezaba la flota normanda, con la proa coronada por un leopardo, el emblema de los duques de Normandía, y su tajamar rompiendo las olas del océano. Tras derrotar al usurpador Haroldo en la batalla de Hastings, Guillermo se coronó como nuevo monarca inglés. Duque de Normandía y rey de Inglaterra a un tiempo, el Bastardo se había convertido en el monarca más poderoso de su tiempo y todos pasaron a denominarlo el Conquistador.

En Francia, un pequeño reino entonces, poco más que un par de condados entre París y Orleáns, reinaba Felipe I, descendiente directo de Hugo Capeto, el soberano que restableció con su linaje el trono fundado por Meroveo y magnificado por Carlomagno. El rey de Francia era señor natural de los duques y condes de Normandía, de Aquitania, de Borgoña, de Champaña y de Flandes, pero cada uno de sus vasallos era por sí mismo más rico y poderoso que el monarca francés, que mantenía una especie de ficción de dominio consentido por todos esos nobles, para los que el rey Capeto no dejaba de ser uno más entre iguales.

Abelardo nació en la aldea de Le Pallet, cercana a la ciudad de Nantes, donde el gran río Loira desemboca en el mar de los gascones; corría el año del Señor de 1079. Esta aldea fortificada, llamada *Palatium* en latín, defiende la frontera sur de Bretaña. La guardaba Berenguer, el padre de Abelardo, un hombre rico y culto, caballero y vasallo de Iboel IV, duque de Bretaña, al cual prestaba servicio militar y servidumbre.

Fue bautizado con el nombre de Pedro en la parroquia de su aldea natal; como primogénito de un soldado, estaba destinado a suceder a su padre en el oficio de las armas y a convertirse algún día en el señor de Le Pallet y en noble caballero al servicio de los duques de Bretaña.

Pero con apenas siete años, Pedro se aficionó al estudio de las primeras letras y, al contrario que a la inmensa mayoría de los muchachitos de su condición, pronto le

atrajeron más los libros que las espadas. Su padre fue consciente de ello y no dudó en proporcionar al joven muchacho los mejores maestros que pudo encontrar en aquella región. Pese a su oficio de soldado, Berenguer era un hombre ilustrado que sabía leer y escribir e incluso era capaz de llevar personalmente las cuentas de su feudo. Por ello, no sólo no impidió el gusto de su primogénito por la lectura sino que lo animó a que mejorara su formación. Berenguer tuvo varios hijos más; por tanto, la herencia familiar y la continuidad del linaje, verdadera obsesión de los aristócratas de estos tiempos, quedaban aseguradas, de modo que no objetó el menor impedimento cuando, a los doce años de edad, Pedro le confesó que, pese a haber recibido instrucción en el manejo de las armas y en la doma de los caballos, como es preceptivo para cualquiera que se encuentre en disposición de heredar un feudo militar, pretendía renunciar a sus derechos como primogénito en pro de sus hermanos menores y dedicarse al estudio de la lógica y la dialéctica.

Y no es que su espíritu fuera calmado y pasivo, todo lo contrario, pues era apasionado y combativo, mas prefirió volcar toda su energía en la filosofía antes que en la milicia; le atraían más las palabras que la guerra.

Leía con avidez cuantos libros caían en sus manos, que no eran muchos, pero tuvo acceso a un par de obras de Cicerón y de san Agustín, que su padre adquirió en uno de sus frecuentes desplazamientos a Nantes para participar en las cortes del duque de Bretaña, y en la lectura de esas obras se despertó en él la vocación por la filosofía, y se obsesionó en conocer la esencia de las cosas para poder entender el mundo que lo rodeaba.

Fue entonces, siendo todavía un muchacho, cuando decidió añadir a su nombre de bautismo de Pedro el de Abelardo, derivado del vocablo *habelardus*, que significa «abeja», en homenaje al historiador griego Jenofonte, llamado precisamente la «Abeja ática» por la meliflua suavidad de su elocuencia, según cuenta Cicerón en una de sus obras, que el joven Pedro leyó con fruición.

El noble Berenguer, sabedor del entusiasmo y la valía intelectual de su hijo, y como era suficientemente rico para hacerlo, cuando se dio cuenta de que en su aldea natal el joven Pedro Abelardo no disponía ya de más posibilidades de progreso en su afán por alcanzar el conocimiento, lo envió a estudiar Artes, con dieciséis años, a la villa de Loches, a unas pocas millas al sur de la ciudad de Tours, donde se había erigido una notable escuela regida por el prestigioso pero controvertido maestro Juan Roscelino de Compiègne.

Cuando Abelardo llegó a esa escuela, Roscelino había alcanzado una considerable celebridad, aumentada además por la notoriedad de una acusación por la que lo habían condenado debido a su desviada doctrina sobre el concepto de la Trinidad.

Durante dos años, Pedro Abelardo el Palatino, conocido así por el nombre latino de su aldea natal, *Palatium*, estudió con Roscelino, quien le enseñó los fundamentos del nominalismo y le descubrió el problema de los «universales», por el cual se interesaría Abelardo buena parte de su vida.

Las teorías nominalistas de Roscelino se basaban en la tesis de que en la realidad sólo existen los individuos. Hasta aquí no había otro problema que el del debate teórico, pero cuando esa teoría se aplicaba a la Santísima Trinidad, el gran credo de la Iglesia y su más complejo dogma de fe, resultaba como conclusión que las Tres Personas Divinas quedaban convertidas en tres individuos diferentes, es decir, en tres dioses, pues según el nominalismo no existe una única esencia, ni siquiera divina, en la que puedan subsistir tres personas diferenciadas.

Los planteamientos lógicos de Roscelino socavaban los cimientos doctrinales de la fe cristiana con respecto al dogma de la Trinidad. Anselmo de Bec, firme defensor del realismo, combatió al nominalismo, al que consideraba como antagónico a las creencias de la Iglesia, y defendió la realidad de los nombres abstractos, es decir, la realidad de los «universales». La teoría nominalista y la idea de la Trinidad de Roscelino de Compiègne fueron condenadas en sendos concilios celebrados en Tours y en Soissons, y se tachó a este movimiento de falso e incompatible con el dogma católico de la Trinidad, aquel que la Iglesia fijara en el concilio de Nicea, hace ocho siglos y medio, y en el que se asentó que la Trinidad está compuesta por tres personas distintas, unidas inseparablemente en un único Dios; es decir, que Dios es a la vez uno y trino.

Durante aquellos dos años, Roscelino educó a Abelardo, quien conforme iba creciendo en conocimientos se separaba más y más de los postulados que defendía su maestro. Guardo copia de una carta que Roscelino envió al Palatino cuando éste, a la edad de dieciocho años y tras dos de permanencia en la escuela de Loches, se marchó de allí por discrepar abiertamente con los planteamientos del filósofo nominalista. Roscelino, en tono de amargura y de reproche del profesor que se siente despedido ante el rechazo del alumno díscolo, le recrimina a Abelardo que no haya salido en su ayuda y que lo haya dejado abandonado ante los ataques de tantos enemigos. El viejo maestro, atacado con dureza por el reputado teólogo Anselmo de Laón, tuvo al fin que desterrarse a Inglaterra, donde vivió algunos años. Tiempo después, cuando la polémica que había generado se calmó, regresó para pasar los últimos años de su vida recluido en la abadía de Tours. Dios se haya apiadado de él.

Abelardo tenía dieciocho años; ya era un brillante alumno, aunque difícilmente hubiera podido derrotar en un debate dialéctico a los maestros que condenaron a Roscelino. Pero es que, además, estaba convencido de que los argumentos de su profesor estaban equivocados, no podía admitirlos ni defenderlos y no los compartía. Por ello, lo acusó de tritista, es decir, de alterar la esencia unitaria de la Trinidad para convertirla en un panteón de tres dioses, y lo hizo ante los alumnos del propio Roscelino y durante la última de sus clases en la escuela de Loches.

Dolido por los reproches públicos del maestro, el discípulo disidente se levantó de su pupitre en el transcurso de aquella postrera clase y desmontó uno a uno todos los argumentos nominalistas sobre la Trinidad que había presentado Roscelino. En el discurso de Abelardo, tal vez la primera ocasión en que impartió una improvisada

lección en público, destapó las contradicciones de Roscelino, al que, pese a sus discrepancias, no dudó en calificar de maestro y al que agradeció que le hubiera enseñado tantas cosas en los dos años que residió en Loches, y también declaró que había quedado marcado por su sabiduría; pero ante tan profundas disensiones, decidió que lo mejor era marcharse de allí y buscar nuevos horizontes al lado de otros docentes.

Aquel primer discurso público de Abelardo debió de impactar a cuantos fueron testigos de él, pues muchos años después me encontré con algunos discípulos allí presentes que aseguraron haberlo escuchado en Loches y que me ratificaron que esa lección improvisada constituyó una pieza retórica extraordinaria, más aún procedente de un joven estudiante de dieciocho años.

Para entonces, la cristiandad crecía en riqueza pero vivía años convulsos a causa de las enconadas relaciones entre sus soberanos. Luis VI de Francia, hombre pusilánime y calmado, pretendía ampliar los menguados dominios de su débil monarquía a costa de los territorios de sus poderosos vecinos y, como quiera que Francia no poseía la fuerza militar necesaria para hacerlo, este rey buscaba alianzas y pactos que contribuyeran a mejorar su posición frente a la poderosa nobleza.

Guillermo el Conquistador había muerto en 1087 al caer del caballo en la guerra que libró contra su hijo mayor, quien careció de la paciencia necesaria para heredar el ducado según dicta el tiempo de la naturaleza, y quiso poseerlo antes de la muerte de su padre. Siguiendo la costumbre de los señores normandos, los dominios del Conquistador se dividieron entre sus dos hijos; al primogénito, Roberto Courteheuse, le transmitió, pese a sus disputas, el ducado de Normandía, las tierras patrimoniales de la familia que Guillermo de Normandía heredara de su padre, pero el reino de Inglaterra, su conquista personal al otro lado del canal de la Mancha, lo cedió a su segundogénito, Guillermo II el Pelirrojo, desencadenando así un enfrentamiento bélico entre los dos hermanos que ensangrentó Normandía por un tiempo considerable.

Ajeno a cuanto ocurría en la política y en los campos de batalla, Abelardo optó por otro tipo de combate, menos cruento pero no menos apasionado. Tras marcharse de Loches, decidió continuar aprendiendo, y para ello nada mejor que viajar por diversas ciudades y visitar las escuelas de los grandes maestros que desde las aulas atesoraban fama y prestigio como si se tratara de héroes formidables. Su afán de saber y su anhelo por conocer resultaban ilimitados.

CAPÍTULO II

París es hoy el centro de la erudición del mundo cristiano. Cualquiera que desee profundizar en sabiduría y en el conocimiento de la ciencia tiene que estudiar en sus escuelas. Pero hace ahora sesenta y seis años, cuando la undécima centuria agonizaba, esta ciudad era mucho más pequeña, aunque ya gozaba de un considerable prestigio a causa de la fama de sus escuelas. Atraído por la reputación de algunos de sus profesores, Abelardo se trasladó hasta aquí para continuar su formación. Su padre le remitió una buena cantidad de dinero para que prosiguiera sus estudios en las mejores escuelas de filosofía de su tiempo, que ya radicaban a orillas del Sena.

Abelardo se instaló en París, la Nueva Atenas de los filósofos de los tiempos contemporáneos, y de inmediato se matriculó en la escuela de la catedral de Santa María, la más afamada y solicitada de cuantas funcionaban en mi ciudad. El profesor más requerido, aquel cuyas lecciones todos los estudiantes aplicados anhelaban recibir, se llamaba Guillermo de Champeaux, quien, además, era archidiácono. Debía su renombre a su excelente capacidad para la retórica y la dialéctica y a que había fundado en París la escuela de San Víctor, que de inmediato fue considerada como una de las más prestigiosas de Francia.

Su fama trascendía las fronteras del reino y las aulas donde explicaba sus lecciones siempre estaban repletas de estudiantes llegados de Bretaña, Normandía, Picardía, Flandes y aun de Alemania y de Italia, que viajaban hasta París para escuchar las precisas lecciones de Guillermo, quien era conocido como «Columna de los doctores» por su solidez intelectual, la firmeza de sus conocimientos y su eficacia y precisión conceptual.

Guillermo de Champeaux era un pragmático ortodoxo que en sus concurridas clases de filosofía seguía punto por punto los planteamientos del realismo que enunciara Anselmo de Bec. Solía impartir sus enseñanzas en el claustro de la antigua catedral, ahora recién demolida para construir una nueva según el rutilante arte de la luz. Se situaba en el ángulo sur del claustro y se dirigía con estudiada solemnidad a sus alumnos, quienes se sentaban en dos de las naves claustrales, como hubiera hecho un verdadero patriarca bíblico; se acomodaba en una cátedra de madera y ante un atril en el que, a la luz de un velón, colocaba el libro de texto, impartía una lección cada jornada. Tras persignarse con agua bendita y rezar una oración, comenzaba su clase magistral haciendo leer a uno de sus ayudantes un amplio fragmento de la obra que se disponía a comentar. Acabada la lectura, que los discípulos debían seguir con toda atención, Guillermo de Champeaux se levantaba parsimonioso y pausado y dictaba sus comentarios, utilizando para ello su notabilísima capacidad para la retórica, sin rehusar la exposición de los asuntos más delicados y sagrados, que abordaba con claridad dentro de la más estricta ortodoxia doctrinal, según los cánones fijados por

los autores más relevantes.

Abelardo asistía a todas las clases de Guillermo y procuraba asimilar su perfecta manera de expresarse, la precisa modulación de sus palabras, su atrayente tono de voz, sus estudiados gestos y pausados movimientos, tan importantes en un buen orador, y sus adecuadas técnicas de razonamiento. Vivía para aprender y lo hacía muy deprisa.

A su llegada a París, el joven de Le Pallet se instaló en una posada del nuevo Barrio Latino, que se desarrollaba muy deprisa en la orilla izquierda del río Sena, sobre las ruinas de la ciudad de Lutecia, el nombre que los romanos dieron a esta ciudad, y al pie de la que llaman montaña, aunque en realidad se trata de una suave colina, de Santa Genoveva. En esa zona, las casas brotaban y crecían como hongos tras la lluvia de otoño, y cada semana se iniciaba la construcción de una nueva.

La ladera de la colina de Santa Genoveva, en donde sobresalían como huesos de gigantes emergiendo de las entrañas de la tierra algunas moles de hormigón de las grandes obras de los romanos, que se aprovechaban en cuanto era posible en las nuevas construcciones y ante la dificultad de derribarlas, estaba alfombrada de viñedos que ahora ya han desaparecido tragados por las nuevas calles y edificios que se han extendido hacia el sur, rebasando incluso la cumbre de la colina y desbordando los viejos muros de mampuesto. Si la ciudad sigue creciendo a este ritmo tan acelerado, pronto será necesario construir unas nuevas murallas, pues las actuales, desbordadas ampliamente por las casas de los nuevos pobladores, apenas cumplen la función de defensa para la que fueron levantadas, y, sobre todo, porque París no ofrece desde el exterior, pese a algunas puertas bien fabricadas, la imagen de ciudad que unas murallas bien construidas y perfiladas confieren a cualquier aglomeración urbana que se precie de serlo.

Con el que le enviaba su padre desde Bretaña disponía de suficiente dinero para pagar su estancia y sus gastos de enseñanza en esta ciudad, lo que le permitió dedicarse en exclusiva al estudio, y eso que París ofrece a un joven de su edad y de su apostura múltiples razones para relajar la rígida disciplina que requiere todo estudiante que pretenda progresar en su trabajo, e incita a la atrayente tentación de abandonarse a una vida regalada, cómoda y fácil.

Desde luego, no resultaba sencillo para un joven tan atractivo y apuesto como él renunciar a los placenteros deleites y a las abundantes fiestas que la numerosa colonia de estudiantes de todas las naciones celebraba, con la proliferación de burdeles y tabernas donde los escolares menos aplicados pasaban días y noches sumidos en una permanente juerga.

Cualquier festividad laica o religiosa, cualquier aniversario de cualquier país, cualquier evento gozoso de cualquier nación, por muy alejada que estuviera de París, eran excusas suficientes para que los estudiantes organizaran un sonoro jolgorio.

El ánimo apasionado y bullicioso de la juventud, el carácter alegre y extrovertido de los estudiantes y la agenda despreocupada de los inquietos escolares constituyen

una mezcla suficientemente atractiva como para arrastrar a cualquier joven a la renuncia al esfuerzo que supone el estudio para abocarse al ocio y al regocijo. Pero no fue éste el caso de Abelardo, quien, dueño de una mente abierta, una férrea voluntad de aprender y un espíritu ávido de saberes, ocupaba todo su tiempo en asimilar las nociones que se explicaban en las clases, leer cuantos libros quedaban a su alcance y estudiar las disciplinas que lo apasionaban.

Apenas llevaba un año en París y tanto sus profesores como sus compañeros ya lo consideraban como el más brillante de los alumnos de todas las escuelas. Su carácter polémico y combativo lo impulsaba a debatir con sus maestros acerca de todos los temas de estudio, pero, sobre todo, le entusiasmaba discutir de filosofía, utilizando la lógica como arma intelectual.

Fue al término de aquel primer curso de estancia de Abelardo en París cuando los caballeros cristianos, que cuatro años antes habían escuchado al papa Urbano II predicar en las campas de Clermont la conveniencia de liberar a los Santos Lugares del dominio de los hijos de Mahoma, entraron triunfantes en la ciudad santa de Jerusalén, encabezados por el noble Godofredo de Bouillon, convertido así en campeón de la cristiandad victoriosa. Lo hicieron, según he leído en las crónicas que relatan aquella gesta, en medio de un baño de sangre, pues, tal como se cuenta, fue tan grande la matanza que allí se perpetró que la sangre de los mahometanos muertos corría por las calles como el agua tras una tormenta, y se dice que en algunas zonas de la ciudad cubrió hasta la altura del tobillo de los soldados cristianos que realizaron el asalto y ejecutaron la masacre.

Aquéllos eran tiempos de exaltación de la cruz, y la Iglesia supo canalizar el impulso y el ardor de los jóvenes nobles, sobre todo de los segundones que no tenían esperanza alguna de heredar el feudo familiar, dirigiéndolos hacia Oriente con la promesa de que no sólo ganarían la vida eterna y alcanzarían de inmediato el Paraíso si caían muertos en la lucha por la defensa de la cruz, sino que también tendrían la elevada posibilidad de ganar tierras, fama y fortuna con la victoria.

Fueron muchos los ardientes caballeros de todos los linajes que respondieron, como aún lo siguen haciendo, al reto que lanzó el sumo pontífice, entre ellos el duque Guillermo IX de Aquitania, el abuelo de la gran Leonor, que acudió a Jerusalén con la intención de lavar sus muchos pecados, aunque regresó fracasado y contrito, agradeciendo a Dios el haber salvado la vida tras librarse de una emboscada en Anatolia en la que estuvo a punto de perder la cabeza.

Durante cuatro años, los más álgidos de aquella primera cruzada, el Palatino vivió en París, donde completó la formación básica que había recibido en su aldea de Le Pallet y en la escuela de Loches. Estudió intensamente retórica, gramática y dialéctica, las tres disciplinas que componen el trívium, no en vano se conoce como «la ciencia de las voces», el primero de los dos grados de la enseñanza superior que se imparte en las escuelas, que es preparatorio y cuya superación resulta imprescindible para pasar al segundo y último grado, el quadrivium.

En esa primera época destacó sobremanera de entre el resto de los discípulos por su precocidad extraordinaria, la finura y sutileza de sus discursos y la brillantez de su elocuencia. Antes de superar los exámenes del trívium ya se reveló como un verdadero erudito en filosofía y retórica, y era capaz de mantener un elevado debate en condición de igualdad con cualquiera de los maestros más prestigiosos. Su habilidad para la lógica era tal que muchos profesores se mostraban inseguros ante su sola presencia, y cuando asistía a una clase como alumno solía despertar más atención que el profesor que la impartía.

Fue durante los años de esa primera estancia de Abelardo en París cuando nació Eloísa, que más tarde se convertiría en su esposa.

A sus prodigiosas dotes intelectuales, Abelardo sumaba una prestancia distinguida y elegante, digna de un verdadero aristócrata. Sus compañeros en las aulas lo veneraban, a pesar de que no frecuentaba las tabernas ni los prostíbulos y a que se limitaba a pasear en solitario por las calles de París o por las orillas del Sena, ajeno a la vida atribulada y convulsa de la mayoría de los escolares. Se decía de él que siempre estaba estudiando, que apenas dormía, que ni siquiera comía más allá de lo imprescindible para sobrevivir y que era capaz de recitar de memoria poemas de Horacio, de Virgilio o de Cátulo y repetir al pie de la letra discursos completos de Cicerón, para comentarlos en un perfecto latín que muy pocos eran capaces de apreciar.

Desde luego, a sus veintidós años se había convertido en un notabilísimo escolástico y se había impuesto en los debates filosóficos que había mantenido con todos sus maestros, especialmente con Guillermo de Champeaux, su profesor de dialéctica en la escuela de la catedral, quien era reputado como el más grande de los maestros de filosofía de esa época.

Durante todo un curso, el sobresaliente discípulo desmontó mediante el uso argumental de la lógica y el manejo habilísimo de la técnica dialéctica de las contradicciones, todas y cada una de las teorías que Guillermo explicaba en sus lecciones. La abrumadora superioridad intelectual de Abelardo fue tan clamorosa que Guillermo se vio obligado a aceptar públicamente su inferioridad ante un claustro rebotante de estudiantes y maestros, que cada día llenaban las clases en las que se suponía que iba a intervenir tan extraordinario alumno.

Cuando lo estimaba oportuno, levantaba la mano, interrumpía al profesor y se alzaba en pie en medio de una de las dos naves del claustro, desde donde impartía sus improvisados y brillantes discursos. En ese momento, esperado por todos cuantos allí se reunían, se imponía un silencio absoluto.

«*Sic et non*», solía decir cuando tomaba la palabra para rebatir los postulados del profesor. Acabada su intervención, una salva de aplausos y vítores estallaba entre sus compañeros, que lo alababan como el más excelso de los filósofos, y ello pese a que no había completado su formación.

La fama lo acompañaba adonde quiera que fuera. Cada vez que salía de casa para

dirigirse a sus clases en la escuela, era esperado por varias decenas de alumnos que se arremolinaban a su alrededor y lo seguían a modo de escolta, orgullosos de caminar al lado del escolar más excelente que jamás había estudiado en París. Cuando esa pintoresca comitiva llegaba al lugar donde se impartían las clases, fuera el claustro de la catedral, la catedral misma o la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, todos se abrían a un lado para dejar pasar a Abelardo, que entraba en el recinto parsimoniosamente, en apariencia del todo ajeno a lo que sucedía en su entorno; y entonces se dirigía hacia la cátedra del profesor y se colocaba a una docena de pasos de distancia, ocupando un lugar a cuyo alrededor se desencadenaban no pocas riñas y empujones, pues eran muchos los que pretendían acomodarse lo más cerca posible de su admirado compañero.

Aprobó el trívium con las máximas calificaciones. Cuando el lector relató los nombres de los alumnos que habían superado las pruebas según el orden de puntuación y el nombre de Abelardo fue citado en primer lugar, los estudiantes, agolpados bajo el púlpito, prorrumpieron en una atronadora ovación y apenas le dejaron continuar con la relación de aprobados; fueron muchos los que reclamaron allí mismo a voz en grito que las autoridades eclesiásticas de París lo nombraran de inmediato como profesor en alguna de sus escuelas.

Ahora, reunidas todas al fin en el Estudio General de Artes, hay muchas más, pero entonces sólo estaban abiertas la escuela de Santa María, en la catedral, la de Saint-Germain-des-Prés, en las dependencias de ese mismo monasterio al sur de la ciudad, la de San Víctor, en la ladera de la colina de los antiguos viñedos, y las más modestas de San Germán de Auxerre y de San Martín de los Campos, estas dos últimas ubicadas en las iglesias de esas mismas parroquias, en los burgos de la orilla derecha del río, hacia el norte, por donde también se extiende la ciudad en dirección al santuario de la lejana montaña de Montmartre.

En París vivían entonces unas diez mil almas, pero la población crecía de manera constante, año a año, gracias a la escasa mortandad, a la afluencia de mercaderes y de artesanos que se establecían aquí al abrigo de las ventajas que las leyes de la comuna les proporcionaban y a la estancia de estudiantes de toda la cristiandad, muchos de los cuales acudían con la intención de asentarse definitivamente, alentados por la creciente prosperidad y la abundancia de oportunidades que se ofrecían.

Entre los que se quedaban a vivir en París no faltaban algunos hijos segundones de la alta nobleza del reino, que, gracias a las rentas que les remitían sus padres o sus hermanos mayores, vivían ociosos en la ciudad, dilapidando en fiestas, comidas, bebidas y prostitutas los caudales que les suministraban sus parientes; pues queda claro que no todos los hijos de los nobles estaban dispuestos a arriesgar su existencia en la lucha contra los infieles por el dominio de Tierra Santa.

La vida era tan disoluta para algunos que París no sólo era conocida como la Nueva Atenas, sino que, en ciertos círculos eclesiásticos, también se la llamaba la Segunda Babilonia, y no faltaban los predicadores exaltados que sostenían que se

había convertido en la ciudad del demonio y del vicio, quienes, aunque en vano, amenazaban desde sus púlpitos a los que cometían algún pecado, sobre todo si estaba relacionado con la lujuria y el sexo o la avaricia y la gula.

En ese bullicioso y confuso ambiente, Abelardo brillaba como la luz de una antorcha entre las tinieblas. Ambicioso, soberbio en todos los sentidos, anhelante de conocer y de aprender, seguro de sí mismo hasta el extremo, ávido de saber y de entender, convencido de que su mente y su capacidad intelectual eran muy superiores a las de cualquier otro hombre, estaba empeñado en conseguir las más altas cotas en la carrera académica.

Acabados sus estudios del trívium, se retiró por unas semanas a su casa de Le Pallet, donde su padre seguía regentando el señorío de esa aldea fronteriza en nombre del duque de Bretaña. Ante la renuncia de Abelardo al derecho de primogenitura, Dagoberto, el segundo de sus hermanos, era quien estaba siendo instruido para heredar algún día el puesto del padre, en tanto los más pequeños se iniciaban en el manejo de las armas, con la intención de ser nombrados, tras un período de formación militar, caballeros al servicio de algún noble señor que los mantuviera e incluso les proporcionara un feudo a cambio de la prestación de sus servicios de armas, o se postulaban para ingresar como novicios en alguno de los muchos monasterios de la región.

El noble Berenguer abrazó a su primogénito y lo acogió con alegría. Hacía ya más de seis años que Abelardo se había marchado de Le Pallet, renunciando a su herencia, y ahora regresaba sabio y prestigioso, pese a su juventud.

—Deseo fundar mi propia escuela —le confesó a su padre.

Berenguer lo miró sorprendido y le ofreció una copa del mejor vino de Aquitania, uno de esos caldos aromáticos y sabrosos, exprimidos de las uvas azucaradas y maduradas por el cálido sol del Mediodía, capaces de resucitar a un muerto.

—¿Crees que estás preparado para enseñar? —le preguntó.

—Lo estoy, padre, lo estoy. Es cierto que podría estudiar más, y así lo haré, pues todavía tengo que superar el quadrivium, pero deseo abrir cuanto antes mi propia escuela.

—En París existe mucha competencia; allí dan sus clases los más notables maestros...

—No, en París no..., por el momento. Quiero abrir mi primera escuela en Melun.

—¿Melun?

—Es una villa floreciente a dos días de camino de París, aguas arriba del Sena, y también está construida sobre una isla en medio del río; diríase que son casi gemelas. Allí tienen palacio los reyes de Francia y cada año pasan en ella algunas semanas rodeados de sus cortesanos.

—Necesitarás dinero para fundar esa escuela.

—No, no. El padre de uno de mis compañeros en la escuela de Nuestra Señora me ha ofrecido todo cuanto precise. Posee un próspero negocio de pieles y de calzado y

quiere convertir Melun en una villa a la que acudan alumnos de toda Francia. Su hijo le ha hablado de mí, y me ha invitado a organizar esa escuela en su ciudad, que se sostendrá con el patrocinio de la cofradía de zapateros y peleteros.

—¿No esperará hacerse rico vendiéndoles sandalias y botas a los estudiantes?

—No, claro que no, pero si consigue ampliar su negocio gracias a su mecenazgo escolar, algo saldrá ganando. En estos tiempos son muchos los ricoshombres que financian escuelas con el único fin de dotar de prestigio y renombre a su ciudad.

CAPÍTULO III

Melun era una laboriosa villa en la que los negocios producían mucho dinero, que los potentados mercaderes gastaban con alegría en la construcción de palacios de piedra y en la adquisición de exóticas joyas y pieles. El gobierno de su comuna, dominado por los ricoshombres de la ciudad, había decidido que el florecimiento económico requería de la fundación de una escuela que le confiriera prestigio, como ocurría con Senlis o con Chartres. El joven Abelardo tenía veintidós años cuando decidió aceptar la propuesta de esa comuna y hacerse cargo de la nueva escuela. Nunca un profesor tan joven había recibido un encargo tan importante.

En Melun desarrolló una actividad propia de un titán. Se había propuesto que él solo sería capaz de competir con todos los maestros y con todas las escuelas de París, y enseguida consiguió que numerosos estudiantes se acercaran hasta Melun para recibir sus enseñanzas. Durante un año impartió sus clases en el claustro de la iglesia de Nuestra Señora, en la isla de San Esteban, con enorme éxito.

Al cabo de unos meses recibió una sustancial oferta de la comuna de Corbeil, unas veinte millas al sur de París y muy cercana a Melun, también a orillas del Sena, cuya escuela de Nuestra Señora era muy afamada, hasta el punto de rivalizar en algunas disciplinas con las parisinas.

El reto que se propuso en su nuevo destino en Corbeil fue gigantesco. Cada día impartía varias clases, leía compulsivamente a los autores romanos, gracias a que en la biblioteca de Corbeil se encontró con unos doscientos volúmenes de obras de Cicerón, Flavio Josefo, Lucano, Ovidio, Séneca y Virgilio, y empezó a redactar un libro en el que refutar las enseñanzas de los que habían sido sus maestros en Loches y en París.

Como quiera que su fama aumentaba día a día, se ganó el recelo de Guillermo de Champeaux, que utilizó su influencia ante el obispo de París para que le impidiera impartir clases, pero éste, alegando que quedaba fuera de su jurisdicción, se negó a hacerlo.

Abelardo quería demostrar que nadie alcanzaba su altura intelectual y, enterado de que Guillermo conspiraba contra él y de que su primer maestro, Roscelino, lo descalificaba en sus clases de Loches, decidió escribir una obra en la que los postulados de ambos quedaran definitivamente superados.

Durante varios meses, casi sin descanso, ni siquiera para dormir lo suficiente, dedicó todo el tiempo libre que le dejaban sus clases en Corbeil a redactar un tratado en el que destrozó tanto las tesis nominalistas de Roscelino como el realismo simplón de Guillermo de Champeaux; lo tituló *Fragmentum de generibus et speciebus*.

Las posiciones intelectuales de ambos maestros fueron demolidas por su antiguo discípulo, y ello dio origen a una encendida polémica en la que ni profesores ni

alumnos de las escuelas de Francia quedaron al margen. Aquella polémica fue tan famosa en su tiempo y despertó tanto ardor entre los profesores y estudiantes que todavía hoy, sesenta años después, se recuerda en las escuelas de París aquel formidable combate dialéctico.

Las bases de la discusión eran bien sabidas. Se centraban en lo que se conoció como «polémica de los universales». Se trataba de discernir mediante la lógica y la dialéctica si los conceptos generales, como «hombre» o «animal», que existen en la mente de los humanos, presentan una realidad tangible fuera del pensamiento o, por el contrario, no constituyen sino simples vocablos referidos a ideas.

Los filósofos realistas, como Anselmo de Bec, el maestro nacido en Aosta que llegó a ser obispo de Canterbury, o el propio Guillermo de Champeaux, su más fiel seguidor, sostenían, en la misma senda que abriera el gran Platón, que los conceptos universales contienen en sí mismos una realidad. Por el contrario, los filósofos nominalistas, entre los que el más lúcido era Roscelino de Compiègne, argumentaban que esos conceptos universales son meras palabras y que la única realidad está constituida por la de los seres concretos a los que se aplican en cada caso.

En sus clases en la escuela de San Víctor de París, Guillermo de Champeaux explicaba que una misma cosa se contiene esencial, íntegra y simultáneamente en cada uno de los individuos a los que se refiere y que la diversidad de éstos no radica en su esencia sino únicamente en la variedad de sus accidentes. Esta misma tesis, con matices, había sido defendida en la Antigüedad por Porfirio, un filósofo neoplatónico que vivió en el siglo III y que atacó al cristianismo en su obra *Isagoge*, una introducción a las *Categorías* de Aristóteles, donde planteó el siguiente dilema: el universo es múltiple, pues en él coexisten muchas cosas, pero ese mismo universo es a la vez uno solo. ¿Cómo resolver esta aparente contradicción? Tres siglos después, Boecio, en su *Consolación de la Filosofía*, insistió en el mismo problema, pero tampoco lo resolvió.

Anselmo de Bec, también llamado de Canterbury, hizo suyas las tesis de los dos filósofos antiguos y Guillermo de Champeaux las refrendó como ciertas. La Iglesia aceptó los postulados de ambos y condenó los de Roscelino, sobre todo en lo referente a la Trinidad.

Abelardo no estaba dispuesto a quedar al margen de esa polémica abierta entre sus dos maestros, y lanzó una demoledora crítica sobre Guillermo. Planteó que, si Guillermo estuviera en lo cierto y se diera el caso de que en los géneros subsistieran términos contrarios entre sí, una cosa sería a la vez ella misma y su contraria. Para explicarlo, puso un ejemplo contundente: si el género «animal» puede contener por igual el término «hombre», un ser racional, que «caballo», un ser irracional, en tal caso, lo racional y lo irracional serían lo mismo, lo cual, y según el razonamiento de la lógica, es imposible.

Fue entonces cuando criticó que la escolástica y su método, que lo copaba todo en la enseñanza, resultaban ineficaces ante la imposibilidad de que se produjera,

mediante sus prácticas, renovación alguna ni avances efectivos en la comprensión de las ciencias. Denunció que los profesores de las escuelas de filosofía se limitaban a repetir versiones muy limitadas y parciales de proposiciones de la *Lógica* de Aristóteles, sintetizada por Porfirio y Boecio, y a aplicar, sin más crítica ni reflexión, las reglas de las proposiciones y los silogismos y sus formas de tesis y de refutación.

Todo el debate filosófico desde Porfirio hasta entonces se había centrado en la idea de los «universales», que siguiendo al propio Porfirio se concretaba en el dilema sobre si los géneros tienen existencia separada de las cosas o únicamente lo tienen en los objetos que son captados por los sentidos.

Abelardo postuló que el lenguaje constituye un universo propio al margen del sujeto y de la realidad externa, y que los «universales» son categorías lógicas y lingüísticas a través de las cuales se relaciona el mundo de las ideas con el mundo real. Ese planteamiento era novedoso, y, en mi opinión, culminaba el pensamiento de Platón y de otros filósofos que intentaron resolver este problema desde la lógica.

La escolástica procuró explicarlo mediante la dialéctica y, en consecuencia, otorgó una gran importancia a la gramática. Así fue como la lógica se convirtió en la ciencia de las palabras y los hombres en los dueños de los conceptos, que no dejan de estar contenidos en esas mismas palabras.

Abelardo lo cambió todo. Estudió profundamente cuanto se había escrito, reflexionó sobre todo ello, buscó nuevas explicaciones por diferentes caminos, situó la filosofía, que hasta su intervención en este debate no se había convertido en otra cosa que en una esclava de la teología, en la primera línea del pensamiento y nos abrió a todos un mundo de ideas y de luces novedosas. Para la ciencia, constituyó un brillante y fulguroso amanecer tras una oscura noche sin luna.

Pese a su fortaleza, semejante actividad debilitó su salud; agotado ante tanto esfuerzo, se sintió enfermo, abandonó sus clases en Corbeil y se trasladó a su aldea natal para recuperarse.

Bretaña estaba en calma, pero el gran ducado de Normandía, fronterizo al norte, hervía en revueltas. Guillermo II, rey de Inglaterra, y Roberto Courteheuse, duque de Normandía, los dos hermanos, hijos mayores del Conquistador, habían acordado que si uno de los dos moría, el que quedara vivo heredaría los Estados del fallecido. Guillermo II el Pelirrojo falleció en el año 1100, durante una cacería, y su hermano mayor reclamó el trono de Inglaterra según lo pactado entre ambos.

En el momento de la muerte de Guillermo, el duque Roberto se encontraba participando en la cruzada en Tierra Santa; Enrique, el tercero de los hijos del Conquistador, aprovechó la ausencia de su hermano mayor para hacerse con la corona de Inglaterra. Enrique I, llamado Beauclerc, hombre culto e inteligente, era inglés, el único de los hijos varones del Conquistador nacido en esa nación; con el apoyo de los barones normandos y anglosajones, fue coronado rey en el mes de agosto. La guerra entre Normandía e Inglaterra parecía inminente en cuanto Roberto regresara de Jerusalén.

Mientras Inglaterra era gobernada con mano firme y justa por Enrique I, Normandía quedó sumida en el caos. Un personaje cruel y pendenciero llamado Roberto de Bellême, un noble normando que había sido expulsado de Inglaterra por sus excesos, asoló las tierras del ducado al frente de un pequeño ejército de mercenarios. De regreso de la cruzada, el duque Roberto no tuvo más remedio que pactar con este brutal individuo, con quien acordó la conquista de Inglaterra.

Sin embargo, Enrique I era demasiado listo y en apenas dos años se había ganado la confianza y el respeto de sus súbditos ingleses, que muy pronto lo denominaron «El león de justicia». Hombre de paz antes que de guerra, le ofreció a su hermano Roberto la compra del ducado de Normandía, para así reunificar, bajo un mismo soberano y de manera pacífica, todos los dominios del Conquistador. No hubo acuerdo entre los hermanos y, tras varios años de amenazas mutuas, Enrique I atacó Normandía en septiembre de 1106, derrotó a su hermano mayor en la batalla de Tinchebray y la conquistó. El duque Roberto perdió su ducado y la libertad, y pasó el resto de sus días prisionero de Enrique.

Una tragedia ensombreció la exitosa vida de Enrique de Inglaterra. Había reunido de nuevo los dominios de su padre, había pacificado Normandía y tenía un heredero apuesto y noble, el príncipe Guillermo, que estaba siendo cuidadosamente educado para que un día se convirtiera en rey de Inglaterra y quién sabe si en soberano del gran imperio que soñaba construir Enrique a ambos lados del canal de la Mancha. Aquél resultó un día aciago que todavía lloran los ingleses. El príncipe Guillermo regresaba a Inglaterra atravesando el Canal en un famoso navío real, llamado el *Barco Blanco*. Las aguas del mar estaban movidas y amenazaba con desencadenarse una tormenta. El príncipe, tal vez para demostrar su valor, ordenó al piloto que se hiciera a la mar pese a la tempestad que se avecinaba. Dos centenares de jóvenes, hijos de la más granada aristocracia inglesa y normanda, acompañaban al príncipe. El *Barco Blanco* naufragó y se hundió en el océano; sólo se salvó uno de los miembros de la tripulación; todos los demás, incluidos el príncipe y su séquito de jóvenes nobles, perecieron ahogados. El rey Enrique, que aguardaba a su hijo en Inglaterra tras pacificar Normandía, se sumió en una profunda depresión.

Ese año fue terrible, pues, además de las víctimas del naufragio, también murieron el conde Roberto de Flandes, al caer de su caballo cuando atravesaba el puente de la ciudad de Meaux, y el rey de Francia Felipe I, a quien sucedió su hijo Luis VI. El nuevo soberano francés seguía siendo el señor natural del duque de Normandía, pero con Enrique I, el duque era a la vez, como ya ocurriera con el Conquistador, rey de Inglaterra. Se producía así una paradoja, tan típica del régimen político basado en la relación entre señores y vasallos: resulta que el rey de Inglaterra, en su calidad de duque de Normandía, era vasallo del rey de Francia, a pesar de que los Estados de Enrique I eran mucho más extensos y más ricos y poderosos que la pequeña Francia.

Algunos de aquellos primeros años de este siglo Abelardo los pasó recuperándose

de sus enfermedades en su retiro de Le Pallet, donde los cuidados de su familia y el aire fresco y limpio de Bretaña le hicieron recobrar la salud perdida en Corbeil.

Entretanto estas convulsiones sacudían las tierras a ambos lados del Canal y mantenían ocupados a los nobles en querellas estériles, Abelardo seguía al margen de los avatares políticos de su tiempo, como lo estaría a lo largo de toda su vida. El Maestro jamás se interesó por los asuntos del gobierno de las naciones, aunque estaba perfectamente al tanto de lo que ocurría en su época. Su elevado espíritu se preocupaba de otros menesteres. Consideraba que inmiscuirse y descender a las cosas de este mundo era demasiado banal para una mente tan preclara como la suya. Las ambiciones políticas, la lucha por el poder secular o los deseos de fortuna y de gloria militar le parecían superfluos y vanos. El único campo de batalla donde pretendía lidiar combates era el de la filosofía, y sus armas se reducían a la lógica, a la dialéctica y al empleo de las palabras adecuadas en cada confrontación intelectual. No aspiraba a conquistar castillos ni ciudades, sino a derrotar a sus oponentes en los debates en las aulas y en las tesis de los libros. Su inconformismo no radicaba en un afán por lograr mayores riquezas, sino en atesorar triunfos dialécticos y victorias retóricas en las polémicas filosóficas.

Abelardo pasó más de dos años recuperándose en Le Pallet, al lado de sus padres, Berenguer y Lucía. Fue en ese tiempo cuando ambos le revelaron sus intenciones de entrar en un convento y profesar órdenes religiosas en alguno de los monasterios de Bretaña. Berenguer ya había cumplido sus deberes como hombre de armas, con toda su vida dedicada al servicio de su señor el duque de Bretaña, y Lucía, tras varios partos y ante los deseos de su esposo de retirarse a un monasterio, también manifestó su deseo de pasar el resto de sus días en la plácida paz del convento.

Restablecido definitivamente de sus problemas de salud, en la primavera de 1108 se sintió bien y con fuerzas suficientes para recuperar el tiempo perdido por la larga enfermedad. Les comentó a sus padres que deseaba regresar a París para culminar su educación, pues todavía tenía pendiente superar el quadrivium; y así lo hizo.

CAPÍTULO IV

Mi ciudad seguía creciendo. Guillermo de Champeaux, pese a haber aceptado la derrota a manos de su joven alumno, continuaba siendo el gran maestro de filosofía de todas las escuelas de Francia.

Abelardo se presentó ante su maestro con actitud humilde, extraña en él, y le pidió que le permitiera asistir a sus clases en la escuela de San Víctor. Guillermo aceptó, tal vez creyendo que su díscolo discípulo había recapacitado y regresaba sumiso y amansado, y Abelardo se dedicó a estudiar con toda intensidad las cuatro disciplinas del *quadrivium*: aritmética, geometría, astronomía y música; es decir, «la ciencia de las cosas».

No se desenvolvía en estas materias tan a gusto como con la lógica y la dialéctica, pero su inteligencia y su capacidad de trabajo le bastaron para obtener las más altas calificaciones; logró el título de *Magister in Artibus*, el más alto de cuantos se otorgan en las escuelas y el mayor honor académico, a pesar de que la aritmética no le atraía y la geometría lo aburría. De las cuatro disciplinas del *quadrivium* sólo mostró atención hacia la música, en cuyo conocimiento descolló sobre todos los demás alumnos. Creo que nunca entendió las matemáticas y que, simplemente, se limitó a memorizar los textos escolares y a repetirlos de corrido para superar los exámenes.

Entretanto, Guillermo de Champeaux había tomado las órdenes regulares en la abadía de canónigos de San Víctor, donde se agruparon sus seguidores, que se denominaron los «Victorinos». Pero su verdadera ambición consistía en alcanzar la dignidad episcopal, para lo cual había empeñado todos sus esfuerzos; y al fin lo logró. Dado su prestigio, fue nombrado obispo de la diócesis de Châlons, la primera que quedó vacante en los dominios del rey de Francia. Guillermo no tenía la menor intención de abandonar París, pues el acceso al episcopado sólo le interesaba para su promoción personal. A la ciudad del Sena seguían acudiendo cada año centenares de alumnos prestos a aprender filosofía, y Guillermo no estaba dispuesto a perder su condición de principal referente intelectual.

Abelardo obtuvo una plaza de profesor de lógica en la escuela de Nuestra Señora y ganó un escaño entre los canónigos de la abadía de Saint-Denis, para lo que tuvo que profesar las órdenes clericales menores. Aunque habían pasado varios años desde que librara las famosas polémicas con Roscelino de Compiègne y con Guillermo de Champeaux, muchos estudiantes y profesores todavía recordaban aquellos formidables enfrentamientos dialécticos y esperaban ansiosos las lecciones del nuevo maestro.

El Palatino no los defraudó. Impartió su primera clase como *Magister in Artibus* en el claustro de Nuestra Señora, donde tantas veces lo había hecho su maestro

Guillermo. La expectación que se había despertado en toda la ciudad de París era enorme. A primeras horas de aquella mañana, varios cientos de personas se arremolinaban a las puertas del claustro, en la fachada norte de la vieja catedral, bloqueando el acceso a los estudiantes. Varios guardias de la comuna de París se emplearon a fondo para abrir un pequeño pasillo por el que los escolares que habían abonado su matrícula y tenían derecho a asistir a las clases pudieran hacerlo.

El Maestro, elegante y poderoso, salió de su casa, un pequeño inmueble que había alquilado en la isla de la Cité, junto a la iglesia de Saint-Denis de la Chartre, y se dirigió caminando hacia la catedral. Vestía el manto y el gorro característicos de los profesores de las escuelas y portaba bajo su brazo dos códices. Algunos escolares lo aguardaban a la puerta de su casa y lo acompañaron a modo de escolta a través de las callejuelas de la Cité hasta la pequeña plaza del Parvis, delante de la fachada de la catedral de Nuestra Señora. Al pasar ante la portada principal, hoy demolida, Abelardo se santiguó y siguió caminando hacia la puerta del claustro, donde la multitud lo vitoreó cual si se tratara de la entrada solemne de un rey que regresara triunfante de una campaña militar. A las puertas de la catedral lo esperaba el prior de la gran cofradía de Nuestra Señora de París, que lo saludó con efusividad y lo acompañó al interior del templo escoltado por dos portaestandartes con los emblemas de la cofradía, de la que también eran miembros los reyes de Francia.

Como muchos esperaban, su primera lección trató del problema de los «universales». Abelardo ocupó su sitio en el ángulo sureste del claustro y ordenó al lector ayudante que leyera en voz alta y clara el principio de *Isagoge*, el conocido tratado de filosofía de Porfirio.

Culminada la lectura hasta el párrafo que el Maestro había acotado, se levantó, colocó sus manos a la espalda y, sin nota alguna sobre el atril, comenzó la explicación del texto objeto de su primera clase:

—La cuestión de los «universales» ha sido y es el mayor de cuantos problemas se han presentado en la historia de la filosofía. Como habéis podido escuchar, y pese a seguir con fidelidad las tesis de Platón, Porfirio, al comentar el *Organon* de Aristóteles, no se atrevió a inclinarse por una solución concreta a este complicado dilema. Se limitó a reconocer que se trataba de un asunto muy delicado, que lo es; tanto que ningún filósofo había podido encontrar la solución al problema de los «universales». El quid de la cuestión de los «universales» consiste en saber si las ideas generales existen realmente, como sostienen los filósofos realistas, o son meros conceptos nominales y abstractos, como aseguran los nominalistas.

»Quien fuera mi maestro en Loches, Roscelino de Compiègne, afirma que las ideas generales, los “universales”, no son sino abstracciones que carecen de reflejo en la realidad al constituirse como meras creaciones del espíritu. Esta deducción lo condujo a refutar el dogma de la Trinidad; la Iglesia lo condenó por ello y tuvo que retractarse tras ser amonestado en un concilio.

»Ha sido Anselmo de Canterbury —que, por cierto, falleció ese mismo año—

quien ha sostenido que los “universales” sí existen en la realidad concreta, pues así se prueba la existencia de Dios, a quien concebimos como el ser perfecto.

»Guillermo de Champeaux... —al citar el nombre del obispo de Châlons, un murmullo recorrió todo el claustro y Abelardo aprovechó para hacer una medida pausa en su discurso, provocando así una expectación máxima que desembocó en un silencio absoluto—, nuestro ilustre colega, también ha procurado resolver este dilema..., pero en vano. Asegura Guillermo, intentando superar a Porfirio y al propio Anselmo de Canterbury, que la misma esencia se encuentra en todos los individuos, es decir, en cada objeto particular, y concluye que, por tanto, no existen diferencias de esencia entre los individuos, sino solamente pequeñas variantes debidas a la diversidad de lo que denomina “accidentes”. Esta tesis, cuajada de errores, fue matizada por su mentor cuando hace ya algunos años conseguí refutarla como falsa. Entonces, Guillermo de Champeaux rectificó y argumentó que los individuos eran los mismos pero no en la esencia, sino mediante la no diferencia.

»Nuevo error, y más grave si cabe, pues no fue capaz ni siquiera de explicar la raíz del problema: que los “universales” son diferentes en esencia.

»Os resumiré ahora mis deducciones: los “universales” son formas de la mente, es decir, conceptos. Esos conceptos, expresados con palabras, tienen una existencia lógica y psicológica en cuanto son abstractos, pero carecen de plasmación real fuera de la mente.

Su deducción era brillante y adelantaba elementos de análisis que nadie hasta entonces había descubierto. Si lo hubieran dejado, Abelardo hubiera obtenido avances aún más extraordinarios en la historia del pensamiento, pero había demasiada animadversión contra él, y tal vez no estemos preparados todavía para asimilar las ideas que bullían en su prodigiosa cabeza. Quién sabe si en el transcurso de los siglos, en otra época más libre, alguien podrá ser capaz de lograr lo que a él le negaron.

Abelardo había preparado aquella primera lección con meticulosidad extrema, había ensayado todos y cada uno de sus gestos, sus poses, la manera de mover las manos o de colocarlas a su espalda a modo de paseante que reflexiona sobre lo trascendente, su melodioso tono de voz, las modulaciones de su dicción... Todo había sido ensayado con sumo cuidado para causar un impacto contundente entre los que asistieran a su primera clase.

Por supuesto que Guillermo de Champeaux no apareció por la catedral para escuchar la primera conferencia de su antiguo discípulo como profesor en París, pero no tardó en enterarse de lo ocurrido en el claustro. Ya había sido derrotado años atrás por un Abelardo joven e impulsivo, y ahora no se atrevía a enfrentarse abiertamente a su antiguo oponente, mucho más preparado, más maduro, más sólido y más brillante. A sus treinta años, el Maestro se encontraba en la plenitud del vigor y parecía que nada podía ponerse por delante de él.

Ante la contundente elocuencia y los abrumadores razonamientos de Abelardo, Guillermo calló. En los meses siguientes, el prestigio del Palatino continuó creciendo

de manera irrefrenable. Sus lecciones sobre lógica eran seguidas con atención por todos los escolares matriculados en la escuela de Nuestra Señora e incluso por otros profesores. Su atracción era tal que a la hora en que impartía su clase se suspendían todas las demás, pues no sólo aportaba argumentos solidísimos para sostener cada una de sus intervenciones, sino que en sus brillantes discursos solía intercalar versos y sentencias de autores clásicos como Ovidio, Cicerón o Virgilio.

Su primer curso como profesor en París transcurrió con cierta calma, pero en el segundo, que Abelardo comenzó criticando con la misma vehemencia las tesis de sus antiguos maestros, Guillermo de Champeaux, incapaz de hacerle frente con la palabra y la razón, maniobró sutilmente para que el obispo de París, su colega en el episcopado, le retirara la *licentia docendi* para impartir clase en la escuela de la catedral y lo expulsara de la ciudad.

Entretanto se tramaba la conjura, seguía adelante con sus clases, a las cuales acudían alumnos de todas partes de Europa. En su segundo curso como profesor en París, a los escolares de Francia, de Picardía y de Normandía se sumaron alumnos venidos de Inglaterra, Bretaña, Alemania, Italia e incluso de la lejana Noruega, la tierra del hielo y de los vikingos, los descendientes de los bandidos que hace dos siglos asolaran las costas del Canal y llegaran en alguna ocasión a sitiar la mismísima ciudad de París. Los nietos de aquellos salvajes paganos de las heladas tierras, los gélidos pantanos y las umbrosas turberas del norte acudían pacíficos como corderos para escuchar al Palatino, cuya retórica era admirada por medio mundo. La fama de Abelardo creció hasta tal punto que el papa Pascual II envió desde Roma a varios eclesiásticos de la curia pontificia para que aprendieran de sus enseñanzas.

Pedro Abelardo el Palatino se convirtió en el hombre más apreciado de París. Apenas podía salir de casa tranquilo, pues en cuanto lo hacía, los que circulaban en esos momentos por la calle corrían a su encuentro y se acercaban a él para saludarlo y darle la mano, como si tocándolo fueran a obtener parte de su sabiduría. A su paso, la gente se detenía para contemplarlo. Los hombres lo envidiaban por su apostura, su belleza y su porte augusto y formidable; los escolares lo adoraban por la disposición a enseñar y por su sentido de la docencia; y las mujeres, de las que siempre se mantenía alejado, se asomaban a las puertas y ventanas de sus casas para verlo pasar, suspirando porque sus maridos o sus amantes no fueran como él.

Su talle era espléndido. Alto y fuerte, de rostro hermoso y como lleno de luz propia, con ojos grandes y oscuros, de mirada profunda y embriagadora, de labios carnosos y nariz rotunda y varonil, los hombres se sentían disminuidos ante su donaire y las mujeres arrobadas por su prestancia. Sus manos eran alargadas y grandes; y como quiera que jamás había realizado trabajos manuales con ellas, tenían tal finura que destacaban más si cabe, porque siempre las llevaba limpias, con las uñas bien cortadas.

Caminaba con una cadencia majestuosa, con pasos firmes, regulares y seguros, con la espalda siempre recta y el poderoso mentón ligeramente elevado, lo que le

confería un aspecto soberbio y dominante a la vez. Más que andar sobre el suelo, parecía cual si levitara, como si las suelas de sus botas se detuvieran justo una pulgada antes de tocar el suelo para volver a elevarse de nuevo impulsadas por un resorte invisible.

Se desplazaba con una elegancia incomparable; nunca realizaba movimientos bruscos y jamás se colocaba en posiciones corporales que indicaran molicie, desatención o descuido; y pese a ello, siempre semejaba relajado y sereno, sin el menor atisbo de tensión o de nerviosismo. Apuesto como ningún otro varón, seguro de sí mismo, hablaba e incluso cantaba en un tono tan seductor que su voz maravillaba a cualquiera que lo escuchara.

París entero lo idolatraba, y él lo sabía, y lo propiciaba, y le gustaba.

CAPÍTULO V

La envidia es el peor de los resentimientos; se trata de un sentimiento que no comprendo, pues el envidioso muere amargado un poco cada día al contemplar los éxitos del envidiado. Y Abelardo era el gran envidiado por sus detractores, que no veían en él un ejemplo a imitar para superarse o al menos para mejorarse a sí mismos, sino un rival invencible al que procuraban hacer daño para ocultar sus propias medianías.

Guillermo de Champeaux, atenazado por los celos, el rencor y la envidia, seguía adelante con sus intrigas contra Abelardo. El obispo de Châlons pagó a varios sicarios para que propagaran por la ciudad todo tipo de infundios y maledicencias contra él. El obispo de París se resistía a ceder a las perversas pretensiones de su colega, sabedor de que, si decidía expulsar de la escuela catedralicia al más afamado de sus profesores, perdería prestigio y alumnos, y con ello ingresos y rentas.

Guillermo insistió presionando también a los profesores del claustro de la escuela de Nuestra Señora, y algunos de ellos, amedrentados ante las amenazas del obispo de Châlons, le volvieron la espalda a Abelardo.

Acabado el segundo curso, la situación del Maestro se tornó muy complicada, pues la ambición de la mayoría de sus colegas en el claustro de profesores consistía en alcanzar algún día la dignidad episcopal y para ello necesitaban de la ayuda y la recomendación de Guillermo de Champeaux.

Varios avisos anónimos, en los que lo amenazaban incluso de muerte, provocaron que Abelardo se trasladara de París, en busca de refugio, a Melun, la villa donde unos pocos años antes había establecido su primera escuela. A pesar de que sólo había estado un curso a su frente, la escuela fundada por Abelardo seguía funcionando con cierto éxito. El recuerdo de que había sido él el fundador constituía un blasón de tal prestigio que muchos estudiantes acudían a ella por esa única razón.

Su marcha dejó tal vacío que París lo echó enseguida de menos. Algunos profesores y la inmensa mayoría de los estudiantes, pero también burgueses, mercaderes y artesanos, protestaron ante el obispo por su ausencia, e incluso se organizó una manifestación de escolares que reclamaban el regreso de su más eminente profesor. Abelardo, desde su retiro en Melun, diseñó una estrategia digna de su ingenio y preparó un contraataque contundente. Redactó un memorial, dirigido a los prebostes de París, en el cual acusaba a Guillermo de Champeaux de falta de piedad cristiana y de desafección a sus feligreses, argumentando que hacía ya algún tiempo que había sido nombrado obispo de Châlons sin que se hubiera dignado siquiera a aparecer por su sede, dejando huérfanos de su pastor natural a los cristianos de esa diócesis.

Este alegato causó un efecto devastador entre los seguidores de Guillermo. Los

escolares parisinos encabezaron una nueva manifestación de protesta por las maniobras del obispo de Châlons y acosaron a sus partidarios. El clamor se convirtió en un tumulto y Guillermo se vio obligado a abandonar París con algunos de sus seguidores, recriminados por una multitud enfervorecida que reclamaba el regreso de Abelardo. El Maestro volvió, pero se encontró con que su plaza en la escuela de Nuestra Señora había sido ocupada por otro profesor.

Sin achantarse por ello, decidió fundar su propia escuela. Seguido por un nutrido grupo de escolares, se dirigió hacia la colina de Santa Genoveva, fuera de las murallas de la ciudad, y eligió un lugar entre los viñedos para ubicar el nuevo centro de enseñanza.

Enterado de ello, Guillermo de Champeaux decidió regresar a París una vez calmadas las cosas, y se puso otra vez al frente de su escuela en el monasterio de San Víctor. El nuevo curso comenzó con los dos maestros en sus dos escuelas, pugnando por la captación de alumnos. Y en ello, Abelardo no tenía rival.

Como quiera que Guillermo no podía competir con Abelardo en retórica, lógica y dialéctica, y abrumado ante los argumentos de su antiguo alumno, introdujo algunos cambios en sus tesis sobre los «universales», admitiendo que una cosa es igual a otra «no esencialmente, sino indiferentemente».

«Mera retórica hueca», se limitó a comentar Abelardo con displicencia cuando conoció la rectificación de su antiguo maestro, y arremetió contra sus nuevas tesis concluyendo que «para que una cosa sea determinada debe estar determinada como individuo, de modo que todos los seres son distintos. Es el estado lo que define el fundamento de la universalidad, de manera que las cosas llamadas del mismo modo tienen un estado común, mas no son iguales»; fue un razonamiento tan contundente y definitivo que desarboló la tímida reacción de Guillermo.

El pulso entre Guillermo y Abelardo se extendió a sus alumnos, los cuales llegaron a enfrentarse en varias ocasiones en plena calle, provocando riñas y disturbios de cierta envergadura que obligaron a intervenir a los guardias reales para restablecer la calma y evitar problemas mayores.

Un día, mientras el coro de la escolanía de Nuestra Señora cantaba durante la procesión de la festividad de San Marcelo unos motetes compuestos por un profesor de música de la escuela de Santa Genoveva sobre letras de Abelardo, varios alumnos de San Víctor comenzaron a abuchear a los cantores y a los músicos que tocaban rabeles, laúdes, chirimías y fanfarrias, entre los cuales no sólo había juglares profesionales sino también algunos burgueses que gustaban de interpretar las nuevas piezas musicales. Aquello fue suficiente para que partidarios de Abelardo y de Guillermo se enzarzaran a puñetazos en plena calle, hasta que la intervención de los guardias del concejo sofocó la pelea.

Transcurridos algunos meses, la contundencia de Abelardo y su insuperable magisterio acabaron por derrotar a Guillermo de Champeaux, que, abrumado por los argumentos del Palatino, decidió abandonar la enseñanza de la lógica y se dedicó a

impartir clases de gramática. Utilizó para ello el tratado de Prisciliano *Institutiones grammaticae*, un texto del siglo VI que hoy es suficientemente conocido pero que en ese tiempo sólo estaba al alcance de unos pocos.

Pero, para Guillermo, ya era demasiado tarde; todo su prestigio como profesor se había desmoronado al intentar competir con el Palatino. Apenas transcurrida la mitad del curso, asistió inerte a la pérdida de los escasos escolares que lo habían seguido. Un día de mediados de abril, Guillermo se dirigió a su clase matinal en la iglesia del monasterio de San Víctor. Al contemplar la cara de susto de su ayudante lector supo que algo grave estaba ocurriendo; no se atrevió a preguntarle y entró en la iglesia esperando el desastre. Y se encontró con lo que tanto había temido en la peor de sus pesadillas: aquel día sólo había tres escolares aguardando a recibir la lección del viejo profesor.

Guillermo se acomodó en el sitial, abrió un códice que contenía una copia del texto de Prisciliano y, antes de dar al lector la orden de comenzar a leer la lección del día, cerró el libro con sus propias manos, se las llevó a la cara por un tiempo, como queriendo ocultar a sus ojos la falta de alumnos y su fracaso, y, con el rostro desencajado y un rictus de profunda desolación, anunció:

—La de ayer fue mi última lección. Mi avanzada edad y mi delicada salud me obligan a terminar aquí mi carrera académica como profesor.

Se bajó del estrado tambaleándose y, cabizbajo y dolorido, abandonó el templo ante la mirada atónita y el silencio caritativo del ayudante y de sus tres últimos alumnos.

El anciano maestro, antaño admirado y seguido por centenares de discípulos, había sido derrotado por su alumno más aventajado. El obispo de Châlons ni siquiera dispuso de ánimo para tomar posesión de su sede episcopal, de la que nunca se ocupó, y prefirió pasar el resto de sus días recluido en la soledad del convento. Jamás volvió a impartir una clase.

Enterado de su contundente victoria y tras conocer la renuncia de su derrotado adversario a continuar impartiendo docencia, el Palatino comenzó la primera clase en su nueva escuela en la colina de Santa Genoveva con un verso que el poeta romano Ovidio, en su *Metamorfosis*, pone en boca del gigante guerrero aqueo Ajax: «Si preguntas por la fortuna del combate, te diré que no fui vencido por mi enemigo».

Los aplausos y los vítores de los alumnos presentes aquella mañana en la escuela fueron atronadores. Algunos incluso se pusieron a cantar himnos que hablaban de victorias ante la complacencia del Maestro, que se limitaba a alzar los brazos pidiendo calma, aunque sin demasiadas ganas de que concluyera aquel momento de gloria.

CAPÍTULO VI

El padre de Abelardo, cansado del mundo, decidió profesar al fin como monje en un convento, tal cual le había anunciado unos años antes a su hijo. Su madre, Lucía, le envió una carta pidiéndole que acudiera a Le Pallet para visitarla, pues, una vez enclaustrado su marido, su intención también era pasar sus últimos años de vida en otro convento. Abelardo acudió a la llamada de su madre y vivió con ella varios meses. Sus inquietudes intelectuales estaban en París, pero de vez en cuando necesitaba regresar a su país natal, a su verde y pétrea Bretaña, tierra de mitos y leyendas gloriosas, de gigantes y bardos escondidos en los bosques esmeraldas y de ritos ancestrales practicados desde nadie sabe cuántos siglos ha. Se trata de la llamada de la naturaleza, que suele impulsar a todo ser humano a retornar de vez en cuando al refugio y consuelo de sus raíces terrenales.

No obstante, Abelardo debía afrontar un último reto en su exitosa y brillante carrera académica. Tras culminar con éxito el trivium y el quadrivium, le faltaba cumplimentar los estudios de teología, la cumbre de las ciencias, pues supone alcanzar el conocimiento de la materia de Dios.

París no destacaba precisamente por los estudios de teología. Hoy, y gracias al empeño del obispo Pedro Lombardo, nuestra ciudad puede presumir de que en sus aulas explican teología los mejores maestros de toda la cristiandad, pero cuando quiso hacerlo Abelardo las dos más prestigiosas escuelas de esta disciplina radicaban en Chartres y en Laón. En Chartres, al abrigo de su gran catedral de piedra y bajo la protección de la sagrada túnica de la Virgen, que allí conservan como su más preciada reliquia, brillaba el maestro Ivo, su más reputado teólogo, en tanto en Laón lo hacía su afamado obispo Anselmo.

Chartres superaba entonces a París, en lo que se refiere a los estudios de teología y astronomía, gracias a maestros como el propio Ivo, el gran Bernardo y el excelso Thierry. La custodia en su catedral de la reliquia de la camisa que llevaba puesta la Virgen cuando dio a luz a Nuestro Señor es un atractivo reclamo que provoca la afluencia de una considerable multitud de peregrinos y la recaudación de cuantiosas donaciones y limosnas. De la puerta de su fachada oeste, la de las dos torres, arranca la ruta principal que conduce a los peregrinos hasta la tumba del apóstol Santiago en Compostela, en el extremo norte de la región de Galicia, en el hispano reino de León, donde acaba la tierra hacia occidente, el lugar más sagrado para la cristiandad tras Jerusalén y Roma.

Laón, al norte de París, no posee una reliquia de semejante categoría, pero en su prestigiosa escuela catedralicia han enseñado, desde tiempos inmemoriales, ilustres sabios y notables teólogos que han dotado a esta ciudad de una gran notoriedad entre los escolares.

Mientras acompañaba a su madre hasta el convento donde permanecería el resto de su existencia, Abelardo estimó la conveniencia de visitar Laón y estudiar allí teología. Le atraía la tradición de su escuela, pero, sobre todo, la figura del maestro Anselmo, hombre muy anciano ya, a quien quería conocer antes de que la Divinidad decidiera que había llegado el final de sus días, lo que, dada su avanzada edad, parecía próximo.

En ese tiempo, los monasterios habían perdido el prestigio intelectual que alcanzaron en siglos pasados. Hubo una época, hace un siglo, cuando las ciudades eran pequeñas, sus mercados menguados y en sus calles apenas había tiendas de mercaderes y talleres de artesanos, en la que los monasterios descollaban por la actividad intelectual que en ellos se generaba. En aquellos cenobios, donde se copiaban y miniaban ejemplares de la Biblia, escritos de los santos padres de la Iglesia y vidas de santos, los monjes más predispuestos por su inteligencia, además de recibir formación ascética y mística, siempre apoyada en lecturas de libros piadosos, en la meditación y en las instrucciones espirituales, aprendían lógica, retórica, gramática, aritmética y música.

Pero cuando las ciudades comenzaron a crecer y las rentas de los obispados y de las catedrales aumentaron, hace de esto más de media centuria, los prelados fundaron escuelas propias en esas ciudades y a ellas acudieron numerosos alumnos para recibir unas enseñanzas que antaño sólo eran accesibles para los monjes más predispuestos. El propio papa Gregorio VII, a quien debemos la más importante de las reformas de la Iglesia desde san Pedro, se dio cuenta del auge que estaban tomando las ciudades y, en un concilio celebrado en Roma, ordenó a los obispos que fundaran en sus diócesis escuelas urbanas para enseñar las artes literarias y las ciencias de los números.

Para poder impartir clases en las escuelas de las ciudades, todos los profesores hemos de poseer la condición clerical y es necesario haber recibido las órdenes sagradas, al menos las menores, para poder ejercer la docencia; las escuelas se han reservado el derecho a conceder la *licentia docendi*, es decir, la autorización para dictar lecciones, formar a nuevos alumnos y emitir títulos académicos.

Es aquí donde se inventó el método de enseñanza que rige para todos los escolares. Yo lo aprendí de Abelardo, que lo perfeccionó mucho al incorporar nuevas maneras de acceder al conocimiento mediante el uso de la lógica y la dialéctica.

Abelardo comenzaba sus clases con una *lectio*. Uno de sus ayudantes, que en ocasiones podía ser incluso uno de los alumnos más aventajados de la clase, leía en voz alta y durante un buen rato una parte de un libro de uno de los filósofos antiguos. Acabada esta primera lectura, el Maestro, que la había escuchado sentado en su sitial, atento y siempre mirando a los alumnos que tenía enfrente, se levantaba y, en pie, comentaba el texto, aludiendo a la figura del autor y a algunas de sus otras obras, para pasar a aclarar aquellos pasajes recién leídos que podían ser más difíciles de entender para sus estudiantes.

Una vez realizado este trámite, comenzaba la verdadera clase magistral. En

primer lugar realizaba un preciso análisis gramatical del texto, citando a prestigiosos tratadistas de gramática. De inmediato pasaba a precisar el significado de los términos contenidos en el texto, así como sus múltiples conceptos y las diferentes maneras de entenderlos. A continuación, explicaba el contenido mediante argumentos de la lógica y la dialéctica, utilizando recursos retóricos que sólo él era capaz de traer a colación, realizando para ello una síntesis extraordinaria del pensamiento del autor objeto de estudio. Llegado a este punto, volvía a sentarse y declaraba abierto el debate entre los asistentes a la clase.

Era aquí cuando permitía intervenir libremente a los alumnos, algo nunca visto hasta entonces, a los que solicitaba argumentos a favor y en contra de las tesis defendidas por el autor de referencia, lo que obligaba a los escolares a pensar por sí mismos, a discurrir con sus propias ideas y a ejercitar su capacidad reflexiva.

Por fin, procuraba emitir una sentencia a modo de conclusión y síntesis sobre el tema central de la lección, de manera que todos los alumnos fueran capaces de comprender, aunque fuera a modo de breve resumen, las ideas y los postulados del autor analizado.

Ninguno de los grandes intelectuales del pasado resultaba ajeno al conocimiento de Abelardo. Utilizaba y citaba con profusión y precisión extraordinarias tanto a Casiano, cuyas *Collationes* empleaba con frecuencia, como a Catón y a Séneca, cuyas *Cartas a Lucilio* usaba como ejemplo de relación entre maestro y discípulo. Conocía de memoria las *Vidas de los filósofos ilustres* de Diógenes Laercio, que manejaba para enmarcar a cada uno de los autores en su tiempo histórico. En cuanto podía, y no sólo como muestra de erudición sino como ejercicio retórico, recitaba versos e incluso poemas enteros de Lucano, Ovidio o Virgilio, traídos a propósito del tema del que se estaba hablando, aunque, a veces, empleados con un segundo sentido.

Los textos de los padres de la Iglesia y de los escritores cristianos más relevantes no guardaban secretos para él. Dominaba *De penitentia*, de san Ambrosio, donde se deja claro que una vida conyugal plena es incompatible con la carrera eclesiástica, los *Diálogos* de san Gregorio o *La ciudad de Dios* y las *Confesiones* de san Agustín como si las hubiera escrito él mismo, y, aunque no le preocupaba demasiado la historia, conocía las crónicas de Beda el Venerable, la *Historia eclesiástica* de Eusebio, las *Antigüedades* de Flavio Josefo y no pocas vidas de santos, entre las que prefería la *Vida de san Martín* escrita por Sulpicio.

Antes de regresar a París, y con sus ancianos padres instalados ya en sendos conventos en Bretaña, Abelardo se reunió con sus hermanos. Pese a que había renunciado a la primogenitura y era Dagoberto, su hermano segundo, quien había heredado el feudo paterno de Le Pallet, él seguía siendo de algún modo la referencia para toda la familia, en particular desde que su padre decidiera tomar el hábito monástico y abandonar el mundo secular.

Sus hermanos constituían su única familia y, aunque él era un hombre autosuficiente y no estaba dispuesto a vivir en una aldea como Le Pallet, sentía que

de alguna manera continuaba unido a la tierra que lo vio nacer y se seguía considerando un bretón, profesara en París, en Melun o en Corbeil. Y no renunciaba a que algún día, cuando se sintiera cansado, anciano y con la muerte acechándolo de cerca, pudiera regresar a Bretaña y esperar su final sentado en la cima de alguna colina, oteando la puesta del sol en el horizonte, allá en los confines del mar tenebroso y azul, donde dicen que se acaba el mundo. Y es que en el corazón de todos los hombres anida un sentimiento atávico que nos empuja a regresar al lugar del origen, como si una fuerza interior imposible de domeñar se empeñara en que nuestros cuerpos alcancen el descanso eterno en el mismo lugar donde hemos nacido; se trata de la silenciosa llamada de la madre tierra.

Muchos hombres y mujeres, ya mayores, suelen acabar sus vidas en un monasterio. Algunos recurren a ello porque es una manera de hacer penitencia y de procurar borrar sus manchas y pecados al presentir que la muerte se acerca; otros lo hacen como remedo de los votos de peregrinaje porque no han podido culminar el camino a Tierra Santa o a Compostela que algún día prometieron iniciar; otros, tal vez los más, para pasar sus últimos años acogidos en un cenobio, al margen del mundo, esperando que los alcance el buen morir al cuidado de novicios y de hermanos más jóvenes, o incluso buscando la protección de sus muros y la inmunidad del lugar sagrado. Por eso, cuantos ingresan en los monasterios lo hacen acompañados de una nutrida dote o de importantes donaciones en tierras o ganado. Es la manera de pagarse el sustento de sus últimos días en la tierra antes de presentarse a juicio ante el Altísimo, y de ganar de paso algunas indulgencias para que su viaje al Paraíso sea lo más rápido posible.

CAPÍTULO VII

Una vez de vuelta en París, Abelardo epató a todos con una disertación extraordinaria. La mayoría de aquellos maestros solía citar a algunos autores por el prestigio que ello suponía y la aparente categoría que esas citas conferían a sus clases, aun sin haberlos leído siquiera. Así ocurría con las referencias a las obras del sabio romano Cicerón, tan mentado por todos como poco estudiado. En la escuela de la colina de Santa Genoveva, en el patio de la ermita que allí se construyó dedicada a esta santa, anunció que la lección de ese día iba a centrarse en dos obras del elocuente orador romano.

Comenzó leyendo él mismo, cosa hasta entonces nunca vista entre los grandes maestros, pues siempre delegaban ese menester a uno de sus ayudantes, las *Tusculanae disputationes*, un tratado difícil de entender e incluso de seguir, pero fundamental para comprender el pensamiento lógico de Cicerón. Acabado este primer texto, leyó un segundo, un fragmento de *De inventione rethorica*, también de Cicerón, su obra cumbre y tal vez el mejor ensayo de retórica jamás escrito, con permiso de las *Declamationes* de Quintiliano.

Estos dos libros de Cicerón eran abundantemente citados por muchos profesores, pero la mayoría apenas los conocía. La lección que ofreció aquel día en el patio de la ermita de Santa Genoveva fue de tal nivel que lo consagró como el maestro indiscutible de la filosofía en todo el reino de Francia.

Aquella fue la primera vez que lo escuché. Yo tenía diecisiete años y acababa de comenzar mis estudios de trivium. Mis padres, unos ricos mercaderes de telas, disfrutaban de una acomodada posición y acababan de construirse una casona de piedra labrada en la orilla izquierda del Sena, cerca del Petit-Pont. Mi padre había logrado convertirse en el principal proveedor de sedas y linos del obispo de París y eran muchos los días que tenía que atravesar el río para ir hasta el palacio episcopal, que queda justo a la derecha de la embocadura del puente, ya en el lado de la isla de la Cité.

En algunas ocasiones, al cruzar ese puente recién construido, el primero que ha tenido la ciudad íntegramente levantado en piedra, solía detenerse por unos instantes y escuchaba los debates de los maestros de Artes, pues era allí mismo donde se reunían en las tardes soleadas y apacibles.

Mi padre no era un hombre culto. Gracias al crecimiento de las ciudades, a su habilidad en el negocio de las telas y a un don natural para el cálculo, había logrado establecer un negocio que crecía día a día conforme la ciudad aumentaba de pobladores y los mercaderes se enriquecían y demandaban mejores, más lujosas y más exóticas telas.

Arriesgando mucho, incluso su propia vida, había viajado hasta las tierras de los

sarracenos, más allá de los reinos cristianos de Hispania, y había logrado que unos buhoneros de Córdoba le proporcionaran paños de seda traídos desde los talleres textiles de Damasco, Alejandría y Herat, ciudades fabulosas de las que yo ignoraba por completo su existencia hasta que aprendí a leer y vi sus nombres escritos por viajeros y cronistas.

Las telas procedentes de esos expertos artesanos de la seda son primorosas, de una delicadeza y un brillo sin igual. Nadie en la cristiandad sabe cómo fabricar el hilo con el que se tejen; se dice que están hilvanadas con la fibra que se extrae de las tripas de un gusano que sólo puede vivir en los climas cálidos del sur y del este. Lo descubrieron en el lejano imperio de la China, en las costas por donde nace el sol, y luego lo copiaron los bizantinos, creo que gracias a que sobornaron a uno de esos artesanos, pues su fabricación era un secreto cuya revelación se penaba con la muerte. Su precio alcanza cifras fabulosas; los reyes, los obispos y los grandes señores son los únicos que pueden adquirirlas, porque vestir con ropajes de seda, además de elegante, constituye todo un signo de riqueza que distingue a quien los porta.

Las conversaciones de los maestros, que se congregaban por las tardes junto al Petit-Pont, nada tenían que ver con las empresas mercantiles de mi padre, ni con sus intereses materiales, pero despertaron en él su innata curiosidad de hombre de negocios, y algunas veces solía detenerse a escucharlos, aunque es probable que no entendiera nada de lo que aquellos sabios estaban debatiendo. A pesar de todo, se sentía fascinado por aquellos profesores que hablaban en latín de lógica, retórica y problemas filosóficos con la misma familiaridad que él lo hacía sobre la calidad de las telas que vendía o la de dos verduleras conversando en el mercado sobre la frescura de las hortalizas.

Lo sé porque algunos días yo lo acompañaba, cargado con alguna pieza de tela, y también escuchaba a aquellos hombres, serios, circunspectos, vestidos con sus ropajes eclesiásticos y sus hábitos profesoriales, tocados con los bonetes que distinguían a los profesores de las escuelas.

Y así fue cómo, cuando cumplí los diez años de edad, y puesto que mi padre había decidido que mis dos hermanos mayores heredarían el negocio de las telas, yo tuve que entregarme al estudio para convertirme en un hombre de fe y de algún provecho. Si mi padre hubiera sido de origen noble, me hubiera dedicado al oficio de las armas, pero su condición de plebeyo me empujó al mundo del estudio y de la religión.

Durante seis años profesé como novicio en el convento de Saint-Denis, una villa situada apenas a media jornada de camino al norte de París, al otro lado de la montaña de Montmartre, en cuyo claustro estudié las artes menores. Allí aprendí a leer y a escribir, latín y las primeras nociones de gramática y de música. Un monje caritativo me enseñó que el ideal de la existencia de todo buen cristiano consiste en ofrecer la vida en servicio a Dios y defender la dignidad del hombre, y lo hizo leyéndome, casi en secreto, el libro de una docta mujer llamada Dhuoda que lo había

escrito dos centurias y media antes para educar en esos mismos valores y mediante atinados consejos a su hijito.

Superados mis estudios primarios, mi padre se empeñó en que acudiera a las clases de lógica de Abelardo, convertido en el gran maestro del que todos querían aprender. Yo era un joven inocente recién salido del convento, al que sonreía la vida, pero había pasado mi adolescencia educado por rancios monjes entre los cuales el único método para aprender consistía en el estudio monótono, repetitivo y memorístico de un par de libros y una docena de canciones.

Habituado a tanta mediocridad, su brillante discurso me deslumbró. En aquella primera clase desfilaron ante mis ojos decenas de siglos de sabiduría, de ciencia y de conocimientos, y en ese mismo momento me propuse ser, algún día, como él.

Las primeras semanas de mi primer curso como escolar en Santa Genoveva transcurrieron muy deprisa, o al menos a mí se me hicieron increíblemente cortas, porque apenas había acabado una clase, ya esperaba con ansia que llegara la siguiente para seguir escuchando las explicaciones de Abelardo. ¡Qué rápido corre el tiempo cuando no queremos que pase, y qué lento fluye cuando anhelamos que llegue enseguida el momento deseado!

Una mañana de otoño, el Maestro nos comunicó que en un par de semanas interrumpiría sus clases con motivo de un viaje a Laón, que había planeado meses atrás, y que durante un tiempo no estaría entre nosotros. Un murmullo de decepción se extendió entre sus alumnos. El Maestro alzó la mano, nos mandó callar con su incontestable autoridad y añadió:

—Un hombre sólo puede comer una cierta cantidad de los mejores manjares, pues llega un momento en el cual su estómago está absolutamente lleno y es incapaz, aunque lo desee, de ingerir una sola porción más de comida. Pero el hambre de sabiduría no se sacia jamás. Soy vuestro maestro y a vosotros me debo, pero, para que me sigáis considerando como tal, debo continuar alimentándome de sabiduría para luego nutrirlos con ella a vosotros. En el camino de ascenso hacia el conocimiento pleno, el último peldaño es el de la teología, y a mí me falta por subir ese definitivo escalón. Hace algún tiempo, solicité al maestro Anselmo que me admitiera como alumno suyo en su escuela de la catedral de Laón, y el maestro ha consentido en ello al fin. Me marcho para recibir sus enseñanzas de teología, y así, cuando regrese, habré crecido en conocimientos y vosotros también lo haréis conmigo porque compartiré con vosotros todo cuanto aprenda.

—¡No te vayas, Maestro, no nos abandones! —clamó una voz anónima entre los alumnos.

—No os dejo para siempre. Si me marcho ahora, es para regresar más sabio, y entended que lo hago por vosotros —sentenció Abelardo, que siempre tenía en su boca las palabras precisas para salir airoso de cualquier situación.

CAPÍTULO VIII

Laón es una ciudad episcopal al noreste de París en la que han brillado magníficos teólogos y poetas como Adalberón, el que antaño fuera su obispo, uno de los más insignes. Abelardo se dirigió a esa ciudad, que todavía andaba alterada por la revuelta que los burgueses habían protagonizado el año anterior en contra del poder señorial del obispo, atraído por la fama como profesor de teología de Anselmo.

Ese erudito era un anciano, pero mantenía una elocuencia brillante. Su palabra brotaba fluida y su tono resultaba ameno y agradable. Hablaba sin cometer el menor desliz y su voz sonaba con una armonía más propia de la poesía que de la prosa.

Sus estudiantes lo admiraban, pero Abelardo, tras asistir a varias clases, se dio cuenta de que detrás de semejante brillantez retórica se escondía un enorme vacío intelectual. En su *Historia calamitatum*, el Maestro compara a Anselmo con un fuego que no produce sino humo y con una higuera sin frutos. Defraudado porque había esperado escuchar a un sabio y sólo había oído palabras huecas, ideas reiteradas y planteamientos estériles, comenzó a faltar a las clases, lo que despertó el enojo de algunos de sus compañeros que creían que aquella actitud de Abelardo constituía una falta de respeto hacia el que consideraban el gran maestro de la teología.

Una mañana, acabada una clase en la que Anselmo había comentado el libro de las *Sentencias*, y a la que Abelardo había asistido, los estudiantes se reunieron en corro y comentaron la lección. Algunos hacían bromas y reían ante las ocurrencias de los más ingeniosos. Anselmo se acercó a los estudiantes y, al ver a Abelardo entre ellos, se dirigió a él.

—¡Vaya!, qué honor disfrutar de la presencia del «filósofo» tras sus injustificadas ausencias.

Hacía unas dos semanas que el Palatino no había aparecido por la escuela.

—No lo toméis a mal —se limitó a comentar Abelardo.

—No, no, en absoluto. Pero, a lo que parece, demuestras poco interés por la interpretación de las Sagradas Escrituras. Claro que tú eres un filósofo y tal vez consideres que la teología es menos importante para alcanzar la plena sabiduría.

—Estimo que es muy saludable el estudio de esos textos, pues gracias a ellos se aprende el camino para la salvación del alma, pero echo de menos algo esencial.

Esas incisivas palabras centraron la atención de los estudiantes, que presentían que aquella conversación entre los dos profesores, aunque Abelardo ocupaba en esos momentos el papel de alumno, iba a resultar enormemente interesante.

—¿Qué es lo que echas de menos? —le preguntó Anselmo.

—¿De verdad queréis saberlo?

—Adelante.

—Pues echo en falta que alguien que se considera una autoridad en teología

aplique su propio criterio en lugar de recurrir a los comentarios de otros para interpretar los textos sagrados.

Anselmo no supo qué responder porque era cierto que carecía de originalidad y de criterio particular, y que no tenía capacidad para extraer sus propias conclusiones ante un problema teológico, pues siempre aludía a las explicaciones de otros teólogos para responder a cualquier pregunta o duda que le planteaban sus alumnos.

Algunos escolares, ante la contundencia de la acusación de Abelardo, protestaron airadamente y salieron en defensa de su maestro, que se había quedado sin alternativa para rebatirlo.

Entonces, uno de los discípulos más destacados retó a Abelardo. Su nombre era Bernardo y había profesado un par de años antes como monje de la nueva orden cisterciense en la abadía de Cîteaux. Tenía veintitrés años, pero ya destacaba por una elocuencia y una firmeza de convicciones sobresaliente. Su abad lo había enviado a Laón para formarse como teólogo, pues el joven monje había mostrado una especial inclinación hacia el estudio de la Biblia.

Era exageradamente delgado y enjuto de carnes, que no de palabras, y practicaba una austeridad extrema; tanta, que nadie se explicaba cómo era capaz de sobrevivir con tan escaso alimento como ingería. Tal vez por ello sufría mucho del estómago, lo que le confería un carácter ácido y amargado que lo persiguió durante toda su vida. En la época de estudiante en Laón, Bernardo, el futuro abad de Claraval, era un joven de pelo rubio e incipiente barba roja, de aspecto débil y enfermizo y de rostro tan pálido y cerúleo que parecía carente de vida; sus ojos eran grises y fríos, y su mirada penetrante semejaba más la de un lobo que la de un hombre.

Abelardo se había fijado en él desde los primeros días de su estancia en Laón, pues se situaba siempre en la primera fila de los alumnos y escuchaba las lecciones de Anselmo con suma atención. De cuanto el teólogo decía, tomaba nota en unas hojas de pergamino que apoyaba en una tablilla de madera que sostenía sobre sus rodillas. Era muy devoto de la Virgen y, cuando no estaba en clase o leyendo en la biblioteca de la catedral, pasaba las horas rezando en una capilla o en la soledad de su aposento y sacrificándose el cuerpo con dolorosos castigos. Sus compañeros aseguraban que, bajo su hábito monacal, escondía un cilicio que le mortificaba la carne, lo que le provocaba un lacerante sufrimiento. Rechazaba todos los placeres y los bienes de este mundo. Algunos alumnos incluso lo comparaban con conocidos santos de la Iglesia y sus más allegados aseguraban que se había propuesto alcanzar la santidad a través de la mortificación del cuerpo, de la renuncia a cualquier tipo de placeres y deleites y del cultivo espiritual del alma.

—Abelardo, tú eres profesor de filosofía en París, ¿serías capaz de resolver en una de tus clases esos errores que has criticado? —le preguntó Bernardo.

—Hagamos la prueba; plantéame la interpretación de un texto de las Sagradas Escrituras y yo lo explicaré siguiendo mi propio criterio, sin recurrir a citas de teólogos.

—De acuerdo. Propongo que expliques un texto del profeta Ezequiel, exactamente la profecía contenida en los primeros versículos de su libro —lo retó Bernardo, esbozando una amplia sonrisa.

Un murmullo de sorpresa se extendió entre los alumnos; ése era uno de los textos más crípticos del Antiguo Testamento, según les había enseñado Anselmo.

—Está bien, acepto el envite. Impartiré la lección sobre la profecía de Ezequiel mañana mismo —asintió Abelardo con rotunda seguridad.

Nuevos murmullos, mezcla de admiración ante semejante osadía y de rechazo por lo que parecía una actitud de soberbia, estallaron entre los alumnos.

—No es necesaria tanta premura. No eres un experto en teología, puedes emplear más tiempo en preparar la lección si así lo requieres —condescendió Bernardo.

—No lo necesito. Si te comprometes a venir a escucharme, mañana impartiré esa clase sobre la interpretación de la profecía de Ezequiel.

Bernardo aceptó el desafío y Abelardo se retiró para elaborar su intervención. Entretanto, Anselmo, que había seguido el planteamiento del reto en un segundo plano, permaneció en silencio, cabizbajo.

Como era su costumbre, Abelardo utilizó todas sus energías en preparar la lección. En verdad que el oscuro y críptico texto de Ezequiel es de difícil interpretación. Se trata de una visión profética durante la cual este profeta había presenciado una masa de fuego que se acercaba desde el norte en medio de un formidable torbellino; en el centro había una imagen, como fundida en bronce, de cuatro seres que parecían hombres pero tenían alas de pájaro, pies de becerro y cuatro caras cada uno de ellos, una de hombre, otra de león, otra de buey y la cuarta de águila. A su lado había cuatro enormes ruedas de crisólito que estaban llenas de ojos. Las ruedas se movían a la par que las figuras porque tenían su propio espíritu de vida. Sobre las figuras había un cristal y en el firmamento flotaba un trono de zafiro en el que se sentaba un personaje hecho de fuego. En medio de aquella sobrecogedora visión, una voz habló a Ezequiel y le anunció que se dirigiera a los hombres y les comunicara que había un profeta entre ellos. Un libro apareció ante Ezequiel y la voz le dijo que debía comerlo, pues ese libro sería su alimento. Y el profeta así lo hizo; y el libro le supo dulce como la miel. Después, la misma voz lo conminó a acudir al encuentro del pueblo de Israel y a transmitirle el mensaje de Dios, que saldría de su boca tal cual el Señor lo había previsto.

A la mañana siguiente, sólo unos pocos alumnos asistieron a clase para comprobar lo que había preparado Abelardo; los que lo hicieron se mostraron asombrados por la capacidad de análisis del filósofo. Bernardo, el monje cisterciense que le había propuesto el reto, se encontraba entre ellos, aunque había confesado a sus compañeros que lo hacía por curiosidad más que por interés. El impacto que la explicación del texto de Ezequiel causó entre los estudiantes fue tal que todos le pidieron que siguiera comentándoles otros textos de las Sagradas Escrituras y le rogaron que fuera él quien impartiera las nuevas lecciones.

Tal vez fue entonces cuando Bernardo se dio cuenta de que el espíritu de Abelardo volaba libre y es probable que años más tarde, cuando ambos se pelearon en desigual combate, Bernardo de Claraval recordara aquel primer encontronazo en Laón.

La voz se corrió entre los alumnos que no habían asistido a la lección sobre el texto de Ezequiel, y en unos pocos días Abelardo se había convertido en el centro de admiración de los escolares de Laón, que llenaban cada una de sus improvisadas clases a la vez que abandonaban a Anselmo, que se estaba quedando sin alumnos.

No sé qué explicación adujo sobre la profecía de Ezequiel, el Maestro nunca me lo comentó y yo no se lo pregunté, pero debió de ser enormemente atractiva, porque Anselmo de Laón prohibió a Abelardo que siguiera impartiendo sus espontáneas clases en su escuela. El teólogo adujo para ello que no quería que los errores que pudiera cometer su díscolo discípulo recayeran sobre la escuela y sobre su prestigio. Para anular a Abelardo, ordenó a dos de sus más fieles alumnos, Lotulfo de Lombardia y Alberico de Reims, que difundieran entre los estudiantes que aquel orgulloso individuo era un impostor y que sus enseñanzas carecían de seriedad y de validez.

Abelardo, perseguido según él por la envidia de Anselmo, comentó a sus muchos seguidores, jóvenes alumnos que apreciaban el valor y la rebeldía del filósofo, que estaba siendo objeto de una gran injusticia, y que no le quedaba otro remedio que regresar a París. Antes de marcharse de Laón, comentó que Anselmo debía su fama más a sus muchos años que a su talento y memoria, y lamentó que los estudiantes de Laón siguieran soportando a un profesor de ideas tan parcas y miras tan estrechas, incapaz de emitir un pensamiento propio y carente de espíritu crítico, que Abelardo consideraba imprescindible para seguir avanzando en el camino del conocimiento.

CAPÍTULO IX

Poco antes de que los hielos y las nieves se retiraran de los caminos del norte de Francia, Abelardo regresó a París; y de nuevo fue recibido como un príncipe. El claustro de profesores en pleno y tres centenares de alumnos acudimos a su primera clase, en la que trató precisamente del libro de Ezequiel, aunque no explicó su interpretación de la visión del profeta, como sí había hecho en Laón, sino del planteamiento teológico de sus profecías. El impacto que causó fue tremendo, y desde ese día decidió que alternaría la enseñanza de la filosofía con la de la teología.

Si su prestigio ya era enorme, aquel año se incrementó de modo nunca hasta entonces conocido en un profesor. La demanda de asistencia a sus clases era tal que la escuela de Santa Genoveva impuso el pago de una considerable suma para todos aquellos alumnos que quisieran asistir a sus lecciones, lo que le proporcionó unos cuantiosos ingresos, pues hijos de acaudalados nobles y de ricos burgueses estaban dispuestos a pagar lo que fuera preciso con tal de poder escuchar sus palabras. Muchos lo hacían porque querían aprender del Maestro, pero no es menos cierto que no faltaban quienes lo hacían para poder presumir de haber asistido a sus clases, lo que no dejaba de ser un privilegio.

Gracias a que los negocios de mi padre seguían boyantes y a que el rey Luis VI y su esposa Adelaida lo nombraron proveedor de sedas de la casa real, lo que aumentó sus ganancias, me pudieron sufragar el coste que suponía asistir a las clases en Santa Genoveva y en el claustro de Nuestra Señora.

En verdad que escucharlo era un placer y un honor. Explicaba con tanta claridad, a la vez que precisión y profundidad, los textos de Platón y los comentarios de Aristóteles que la filosofía peripatética se aprendía tan sólo con prestar atención a sus palabras y apostillas, lo que, dada su elocuencia, no suponía esfuerzo alguno.

A diferencia de los filósofos de entonces, que seguían ciegamente a Platón, Abelardo basaba su discurso filosófico en Aristóteles, a pesar de que apenas se conocía su obra original en ese tiempo, por lo que era necesario acudir a los comentarios de otros autores. Lo hacía por convicción, pero también porque se identificaba, en cierto modo, con la figura del Estagirita, discípulo de Platón en su momento, que renegó del maestro, se separó de él, lo criticó y abandonó su escuela, la Academia de Atenas, para fundar la suya propia, el Liceo.

¿No era, pues, Abelardo un segundo Aristóteles? Como hiciera el Estagirita, también él había criticado a sus maestros: lo había hecho con Roscelino de Compiègne en Loches, con Guillermo de Champeaux en París y con Anselmo en Laón. Sí, Abelardo era el nuevo Aristóteles, el alumno capaz de superar al maestro, de rebatir sus tesis con argumentos más contundentes y profundos, de aportar su propia y original interpretación de las cosas de este mundo. Platón no había sido al

fin sino un mero comentarista de Sócrates, como Anselmo lo era de otros teólogos, pero Aristóteles había creado su propio universo a partir de la razón. Platón no había hecho sino contemplar el mundo desde un pesimismo irredento, observarlo como entre sombras, sin llegar a comprenderlo ni a explicarlo del todo, y limitarse a dar consejos para hacerlo un poco mejor. Por el contrario, Aristóteles lo había mirado de frente y lo había esclarecido mediante la física y la lógica, una ciencia inventada por él. Platón había temido a la vida y se había refugiado en un mundo de sueños, Aristóteles se había enfrentado a ella y la había esclarecido.

Cuando Abelardo explicaba filosofía en París en aquella época, no conocíamos algunos de los textos de Aristóteles que hoy ya están a nuestro alcance. En los últimos años han llegado desde Hispania, tierra que está siendo conquistada por los reyes cristianos a los sarracenos y poco a poco liberada del dominio de los hijos de Mahoma, nuevos textos del Estagirita. Se trata de traducciones al latín de algunas de sus obras que se conservan en las nutridas bibliotecas de las madrasas de las mezquitas de las principales ciudades de los musulmanes, que en su día los sabios sarracenos vertieron a la lengua árabe del original griego, y que ahora nos llegan traducidas al latín.

Pese a carecer de algunos de esos textos, Abelardo nos explicaba las obras de todos los autores conocidos que habían comentado a Aristóteles, citaba a los filósofos griegos y romanos con una suficiencia y una autoridad deslumbrantes y siempre otorgaba la mayor credibilidad al propio Aristóteles, comparándolo a veces con Platón, y ello a pesar de que no sabía griego y de que apenas tenía acceso a un par de los *Diálogos* del sabio ateniense y a los comentarios que en su amplia obra el propio san Agustín realizó sobre las tesis de Platón. Para facilitar el estudio a sus alumnos, escribió un breve tratado titulado *Introductiones parvulorum*, es decir, «Instrucciones para los alumnos», en el cual explicaba cinco glosas breves de la *Isagoge* de Porfirio, de las *Categorías* y de *De interpretatione* de Aristóteles y de *De divisione* de Boecio. Ese pequeño manual fue muy útil para que entendiéramos las obras de estos tres importantes filósofos.

Aquéllos fueron días extraordinarios. Entre la colina de Santa Genoveva y la ciudad de París, en la orilla izquierda del Sena, crecía un nuevo burgo que algunos comenzaron a denominar el «Barrio Latino». El nombre es muy apropiado, porque en sus nuevas calles, en sus posadas y albergues y en sus numerosas tabernas se habla sobre todo en latín, la lengua común de maestros y escolares. En este barrio viven ahora unos cinco mil estudiantes y profesores, pero entonces estaba comenzando a nacer. Yo seguía habitando en la casa de mis padres, a orillas del Sena, mientras en el nuevo barrio se asentaban estudiantes procedentes de todas las naciones de la cristiandad, pues ante la fama de Abelardo y de otros maestros acudieron incluso alumnos de los agrestes reinos hispanos y de más allá de las extensas llanuras boscosas del centro de Europa.

Todos estos escolares, hijos de reyes, de nobles, de ricos mercaderes e incluso de

obispos, utilizan el latín para entenderse entre ellos, aunque cuando se reúne en torno a la mesa de alguna taberna un grupo de alumnos de una misma nación, cada cual suele emplear su propia jerga, sobre todo si el vino y la cerveza han sido consumidos en cantidades suficientes como para ofuscar las mentes y desatar las lenguas.

Así, es habitual escuchar a los pelirrojos escoceses cantar, en su incomprensible lengua gaélica, viejas canciones que recuerdan las batallas libradas por sus antepasados en los pelados riscos de sus brumosas tierras altas; a los agudos ingleses, perorar en el nuevo y simple idioma germánico que utilizan mezclado con palabras y expresiones latinas y normandas; a los elegantes franceses, utilizar nuestra lengua de *oil*, tan armoniosa y sutil; a los sensuales aquitanos, recitar poemas de amor en la lengua de *oc*, dulce y galante como ninguna; a los reflexivos lombardos, discutir acaloradamente, como es su costumbre, en la melodiosa habla que utilizan, tan próxima al latín que puede seguirse una conversación con ellos utilizando la lengua de Virgilio; no faltan sajones y alemanes, que se comunican entre sí con unas expresiones tan rudas y ásperas que parece cual si estuvieran hablando con caballos en vez de con personas; o barbudos monjes de los intrincados bosques de Eslabonia, la tierra de los hombres rubios de ojos azules y piel como de nieve, que se comunican con sus enrevesadas lenguas eslavas que nadie comprende, y no es raro escuchar de vez en cuando a alguien hablar en la musical lengua de los árabes, creada para rezar a Dios y para susurrar bellos poemas al oído de las más hermosas mujeres.

Hoy, París sigue siendo esa misma ciudad, con más estudiantes aún, más poblada y extensa y en constante crecimiento; pero Abelardo ya no está entre nosotros, y su poderosa y embriagadora voz no se escucha bajo las bóvedas de los claustros ni entre los púlpitos de las aulas. En cambio, su espíritu libre y polemista parece continuar flotando sobre nosotros, como si quisiera animarnos a ser cada día un poco más sabios, un poco más justos y un poco más libres.

Yo era joven, muy joven, y el vigor de la juventud fluía por mi interior y me colmaba de energía que gastaba en aprender las lecciones de Abelardo, pero también solía acudir algunas veces a las tabernas del Barrio Latino, donde todas las tardes se reunían grupos de escolares para compartir un poco de comida y un mucho de cerveza y de vino tras la jornada de estudio en las escuelas.

Muchos escolares asistíamos a las clases porque nos interesaba aprender para formarnos como clérigos, profesores, notarios o juristas, pero no eran pocos los estudiantes que habían convertido su oficio en un divertimento continuo y en su propio modo de vida. No era difícil reconocerlos. Solían tener una edad superior a la de la media de los alumnos, se movían en las tabernas con tal soltura, desparpajo y seguridad que enseguida se delataba su ruidosa presencia. Eran altivos y desvergonzados, cantaban canciones jocosas entre jarras de cerveza y vasos de vino y hablaban de las mujeres en tales términos que sus soeces expresiones hubieran sonrojado a una cuadrilla de piratas vikingos borrachos.

Estos profesionales de la juerga continua se denominaban a sí mismos goliardos y

se proclamaban estudiantes de la buena vida, aprendices del buen comer y maestros del buen beber. Siempre se mostraban dispuestos a celebrar, entre tragos de cerveza y vino y banquetes de carne y pasteles, cualquier evento, fuera el que fuera, aunque se tratara de la entronización de un nuevo papa o de la proclamación del obispo local. No faltaban a ninguno de los múltiples festejos que se organizaban en París y, cuando no había ocasión propicia, eran ellos mismos los que convocaban fiestas y jolgorios en los que corrían la cerveza y el vino, eso sí, siempre a costa de algún incauto que pagaba los gastos de la fiesta a cambio de un rato de diversión garantizada.

Se habían convertido en profesionales de la vagancia y se jactaban de vivir de la mendicidad, de la caridad ajena, de la picaresca y de las propinas que les regalaban quienes los consideraban graciosos y ocurrentes. Tenían a gala no trabajar jamás y aprovecharse del prójimo en cuanto les fuera útil. El ocio era su camino y su meta.

Carecían de sentido de la vergüenza y no cumplían ninguna de las reglas de comportamiento a las que los demás estamos habituados, de modo que, a menudo, solían exhibirse desnudos de manera obscena y procaz en público, especialmente si había presente alguna mujer a la que escandalizar. Eran habituales en las tabernas, donde empleaban todo tipo de tretas para no pagar lo que consumían, y en ellas ocupaban la mayor parte del tiempo, bebiendo, comiendo y cantando canciones que ellos mismos componían, siempre con letras burlescas e incluso blasfemas, cargadas de ironía cuando no de duras críticas a las autoridades de la ciudad y de la Iglesia, aunque en algunas ocasiones también declamaban poemas líricos dedicados al amor hacia las mujeres.

Como ninguno de ellos solía disponer de casa propia, y cuando alquilaban una no pagaban el arriendo y eran desalojados enseguida por los dueños, dormían donde podían; en verano lo hacían al aire libre, bajo los árboles o en los pórticos de las iglesias si llovía, y en invierno buscaban lugares más cálidos, como pajares, graneros o corrales. Los más afortunados conseguían hacerse con un hueco en alguno de los hornos de los panaderos de París y allí pasaban las frías noches de invierno, acompañados de meretrices viejas y desdentadas que yacían con ellos a cambio de un poco de calor y un pedazo de pan duro.

Se reunían en cofradías en las que imperaba una extraña camaradería y donde cada uno de ellos acostumbraba a compartir con sus amigos cuanto poseía, que solía ser más bien poco. Decían que todo pertenecía a la comunidad y se pavoneaban de seguir las costumbres de los primeros cristianos, para quienes toda propiedad era comunal.

Algunos de ellos, debido a que pasaban el día ociosos y desocupados, componían versos de cierto mérito. Acompañaban esos poemas con música, que interpretaban con humildes flautas de caña que ellos mismos fabricaban, o con laúdes y cítaras estropeados y raídos que recuperaban de entre los que se desechaban por viejos e inútiles en las catedrales y monasterios.

Sus composiciones musicales eran bien diferentes a las que se elaboraban en las

escuelas, en la enseñanza del *quadrivium*. Los músicos goliardos gustaban de los versos rítmicos, con intensos acentos silábicos que confirieran a la canción una tonalidad rotunda, entre épica y burlesca, a modo de melodías machaconas y simples que resultaran fáciles a los oídos de todos sus colegas, pues estaban pensadas para ser cantadas en grupos, casi siempre en torno a una jarra de vino o un vaso de cerveza. Abominaban de las complejas composiciones de los músicos cultos, basadas en los ritmos de pies cuantitativos, de pautas solemnes y equilibradas.

Pero la principal originalidad de sus canciones radicaba en los temas que abordaban. Los más frecuentes eran los que les servían para satirizar la sociedad en la que vivían, que no aceptaban pero de la que se aprovechaban cuanto podían. El papado constituía el objetivo principal de sus afilados dardos musicales. Recuerdo ahora una canción que oí cantar a un grupo de clérigos vacantes, como también los llamamos, en una taberna cercana a la iglesia de Saint-Germain-des-Prés una lluviosa tarde de otoño. Varios goliardos compartían un par de jarras de vino de Champaña, blanco y afrutado, que habían obtenido gratis de un incauto, mientras cantaban a coro esta canción:

Alzo contra los vicios mis rebeldes canciones.
Unos emplean la miel, otros ocultan con ella la hiel,
esconden un pecho de hierro bajo una dorada piel,
no son sino burros disfrazados de leones.
Roma es la cabeza del orbe pero en ella no existe nada puro,
de los pies a los cabellos todo es allí inmundo, pues un primer vicio arrastra a
un segundo,
y huele a mierda lo que está más profundo.
En Roma, la Parca teje con los hilos de la avaricia,
al que acude con regalos perdona y sólo al pobre ha condenado.
El dinero ha suplido a Dios, y los marcos
de plata a san Marcos; allí, el arca de oro más que el ara del altar es requerida.

Sus canciones se basaban en melodías pegadizas, muy fáciles de recordar, y en ello eran maestros consumados. Cuestionaban los poderes de la Iglesia y de los nobles, pero a veces cantaban únicamente para divertirse, festejando su ocioso modo de vida, sus desmesuradas ansias de beber y de comer y su despreocupación por los temas trascendentales. Pretendían con ello dar la impresión de que no les importaba la eternidad; desde luego, vivían el día a día, esperando el siguiente amanecer sin más anhelo que ver salir el sol una vez más.

Cuando se juntaban varios de ellos y se encontraban lo suficientemente borrachos, cantaban una canción que todos los estudiantes de París conocíamos de memoria de la cantidad de veces que la habíamos escuchado y cuyo estribillo tarareábamos inconscientemente; los goliardos de Francia la habían adoptado como

su himno. Decía así:

Somos vagabundos, risueños y jocundos.

Taratán-tarantino.

Comemos sin recato, cantamos sin desmayo.

Taratán-tarantino.

Reímos a carcajadas, nos comemos las tajadas.

Taratán-tarantino.

Allá donde haya juerga, vamos alegres de fiesta.

Taratán-tarantino.

Desde los tiempos de mi juventud hasta hoy, estos clérigos vacantes apenas han alterado sus costumbres. Para la mayoría de la gente no son sino truhanes, pendencieros, borrachos y vividores, pero ellos se jactan con orgullo del apodo de goliardos, cuyo origen atribuyen a un fundador mítico llamado Golías o Goliat, un legendario ladrón de ovejas, a quien san Agustín ya comparó con el diablo que amaba la vida disipada, el placer de disponer de lo ajeno y la existencia regalada, del cual se consideran fieles seguidores y leales discípulos, aunque creo que lo hacen más por irreverencia que por convicción.

En realidad, no son mala gente, e incluso entre ellos han destellado, y lo siguen haciendo, brillantes poetas y notabilísimos músicos que destacan por un ingenio poco común y una inclinación desbordada hacia la fiesta y la ociosidad.

CAPÍTULO X

El brillo de Abelardo parecía que iba a durar para siempre. Era envidiado por muchos de los profesores de las escuelas de París, que en las tertulias del Petit-Pont, en las conversaciones de taberna o en los mesones donde solían acudir a comer lo criticaban más por recelo a su fama y a su éxito que por sus propuestas intelectuales; pero ninguno de ellos osaba enfrentarse con él ni en sus clases ni en el claustro de profesores, ni por supuesto delante de un nutrido grupo de escolares.

Era tal su superioridad, su magisterio y su influencia que o lo temían o lo admiraban. Desde luego, los precedentes de sus envites dialécticos eran para tener en cuenta, pues había derrotado a sus tres maestros, los tres considerados grandes retóricos, y su vehemencia y rotundidad argumental, unidas a la brillantez de su exposición, disuadían a cualquier profesor, joven o veterano, que pretendiera medir sus fuerzas dialécticas y sus conocimientos con él.

Su fama y su prestigio seguían creciendo y nada parecía que pudiera detenerlos. La colina de Santa Genoveva, que algunos siguen empeñados en denominar montaña, todavía no entiendo el porqué, comenzó a ser comparada con el monte Sinaí, una especie de faro luminoso que alumbraba los estudios de filosofía en toda la cristiandad, cual linterna y antorcha cuya luz era emitida por Abelardo.

Ni siquiera el obispo de París se atrevía a imponer su jurisdicción en la escuela de Santa Genoveva, alegando, sin duda para evitar cualquier problema, que lo que ocurriera en ese lugar estaba fuera de su ámbito de competencia. En verdad, el propio obispo temía enfrentarse a Abelardo, al cual se le toleraba casi todo, incluso que impartiera doctrinas que en otro lugar hubieran sido consideradas en el límite de la herejía. Todo se le permitía al Maestro porque la ciudad de París y sus escuelas ingresaban notables rentas procedentes de los escolares hijos de ricos potentados, que acudían con mucho dinero para gastar, y algunos de ellos lo hacían incluso con su propio séquito de criados y pajes.

Los parisinos estaban encantados con Abelardo, de quien alababan, pese a que la mayoría jamás había asistido a una sola de sus clases, su probada ciencia y su sublime elocuencia. Y en verdad que era así, pero a los acomodados burgueses de París no les importaban tanto los conocimientos de su ilustre vecino como la riqueza y el prestigio que su nombre generaba.

El Maestro no impartía sus clases en un lugar fijo, pues, como sigue ocurriendo ahora, la escuela no es un lugar concreto, sino el conjunto de alumnos y profesores que la forman, pero él prefería hacerlo en el patio de la ermita de Santa Genoveva, sobre todo en los días cálidos de la primavera, y en el claustro de la vieja catedral de Nuestra Señora, no tanto por comodidad, pues el edificio ahora recién derribado era oscuro y húmedo, sino porque se sentía a gusto explicando lógica y retórica bajo las

bóvedas de piedra donde en su día retumbara la voz de Guillermo de Champeaux, su maestro y adversario.

No renunciaba a enseñar en cualquier sitio. Recuerdo que un día de finales de primavera, reunidos sus alumnos en el patio de Santa Genoveva, como acostumbrábamos en esa época, para escuchar una lección sobre los principios de la lógica de Aristóteles, el Maestro nos indicó que lo siguiéramos; y así lo hicimos. Nos dirigimos hacia el sur por un camino rodeado de viñedos, tras su estela. Se había puesto unos zapatos nuevos, de aquellos de punta larga que se rellenaba de estopa y que estaban de moda entre los elegantes hace treinta años, incómodos para pasear pero que otorgaban una delicada estilización a quien los usaba, pero él caminaba como si portara en sus pies las más cómodas de las botas.

Tras una milla, más o menos, de marcha, nos sentamos en un prado de hierba verde, formando un semicírculo en torno al Maestro, que permaneció de pie en todo momento. Allí, en medio del campo, sin más apoyo que su memoria, su palabra y su sabiduría, dictó una de las lecciones más magníficas que le recuerdo.

Ahora sí que París era en verdad la nueva Atenas, y Abelardo su primer filósofo, nuevo Platón y nuevo Aristóteles a la vez. La escuela de Nuestra Señora, donde alcanzó el apogeo de celebridad, lo reconoció como el gran e indiscutible maestro. Nadie se atrevía a debatir con él y todos lo halagaban, pero muchos le tenían tal envidia que aguardaban el momento propicio para atacarlo. En aquella escuela se educaron eminentes alumnos que luego fueron papas, como Celestino II, cardenales y obispos de diversas naciones, teólogos y filósofos; nadie quería perderse las clases de dialéctica y de teología de Abelardo.

Tenía treinta y cinco años y lucía pleno de salud y de vigor. Su imponente presencia física, su elegante porte, su arrogancia natural, que no impostada, su vibrante elocuencia, día a día más brillante, su eminente inteligencia, su lucidez expositiva, su impactante atractivo y su fuerza revitalizadora nos deslumbraban a todos los escolares.

El obispo, abrumado ante las peticiones para que otorgara a Abelardo la dirección de los estudios parisinos, lo nombró rector de las escuelas de la catedral; ese día lo vi satisfecho.

En aquellos días yo había acabado el segundo y último curso del trivium y esperaba ansioso los ejercicios de dialéctica, gramática y retórica. Me consideraba bien preparado, al menos eso creía, y me estimaba con capacidad sobrada para superar con suficiencia las pruebas de los exámenes. La gramática no me ofreció la menor dificultad, pues me gusta el latín y había leído todos los libros a mi alcance en las bibliotecas de la catedral de Nuestra Señora y de la escuela de Santa Genoveva. Dominaba las *Institutiones grammaticae* de Prisciliano y había aprendido de memoria párrafos enteros de obras de Cicerón, Catón y Virgilio. El tribunal me felicitó por el nivel de mis conocimientos. El de dialéctica fue algo más complicado; para superar esta disciplina es preciso elaborar un argumento lógico a partir de textos de filósofos.

Los profesores del tribunal me pidieron que comentara unos párrafos de la *Isagoge* de Porfirio, y lo hice utilizando los mismos argumentos que había aprendido en una de las clases de Abelardo, a quien cité como autoridad de referencia. No me atreví a criticar a Guillermo de Champeaux con la contundencia que el Maestro empleó en esa clase, pero, por lo demás, seguí paso a paso las tesis de Abelardo. Desde luego, ninguno de los tres examinadores se atrevió a contradecir uno solo de mis argumentos, que yo había tomado prestados del «León de París».

Por fin, abordé la prueba de retórica pleno de seguridad, pero una buena parte de mí se vino abajo cuando al mencionar mi nombre para que realizara el ejercicio y me levanté del pupitre que ocupaba en el claustro de la catedral, donde se celebraban los exámenes del trívium, vi que entraba Abelardo, embutido en una capa azul oscura ribeteada de una orla bordada en hilo negro y tocado con un elegante sombrero de fino fieltro. El Maestro se sentó cadenciosamente y, mientras yo me dirigía al estrado con los nervios a flor de piel, no dejó de mirarme, esbozando una sonrisa que denotaba cierta complacencia y con la que me transmitía confianza y apoyo.

No creo que lo hubiera hecho antes, por eso el que el gran Maestro asistiera al examen de uno de sus alumnos era un hecho destacable. Incluso los tres jueces que me examinaban intercambiaron sus miradas de sorpresa y pude apreciar en sus rictus un cierto estado de nerviosismo, como si la presencia de Abelardo los convirtiera de examinadores en examinados.

En la prueba de retórica se evalúa el refinamiento de la prosa oral y escrita del alumno. Consta de dos ejercicios. Uno de ellos consiste en la lectura de un texto que el aspirante ha redactado antes de la vista pública y el otro en un breve discurso oral sobre un tema que plantea el tribunal. El ejercicio escrito lo superé bien, pues había utilizado para ello una técnica que Abelardo nos había enseñado, basada en una de las *Homilías* de Orígenes. En cambio, comencé el ejercicio oral, para el cual me pidieron que disertara sobre un texto de la *Pastoral* de san Gregorio, con algunos titubeos y no poca ansiedad; mas poco a poco me fui calmando, superé mis iniciales indecisiones y acabé con suficiencia, entre citas de las *Cartas* de san Jerónimo, los *Sermones* de san Juan Crisóstomo y las inevitables *Cartas a Lucilio* de Séneca, de los cuales me había aprendido largos párrafos de memoria.

Al acabar mi ejercicio, no pude evitarlo y miré hacia Abelardo. El Maestro permanecía sentado, con los brazos cruzados sobre el pecho, y me observaba sereno y tranquilo. Me confortó mucho el que hiciera un signo, muy sutil pero evidente, elevando las cejas, aprobando el tono de mi intervención. El tribunal se percató de ello y, tras la deliberación pertinente, me otorgó la máxima calificación. Había superado el trívium y me habían concedido una mención de honor *cum laude*, lo que apenas ocurría dos o tres veces en cada curso.

A pesar del respeto que le profesaba, cuando me comunicaron la calificación me dirigí hacia Abelardo, que ya se marchaba parsimonioso de la catedral, y le di las gracias.

—Es mi obligación como profesor que mis alumnos salgan de mis clases con la mejor preparación posible —me comentó sin darle mayor importancia.

—Me refería a vuestra presencia en el examen, Maestro. Para mí, ha sido un honor inmerecido.

—¿Y por qué supones que mi comparecencia en el claustro era por tu causa? —me preguntó no sin entonar la interrogación con cierta ironía.

—No sé... —balbucí—, al veros aquí supuse que...

—Error. La lógica que te he enseñado no admite esas premisas. No has tenido en cuenta otras premisas, has planteado una única solución y la has admitido como la correcta sin contrastarla con otras. Has aprobado los exámenes, pero no has aprendido lo suficiente, deberás esforzarte más, abrir más tu mente, no dar por sentado todo aquello que te parezca evidente.

Me había impartido una breve pero excelente lección de lógica, y sobre todo había rebajado mi orgullo y me había dado un buen baño de humildad.

Tras sus palabras me quedé sin habla, aturdido como un pato recién sacado de la jaula, y me sentí pequeño y ridículo.

—Lo siento... —es lo único que pude barbotear.

El Maestro me miró divertido y apoyó su poderosa mano sobre mi hombro.

—Por otra parte, si estabas seguro de tu hipótesis y creías firmemente que yo he venido a escucharte, deberías haberla defendido con argumentos contundentes y no darte por vencido ante mis asertos, que bien pudieran haber estado equivocados —comentó.

De nuevo no supe qué decir y lo miré desconcertado.

—*Sic et non* —de pronto salieron esas palabras en latín de mi boca—. Como me habéis enseñado, en un mismo supuesto habitan diversos argumentos, contrarios a veces. Yo os vi y creí que vuestra presencia en el claustro se debía a mi intervención. Eso son hechos. Y mi mente estaba convencida de que era así, y así lo supuse.

—De acuerdo, de acuerdo. No convirtamos este asunto banal en una árida polémica intelectual. Sí, quería comprobar que mi mejor alumno estaba a la altura que yo esperaba.

—¿Y lo estoy? —le pregunté, dando por hecho que yo era su mejor alumno.

—Lo estás, y por eso quiero hacerte una oferta. Te lo iba a proponer la próxima semana, una vez que sea definitivo el resultado de los exámenes, pero ya que estamos aquí... ¿Te gustaría ser mi ayudante el próximo curso? No es necesario que me contestes de inmediato, medítalo y hablaremos de ello dentro de unos días.

—Sí, claro, claro, lo pensaré.

Me dio una palmada en el hombro, sonrió como sólo él sabía hacerlo y se marchó caminando con sus pasos cadenciosos y elegantes.

Suspiré profundamente. ¡Ayudante de Abelardo!; yo, un escolar que recién acababa de aprobar el trívium. No lo podía creer; estaría a su izquierda todos los días, en todas las clases, leería los textos que él seleccionara y atendería sus explicaciones

a su lado, y si alguna vez él faltara a clase por enfermedad o por cualquier otro motivo, yo sería el encargado de sustituirlo. ¡Dios Santo!, yo, el sustituto del Palatino.

Me sentía como alelado y no supe reaccionar. Corrí a mi casa y les anuncié a mis padres que acababa de aprobar los exámenes del trívium, pese a que no se habían otorgado las calificaciones finales todavía. Ambos se mostraron muy contentos y me felicitaron. Mi madre lo esperaba, aunque mi padre no estaba tan convencido de ello. Durante la comida, que festejamos con una jarra de un excelente vino de Borgoña, les anuncié que el maestro Abelardo me había propuesto ser su ayudante para el siguiente curso.

Mi madre, a pesar de su natural recato, lanzó un grito de alegría, y mi padre frunció el ceño.

—Ese hombre es un portento de sabiduría, pero se está labrando muchos enemigos en la ciudad. Piénsalo bien —me recomendó.

—Es un profesor extraordinario.

—Se comenta que tiene un concepto demasiado laxo de la libertad del individuo, y no creo que a la Iglesia y al rey les agrade semejante idea.

—Es un adelantado a su tiempo y a la vez un clásico. Deberías escucharlo, padre, sus tesis son ingeniosas y considero que acertadas, y no creo que haya nada herético ni desviado en ellas. De hecho, imparte teología, y todos los estudiantes coincidimos en que sus clases son las mejores.

—La envidia es un pecado inevitable y puede desencadenar terribles consecuencias. Ese hombre es muy envidiado y eso le puede acarrear no pocos problemas.

—Quienes lo envidian son mediocres que no le llegan ni a la suela de sus botas.

—Tal vez, pero entre ellos hay personajes poderosos que están aguardando a que cometa el menor desliz para caer sobre él como lobos. Y si tú estás en medio, también te llevarás lo tuyo.

—Déjame decidir en esto, padre. Tú has sido un hombre arrojado. Nadie confiaba en los negocios que tú iniciaste porque entrañaban no pocos peligros. Muchas veces me has contado los riesgos que corriste en tus viajes al sur, a las tierras de los mahometanos, en busca de seda y tejidos preciosos.

—Esto es diferente. Nadie te perseguirá por vender una tela sarracena, un brocado de Damasco, gasas de Mosul o un manto de Tiraz, para ganar con ello una buena bolsa de monedas, pero cuidado si lo que vendes son palabras e ideas que van contra los intereses de los altos magnates de la Iglesia o de la realeza, porque, en ese caso, te conviertes en un individuo peligroso y tu cabeza penderá de un hilo.

—Quiero ese puesto, padre. Hace un par de años, cuando comencé mis estudios y escuché sus primeras clases, soñé con ser algún día como él, y ahora Dios ha propiciado que tenga la oportunidad de poder hacerlo. Déjame que pueda cumplir mi sueño.

Ante mi contundente alegato, mi padre reflexionó. Era un tipo acostumbrado a superar situaciones difíciles, había viajado en busca de productos exóticos a lugares expuestos, a las fronteras en guerra entre cristianos y mahometanos; se había enfrentado a bandidos y a nobles sin escrúpulos, tan ladrones o más que los propios bandoleros, y siempre había salido airoso.

—Si ése es tu deseo... ¡Menudos tiempos éstos en los que los hijos pretenden decidir por su cuenta a pesar de la opinión de sus mayores! —exclamó.

—Gracias padre, pero siempre ha sido así, siempre.

CAPÍTULO XI

Unos días después, cuando ya fueron oficiales los resultados de los exámenes, me dirigí a una de las tabernas del Barrio Latino, presto a celebrar con algunos de mis amigos el éxito obtenido. Mi padre me había regalado un puñado de monedas de plata, con las cuales pensaba invitar a todos cuantos me encontrara en La Hechicera Verde, la mejor taberna de todo el barrio, donde solíamos reunirnos varios colegas en algunas ocasiones.

Llegué entre la hora nona y las vísperas, con el sol todavía brillando en el cielo de París, y me senté a una mesa con media docena de compañeros que también habían aprobado sus exámenes. En un santiamén dimos buena cuenta de un par de jarras de cerveza, que era bastante barata pero de notable calidad, y pedimos dos más. En una mesa de al lado había varios goliardos, fácilmente reconocibles por su atuendo desastrado y por su comportamiento jocosos y bullangueros, pues gritaban como posesos, reían como demonios y cantaban felices algunos de sus himnos de taberna. Recuerdo uno que decía:

Es mi deseo morir en la taberna,
con un trago de vino en el gáznate,
para que los coros de ángeles canten:
Dios sea propicio a este calavera.

Hasta entonces, los jactanciosos goliardos no habían prestado demasiada atención a nuestro grupo, pues nos limitábamos a felicitarnos y a compartir las jarras de cerveza, pero uno de ellos debió de enterarse de que estábamos celebrando algo y decidió unirse al festejo.

—¡Ah!, helos aquí —gritó aquel goliardo—, estudiantes hacendosos y aplicados celebrando el feliz resultado de su trabajo. ¿No tenéis un poco de vino para que estos pobres amigos puedan congratularse con vuestro éxito?

Yo estaba muy gozoso; había tomado varios largos tragos de cerveza, demasiados para mi costumbre, pues apenas bebía otra cosa que no fuera agua o un poco de vino caliente rebajado con agua y aromatizado con canela y miel, así que me levanté eufórico y les dije:

—Por supuesto, amigos, venid y bebed una buena jarra de vino.

Y cometí el error de decirle al tabernero que nos sirviera de su mejor tonel.

En cuanto oyeron mi invitación, se lanzaron sobre el tabernero, quien, sonriente porque atisbaba una buena venta a la vista, y quizás incluso estuviera compinchado con ellos, sacó un barrilito del mejor vino de Aquitania, un tinto espeso, aromático y sobre todo muy caro, que vertió en varias jarras cuyo contenido desapareció,

engullido por las insaciables gargantas de aquellos aspirantes a vivir del esfuerzo ajeno, en menos tiempo del que cuesta rezar un padrenuestro.

—¡Otro barril!, que paga su excelencia —gritó un barbudo goliardo entre grandes risotadas, cuya ajada vestimenta de color indefinido lucía unos oscuros y húmedos lamparones fruto del vino derramado sobre su pechera.

El orondo tabernero se frotaba sus gordezuelas manos ante mi estupor, que aumentó cuando entraron en la posada una docena de nuevos goliardos, gritando aleluyas, felicitando al nuevo «triumviro», que es como nos llamaban en la jerga estudiantil a los que acabábamos de aprobar las materias del trivium, y clamando por más vino rojo de Aquitania. Nadie sabía cómo se enteraban, pero en cuanto se servía vino o cerveza gratis aparecía como surgido de las entrañas de la tierra un nutrido grupo de aquellos impenitentes jueguistas prestos a beberse la cosecha de todo un año.

El tabernero abrió un segundo barril y se mordió los labios con un gesto de codicia que no pudo reprimir. Aquella juega iba a reportarle más beneficios que una semana entera de trabajo, y todo gracias a mi ingenua generosidad y a la gula de los goliardos.

—¡Un poco de carne, tabernero, que de alguna manera tendremos que pasar este vino! —gritó otro de los goliardos, un tipo peludo como un oso y grueso como un buey, que vestía un sobado y grasiento hábito monacal, ceñido con un cordón de badana trenzada, mientras me palmeaba la espalda y alababa mi buen gusto.

Por la puerta de la cocina apareció una gruesa mesonera, también sonriente, portando una enorme bandeja que contenía la carne de un cordero rodeado de cebollas y nabos asados. Los goliardos se lanzaron sobre las viandas sin darle tiempo siquiera a depositarlas sobre la mesa y las tajadas se evaporaron como las nubes tras la tormenta. El tabernero ya servía el tercer barrilito entretanto.

—El asado estaba destinado a unos profesores que esta noche celebran el final del curso; tendremos que poner otro cordero en el fogón —lamentaba con fingida contingencia el mesonero.

Un cordero, seis enormes hogazas de pan de trigo y tres barrilitos de vino fueron despachados por un par de docenas de desarrapados goliardos en menos tiempo del que se tarda en oficiar un responso; a los atribulados escolares no nos dejaron ni las migajas.

Acabado el festín gratuito, se sentaron en corro, saciados de carne, pan y vino, nos ignoraron por completo y cantaron a voz en grito uno de sus himnos, ése tan conocido en el que festejan ser miembros de un colectivo de truhanes dedicados a la vagancia y a la trasnochada:

Nuestra cofradía admite
a los justos y a los injustos,
a los cojos y a los flojos,

a los jóvenes y a los viejos,
a los belicosos y a los pacíficos,
a los sosegados y a los rabiosos,
a los bohemios y a los teutones,
a los esclavos y a los romanos,
a los gigantes, a los medianos y a los enanos,
a los humildes y a los vanidosos.
Nuestra cofradía prohíbe
levantarse a maitines,
porque algunos fantasmas,
vagan por las mañanas
y nos aterran con sus visiones.
Quien a hora temprana se levanta,
es que no tiene la cabeza sana.

Y seguían riendo y riendo a grandes carcajadas, como sólo los demonios lo hacen, abrazados, dichosos y borrachos, mientras el mesonero se acercaba sonriente hacia mí.

—Muchacho, me debes dos marcos y medio de plata —me solicitó tendiendo sus manos llenas de dedos tan gruesos como salchichas.

—Lo siento, tendré que ir a casa, no llevé encima tanto dinero —me excusé entre avergonzado y zaherido en mi orgullo.

—Vaya con el muchacho; vamos, dame todo lo que lleves encima.

Le ofrecí la bolsa de cuero con las monedas de plata que me había regalado mi padre, la abrió, las contó y, tras comprobar que no eran falsas, me advirtió que con aquello no cubriría ni siquiera la décima parte del coste de lo consumido. Me amenazó con llamar a los guardias del concejo si no pagaba el resto de los gastos y cogió una enorme tranca de madera con la que me conminó a abonar la diferencia o a romper la estaca en mis espaldas.

—Lo siento, ya he dicho que no llevo nada más encima; soy cliente habitual de esta taberna, iré a casa a por el resto del dinero.

—A la mazmorra es a donde vas a ir, hideputa, y allí te pudrirás si no me pagas lo que debes; pero te aseguro que lo harás con todos tus huesos rotos.

—Mi padre es un rico mercader; él abonará la cuenta.

—Ni hablar, rufián, o pagas ahora mismo tu deuda o esta tranca medirá tus costillas antes de que te arrojen al calabozo.

El maldito mesonero me tenía sujeto por el cuello y estaba a punto de dejar impresa sobre mi piel la marca de aquella estaca, para lo que, a mayor escarnio mío, estaba siendo alentado por aquellos bribones que se habían atiborrado de cordero y emborrachado a mi costa, y aún querían verme apaleado, cuando una voz poderosa y rotunda, cargada de autoridad y dominio, tronó desde la puerta de la taberna.

—Deja al muchacho en paz.

La voz que tantas veces me había enseñado las tesis de los filósofos más ilustres, la que me había embelesado con las lecciones más brillantes, era la misma que acudía a mi salvación. Cuando me di la vuelta y lo vi allí, su figura imponente recortada en la puerta de la taberna, creí en la existencia de los milagros. Más tarde supe que uno de mis compañeros, viendo mi apurada situación, salió corriendo de la posada y fue a avisarle de lo que ocurría.

Abelardo estaba plantado con la firmeza de un roble, justo bajo el umbral, con las piernas ligeramente separadas y los brazos enjarras. Tenía el gesto sereno y las mandíbulas apretadas, e iba en serio.

—Excelencia —se inclinó el mesonero cambiando su agrio tono de voz por otro sumiso y casi suplicante—, sólo pretendía cobrar lo que se me adeuda; es lo justo.

—¿Cuánto se te debe? —le preguntó ante el silencio de todos los que estaban en la taberna, que se habían callado acogotados por la voz dominante de Abelardo.

—Descontando lo que ya me ha pagado..., humm..., dos marcos y un cuarto, excelencia.

—De acuerdo. Yo te lo abonaré mañana. Ahora suéltalo.

La mano de aquel lacayo de Vulcano liberó la presa de su enorme manaza, que no era otra cosa que mi cuello, y esbozó un atisbo de falsa sonrisa.

—Quedas libre; agrádescelo al Maestro —me espetó el tabernero al oído.

—Vámonos —me conminó Abelardo.

Aliviado y sonrojado a un tiempo, me dirigí hacia la puerta pasando entre los goliardos, que me habían abierto un estrecho pasillo y que seguían amedrentados ante la figura del que entonces sí me pareció más que nunca el León de París.

Salimos de la posada, caminamos juntos y durante un trecho se mantuvo en silencio. Poco antes de llegar a la ribera del Sena, se detuvo y me miró fijamente.

—Debes tener cuidado. Todos hemos sido jóvenes, pero tú vas a ser, espero que así lo hayas decidido, profesor en la escuela de Nuestra Señora de París, la más prestigiosa del mundo. Debes ser digno de semejante puesto. No lo olvides jamás.

Asentí avergonzado, le pedí perdón por mi torpeza y continué caminando a su lado.

—Mañana le llevaré al tabernero el dinero de la deuda, no os preocupéis por ello —le aseguré.

—¿Lo tienes?

—Lo tiene mi padre; él me lo dará.

—En ese caso, deberás devolvérselo con tu trabajo. Necesito hacer varias copias del *Ars Amandi* de Ovidio; te pagaré por ello.

—Gracias, Maestro, gracias, pero no os sintáis obligado...

—No lo hago por ti, sino por mí mismo. El futuro ayudante de Pedro Abelardo no puede comenzar su nuevo trabajo embargado por las deudas.

Había recibido otra lección y de nuevo había sido él quien la había impartido, con

su elegancia de siempre, con su habitual contundencia, con su serenidad de hierro.

CAPÍTULO XII

Nadie podía competir con Pedro Abelardo en lucidez expositiva, capacidad retórica, recursos dialécticos y conocimientos sobre filosofía. En verdad que en varias ciudades de Francia había afamadas escuelas con excelentes maestros al frente. La de la catedral de Chartres contaba con una rica tradición de casi una centuria de experiencia docente y con el magisterio del gran Bernardo de Chartres; y las de Tours, Poitiers y Orleáns no le andaban a la zaga, además de otras más lejanas como las de Reims en Champaña, Lieja en Flandes, Oxford en Inglaterra, Toledo en Castilla y Bolonia en la región italiana de la Romaña, pero ninguna contaba entre su claustro de profesores con Abelardo; únicamente París lo tenía a él.

Esta es una ciudad de escolares y profesores donde las formas de poder empezaron a cambiar cuando la comuna decidió aplicar modos más racionales de gobierno, a lo que no fueron ajenos ni los intereses de los burgueses que se enriquecían al abrigo de los prósperos negocios ni, por supuesto, el influjo de los estudiosos, que alegaron las prácticas del derecho de los romanos como más propicias para la buena administración de las ciudades que los viejos códigos legales basados en la tradición de las costumbres germánicas.

Comenzaba una nueva época. Los mercaderes y los artesanos deseaban participar en el gobierno de las ciudades que ellos habían hecho florecer y a cuya riqueza estaban contribuyendo. Los nobles y la Iglesia se resistían a perder uno solo de sus derechos y privilegios, pero los reyes se apoyaban en no pocas ocasiones en los hombres de las comunas, que clamaban, a veces con revueltas violentas, por la aplicación de formas más racionales y equitativas de gobierno.

Los nuevos tiempos se manifestaban en todos los órdenes de la vida. El desarrollo de las ciudades era tal vez el signo más evidente de la época que estaba naciendo, pero también se roturaban bosques y se desecaban humedales para ampliar las tierras de cultivo, ante la demanda de alimentos de una población en continuo crecimiento, se aplicaban inventos para mejorar los rendimientos agrícolas y por todas partes se construían iglesias de piedra cuyos muros se pintaban con coloristas frescos gracias al aumento de las rentas de la Iglesia, que tras la reforma impulsada por el papa Gregorio VII incluso parecía dispuesta a acabar con la simonía, la corrupción y la avidez de riquezas. Hacía ya un par de generaciones al menos que había desaparecido el miedo a las invasiones de los hombres del norte y de los bárbaros de las estepas, ambos convertidos a la fe de Cristo, y la cristiandad andaba empeñada en recuperar todos los Santos Lugares del dominio sarraceno. Hacía ya quince años que la sagrada Jerusalén había regresado al redil de las ciudades bajo la cruz del Señor y en Tierra Santa se había instaurado un reino y varios principados cristianos.

Las primaveras eran húmedas y suaves, los veranos cálidos y apacibles, los

otoños templados y lluviosos y los inviernos menos fríos que antaño. Las cosechas florecían como nunca, las simientes producían frutos en cantidades jamás antes vistas, las plagas casi habían desaparecido y las sequías y las inundaciones eran tan esporádicas y tan poco intensas que no parecían sino breves olas de calor y suaves tormentas que hicieron olvidar los abrasadores estíos que provocaron agostadoras sequías y destructoras riadas que anegaron los campos en otro tiempo.

Hasta los poetas del amor y de la lírica, que habían desaparecido en los últimos siglos, volvieron a florecer como las amapolas en abril, y sus canciones dedicadas a la belleza de las damas, a la alegría de los corazones y al placer por el deleite de las cosas hermosas de la vida lo inundaron todo. Nunca antes habían visto los siglos semejante abundancia.

Así, la aparición de una figura como Abelardo no provenía de la casualidad. Aquel hombre prodigioso era fruto de la ventura de esos tiempos afortunados. El Palatino era la luz cenital de una época que comenzaba a ser luminosa, la lámpara que iluminaba el final de una época oscura y tenebrosa, el foco y la guía que señalaba el buen camino. Él lo sabía y estaba convencido de ser el icono de ese nuevo mundo. Abelardo era la luz misma y París el pebetero que hacía brillar aquella antorcha por encima de cualquier otra.

No es ésta la ciudad más grande del mundo. Dicen quienes han viajado a Oriente y regresado de la cruzada que en aquellas lejanas tierras existen ciudades mucho mayores. No sé si creerlos, pero aseguran que El Cairo, Constantinopla, Damasco o Antioquía albergan cada una de ellas a más de doscientas mil almas en su caserío, e incluso aseguran que la Bagdad de los califas, en la región de Mesopotamia, acoge dentro de sus muros de adobe a un millón de personas. No lo sé; ni siquiera puedo imaginar cómo pueden vivir en un mismo sitio tan fabulosas cantidades de gentes, pero aunque así sea, no creo que ninguna de esas ciudades repletas de palacios, jardines, templos y maravillas sea comparable a París. Aquí, el bullicio es permanente, las tiendas rebosan de mercancías traídas de todas las partes del mundo, los palacios de piedra proliferan y los artesanos trabajan el cuero y la madera como en ninguna otra parte; claro está que, como en cualquier gran ciudad, centenares de mendigos pueblan los alrededores de las iglesias y los conventos suplicando un poco de pan, un plato de sopa, un vaso de cerveza o una moneda de cobre, y cada día abundan más las prostitutas, mal necesario del que ninguna ciudad se libra.

El barrio de las escuelas se extiende hacia el sur por la orilla izquierda del Sena, donde se ubican decenas de posadas, mesones y tabernas, en torno a la calle de la Paja. Los más jóvenes acuden a sus escuelas con catorce o quince años y, si superan los exámenes y no pierden el tiempo ociosos en fiestas y banalidades, suelen acabar los estudios de las siete artes liberales del trivium y quadrivium entre los veintitrés y los veintiséis años. Los primeros cursos asisten a clase para asimilar las lecciones de los profesores y apenas intervienen en las sesiones de debate que se celebran por la tarde, pero los dos últimos tienen que exponer trabajos propios de manera pública,

como si estuvieran dictando ellos mismos una lección. Los exámenes orales sirven para temprar los nervios, aprender a hablar en público y habituarse a defender sus proposiciones mediante la retórica. Este tipo de prácticas es imprescindible, pues la mayoría de los escolares deberá predicar a lo largo de su vida numerosos sermones como clérigos o defender casos judiciales ante los tribunales o dictar, ya como profesores, sus propias lecciones a nuevos estudiantes.

Muchos de los escolares son hijos segundones de nobles y de ricos burgueses, aunque no faltan jóvenes monjes e incluso novicios, los más adelantados del convento, enviados por sus monasterios para completar la básica formación primaria que se les ofrece en su cenobio; también estudian aquí hijos de gente que no puede sufragar el coste de los estudios pero consiguen alguna beca de un mecenas particular, de una parroquia o de una comuna ciudadana gracias a su brillantez o a su capacidad para el estudio.

Abelardo lo llenaba todo. No era un profesor como los demás, sino un verdadero caballero de la filosofía. Tal vez porque en su juventud primera recibió instrucción en el uso de las armas, como hijo de soldado que era, y también por su espíritu belicoso y polemista, andaba siempre buscando un contrincante con el cual practicar la dialéctica y la discusión a modo de incruento combate. Había, ni siquiera abundaban en París, muy pocos que estuvieran a su altura o que al menos pudieran aguantar un debate con él más allá de unos instantes. Su amigo Arnaldo de Brescia, un agitador del intelecto como el propio Abelardo, era el único capaz de sostenerle por algún tiempo la polémica, y por eso lo apreciaba tanto. Era formidable asistir a un debate entre aquellos dos extraordinarios controversistas, que podían mantener una conversación riquísima en matices y argumentaciones sobre cualquier tema que se les propusiera.

Aunque había sido formado en la escolástica, el método filosófico que se enseñaba en todas las escuelas episcopales, sus inquietudes iban mucho más allá de lo que la filosofía de las escuelas propugna, que no es otra cosa que demostrar los dogmas de la Iglesia.

Los filósofos eran conscientes de que, desde que desapareciera la ciencia antigua, carecían de ciencia propia. Todo lo importante estaba en los antiguos, en Sócrates, Platón, Aristóteles, Séneca, al cual Abelardo reconocía como el más profundo de los filósofos, Porfirio o Boecio; por eso, la filosofía escolástica no era otra cosa que mera erudición. Los que se llamaban filósofos solamente, y no era poco, se dedicaban a comprender los textos de los antiguos, tratar de interpretarlos según la fe cristiana y parafrasear, mediante comentarios más o menos acertados, sus asertos.

Los escolásticos carecían de originalidad alguna, no especulaban con la ciencia, no planteaban cuestiones críticas, ni siquiera ofrecían alternativas a los postulados originales, no renovaban ni contenidos ni ideas; eran meras cajas de resonancia de los ecos del pasado. Los filósofos cristianos no se dedicaban a otra cosa que a razonar, a la luz de la fe, la fijación de los dogmas por parte de los Padres de la Iglesia; y, entre

ellos, el principal era que Cristo es a la vez hombre y Dios.

Y en éstas andaban hasta que apareció la rutilante estrella del Palatino. Sus ansias de saber, de ir más allá del conocimiento de su tiempo, y su avidez por conocer nuevas escuelas y maestros, hicieron que se autoproclamara como el único filósofo, una afirmación presuntuosa y altiva, sin duda, pero es que, en verdad, él era único, y París era la ciudad escolar en la que enseñaba Abelardo.

PARTE SEGUNDA

EL AMOR

CAPÍTULO XIII

Pese a que brillaba rutilante con todo su esplendor, no creo que Abelardo fuera feliz.

Por el contrario, yo sí lo era. Había abonado mi deuda con el tabernero a base de copiar a Ovidio; escribí tantas copias que llegué a aprender de memoria su *Ars Amandi*, un tratado extraordinario sobre el amor del que yo no sabía una sola palabra hasta ese momento. Pero sobre todo era el ayudante del Maestro, del «León de las escuelas de París», y eso me llenaba de orgullo y de satisfacción; tanto, que caminaba erguido como un bastón y ufano como un pavo real. Cuando cada mañana me dirigía desde mi casa a la escuela para leer el texto de la lección que luego Abelardo el Palatino iba a explicar, yo me creía más importante que el mismísimo rey de Francia.

A mi edad, contaba aquellos días con veinte años, la mayoría de los jóvenes ya ha conocido el amor, o lo que ellos creen que es el amor, ha tenido relaciones con chicas de su edad o con mujeres mayores, o al menos con prostitutas, e incluso muchos ya están casados y son padres.

Los solteros jóvenes se reúnen en cuadrillas y en cuanto cae la noche se dedican a recorrer la ciudad burlando a los guardias, a frecuentar los burdeles y a asaltar a viudas que viven solas y que suelen ser víctimas propicias de sus libidinosas intenciones. La comuna de París procura mantenerlos bajo un cierto control, pero, conforme esta ciudad crece, esa misión se torna cada vez más difícil.

Yo no había conocido mujer y Abelardo, a sus treinta y cinco años, tampoco. Los escolares y los profesores estamos obligados a mantener el celibato, pues no se considera adecuado que un hombre que dedica su vida al estudio y a la enseñanza distraiga parte de su tiempo ocupándose del amor y de las mujeres.

Un día sí y otro también, nos explicaban que la mujer era un ser imperfecto y, por tanto, rechazable para quienes aspirábamos a alcanzar la perfección a través de la virtud y del esfuerzo intelectual. Esto mismo ya lo había afirmado con rotundidad el sabio Aristóteles, autoridad incuestionable en estas materias. «Las mujeres son hombres defectuosos. Todas las hembras son inferiores en el reino animal a los machos. La hembra es inferior pero necesaria para procrear», había escrito el Estagirita en su *Tratado de los animales*, que casi todos citaban aunque no creo que nadie lo hubiera leído completo. Los maestros nos enseñaban que el cuerpo de la mujer es imperfecto por partida doble, pues tiene proporciones menos armónicas que el de los hombres, según los patrones de la geometría, y está inacabado al no poseer pene, ser de menor estatura y de composición más débil y frágil. Nadie duda que su intelecto está mucho menos desarrollado que el del hombre.

Claro está que aquellas afirmaciones, habituales entre los profesores, jamás se las escuché a Abelardo en sus clases. Es cierto que casi nunca, hasta que conoció a Eloísa, hablaba de las mujeres, pero, en las contadas ocasiones en que lo hizo antes

de enamorarse, las mencionaba con respeto y, desde luego, sin menosprecio alguno hacia ellas.

Los demás maestros no perdían ocasión, en cuanto surgía el tema, para arremeter contra las mujeres. Se remontaban al libro del *Génesis*, a las mismísimas palabras de Dios, para aseverar que Eva había sido creada después de Adán, con lo que, en el momento mismo de la creación, el Señor había otorgado preferencia al varón sobre la hembra. Yo no lo tenía muy claro, pues por esa misma razón, y siguiendo la deducción lógica que nos había enseñado Abelardo, los animales serían superiores al hombre, porque Dios los creó antes. A ese planteamiento, que propuse durante una clase a uno de mis profesores, me respondió que Dios había culminado las maravillas de la creación con el hombre. Yo volví a alegar que en ese caso la mujer había sido creada más tarde y, en consecuencia, se supone que más perfecta. Mi profesor contraatacó señalándome que Eva había sido modelada no de limo, sino de una costilla de Adán, y que, por tanto, la mujer no era sino una parte, más pequeña y frágil, del varón, quien constituía el todo.

Los teólogos iban todavía más allá. Aseguraban que la imperfección del cuerpo de la mujer se correspondía con una imperfección similar en lo que respecta a su alma, que algunos niegan a las mujeres. Y claro, como el alma, insuflada por Dios con la vida, no podía ser imperfecta, se discutía, y de qué manera, si las mujeres la poseían o carecían de ella. Cuando algunos lo negaban, otros alegaban que nuestra madre la Virgen María había parido a Cristo y Cristo no había podido nacer de un ser carente de alma. Ante semejante argumento, los que negaban el alma a la mujer dudaban, pero solían replicar que el alma de la mujer no era intelectual, y no estaba dotada con la capacidad para comprender ideas complejas, sino que su alma era simplemente vegetativa.

San Pablo constituía la principal autoridad a la que recurrían los partidarios de reducir a la mujer a un plano inferior al hombre en la creación. Se referían una y otra vez a unos versículos de la *Carta a los efesios*, en la que el converso en el camino de Damasco deja claro que «el hombre es el jefe de la mujer», y, por ello, su superior.

Aristóteles, san Pablo y tantos otros han escrito que la mujer no es digna de equipararse al hombre. Y aún fue más lejos Odón, un monje que rigió en calidad de abad el monasterio de Cluny hace ahora un siglo y medio, según recuerdo, que escribió que «La belleza del cuerpo de la mujer reside por entero en su piel. Si pudiéramos ver lo que hay debajo, mirar a las mujeres parecería nauseabundo, pues por todas partes es podredumbre». Este monje santo de Cluny recriminaba a los hombres que se sintieran atraídos por las mujeres, preguntándose cómo no les repugnaba abrazar a esos «sacos llenos de excrementos», así definía a las mujeres, cuando sí les asqueaba rozar siquiera con la punta de los dedos una pizca de estiércol.

Algunos contemporáneos, como Bernardo de Claraval, el gran detractor de Abelardo, y a quien apenas fallecido ya han conferido el halo de santidad, no han dudado en acusar a las mujeres de ser esclavas de los sentidos y de estar dominadas

por el pecado. «Su belleza es la belleza del diablo», ha llegado a escribir en una de sus obras el que fuera abad de Claraval, alertando a los hombres de que las mujeres son instrumentos pérfidos del demonio para procurar su condena eterna mediante la seducción y el engaño, y de que propician y arrastran a los hombres al vicio de la carne y a la corrupción del espíritu.

Escuché una vez a uno de mis profesores asegurar que algunas mujeres, para atraer a su marido o para seducir a otros varones y dominarlos, colocaban un pez vivo en el interior de su sexo hasta que moría y luego lo servían asado a su amado, lo que aumentaba su deseo de copular con ellas; de este modo, se aseguraban el completo dominio sobre su voluntad. No sé si esto sería cierto, pero sí es verdad que se suelen utilizar bebedizos, pócimas y filtros para conseguir el amor de las personas deseadas; yo mismo he visto cómo se venden en los mercados de París todo tipo de preparados, aunque jamás he vuelto a escuchar a nadie aquello que nos contó sobre los peces y las mujeres aquel profesor cuyo nombre ya he olvidado.

Todos éstos concluyen, pues, que el único destino posible para que la mujer no se convierta en un instrumento del diablo consiste en permanecer virgen o en convertirse en madre. Mantener la virginidad es lo único que se considera honroso para la mujer, aseguran autoridades como san Jerónimo. Ahora bien, la maternidad es imprescindible para la continuación de la vida, como nos indicó Dios cuando nos ordenó que creciéramos, que nos multiplicáramos y que pobláramos la tierra, y, dado que para procrear es imprescindible la cohabitación del varón y la hembra, la cópula carnal se debe realizar únicamente entre esposos y con la sola misión de encarnar hijos.

Sostienen también todos estos detractores del amor que, en el proceso de generación de una nueva vida, la mujer debe mostrarse pasiva y limitarse a recibir la semilla del varón y a albergarla para hacerla crecer en su interior, y que sólo el hombre debe ser activo en el acto sexual.

Para que todo esto se cumpla, la Iglesia no ha cesado de dictar normas y preceptos a fin de que los esposos los obedezcan en sus relaciones maritales. Por eso ha limitado el número de días en los que les está permitido a los cónyuges cohabitar carnalmente, reduciéndolos a períodos concretos del año y prohibiendo el coito en las festividades religiosas como Pascua, Cuaresma, Navidad, Pentecostés, todos los días dedicados a la Virgen y en múltiples aniversarios religiosos. La Iglesia también regula la manera de acoplarse del marido y la esposa, para que no se produzcan situaciones propicias a la lujuria. Se impone penitencia a los esposos que copulan por detrás, como los perros, y caso de que lo hagan deberán permanecer diez días a pan y agua como castigo. Por supuesto, se prohíbe copular durante los días en que la mujer sangra su menstruación natural, pues se dice que los niños engendrados en ese coito nacen con lepra, aunque yo he leído en un tratado de un médico sarraceno recién traducido del árabe que durante esos días la mujer no es fértil y que no puede quedarse encinta. El cuerpo, aseveran, no deja de ser una prisión del alma, e incluso

un veneno para su salvación, por eso hay que evitar cualquier contacto que arrastre al pecado.

De entre todas las mujeres, los detractores de las hijas de Eva únicamente salvan a María y a las vírgenes que consagran su vida a Dios. María, virgen y madre a la vez, es la mujer ideal, y de ella se asegura que es la perfecta nueva Eva, la madre santísima y purísima de todos los hombres. Siguiendo su ejemplo virginal, son muchas las mujeres que prefieren unirse a un esposo místico y celestial, como María hizo con el Espíritu Santo, que a un esposo carnal y terrenal. Tal vez lo hagan para evitar caer bajo el dominio de un esposo, y no perder así su capacidad de ser personas por sí mismas.

No sé, no entiendo nada y desconozco cuanto acontece en el mundo femenino, pues mi dedicación a las escuelas me ha privado de cohabitar con mujer alguna, pero considero que si Dios creó a la mujer con los atributos y órganos que tiene, la hizo así por alguna causa que no llego a comprender, y no creo que haya pecado alguno en hacer uso de esos órganos con los que el Señor la dotó, que, según se cuenta, también pueden producir placer y deleite. Porque una cosa es lo que reglamenta la Iglesia y lo que pretenden imponer los clérigos, y otra bien distinta lo que ocurre en verdad en las relaciones entre hombres y mujeres.

* * *

En aquellos días, el duque de Aquitania, Guillermo IX, el abuelo de Leonor, que ahora reina en Inglaterra como antes lo hiciera en Francia, escandalizaba con su comportamiento a la cristiandad entera, sin que el papa Pascual II lo amonestara severamente por ello. Y si así actuaba tan excelso noble, los súbditos parecían justificados si lo imitaban, aunque es bien cierto que un señor y su vasallo no suelen ser juzgados con el mismo rasero.

Guillermo de Aquitania se había casado y divorciado dos veces. Era jugador, burlón, cínico, impío, libidinoso y fatuo, pero fue el primero que descubrió una nueva manera de mirar a las mujeres. Cuentan de él que tenía tantas amantes que llegó incluso a construir una abadía en Niort para reunirías allí a todas, no sé si a modo de trofeos de caza o para tenerlas a todas juntas y al alcance de su mano a un tiempo.

En cuestiones de amoríos, el duque de Aquitania carecía del menor recato. Aquellos días se contaba en París que el duque Guillermo había combatido durante el asedio a Toulouse, ciudad que había ocupado a la fuerza, portando un escudo muy especial en el que había ordenado pintar desnuda a su amante, la vizcondesa de Châtellrault, a la que había arrancado de los brazos de su marido para llevársela a su castillo de Poitiers, y con la cual, pese a que seguía casada legalmente, convivía en notorio y público adulterio en medio de un considerable escándalo.

Nunca pude comprobar si esto fue cierto, pero algunos estudiantes que llegaron aquel curso a París procedentes del sur aseguraban que todo cuanto se rumoreaba

sobre las andanzas del duque era verídico y que a su amante la vizcondesa la apodaban *La Dangereuse*, es decir, «La Peligrosa», haciendo con ello un juego de palabras, pues ése era precisamente el nombre de la torre del castillo de Poitiers donde el duque había instalado a su concubina.

Guillermo fue reconocido, sobre todo, por sus poemas, más procaces y eróticos si cabe que los de los mismísimos goliardos. Recuerdo uno, que me perdonen los oídos más castos y sensibles, que recitaban los jóvenes de París a modo de cantinela y que decía así:

Os diré a qué dedico mi pensamiento:
no me seduce coño vigilado ni estanque sin peces,
ni arrogancias de hombres malvados que de nada sirven.
Señor Dios, que eres caudillo y soberano del mundo,
¿cómo no cayó el primero que guardó un coño?,
pues no hubo servicio ni guardia que de peor manera se comportara.
Mas os diré cuál es la ley del coño,
como el hombre que no ha hecho daño y nada ha recibido:
si, con el uso, otra cosa disminuye, por el contrario, el coño crece.

Al acabar de recitar este poema, que todavía continuaba con algunas estrofas que ahora ya no recuerdo, los jóvenes estudiantes reían como goliardos, se palpaban los genitales con gestos obscenos, se daban palmadas de camaradería en la espalda y, si se terciaba y llevaban algunas monedas en sus bolsas, caminaban prestos hacia algún burdel para refocilarse con las prostitutas, a las que dedicaban poemas laudatorios cual si se tratara de excelsas damas de las más nobles cortes.

Pero, sin duda, el poema del duque de Aquitania que más risotadas despertaba entre los mozalbetes era éste:

Cuando hubimos comido y bebido,
yo me desnudé para darles placer;
en la espalda me colocaron un gato
perverso y felón.
La una lo arrastró desde el costado
hasta el talón.
Por la cola, de repente,
tiraron del gato, y él me arañó;
más de cien llagas me hicieron
en esta ocasión,
pero yo no me hubiera meneado un ápice
aunque me hubieran asesinado.
Ocho días, y todavía más, permanecí en aquel horno.
Las follé tanto como oiréis:

ciento ochenta y ocho veces,
que a poco no rompí mis correas
y mis arneses;
y no os puedo decir
las enfermedades tan grandes que allí cogí.
Monet, tú irás por la mañana,
llevarás mi poema en una bolsa,
hasta la madre de Guarín
y a la de Bernardo,
y les dirás, por mi amor,
que maten al gato.

El poema relata la historia de un joven que se acostaba a la vez con dos hermanas, las cuales utilizaban a un gato para que arañara la espalda y espoleara así al galán, de manera que se moviera sobre ellas con celeridad para proporcionarles mayor placer después de haber practicado decenas de coitos. Nadie, que yo recuerde, se había atrevido nunca a tanto.

Un día, mientras acompañaba al Maestro a su clase de lógica, escuchamos este poema. Lo recitaba en lengua occitana un joven escolar, del que luego supimos que procedía de Burdeos, y lo declamaba ante un corrillo de expectantes coleguillas que jaleaban cada estrofa como si estuvieran animando a un caballero en un envite durante un formidable torneo. Yo me hice el indignado y miré a Abelardo, que se limitó a esbozar una sonrisa y a comentar:

—¡Qué le vamos a hacer, también en esto se han de notar los nuevos tiempos!

Y siguió sumido en la reflexión en la que solía abstraerse antes de cada una de sus clases.

CAPÍTULO XIV

Abelardo no conocía lo que era el amor de una mujer, ni siquiera le había preocupado hasta entonces, pero la lectura de unas cartas que uno de sus estudiantes, un inglés llamado Hilario, escribió a una doncella de la que estaba enamorado le despertó cierta curiosidad por ese sentimiento. Hilario enseñó sus cartas al Maestro con el ruego de que le corrigiera el estilo, con el cual había pretendido imitar a Ovidio en su *Ars Amandi*.

Jamás le había atraído ninguna mujer, a pesar de que por su elegante apostura, su porte magnífico, su belleza varonil, la serenidad de su rostro, la limpieza de su mirada y la elocuencia de sus palabras hubiera conquistado a la dama más exigente si se lo hubiera propuesto. Desde luego, entre las mujeres de París no pasaba desapercibido, pues ninguna se mostraba indiferente ante el Palatino, y era frecuente que se volvieran a mirarlo cuando se cruzaba con ellas en alguna plaza o en alguna calle. Pero ninguna le había procurado el menor interés, ninguna había despertado sus instintos de varón, ninguna le había atraído; ninguna, hasta que apareció Eloísa.

Acababa de cumplir quince años. Sus padres habían muerto hacía algún tiempo y la huerfanita había quedado al cuidado y custodia de su tío Fulberto, uno de los canónigos más influyentes del cabildo de la catedral de París. El tío, convertido en su tutor, se ocupó de que la niña recibiera una esmerada educación, pues enseguida se dio cuenta de que era inteligente y de que estaba dotada de actitudes favorables al estudio. Mantenerla ocupada entre libros era además una manera de alejarla de aquel peligroso mundo de estudiantes jacarandosos, goliardos burlones, cazadotes sin escrúpulos y buscavidas pendencieros que cada día salían a las calles de París en busca de una apetitosa presa que llevarse a la boca, o a la entrepierna.

Eloísa era dulce, moderadamente bella, sin ser una nueva Venus, y recatada, pero no por ello dejaba de ser estoica, sensible y mordaz cuando se lo proponía. Su tío, al que yo creo enamorado de ella, se mostraba orgulloso de su sobrina, a la que mimaba en extremo.

Sin embargo, entre todas las virtudes de Eloísa, que no eran pocas, destacaba su facilidad para aprender. A sus quince años, y aunque parezca cosa increíble, conocía el latín, el griego y el hebreo, poseía conocimientos de retórica, gramática y lógica, y yo estimo que, si hubiera podido hacerlas, lo que no era factible dada su condición de fémica, hubiera superado las pruebas del trívium con las más altas calificaciones.

La joven vivía en casa de su tío Fulberto, en el barrio noreste de la isla de la Cité, entre la catedral y el río, donde se agrupan las residencias de la mayoría de los canónigos, desde las cuales se podía acceder al claustro de la catedral atravesando la pequeña plazuela de la capilla de San Juan, ahora recién demolida para construir el nuevo templo que dicen que asombrará al mundo. La fama de la elocuencia y de la

sabiduría de Eloísa, a pesar de su juventud, comenzaba a rebasar las murallas de París, y en todo el reino de Francia se hablaba con admiración del portentoso talento de aquella muchachita, plena de inteligencia y de erudición.

Ignoro cómo se produjo el enamoramiento, pues yo no era sino un joven profesor ayudante que sólo conocía el amor a través de las reiteradas lecturas de Ovidio. En su *Historia*, la que me dirigió hace ya más de treinta años, Abelardo escribió que se enamoró de aquella joven y que quiso hacerla suya porque dada su fama y su apostura ninguna mujer se le resistiría. Es decir, que se planteó su conquista como un reto más de los muchos que solía afrontar en su vida. Aunque prefiero imaginar que debió de ser la inteligencia de Eloísa lo que llamó la atención de Abelardo antes que cualquier otra cosa.

Fulberto habló con él y le dijo que tenía una sobrina a su cargo que demostraba una inteligencia fuera de lo común; y no sólo para ser una mujer, que como es sabido son pocas las que destacan en el conocimiento de las letras, una cualidad que el Maestro consideraba poco frecuente en las mujeres. Un día lo llevó a su casa para que la conociera y diera su opinión. Abelardo le hizo varias preguntas a la muchacha y se sintió prendado desde un primer momento por su entereza y su lucidez.

Nadie puede explicar qué extraños e imprevistos mecanismos ocultos provocan que se desate la pasión amorosa en el corazón del hombre. La pasión de Abelardo había permanecido treinta y cinco años dormida, pero despertó de repente, quién sabe si al contemplar los ojos de Eloísa, al escuchar por primera vez su voz o al rozar su piel; la cuestión es que quedó enamorado de tal manera de la joven que se obsesionó en hacerla suya.

Basó su estrategia de conquista en acercarse a Eloísa como lo hacen los lobos en busca de su presa o como el cazador que persigue ansioso y sin desfallecer un preciado trofeo cinegético. Su obsesivo empeño fue hacerse con el amor de Eloísa y conseguir que cayera rendida a sus brazos, cual si se tratara de un objetivo a abatir.

Abelardo estaba seguro de su triunfo, pero no le importaba emplear el tiempo que fuera necesario porque creía que una conquista amorosa fácil es menos satisfactoria que aquella que ha supuesto abundantes esfuerzos e intensa dedicación, pues esto la convierte en mucho más valiosa.

Comenzó por realizar periódicas visitas a la joven Eloísa, siempre en presencia de Fulberto, utilizando las excusas más peregrinas. Ideó entonces una artimaña, como el general que dirige sus tropas en la batalla y planea en cada momento la estrategia que debe seguir según los movimientos del adversario, para quedarse algún tiempo a solas con ella sin que el canónigo recelara de sus intenciones.

Un día, ganada ya la confianza de Fulberto, le dijo al canónigo, con quien había estrechado relaciones de amistad y cercanía gracias a la intercesión de varios profesores amigos de ambos, que, por razones familiares que no le explicó, andaba mal de dinero y que tenía dificultades para pagar el alquiler de su casa, cuyo cuidado le ocupaba mucho tiempo que necesitaba para el estudio. También empleaba parte de

ese tiempo en trasladarse desde el Barrio Latino al claustro de la catedral, donde Abelardo impartía ya casi todas sus lecciones, y propuso a Fulberto la posibilidad de alquilarle una habitación que le pagaría en parte con dinero y en parte dictando clases privadas a su sobrina.

El canónigo, hombre avaro y ambicioso, aceptó porque ganaba un dinero extra con ello y podría alardear de tener hospedado en su casa al profesor más ilustre de París, quien, además, ilustraría con sus muchos conocimientos a su sobrina. Pretendía que Eloísa alcanzara la mejor educación posible y, como las mujeres no pueden matricularse en ninguna escuela pero sí recibir clases a modo particular en su propia casa o en un monasterio femenino, estimó que nadie mejor que Abelardo para enseñarle filosofía. Fulberto no lo sabía, pero acababa de meter al zorro en la madriguera del conejo, como confiesa el propio Abelardo en su historia.

Hacía dos años que Abelardo vivía en una casa en el Barrio Latino, cerca de la escuela de Santa Genoveva, y yo mismo lo ayudé a trasladar su equipaje a la casa de Fulberto. Alquilo una mula, a la que cargamos con un baúl donde guardaba su ropa y otro con dos docenas de libros de su propiedad; los atamos con una maroma y arreamos a la acémila a través de las calles de París hacia la Cité.

La casa de Fulberto era amplia. Tenía dos plantas y, bajo el tejado, un amplio granero que siempre estaba repleto de sacos de comida, arcones con hogazas de pan y queso, orzas de cerámica llenas de conserva y cántaros de vino y de manteca. Las habitaciones estaban en la segunda planta, lejos de la humedad del suelo, que aumentaba por la cercanía del río. Abelardo quedó instalado en una cámara pequeña pero confortable, con una amplia ventana desde la que se contemplaba el río, el caserío de la orilla derecha y al fondo, a lo lejos, la montaña de Montmartre.

—Bueno, la ventana da al norte pero es amplia y entra suficiente luz como para leer con cierta comodidad. La cama dispone de un colchón mullido y está limpia — comentó el Maestro tras inspeccionar la habitación.

Dejamos en un rincón los dos baúles y bajamos a la planta inferior, donde Fulberto había ordenado que sus criados, creo que al menos había tres, nos prepararan algo de comida. Sobre una amplia mesa de madera habían servido varias escudillas con sopa de cebolla y queso, una fuente con salchichas y costillas de cerdo ahumadas y una jarra de vino especiado con canela, miel y clavo.

Allí estaba Eloísa. Fue la primera vez que la vi. De estatura mediana, no destacaba por una deslumbrante belleza pero tenía el rostro limpio, sin la menor mancha, ni siquiera una diminuta peca, y resplandecía como si estuviera alisado con cera brillante. Sus ojos eran grandes y profundos, de un color azulado que contrastaba con su pelo negro de reflejos casi metálicos. Tenía veinte años menos que Abelardo; el Maestro podría haber sido su padre.

Fulberto nos presentó y nos indicó que nos sentáramos; él lo hizo en el sitio preferente, con Abelardo a su derecha, Eloísa a su izquierda y yo a su frente. Bendijo la mesa con una oración, marcó la señal de la cruz extendiendo su brazo sobre los

alimentos y luego nos invitó a que nos persignáramos. Así lo hicimos y, al fin, pudimos comer.

Yo estaba realmente hambriento; aquella mañana apenas había tomado un ligero desayuno y el ejercicio de cargar con los baúles, mantener en el camino recto a la mula y el largo paseo me habían abierto el apetito. Traté de comer con elegancia, como lo hacía siempre Abelardo, disimulando mi hambre, pero fui el primero de los cuatro en acabar con la escudilla de sopa y tuve que esperar un poco hasta que hicieran lo propio los demás. Fulberto nos sirvió las tajadas de cerdo y las salchichas con un pincho de hierro; a Abelardo le ofreció dos costillas y dos salchichas, a Eloísa y a él mismo una cantidad similar y a mí me dejó con una sola salchicha, la más pequeña, por cierto, y las sobras del costillar, poco más que un pedazo de hueso y cartílago con algún jirón de piel pegado.

Me sentí un tanto humillado, pero no podía hacer otra cosa que callar, ya comería de nuevo cuando llegara a mi casa, pensé. Afortunadamente, el Maestro percibió mi azoramiento y me ofreció con discreción una de sus costillas y otra salchicha, alegando que aquella mañana se había despertado con el estómago un tanto revuelto y no tenía apetito. Fulberto no puso buena cara, aunque disimuló cuanto pudo ante semejante contrariedad. Hasta ese día el canónigo no me conocía de nada, pero estaba claro que yo no le había caído bien, y ya se sabe que los hombres estamos condicionados por la impresión inicial que nos causa la persona que acabamos de encontrarnos por primera vez. Y si he de ser sincero, él tampoco me produjo la menor sensación favorable.

Finalizada la comida, Abelardo me dio las gracias por mi ayuda y me citó para la clase del día siguiente, que tendría lugar en el claustro de la catedral. Al despedirme del Maestro, noté sus ojos más alegres, y no porque se hubiera trasladado a una casa mejor que la que había habitado hasta entonces, sino porque la cercanía de Eloísa parecía rejuvenecerlo.

En los días sucesivos, la actitud de Abelardo cambió. No parecía el mismo. Seguía siendo brillante en sus exposiciones y atinado en sus comentarios, como siempre, pero se le veía más risueño, menos circunspecto y, a veces, se quedaba ensimismado, como ausente.

Creo que fui el primero en darme cuenta de ello, aunque su cambio de actitud no tardó en ser percibido por todos sus alumnos. Los más veteranos, con algunos de ellos yo había compartido el estado estudiantil el curso anterior, me preguntaban durante los momentos de descanso si algo preocupaba al Maestro, pues no parecía tan atento y concentrado como en cursos anteriores. Yo respondía que no, que no le ocurría nada, e intentaba excusar algunos de sus pequeños despistes justificándolos porque estaba preparando un tratado de filosofía en el cual expresar todas sus teorías, lo que mantenía su cabeza ocupada en ese tema.

Los alumnos parecieron entenderlo y creyeron mis excusas, y no le dieron más importancia por el momento, pero estaba claro que, aun manteniendo la misma

brillantez expositiva de siempre, su mente parecía estar ocupada en otros menesteres ajenos a la docencia. Y es que Eloísa se estaba convirtiendo en una ciega obsesión para Abelardo.

Desconozco qué ocurre en la cabeza de los hombres y qué desencadena los cambios en el cerebro, en el corazón o en el hígado, que en todos estos órganos radica la inteligencia cognoscitiva y emocional de los seres humanos, según exponen los autores que han tratado de estos asuntos, pero, ante Eloísa, algo ocurrió en el alma de Abelardo que trastocó su pensamiento y alteró su cordura.

Por entonces, yo ya suponía que Cupido había alcanzado con sus flechas el corazón del Maestro, pues aunque era absolutamente lego en cuestiones de amor, conocía de memoria el *Ars Amandi* de Ovidio, donde las señales del enamoramiento son descritas con precisión, y recordaba también aquella canción de los goliardos que reza así:

En el ardor del verano,
cuando las plantas están en flor,
me detengo en el camino,
fatigado por el calor.
Contemplo los prados y los árboles,
lugares apacibles cubiertos de flores,
Platón no conoció lugar con más favores.
Oigo de una fuente de agua fresca el rumor, y escucho el trino del ruiseñor.
No hay en el mundo lugar más agradable.
Me deleito a la vista de aquel paisaje,
y busco atenuar el calor del viaje,
¿pero quién, mientras recoge los frutos de la zarzamora,
a la vista de una doncella no se enamora?

En el momento en el que se presenta el amor, nadie sabe cuándo ni cómo, todos los hombres nos comportamos cual si fuéramos unos verdaderos goliardos. Algo así le ocurrió a Abelardo. Asaeteado su corazón por las flechas de Cupido, no pudo evitar que la pasión por Eloísa le dominara el alma y se rindió a los etéreos e invisibles efluvios que emanan de la persona amada. El Maestro nunca hablaba de ello. Trataba de comportarse como lo hacía antes de prendarse de la sobrina de Fulberto, mas no podía disimular su embelesamiento.

Pretendía ir más allá y procuraba permanecer mucho tiempo junto a la muchacha, y solos los dos, claro está, pues, como es bien sabido, no hay situación menos propicia para el amor que la que ofrece la presencia de la multitud, en tanto la compañía en soledad de los dos amantes favorece la ternura y el arrobamiento amoroso.

Eloísa y Abelardo se quedaban a solas en casa de Fulberto todas las tardes, y allí

fueron dando alas al amor y a la pasión. Se había enamorado locamente de Eloísa, pero pretendía que la jovencita también se prendara de él. Desde luego, la sola mención de su nombre ya imponía, pero si, además, una joven atraída por el mundo de las letras disfrutaba del enorme privilegio de ser instruida en ellas por el más brillante de los filósofos, que poseía un encanto personal irresistible, hablaba como nadie y era capaz de componer los más hermosos poemas y canciones de amor, la conquista se hacía más fácil.

Para ello, Abelardo no sólo conversaba con Eloísa en las clases particulares vespertinas sino que también le escribía versos y notas en las cuales dejaba correr sus pensamientos sobre el amor y sobre el encuentro entre los amantes; empleaba el *Ars Amandi* de Ovidio, al que se refería con frecuencia. En aquellos días todavía no conocíamos en París un sublime tratado en verso sobre el amor titulado *El collar de la paloma*, que leí hace unos seis años en una traducción latina realizada directamente del árabe en la escuela que los monarcas del reino de Castilla han fundado en la ciudad de Toledo, donde sus reyes y sus obispos ordenan copiar y traducir textos árabes al latín. Se trata de un delicado libro escrito por un sutil poeta cordobés llamado Ibn Hazm, quien describe todos los tipos de amor y los signos que revelan el enamoramiento. Si lo hubiera conocido Abelardo, seguro que le hubiera encantado porque parecía como si su corazón, enamorado de Eloísa, hubiera palpitado al unísono con cada uno de sus latidos en cada verso de Ibn Hazm.

Al fin, Eloísa sucumbió rendida de amor ante los envites del Palatino, que alcanzó la meta que se había propuesto, aunque dicen que el verdadero amor no entiende de circunstancias ni de motivos ni de razones, sino que aparece cuando menos se espera, se instala sin aviso previo en el corazón de los enamorados y los arrastra a una sinrazón incontrolable.

El amor por Eloísa había prendido con tanta fuerza en Abelardo que el carácter del Maestro mudó de manera considerable, como ocurre a todos los enamorados, que, cuando son sacudidos por los estremecimientos de Eros, alteran su comportamiento habitual hasta llegar a parecer personas diferentes a las que eran antes de su enamoramiento.

Una mañana fría y nevosa, creo recordar que faltaban pocos días para las fiestas de la Navidad, Abelardo se presentó en el claustro de Nuestra Señora un poco más tarde de lo habitual. Yo estaba esperándolo para impartir la lección de filosofía y tenía preparada, como me había indicado el día anterior, la lectura de varios folios de un manuscrito, elaborado en un finísimo pergamino, de la *Saturnalia* de Macrobio, un códice propiedad de la biblioteca de la catedral, primorosamente ilustrado con unas miniaturas pintadas medio siglo atrás por Ingelard, el más reputado miniaturista del taller de copistas de Saint-Germain-des-Près, a quien se debían las mejores ilustraciones miniadas de Francia.

El texto que el Maestro había seleccionado para la lección de aquella mañana no tenía nada que ver con el tema que venía tratando en sus clases de las dos últimas

semanas, pero, dada su facilidad para interrelacionar los temas y su capacidad para extraer de la obra de un autor aspectos absolutamente ocultos a la vista de otros profesores, imaginé que habría preparado algún efecto dialéctico con el cual seguir sorprendiendo a sus alumnos.

Cuando llegó, mostraba una expresión extraña que jamás antes había revelado. Parecía como... embobado, embobado sí, ésa sería la definición más correcta para describir su aspecto. Tenía los ojos como perdidos, la boca entreabierta, la lengua apoyada en el interior del labio inferior, con un rictus de arrobamiento y una cierta dejadez general que le hacían perder parte de la poderosa apostura y de la inmaculada elegancia con la que acostumbraba a caminar.

Acudí a su encuentro y le avisé de que los alumnos ya estaban preparados para la clase. Me miró, sonrió como un lelo aturullado y farfulló unas palabras ininteligibles que no pude comprender.

—¿Qué lección toca hoy? —me preguntó ya con la dicción más clara.

Me quedé pasmado. Nunca le había ocurrido nada semejante. Su memoria era prodigiosa, jamás olvidaba el tema del día y organizaba cada curso con tal meticulosidad que siempre sabía qué hacer en cada momento.

—Ayer me indicasteis que preparara una lectura de Macrobio, un fragmento de la *Saturnalia* —le respondí.

—¿Macrobio? —dudó—. Macrobio nada tiene que ver con lo que estamos tratando esta semana. Yo no te dije nada de Macrobio.

—Perdonad, Maestro, pero me ordenasteis que fuera a la biblioteca a por este ejemplar concreto —le mostré el manuscrito iluminado por Ingelard— y que leyera estas páginas —que yo había marcado con sendas tiritas de badana.

—No dije «Macrobio», dije «Boecio», «Boecio» —insistió—. Pero no importa, lee lo que hayas preparado y ya veremos qué ocurre después.

Se acomodó en su sitial del claustro, con todos los alumnos puestos en pie, les hizo un ademán para que se sentaran y me indicó con la mano que podía comenzar la lectura.

Lo que sucedió después sólo los que asistimos a aquella clase podemos creerlo. Abelardo dio una lección magnífica sobre Macrobio y estableció una serie de relaciones entre el texto de la *Saturnalia* y la lógica de Aristóteles que nos dejó a todos con la boca abierta.

De cuantos discípulos estábamos allí presentes, yo era el único que supe que improvisaba, o al menos eso creo, porque la lección fue de tal intensidad y de tanta profundidad que ni el más experto profesor de filosofía hubiera podido siquiera imaginar que unos instantes antes de comenzar a impartirla, ni siquiera recordaba sobre qué tenía que hablar aquel día.

No podría jurarlo ante la Biblia, pero creo que el arrobado ensimismamiento que aquella mañana mostraba Abelardo se debía a que acababa de tener su primer encuentro carnal con Eloísa, tal vez hubiera ocurrido esa misma mañana o la tarde

anterior, supongo.

Desde ese día, los dos enamorados intensificaron sus relaciones; aprovechaban cualquier momento en que se encontraban a solas para dejar que sus pasiones condujeran a sus cuerpos al contacto físico más íntimo. Como me escribió Abelardo en la extensa carta donde me cuenta sus calamidades, «Los libros permanecían abiertos, pero el tema de nuestras conversaciones era más el amor que la lectura; intercambiábamos más besos que pensamientos sabios, y mis manos buscaban con más frecuencia sus senos que los libros».

Cuentan que el amor puede convertirse en una pasión devoradora y salvaje y que en no pocas ocasiones se convierte en un mal turbulento, una especie de enfermedad o de locura, que sólo otro mal similar, otra enfermedad pareja, otro enamoramiento más alocado aún, es capaz de curar.

Claro que esto suelen afirmarlo quienes jamás han experimentado el amor verdadero, pues los que lo han hecho, o han callado, guardando para sí esas sensaciones, o han loado las excelencias de estar enamorado de semejante manera. Es verdad que en ciertas circunstancias grandes amores han arrastrado a sus protagonistas a situaciones de terribles consecuencias, como ocurrió con Marco Antonio y Cleopatra, que perdieron sus imperios por causa de su amor, según creo, pero mientras dura el enamoramiento, que a veces suele ser pasajero, los enamorados viven su pasión como sólo los que la han experimentado son capaces de explicar.

Eloísa y Abelardo compartieron sus primeros meses de pasión amorosa con enorme intensidad, que se acentuaba, si cabe, por el atractivo de estar incurriendo en lo prohibido y lo secreto. Abelardo, en mi opinión, y lo conocí bien, llegó a sublimar el amor por Eloísa en grado superlativo.

Es bien sabido que el amor más excelso que puede existir en el mundo es el amor a Dios, al que se había consagrado Abelardo, pues los profesores de las escuelas de París así deben hacerlo para evitar que las pasiones de la carne los distraigan de su esencial labor, que es permanecer siempre atentos a imitar y enseñar el modelo de vida de Cristo. Por ello, el Maestro equiparó el amor hacia Eloísa con el amor a Dios. Incluso llegó a decirme en una ocasión, cuando la relación entre ambos ya era bien conocida por todo París, que estaba convencido de que el nombre «Eloísa» procedía de la palabra *Heloim*, uno de los apelativos con el que se refieren a Dios en el Antiguo Testamento en su versión en hebreo.

No sé si será así, pues no he leído semejante atribución en ninguna parte, pero es probable que, en este caso, la pasión de Abelardo le ganara la partida a su precisión etimológica, pues suele ocurrir que los amantes ensalzan a la persona amada hasta convertirla en su imaginación en una persona distinta a como la ve el resto del género humano.

CAPÍTULO XV

Eloísa y Abelardo supieron mantener sus encuentros amorosos en secreto durante meses. Creo que necesitaron de la complicidad de alguno de los criados de Fulberto, pues el canónigo, según me cuenta el propio Abelardo en su *Historia*, le previno con vehemencia para que tuviera cuidado con un posible enamoramiento. El que Fulberto le advirtiera de esta posibilidad a un hombre como Abelardo, cuya fama de célibe y de inasequible a los encantos de las mujeres era proverbial, significa que el tío tenía celos de la sobrina y que pretendía mantenerla alejada de cualquier posible tentación que pudiera presentarse en forma de varón. Ha pasado mucho tiempo, pero sigo sosteniendo que Fulberto estaba locamente enamorado de su sobrinita y que, como no podía hacerla suya, pues una acción así obrada por un canónigo lo hubiera conducido a la hoguera, no quería que ningún otro hombre poseyera el cuerpo de la que constituía su oculta pasión prohibida. Pero todo esto no son sino suposiciones más basadas únicamente en la observación de los hechos y en el comportamiento de sus protagonistas, aunque para llegar a estas deducciones he utilizado los razonamientos de la lógica y los silogismos que Abelardo me enseñó en sus clases en París y que ahora yo explico a nuevas generaciones de alumnos, además, claro está, de los signos del comportamiento de los enamorados que señalan en sus obras Ovidio e Ibn Hazm.

El amor por Eloísa pasó a monopolizar todo el pensamiento de Abelardo, que se ocupaba de ella a todas horas. Acudía por las mañanas a sus clases de filosofía y lo hacía como uno de esos ingenios autómatas que se han inventado en este siglo para mejorar los rendimientos de los molinos harineros. Las clases del Maestro, con quien yo disfrutaba como ayudante y lector, comenzaron a ser repetitivas, carentes de originalidad y sin la brillantez de antaño.

Sus alumnos se dieron cuenta de ello y recelaron de su actitud. Algunos me preguntaban al acabar las lecciones y aprovechando la ausencia de Abelardo, quien en cuanto finalizaba sus clases corría a casa de Fulberto para encontrarse de nuevo con Eloísa, sobre la causa de aquella aparente desgana y notoria dejadez en el aula del profesor que hasta entonces se había comportado con la fiereza de un verdadero león, pues ni siquiera mostraba ya su afamado perfil de polemista y dialéctico invencible. Yo contestaba con evasivas, señalando que se trataba de una situación pasajera, de un mal momento personal que sin duda pasaría pronto.

Fue un avisado alumno procedente de Poitiers, la ciudad en la que tenía su palacio el duque Guillermo IX de Aquitania, quien comentó a un grupo de alumnos, en el que me encontraba, que el único mal que aquejaba al Maestro era el mal de amores.

—Déjate de excusas banales —me corrigió tras escuchar mi alegato en justificación a la desidia que mostraba Abelardo—; lo que le sucede al León —así lo

solían llamar sus numerosos alumnos— es que se ha enamorado como un becerro, y, como ocurre tantas veces, Marte ha vuelto a ser derrotado por Venus.

—En absoluto. La ética del Maestro es tan firme como su corazón. Dejad ya este tema tan trivial —intervine, procurando que no fuera a más aquella conversación.

Los escolares, siempre prestos a escuchar chascarrillos, no me hicieron el menor caso y rogaron al alumno aquitano en demanda de más explicaciones, a lo que se prestó encantado.

—El León muestra todos los síntomas de un hombre enamorado: su cuerpo está en el claustro pero su mente vaga lejos de aquí; su mirada semeja más la de un cordero que la de un felino; y ya no escribe sobre filosofía, sino sobre el amor. Ha caído rendido a los pies de alguna dama y no sanará del mal de amores hasta que la pasión que se ha encendido en su interior se apague —sentenció.

El aquitano tenía razón. Abelardo sólo vivía para el amor de Eloísa. Hacía ya varios meses que no había escrito una sola línea sobre filosofía, apenas leía otra cosa que poemas de amor y repasaba una y otra vez el *Ars Amandi* de Ovidio, que citaba en clase todos los días, viniera o no a cuento del tema que estaba explicando en ese momento. Y lo único que escribía eran canciones y poemas de amor que de su propia voz recitaba en clase a los alumnos, aunque la lección de ese día nada tuviera que ver con ello.

Debo reconocer, a pesar de que no me seduce la lírica y prefiero la filosofía, que los poemas que escribió aquella primavera eran muy hermosos y estaban cargados de dulces sentimientos, pero no era digno de un genio de su talla descender al mundo de la composición de sentidas cancioncillas triviales, más propias de juglares ociosos y trovadores vacantes que del más relevante filósofo del siglo.

Algunas de aquellas poesías no tardaron en hacerse muy populares entre los escolares. Abelardo, que tenía conocimientos superiores de música, compuso canciones para damas y estudiantes, quienes solían cantarlas en las tabernas alrededor de unas jarras de cerveza, en tanto reían y bailaban casi al estilo de los goliardos.

Bueno, en realidad, los poemas de amor de Abelardo eran diferentes a los que componían poetas goliardos como Hildeberto de Lavardin, que fue hace unos años incluso obispo de Le Mans, o como Hugo de Orleáns, a quien se conoció en vida con el apodo de «El Primado» y que enseñó en las escuelas de Amiens, Reims, Beauvais, Sens y París. Los temas de amor son tratados por los goliardos con un tono burlón y en ellos abundan expresiones desvergonzadas, eróticas y desfavorables para las mujeres. Recuerdo ahora un poema que cantaban los goliardos en las tabernas de París y que se hizo muy famoso:

Una doncella estaba sentada a la sombra,
y al verla me asaetearon los dardos de Venus.
Me fijé en su rostro, en sus labios, en su pecho, y le hice proposiciones de amor.

Me dijo que era una niña pura,
que no se dejaría engatusar por mis palabras,
pero yo le enseñé mi flauta,
y se dejó prender por mí,
y yacimos juntos bajo las ramas.

La poesía del Palatino era mucho más sutil y delicada, y en ella no había lugar a interpretaciones dobles, como las grandes y tiesas flautas o los higos frescos y jugosos a que hacían referencia equívoca los goliardos, pero no carecía de ciertos toques sensuales e incluso eróticos, aunque lejos de la descarnada crudeza de los más escabrosos poemas goliárdicos o incluso de las más procaces canciones de los trovadores meridionales. Las letras de algunas de sus composiciones musicales estaban realizadas en un lenguaje sencillo pero elegante, escritas en la común lengua romance para que todo el mundo pudiera entenderlas y cantarlas. Sus canciones se hicieron tan famosas que las damas de París las entonaban a menudo y los estudiantes las cantaban en cuanto se reunían unos pocos en torno a una mesa.

Viviendo juntos en la misma casa, los dos enamorados aprovechaban cualquier momento para besarse, acariciarse y culminar sus deseos. Sus encuentros amorosos fueron en aumento y procuraban quedarse solos para gozar libremente de sus cuerpos. Ninguno de los dos había tenido relaciones carnales hasta entonces, pero ambos aprendieron a proporcionar placer al otro. La Iglesia nos enseña que el coito debe realizarse entre los esposos con el único fin de atender al mandato divino que tras el cese del diluvio universal se dio a los hombres, «creced, multiplicaos y poblad la tierra», como ya he indicado, pero los amantes suelen ignorar los preceptos de los eclesiásticos, aunque provengan del mismísimo Dios, y buscan ante todo el goce que se disfruta con el contacto de la piel, las caricias y los besos, según exponen quienes de este tema han escrito.

Entre los profesores, los estudiantes y los canónigos de Nuestra Señora era sobradamente conocido que Eloísa y Abelardo se comportaban como algo más que maestro y discipula, pero Fulberto, debido al cariño que profesaba a su sobrina y a la confianza que otorgaba a Abelardo por su largo celibato y su atesorada continencia sexual, ni siquiera creía las consideraciones que le hicieron algunos allegados, que lo alertaron sobre la posibilidad de que Abelardo impartiera a Eloísa clases de otro tipo que las convenidas.

Por fin, cuando todo París comentaba los amores de los dos y se hicieron evidentes, Fulberto prestó atención a sus informadores y decidió acabar con aquella situación, alejando a los dos enamorados, dando por acabadas sus clases particulares y zanjando la estancia del Maestro en su casa.

De nuevo lo acompañé para recoger sus dos baúles. Abelardo había sido conminado de pronto a marcharse de la morada de Fulberto y no había previsto dónde instalarse. Yo le comenté que en casa de mis padres había espacio para él, pues mis

dos hermanos mayores se habían casado y habían establecido sus propios hogares. En aquellos días comenzó a hacerse frecuente el establecimiento de nobles en París, pues los magnates del reino estaban construyendo sus mansiones en la ciudad y comprando molinos, carnicerías, hornos y tiendas, y sus hijos e hijas, especialmente los segundones, se casaban con los hijos de los ricos mercaderes, como ocurrió con mis dos hermanos, que emparentaron con sendas familias de linaje de cierta alcurnia.

El Maestro aceptó mi propuesta y, con el beneplácito de mis padres, se instaló en nuestra vivienda. Aunque no era un potentado, ganaba bastante dinero con sus clases y podía pagarse el alquiler de una buena residencia, pero creo que en esos momentos necesitaba alguien cercano con quien vivir, al menos después de su separación de Eloísa.

Durante unos días se mostró tristísimo y ofuscado. No salió de casa, no leyó nada, no escribió una sola línea y no impartió sus lecciones. Pasaba las horas sentado en una mecedora, con la mirada perdida en un tapiz que decoraba la pared de la gran sala o en las brasas que ardían en el fuego del hogar.

No tuve más remedio que hacerme cargo de sus clases para que los alumnos no se quedaran sin ellas. No era lo mismo, claro está, pues yo no poseía ni su brillantez, ni sus conocimientos, ni su capacidad para la retórica, pero hice cuanto pude, suplí su ausencia con mi mejor voluntad e intenté imitarlo en todo lo que me fue posible.

Por lo que luego supe, Eloísa también quedó destrozada; y no tanto por ella, sino por la vergüenza que Abelardo sintió al ser descubierto. Y es que era tan intenso el amor que se profesaban los dos, que les dolía mucho más la desgracia del otro que la propia.

Al cabo de un mes, la distancia se hizo insoportable para ambos. Abelardo retornó a sus clases, quizá para no volverse loco, pero no podía soportar la ausencia de Eloísa. Se comportaba como un lobo solitario, apenas comía, tenía la mirada ausente, mostraba un rictus como perdido y parecía ajeno a cuanto sucedía en este mundo. Eloísa no se encontraba mucho mejor; se pasaba las horas llorando en la habitación que había sido testigo de sus amores y rememorando cada minuto gozado al lado de su amado.

Una mañana, cuando regresábamos a casa tras una de sus clases en el claustro de Nuestra Señora, Abelardo me confesó que no podía seguir viviendo sin el amor de Eloísa. Nunca hasta entonces habíamos hablado de ella, aunque él sabía bien que yo conocía lo ocurrido entre ambos.

—Necesito verla; tienes que ayudarme —me dijo.

—¿Qué puedo hacer, Maestro?

—Hazle llegar una carta; en ella le daré instrucciones sobre cómo encontrarnos.

—Será difícil; su tío la vigila todo el día y cuando tiene que salir de casa deja a dos criados en vela permanente. —Esto era algo que se conocía en todo París.

—Los criados pueden ser sobornados. Uno de ellos, de nombre Martín, es de temperamento débil. Bastará un puñado de monedas de plata para comprar su

voluntad.

—¿Y cómo accedo a él?

—Todos los días acompaña a Fulberto a los oficios matutinos en la catedral. Mientras el canónigo asiste a ellos, Martín lo espera en la posada que hay entre el ábside de la ermita de San Cristóbal y la portada de Nuestra Señora. Allí será donde lo abordarás. Dile que te envío yo, le entregas mi carta y unas monedas y le pides que se la haga llegar a Eloísa.

—Pero ¿y si lo descubre ante Fulberto?

—No lo hará. Sabe que si sigue adelante con esto recibirá más monedas. Es un tipo avaro al que le gusta andar con prostitutas y jugar a los dados; eso le cuesta un dinero que no tiene.

Y así lo hicimos. Abelardo escribió una carta a Eloísa en la que la citaba mediada la tarde en una discreta posada en una callejuela cerca del Petit-Pont, a la orilla izquierda del Sena. La excusa que tenía que alegar para salir de casa, sin que el canónigo recelara de sus intenciones, sería su asistencia a un convento de monjas que había en esa zona de París, en donde la joven rezaría todas las tardes para exculpar el pecado cometido.

Ante las muestras de arrepentimiento y el deseo de penitencia que Eloísa le mostró a su tío, éste no pudo negarse y autorizó las periódicas visitas al cenobio, siempre acompañada de Martín.

Pero las pretendidas sesiones penitenciales en el convento se convirtieron en dichas tardes carnales junto a Abelardo en aquella discreta posada, donde celebraban su reencuentro amoroso con ánimo e ímpetu renovados.

Y tras tantas relaciones íntimas, ocurrió lo que la naturaleza procura en estos casos cuando los dos amantes son fértiles, y Eloísa quedó embarazada.

CAPÍTULO XVI

Ella debió de darse cuenta de su estado cuando, tras un par de semanas de espera, no apareció el flujo sanguíneo que mensualmente menstrúan las mujeres. La alegría de la joven fue extraordinaria, pues nada anhelaba más que concebir en sus entrañas un hijo de quien tanto amaba. Estaba tan henchida de ilusión y de gozo que ni siquiera esperó a la siguiente cita y le envió a Abelardo una nota manuscrita, siguiendo el modo habitual a través del tal Martín y de mí mismo, en la que le anunciaba que estaba encinta y que portaba en su vientre un hijo suyo.

Yo estaba presente cuando el Maestro se quedó lívido tras leer la notificación de su amada. En un primer instante, sensaciones contradictorias abrumaron su pensamiento. Tener un hijo era algo extraordinario y, tanto para los nobles como para los plebeyos, suponía una bendición de Dios y un motivo para la celebración y el regocijo. Un hijo significaba la continuación del linaje y del apellido para la aristocracia, un eslabón más en la cadena de privilegios que otorgaba a las familias nobles una situación de dominio y de primacía sobre las demás, en tanto para los plebeyos, un hijo sano y fuerte sumaba dos brazos más para aportar dinero a casa y la garantía de los padres para sobrevivir a la vejez, para cuando ésta llegara, lo que se produce en un escaso porcentaje de individuos.

Pero en cuanto reaccionó y se dio cuenta de cuánto significaba ese embarazo para Eloísa, a Abelardo no se le ocurrió otra cosa que enviarla con su familia a Bretaña. Creo que «El León de París» tuvo miedo; temió que Fulberto, hombre poderoso y colérico, celoso de su sobrina, arremetiera contra él y procurara causarle daño. El canónigo había sido burlado por partida doble: primero cuando Abelardo sedujo a su sobrina en su propia casa y delante de sus propias narices y luego cuando, una vez expulsado de allí, lo volvió a hacer, atrayendo a Eloísa a aquella fonda y preñándola con su semilla.

Supuso que el canónigo montaría en cólera y que actuaría contra él, por lo que tenía que protegerse de algún modo. Abelardo me confesó que estaba dispuesto a enfrentarse físicamente con el canónigo y con sus lacayos, que no les tenía miedo, pues el Maestro sabía pelear con las manos o con las armas, ya que había sido instruido para ello en su juventud, aunque en verdad las únicas lides que había librado en su vida las había realizado con la pluma y con la palabra. Sus puños eran la retórica y su espada el cálamo, de manera que lo que me dijo no era sino una bravata.

Lo que hizo fue convencer a Eloísa para que se fugara de casa de Fulberto y se dirigiera a la residencia de la hermana de Abelardo en Le Pallet, la aldea bretona donde ésta vivía. En su decisión pesó más su temor a las represalias del canónigo que al escándalo que sabía que se iba a desatar, pero el miedo nos empuja a cometer en ocasiones extremas actos inconscientes que en circunstancias normales

desecharíamos.

Eloísa no pretendía otra cosa que satisfacer a Abelardo, de modo que aceptó el plan de su amado y se preparó para viajar a Bretaña. Hubo que esperar a que Fulberto estuviera ausente de su casa para sacar de ella a Eloísa. Lo hicimos; yo lo acompañé, una noche de primavera, aprovechando que Fulberto, en su condición de canónigo de la catedral de Nuestra Señora, había viajado hasta Sens para tratar unos asuntos con el arzobispo metropolitano de la provincia eclesiástica de la que dependía la diócesis de París.

Abelardo y yo mismo nos presentamos en casa de Fulberto poco después de anochecer. Habíamos alquilado a un acemilero tres mulas y un borrico y habíamos quedado con Martín, con quien había acordado el pago de veinte monedas de plata, para que nos franqueara la puerta y facilitara así la evasión de Eloísa.

El criado traidor cumplió su parte del trato. A la hora convenida abrió la puerta de la casa y tras ella apareció Eloísa, cubierta con un amplio capote de viaje. Abelardo la besó y la ayudó a subir a lomos de una de las mulas. Después sacó las monedas convenidas de su bolsa y se las entregó en mano a Martín.

No había tiempo que perder, pues a la mañana siguiente el criado tendría que comunicar a su señor que su amada sobrina había huido de casa aprovechando una de sus visitas vespertinas al convento y que no sabía ni la causa ni cómo lo había podido hacer. Teníamos toda la noche para ganar tierra de por medio, de modo que viajamos sin descanso hacia occidente, siguiendo la estela del sol. Apenas tardamos cinco días en llegar a Bretaña por el camino que discurre por Chartres, Le Mans y Angers. Cuando nos presentamos en Le Pallet, la hermana de Abelardo nos acogió con mucho cariño; era bien patente cuánto quería a su hermano mayor.

Entretanto, Fulberto, avisado de la huida de su pupila, regresó a toda prisa a París. Su dolor por la fuga de su sobrina sólo era comparable a la vergüenza por la burla sufrida a manos de Abelardo, pues pronto fue informado de que se había visto a Eloísa salir de París acompañada de su seductor por la puerta del oeste, en dirección a Chartres. Sus primeras intenciones fueron vengarse ordenando la muerte del Maestro, no le cupo duda de que él había sido el instigador de la escapada de Eloísa, pero enseguida recapacitó y se dio cuenta de que su sobrina estaba en sus manos y, si le hacía algún daño a Abelardo, la familia de éste podría vengarse en la joven. Así, Fulberto rumió su orgullo herido, se lamió las heridas, se tragó las vergüenzas e hizo llegar a Abelardo la noticia de que no le causaría ningún perjuicio.

Tranquilo, aunque sin descuidarse en ningún momento, Abelardo quiso que volviéramos a París, dejando a su querida Eloísa al cuidado de su hermana, al menos hasta que pariera el fruto que estaba gestando en sus entrañas. Pese a las promesas del canónigo de no atentar contra la vida del filósofo, Abelardo extremó las precauciones y contrató a dos hombres de armas para que nos escoltaran en el camino de vuelta desde Bretaña hasta París, no fuera a ocurrir que a Fulberto se le olvidaran sus promesas y decidiera dar un escarmiento a su burlador.

Regresamos a París recién entrado el mes de junio. Abelardo fue recriminado por el obispo a causa del abandono de sus clases, pues había estado más de tres semanas sin impartirlas. El León se excusó modestamente y pidió perdón por ello, prometiendo que las recuperaría antes del verano. Y así fue. Durante las siguientes tres semanas sometió a sus estudiantes a sesiones dobles, haciéndoles trabajar de lo lindo.

Y volvió a ser el mismo de antes: brillante en el discurso, ingenioso en las ideas, crítico en los planteamientos, demoledor en el análisis, preciso en la síntesis y luminoso en las conclusiones. Los alumnos, que en los últimos meses parecían haber rebajado su admiración por el Maestro, retomaron la ilusión por aprender y enseguida el curso recuperó el tiempo perdido desde que Abelardo se enamorara de Eloísa y dejara a un lado la preparación de sus clases y la atención a sus discípulos.

Nuestro León vuelve a rugir,
se ha comido a la gacela,
ha regresado a su escuela
y ha tomado a relucir.

Así decía una cancioncilla que algunos alumnos cantaban esos días en las tabernas del Barrio Latino, festejando que el gran Abelardo había recuperado su fuerza y su pasión por la docencia.

Parecía que los días luminosos iban a regresar a la escuela de la catedral de Nuestra Señora, pero Fulberto ni había olvidado la afrenta ni estaba dispuesto a hacerlo. Era un tipo orgulloso y sus deseos de venganza iban más allá de su sentido de la razón y de la justicia. Abelardo lo descubriría muy pronto, para su propia desdicha.

CAPÍTULO XVII

París es una ciudad fría y húmeda durante los largos inviernos de cielos grises cubiertos de nubes plomizas y oscuras, entre las que apenas se atisban los rayos del sol; pero mediada la primavera, la campiña del Sena estalla en un colorido luminoso en el que destacan los infinitos matices verdes del trigo, la cebada, el centeno y la avena, las cepas con sus sarmientos cuajados de hojas frondosas y los bosquecillos de alerces, hayas y robles que surgen por doquier entre los amplios claros de tierras roturadas para el cultivo.

Entre los sembrados de cereales y a la vereda de los caminos florecen amapolas, violetas, lilas y margaritas, cuyas esencias inundan el campo de un aroma exquisito y sutil. Los días de lluvia, tras el arco iris, un olor fecundo y dulzón a tierra mojada y hierba fresca estalla en las aletas de la nariz y provoca una profunda sensación de fertilidad, placidez y fortuna.

En esos días apetece pasear por la fecunda campiña y subir a lo alto de la colina de Santa Genoveva, o atravesar el río y caminar hasta la montaña de Montmartre, desde donde las mañanas claras sin neblina se puede atisbar el corazón entero del reino de Francia. Aquellas jornadas de mediados de primavera di largos paseos con Abelardo. A veces nos acompañaban sus discípulos más aplicados, a los que él premiaba permitiéndoles compartir aquellas largas caminatas. Solíamos hacerlo un par de tardes por semana y llevábamos, en una gran bolsa de cuero, pan, queso, embutidos ahumados y algunos frutos tempranos de temporada, además de un par de botas de cuero con vino y cantimploras con agua.

Al llegar al punto más alejado de nuestra excursión nos sentábamos en corro, sobre la hierba, en torno al Maestro, y lo escuchábamos disertar con una libertad mayor si cabe que la que utilizaba en el claustro de la catedral o en el patio de Santa Genoveva. Le daba igual discursar de ética, de lógica o de teología que de amor, de vida o de amistad, pues sus razonamientos siempre eran brillantes y atinados. Los pocos afortunados que lo acompañábamos en aquellos paseos de primavera regresábamos a París embelesados y deseosos de volver a participar de semejante privilegio cuanto antes.

De vez en cuando recibía una carta de Eloísa. No era fácil, porque las tierras entre Francia y Normandía seguían revueltas a causa de las disputas entre los reyes de Inglaterra y de Francia y entre los nobles locales, siempre prestos a rebelarse contra sus señores naturales o a pelearse entre ellos, en no pocas ocasiones sin motivo aparente alguno.

No obstante, los dos amantes solían comunicarse una vez al mes, y gracias a esas cartas Abelardo estaba al corriente del embarazo de Eloísa, que progresaba sin complicaciones. La joven era fuerte y sana, de manera que, aunque un parto siempre

es peligroso, no en vano suelen fallecer la cuarta parte de los niños y un sexto de las madres, Abelardo parecía seguro de que Eloísa sacaría adelante a su hijo y nunca mostró signos de preocupación ante un posible contratiempo.

El niño nació a comienzos del otoño y resultó ser un varón. La alegría que sintió Eloísa fue enorme y enseguida se la comunicó a su amado, el cual no se mostró especialmente dichoso por su paternidad. El Maestro albergaba serias dudas sobre su papel como padre y cuando supo que su hijo había nacido sano y fuerte se limitó a comunicármelo, aunque sin mostrar ninguna señal externa de satisfacción.

En la misma carta, Eloísa le explicaba que tenía la intención de bautizar al niño con el nombre de Astrolabio, pues la joven estaba convencida de que ambos amantes lo habían engendrado un día en el que Abelardo le había estado hablando del astrolabio, ese ingenioso instrumento que han inventado los árabes y con el cual se puede establecer la latitud exacta de un lugar según la declinación de los astros.

—Un nombre extraño para un niño —me comentó Abelardo—, pero si Eloísa desea que nuestro hijo se llame así, sea.

—Sí, un nombre poco frecuente. Guillelmos, Hugos, Enriques o Pedros los hay a millares, pero no conozco a ningún Astrolabio —le comenté.

* * *

La paternidad ablandó el corazón de Abelardo y se mostró más compasivo hacia Fulberto, que seguía rumiando su ira en silencio. El burlado canónigo odiaba a Abelardo, pero nada podía hacer contra él porque su querida sobrina continuaba en Bretaña, en manos de la familia del Maestro, y en su concepción de la venganza creía que, si actuaba contra Abelardo, la familia de éste se vengaría en la persona de su sobrina, a quien tanto quería.

Abelardo fue quien dio el primer paso. Escribió una carta a Fulberto y le solicitó una cita para explicarle todo lo ocurrido. El airado canónigo, que andaba mascullando cómo vengarse del filósofo, aceptó. Ambos se vieron en casa de Fulberto; Abelardo, temeroso de que le preparara una encerrona, acudió acompañado de seis discípulos de su confianza, entre los que yo me encontraba.

Los dos contrincantes dialogaron en el salón de la morada de Fulberto, el lugar donde yo había conocido a Eloísa durante una comida. Los seis jóvenes que escoltábamos al Maestro permanecimos atentos en la puerta de la casa, pese al frío del invierno y a que comenzaban a caer unos densos copos de nieve, listos para intervenir en cuanto escucháramos una llamada de socorro, tal cual habíamos convenido con él. Nos arrebujamos en nuestros capotes, bajo los cuales ocultábamos gruesos garrotes de madera por si hiciera falta utilizarlos en defensa del Maestro contra los criados del canónigo, y esperamos con paciencia.

Afortunadamente, la conversación discurrió por caminos serenos y Abelardo salió de la casa sin necesidad de demandar ayuda. Su rostro denotaba evidentes signos de

preocupación, pero parecía sereno y más tranquilo, desde luego, que cuando entró. Sin mediar palabra, nos dirigimos a casa de mis padres, donde continuaba hospedado Abelardo, seguidos por los estudiantes, que mantenían las cachiporras de madera ocultas bajo sus mantos.

Una vez en mi aposento, el Palatino nos dio las gracias a los jóvenes de su escolta y nos entregó una moneda de plata a cada uno. En principio, los seis nos negamos a recogerla, pero él insistió y finalmente nos las quedamos.

Mis cinco compañeros se retiraron y, ya los dos solos, el Maestro y yo nos acomodamos junto a la chimenea de la cocina, donde ardían unos leños y hervía una sopa de carne en un puchero de hierro. Nos calentamos las manos y recuperamos el calor perdido, especialmente yo, que había pasado a la intemperie todo el tiempo de espera ante la morada de Fulberto.

Durante un buen rato, el Maestro se mantuvo en silencio, observando con fijeza el crepitar de los leños al fuego, hasta que por fin habló.

—He llegado a un trato con Fulberto. Le he propuesto casarme con Eloísa en secreto; no puedo hacerlo públicamente porque ya sabes que las escuelas de París exigen el celibato a sus profesores. Con ello, Astrolabio no será un bastardo y yo no perderé ni mi fama ni mi empleo —me confesó sin dejar de mirar al fuego.

—¿De verdad que el canónigo ha estado de acuerdo en eso? —le pregunté extrañado.

—Sí, e incluso hemos sellado el acuerdo con un beso, como ocurre en los contratos de vasallaje entre señor y vasallo.

Me imaginé entonces la escena y a Abelardo y a Fulberto besándose en aquel salón, y pensé en el beso de Judas cuando entregó a Cristo, desencadenando así la pasión y muerte del Salvador.

—La Santa Madre Iglesia nos enseña que el matrimonio fue instituido por Dios como remedio contra la concupiscencia de la carne —solté sin pensarlo.

—El matrimonio no es sino un contrato que inventaron los estamentos superiores de la sociedad para unir los intereses de dos linajes y garantizar los privilegios de los nacidos de esas uniones. Independientemente de ello, es verdad que la Iglesia considera que el matrimonio canónico constituye una válvula de escape para las pasiones de la carne, pero ya sabes que sólo permite la práctica del sexo para procrear; cualquier otra circunstancia se considera un pecado, incluso si se realiza entre dos esposos. Yo no lo creo así. La unión amorosa de un hombre y una mujer convierte al coito en un acto sublime; la fusión de los dos cuerpos constituye una especie de sintonía mística en la que los dos sexos, no opuestos como sostienen algunos, sino complementarios, se unen en una armonía natural que Dios ha creado, pues recuerda que las Sagradas Escrituras señalan que Dios «los creó varón y hembra» y añadió que «no es bueno que el hombre esté solo» y que «los dos vendrán a ser una misma carne».

»Y créeme, entre hombre y mujer no existe mejor manera de convertirse en una

misma carne, de seguir el mandato divino, que con la unión física de sus cuerpos, que han sido creados para ser complementarios, pues en la cópula el miembro del varón encaja perfectamente en la vagina de la mujer, y los cuerpos de ambos no son sino la obra personal del mismo Dios, que los creó modelándolos con sus propias manos, al varón del barro y a la mujer de la costilla del varón, de su misma carne.

—Pero, siguiendo al gran Aristóteles, los teólogos afirman que la mujer es un ser imperfecto...

—Es una obra de Dios, y Dios no comete imperfecciones —me interrumpió tajante—. En mi opinión, y la sostengo en las palabras del Altísimo que te acabo de citar procedentes del libro del *Génesis*, la mujer también fue criada a imagen de Dios, de ahí que exista en lo esencial una igualdad entre hombre y mujer.

Aquellas afirmaciones del Maestro me confundieron un tanto. En la escuela catedralicia, los profesores siempre nos habían hablado de la mujer como fuente de todo mal, y una y otra vez recriminaban que hubiera sido una mujer, Eva, la culpable de que el pecado se instalara en el mundo recién creado y que por su culpa no viviéramos en el Paraíso, sino en este valle de lágrimas, expuestos al dolor, la enfermedad y la muerte. Y en cambio, llegaba ahora Abelardo y hablaba de la mujer como un ser igual al hombre, creado de su misma carne y en situación de igualdad ante los ojos y los deseos de Dios. Pero Dios era varón, el Padre, el Creador; así lo vemos plasmado en las representaciones de las miniaturas, en las pinturas murales de las iglesias, en las esculturas de las portadas. Sí, Dios es un hombre, un varón, padre todopoderoso, y Su Hijo hecho hombre, Jesucristo, también es varón, y así aparece en los *Evangelios* y así lo representan, como hombre, en el Calvario y en el Sepulcro. Sí, sí, Dios es varón, un hombre, y Adán no era sino un pálido reflejo de la majestad de Dios, aunque hecho a su imagen y semejanza.

—Eso que afirmáis, Maestro, suena a herejía —balbucí atemorizado; todas esas ideas bullían en mi atribulada cabeza.

—Tal vez la Iglesia lo considere así, pero cuanto acabo de afirmar no es sino lo contenido en las Sagradas Escrituras.

Creo que Abelardo tenía en tan alta consideración a la mujer porque su amor por Eloísa le hacía identificar en ella su ideal de todas las mujeres. Pero, como señala la Biblia, «el hombre es superior a la mujer». Y así lo han escrito todos los filósofos que en el mundo han sido, que también se han expresado así; e incluso las mismas mujeres sabias, como ha hecho recientemente Hildegarda de Bingen, que ahora rige como abadesa el monasterio de Disidodenberg, en Alemania; se trata de una mujer inteligente e ilustrada que ha escrito un tratado llamado *Scivias* en el cual asegura que la mujer es débil y que el hombre es quien le otorga la fuerza, como hace el sol con la luna, y que por eso debe estar sometida al varón.

Hildegarda, que ha alcanzado tal fama que cada vez que predica en su patria lo hace rodeada de multitudes, cuyos consejos son demandados por reyes y señores y que ha sido invitada a visitar la corte del emperador Federico Barbarroja, confiesa

haber sentido experiencias místicas y asegura que escribe por encargo de Dios, tras recibir la inspiración por medio de un fuego divino, tras el cual brotan de su boca palabras que transcribe su copista, un monje llamado Volmar. Y así debe de ser, porque sus libros los aprobó Bernardo de Claraval, quien opinaba que era más difícil convivir con una mujer sin estar en peligro mortal que resucitar a un muerto. Bueno, ésa era al menos la opinión de aquel abad pelirrojo que nunca conoció a las mujeres y que fue el mayor enemigo de Abelardo.

Sin embargo, yo creo que la idea de la virginidad constituye un verdadero tormento para la abadesa Hildegarda, que está convencida de que Dios ha concedido la virginidad a la mujer como timbre de pureza, cosa que no ha hecho con el hombre. Quizá por eso las monjas de su monasterio llevan el pelo largo, cubierto con velos blancos, coronas doradas, anillos y brazaletes. Nunca las he visto, pero, por lo que se dice, parecen más unas jóvenes vestales de aquellas que guardaban el templo de la diosa pagana Vesta en el Foro de Roma que monjas de un convento cristiano. Tal vez tenga mucho que ver en ello el que su abadesa fue una niña solitaria y haya seguido siendo una adulta, ya casi una anciana, también solitaria.

No me extraña que en los monasterios femeninos se cante con frecuencia esta canción, compuesta para ser recitada mediante polifonía:

Oh dulcísimo amante,
oh tú que abrazas tan dulcemente:
ayúdanos a custodiar nuestra virginidad.

Claro que también puede ser posible que Hildegarda haya mostrado esa sumisión hacia el hombre como un truco para que Bernardo de Claraval, el guardián de la ortodoxia católica hasta su muerte, no recelara de la condición femenina de la abadesa y no condenara la actitud de esa mujer y le permitiera seguir escribiendo sus textos y predicando sus sermones. ¡Quién sabe!

CAPÍTULO XVIII

Admitido que el matrimonio se mantendría en secreto por Fulberto, aunque en realidad el canónigo pretendía ganar tiempo mientras rumiaba la manera de ejecutar su venganza, partimos hacia Le Pallet en busca de Eloísa. Yo acompañé a Abelardo en el viaje a Bretaña durante las Navidades. Los caminos estaban helados y cayó alguna nevada, pero por ello mismo no había la menor actividad bélica; los señores de la guerra se reponían de anteriores batallas al abrigo de sus castillos y era menos peligroso viajar durante el invierno que en cualquier otra época del año.

Los hermanos de Abelardo nos esperaban en las fronteras de Bretaña, y con ellos fuimos hasta la casa de su hermana en Le Pallet, donde Eloísa esperaba ansiosa a su amado tras varios meses de ausencia.

Lo recuerdo bien porque yo estaba a su lado cuando llegamos a la puerta de la casa. Allí aguardaba Eloísa, algo más gruesa debido a su reciente maternidad, pero con su mismo rostro luminoso y limpio. Abelardo bajó de su mula, me lanzó las riendas para que las sujetara y corrió hacia su amada. Los dos se fundieron en un abrazo al que siguieron besos intensos y apasionados, sin importarles nada los que a su alrededor nos encontrábamos.

—Mi amor, mi amor —creo que fueron las palabras que escuché a Eloísa susurrar al oído de Abelardo, que la sostenía casi en volandas entre sus poderosos brazos.

—Te echaba de menos —dijo el Maestro.

—Ven, conoce a nuestro hijo.

Los dos entraron abrazados en la casa, a cuya puerta también estaba la hermana de Abelardo, a quien besó en las mejillas y agradeció los cuidados a Eloísa, y se dirigieron, seguidos por todos nosotros, hacia el fuego del hogar, junto al cual había una cuna de madera pintada con florecillas rojas y azules, los colores heráldicos del linaje de Abelardo, según supe después. Dentro de la cuna, fajado con un aparatoso vendaje y cubierto con una manta de lana marrón, un hermoso niño dormitaba plácidamente al calor de la lumbre.

—Es Astrolabio, nuestro hijo —indicó Eloísa orgullosa y radiante; lucía plenamente feliz.

Abelardo se inclinó hacia la cuna y observó al niño. A diferencia de Eloísa, él no semejaba especialmente alegre, aunque a la vista de la carita del niño, pareció conmoverse un poco.

—¿Está sano y completo?

—Sí, es un niño fuerte. Cuando tiene hambre brama como un novillo y chupa de mis pechos sorbiendo la leche con la fuerza de un ternero. Sobrevivirá, mi amado, crecerá y se hará fuerte, hermoso y alto como su padre —aseveró Eloísa, henchida de orgullo por haber traído al mundo al cachorro del León de París.

Un par de días después de nuestra llegada a Le Pallet, Abelardo le contó a Eloísa el acuerdo que había pactado con su tío.

—El único modo de reconciliarme con Fulberto y evitar el escándalo que se avecina por nuestra relación es desposarte en secreto —le dijo.

—No —contestó tajante Eloísa.

—Es la única salida.

—No. Si nos casamos, tu carrera como profesor en la escuela de la catedral de París, o en cualquier otra escuela, se habrá acabado. Tu prestigio es lo que importa, y yo no puedo ni quiero arrebatártelo. Prefiero estar unida a ti por el amor que por el matrimonio. Tú siempre has anhelado alcanzar una dignidad eclesiástica, y no se otorga ninguna a quien está casado; sólo puedes optar a ella si te mantienes célibe. No, no puedo hacerlo. Tú eres el maestro más notable de cuantos han enseñado en París, te debes a tus alumnos, a la filosofía y a la ciencia; no puedes ni debes renunciar a todo eso por contentar a mi tío. Lo conozco muy bien, él jamás se dará por satisfecho, ni siquiera con este acuerdo matrimonial.

—Pero lo ha aceptado y, además, hemos convenido que se celebre en secreto. Yo seré tu esposo a los ojos de Dios y tu tío quedará confortado por ello. Nuestro hijo no será un bastardo y yo mantendré mi puesto al frente de la escuela de Nuestra Señora de París y mi prestigio como profesor. Podremos seguir viéndonos con frecuencia y nos acostaremos juntos, porque seremos esposos a los ojos de Dios y lo haremos sin caer en pecado ante la ley de la Iglesia —alegó Abelardo.

—El intelectual no debe tomar esposa, ¿recuerdas? Insististe en ello muchas veces en tus clases; para ello citaste a autoridades como san Pablo y san Ambrosio, quien denunció que los obispos de su época estuvieran casados, y me pusiste como ejemplo lo que le ocurrió a Cicerón, que alegó que no podía dedicarse por igual a la mujer que a la filosofía. El filósofo no debe formar una familia, pues las dedicaciones a la casa, a la esposa y a los hijos le distraerían de su reflexión y de su estudio. Los filósofos renunciaron al mundo y a sus placeres, pero también a ciertos menesteres a los que obliga la situación del hombre casado. En una ocasión me comentaste que Séneca, en sus *Cartas a Lucilio*, aconsejaba a los filósofos que debían abandonarlo todo y dedicarse a meditar, porque todo tiempo que se dedicara a ello era poco.

»En ciertos momentos me has asegurado que sólo los monjes, en su vida contemplativa y retirada del mundo, y los filósofos, en su reflexión y sus ideas, son dignos de destacar por encima de los demás hombres y que sus vidas son las más honestas, ya que se han alejado de los placeres del mundo para consagrarse a la austeridad y a la castidad.

»No quiero recordarte ahora las opiniones de todos los filósofos que me fuiste desgranando, y cómo me hablabas de ellos recalcando que eran los únicos hombres que merecían toda tu consideración. ¿Renunciarías a tus ideales por un matrimonio conmigo?

»Tú tal vez sientas vergüenza por lo que hicimos, pero yo no tengo que

sonrojarme de nada. Te amé y te amo como hombre, y no necesito ser tu esposa para continuar amándote. Nuestro hijo Astrolabio es fruto de un amor puro y excelso, y no es preciso justificar su origen con acuerdos entre tú y mi tío, que únicamente responden a la necesidad de vuestra sensación de culpabilidad, que yo no admito. Quizá mi tío Fulberto se sienta culpable por no haber vigilado bien la virginidad de su sobrina, pues considera que el virgo es la mayor de las virtudes que una mujer debe conservar; y en cuanto a ti, amado mío, comprendo que tu alma se encuentre sumida en un laberinto de confusiones. Me amas, lo sé porque te he sentido dentro de mí y he contemplado la alegría del amor y la satisfacción del deseo reflejada en tus ojos cuando me miras, pero también amas a la filosofía y no podrías vivir sin enseñarla a tus alumnos. Y en este mundo que nos ha tocado en suerte, ambas cosas no pueden coexistir.

»Por eso, porque te amo desde lo más profundo de mi ser, porque eres lo que más quiero, mi corazón y mi cabeza me aconsejan lo mismo, y no estoy dispuesta a que renuncies a nada por mi causa. Sé que, si así lo hicieras, te sentirías infeliz, y yo no me lo perdonaría jamás.

»Los filósofos paganos quisieron vivir de ese modo, alejados de las mujeres para centrarse en la búsqueda de la sabiduría, y tú, filósofo cristiano, clérigo y canónigo, has de elegir con mucha más razón, pues te ilumina la fe en Cristo, de la que ellos carecían. Creo que todas estas razones son más que suficientes para que no dudes en optar por los oficios divinos antes que por los placeres mundanos. ¿Quién defenderá la dignidad de los filósofos si no lo haces tú, el más grande del siglo?

—Sócrates estuvo casado —se limitó a replicar el Palatino, casi abrumado por el contundente discurso de Eloísa, en el que había empleado los precisos argumentos dialécticos que el Maestro le había enseñado.

—Y lo resistió con estoicismo. Piensa en la anécdota que sobre su matrimonio relata san Jerónimo, para quien el sexo era algo sucio y perverso, en su ensayo contra Joviniano, que tú mismo me contaste. ¿Recuerdas? Un día, el filósofo ateniense estaba soportando las increpaciones e insultos que desde una ventana de su casa le dirigía su segunda esposa, Jantipa, que en estado de ira y no satisfecha con tantos reproches le arrojó encima un bacín con aguas sucias. Sócrates, empapado de porquería, se limitó a secarse la cabeza y a comentar que era natural que tras los truenos llegara la lluvia. ¿Serías tú capaz de soportar algo semejante? —le preguntó Eloísa.

—Tú no harías eso.

—No estés tan seguro. Yo prefiero que sigas llamándome amiga y mantenerme unida a ti por el vínculo del amor, a que me llames esposa y me mantengas atada por la ligadura del matrimonio. Te quiero libre y te amo libre; y así es como deseo seguir amándote.

Eloísa, liberada toda su tensión, rompió a llorar. Abelardo la abrazó con dulzura e intentó consolarla con sus caricias y persuadirla con su elocuencia de que el

matrimonio era la mejor opción para ambos. No sé si lo hacía por convencimiento, por amor a Eloísa o por temor a que Fulberto desencadenara toda su ira contra él si no cumplía lo pactado, pero insistía una y otra vez en que ese matrimonio debía celebrarse.

—Eres mi amada. Nada se habría alterado si tu tío no hubiera descubierto nuestra relación y si no hubieras parido un hijo. Probablemente hubiéramos seguido adelante con nuestro amor clandestino, amándonos en secreto. Pero las cosas han cambiado y nuestra situación no es la misma. Eres una mujer inteligente y sensata. Afirmas que no pretendes casarte porque con ello mi carrera estaría acabada y que deseas continuar soltera por el amor que me tienes, porque deseas lo mejor para mí. Bien, yo también te profeso un amor infinito y no quiero que tú y nuestro hijo sufráis oprobio alguno a causa de mi insensatez y de mi inconsciencia. Por ello, debes aceptar este matrimonio, que mantendremos en secreto. Te lo pido, te lo ruego por nuestro amor y por nuestra dicha.

Eloísa se mordió los labios y cedió al fin; aceptó casarse con Abelardo, pero antes de dar el sí a esa unión convenida, pronunció una frase que resultaría profética:

—Espero que, en caso de que se produzca la perdición de los dos, el dolor sea menor que el amor que lo ha precedido.

CAPÍTULO XIX

Vencida la reticencia de Eloísa, que admitió al fin que se celebrara el matrimonio, regresamos a París con ella. Astrolabio fue confiado a un ama de cría y quedó al cuidado de la hermana de Abelardo, que les prometió a los dos amantes que lo educaría como a un hijo y que, en cuanto tuviera uso de razón, si antes no se reunía con ellos, le explicaría quiénes eran sus padres y con cuánto amor había sido engendrado.

Una vez en París, Abelardo se instaló de nuevo en casa de mis padres, y yo acompañé a Eloísa hasta la casa de su tío.

Ante su puerta, Fulberto me miró como quien observa a un insecto al que está a punto de aplastar con la suela de la bota, y abrazó y besó en la frente a Eloísa, por cuyo estado de salud se interesó, aunque no hizo la menor mención a su hijo.

La invitó a pasar al interior de la vivienda y me dio la espalda con displicencia.

—El Maestro desea saber cómo se celebrará el matrimonio —me atreví a decir antes de que cerrara la puerta.

Fulberto se giró con parsimonia, muy despacio, tomó a contemplarme con desprecio y al fin masculló:

—Comunícale a tu amo —con esa palabra buscaba hacerme daño y humillarme— que recibirá una nota mía al respecto.

Volvió a darme la espalda y cerró la puerta tras de sí, sin mediar más palabras.

Regresé a mi casa, donde Abelardo aguardaba expectante, y le conté lo sucedido.

—¿Nada más, no te ha dicho nada más? —me preguntó.

—Nada, salvo que aguardéis sus noticias.

—Espero que no sea una treta por su parte.

Y, al menos por el momento, no lo pareció.

Unos pocos días después, Abelardo recibió una carta de Fulberto en la cual le explicaba que la ceremonia de matrimonio tendría lugar en la iglesia de San Marcelo, a una milla al sur de las murallas de París, en el camino de salida hacia Corbeil. El rito matrimonial se celebraría al amanecer y asistirían los dos futuros esposos, Fulberto y un pequeño puñado de amigos de ambas partes, pues, aunque se celebraba en secreto, el tío de Eloísa exigió que al menos sus principales allegados pudieran comprobar personalmente que el ritual de la boda se oficiaba de verdad.

La tarde anterior nos dirigimos a aquella iglesia, donde Abelardo había decidido pasar toda la noche en vela; y allí discurrieron las horas nocturnas entre oraciones, meditaciones y alguna cabezada cuando el sueño nos rendía la voluntad.

Poco después de las primeras luces del amanecer, llegaron Fulberto y Eloísa, acompañados de varios criados y amigos en dos carretas y unas ínulas. Casi al tiempo lo hicieron media docena de amigos de Abelardo, entre ellos mis padres, que lo

apreciaban mucho tras los meses de convivencia, y cuatro compañeros, profesores en la escuela de la catedral.

La ceremonia fue muy simple; unos días antes se habían celebrado los esponsales, durante los cuales ambos futuros esposos se prometieron fidelidad y se intercambiaron regalos y los anillos. El rito de la boda lo ofició un canónigo de la catedral, íntimo de Fulberto; era un tipo obeso de aspecto grasiento, que conminó a los novios a amarse eternamente y a que compartieran la riqueza y la pobreza, la enfermedad y la salud. Les pidió a ambos que manifestaran su consentimiento para el matrimonio, algo que es imprescindible para que tenga validez canónica para la Iglesia, y así lo hicieron, aunque creo que Eloísa bisbisó al oído de Abelardo que lo hacía porque él se lo había pedido, que no por su propia voluntad.

Es curioso que la Iglesia requiera de la voluntariedad de los esposos para aceptar un matrimonio, pero que no tenga en cuenta en absoluto el sentimiento de esos mismos esposos. No en vano, hasta hace pocos años la Iglesia se había preocupado en verdad por regular el matrimonio, pues hasta el II Concilio de Letrán, celebrado hace algo más de un cuarto de siglo, apenas había legislado nada al respecto. Y eso que sólo en algunos de esos mismos concilios se habían introducido ciertas normas al respecto.

En los días en que se casaron Eloísa y Abelardo, un monje herético llamado Enrique de Lausana andaba criticando las nuevas disposiciones canónicas de la Iglesia sobre el matrimonio en encendidos sermones que pronunciaba en la ciudad de Le Mans; en sus apasionadas arengas, alegaba que la relación entre los esposos debería quedar libre de los impedimentos que imponía la Iglesia.

Si ahora se han dictado tantas normas sobre el matrimonio, ha sido para contener las peticiones de los nobles, para que mediante el matrimonio canónico quede perfectamente asegurada la legalidad de sus linajes, que es lo único que les interesa; en cuanto a los eclesiásticos, lo que les preocupa es que mediante el matrimonio se salvaguarde la moral de hombres y mujeres y se canalicen los deseos carnales del sexo. Para la Iglesia, sólo en el matrimonio sacralizado por un sacerdote está permitida la cópula entre hombre y mujer, y por eso se ha preocupado de monopolizarlo como un sacramento que ella administra en exclusiva.

Acabada la ceremonia, y sin que se celebrara banquete nupcial alguno, como empezaba a ser costumbre, Abelardo y Eloísa se separaron; ella se fue a casa de Fulberto y él a casa de mis padres. Para que el matrimonio tenga validez es preciso que los nuevos esposos lo consuman, pero ellos ya lo habían hecho en reiteradas ocasiones con anterioridad al rito ceremonial.

Desde entonces hicieron vidas separadas, tratando de aparentar que el matrimonio no se había celebrado, aunque medio París sabía lo ocurrido e incluso se rumoreaba que Eloísa había parido un hijo que permanecía oculto en algún lugar de Bretaña. Algunos acusaron por ello a Abelardo de hipócrita; y tal vez tuvieran razón, no soy yo nadie para juzgarlo, pero desde luego su esposa jamás se comportó de ese modo, y

su actitud fue la de respeto y acatamiento a la voluntad de su esposo; y aunque es cierto que la hipocresía rige el comportamiento de muchos seres humanos, no fue el caso de la joven Eloísa, que mostró en todo momento una dignidad propia de la más noble dama.

Pese a tantas emociones y a tantas peripecias, el fuego de la pasión amorosa ardía en los corazones y en los cuerpos de los dos esposos y ambos ansiaban acostarse una y otra vez como marido y mujer. Lo hacían de vez en cuando, en posadas de la ciudad adonde acudían disfrazados, procurando ocultar su identidad, o incluso en la misma casa de Fulberto, aprovechando algunas ausencias del canónigo y previo pago a Martín, que seguía con él como criado de confianza.

Durante varias semanas nadie habló del matrimonio, pero el silencio exasperó a Fulberto, quien, tras oír ciertos chascarrillos sobre la pérdida de virginidad de su sobrina y su soltería a pesar de haber dado a luz, quiso lavar su honra rompiendo el pacto acordado con Abelardo de que la boda se mantendría en secreto. Y así, tanto él como los criados de su casa comentaron a cuantos conocían que Eloísa se había casado con el León de París, y que, por tanto, el honor de la joven y el de su tío quedaban a salvo.

Aquello llegó a oídos de Abelardo, que se enfadó mucho, y más todavía cuando Eloísa, durante uno de sus encuentros amorosos, le confesó que Fulberto la insultaba y que incluso la había amenazado con pegarle si no obedecía a cuanto le ordenara y si no revelaba en público que era la esposa legítima del Palatino.

Por el contrario, Eloísa, cumpliendo lo acordado con su esposo, negaba que dicho matrimonio se hubiera celebrado, lo que provocaba la ira de Fulberto, que en una ocasión llegó a levantar la mano y estuvo a punto de abofetearla.

Abelardo no podía consentir aquellas vejaciones hacia su esposa y acordó con Eloísa que la acompañaría a la abadía de Argenteuil, muy cerca de París, donde la muchacha había recibido su primera instrucción, y donde quedaría custodiada y a salvo de la ira de su tío. El propio Abelardo se encargó de que se le confeccionara el hábito religioso que portan las arrepentidas, aunque sin el velo reservado a las novicias que profesan en las órdenes monásticas. Aprovechando una de las ausencias de Fulberto, la sacó de París y la trasladó al cercano convento de Argenteuil, donde Eloísa quedó refugiada.

Cuando el canónigo regresó y se enteró de lo ocurrido, su enfado habitual se trocó en cólera. Consideró que la nueva burla y el engaño sufridos a manos de Abelardo eran insoportables, pues no sólo negaba la celebración del matrimonio, pese a los testigos que lo habían presenciado, sino que, además, el Maestro quedaba ahora libre de cualquier vínculo matrimonial, al haber ingresado Eloísa en el convento. Ante varios parientes y amigos, y tal vez creyendo que Abelardo trataba de librarse de Eloísa, Fulberto juró vengarse.

En cuanto llegó a oídos de Abelardo que el canónigo pretendía lavar sus afrentas y que iría contra él, habló con mis padres y les anunció que tenía que abandonar

nuestra casa.

—He vivido aquí como en mi propio hogar y os agradezco que me hayáis acogido con semejante generosidad, pero debo marcharme enseguida. Estoy amenazado y creo que en mi situación, y si continúo aquí, vosotros también correréis peligro. Fulberto es un hombre influyente y poderoso, si me refugio en vuestra casa puede obrar contra vosotros, y no pretendo causaros ningún daño —expuso Abelardo una noche, mientras cenábamos.

—Te hemos acogido como a un pariente, como a un hijo —comentó mi padre, cuyos negocios de tejidos seguían boyantes—, y un hijo no se abandona nunca. Si deseas continuar habitando en nuestra casa, te defenderemos como si fueras de nuestra propia sangre.

—No, no. No debéis arriesgaros por mí; ya habéis hecho bastante, mucho más de lo que nadie pudiera esperar. Mañana me marcharé y dejaré claro que ya no vivo en vuestra casa, para que Fulberto se entere y no actúe contra vosotros, pues me temo que si yo me mantuviera en esta residencia, él intentaría alguna represalia, porque causándoos daño sabría que me lo estaba causando a mí. Me instalaré en una posada del Barrio Latino; allí estaré a salvo. Los estudiantes serán mi mejor coraza. Si Fulberto intenta algo contra mí, centenares de escolares me ayudarán a enfrentarme a sus esbirros —alegó Abelardo.

—Yo iré con vos, Maestro, soy vuestro ayudante —lo interrumpí.

—No, mi querido amigo, no. Fulberto es capaz de cualquier cosa para hacerme daño, y tú eres mi máspreciado discípulo. Algún día me sustituirás como profesor de filosofía en el claustro de la catedral, y debes estar preparado para eso, sólo para eso.

—Lucharé por vos si es preciso —insistí.

—No sabes utilizar armas. Yo sé defenderme solo; recuerda que te conté que en mis primeros años fui instruido en el manejo de las armas, pues, como primogénito de un castellano del duque de Bretaña, yo estaba destinado a seguir los pasos de Marte, los de la guerra; pero preferí las artes de Minerva, las de la inteligencia, las que te he enseñado, y quiero que sigas ocupado en ellas. No intentes imitar la vida de los maestros, sino sus enseñanzas. No sigas el modelo errático de mi vida, sino mis consejos. Si algo me ocurriera, serás más útil continuando mi labor en la escuela que muerto y enterrado en cualquier fosil.

Bajé la cabeza y me rendí a la evidencia. Abelardo tenía razón. Yo jamás había empuñado una espada, de modo que si se presentaba la ocasión de pelear, un espadachín mínimamente avezado me hubiera despachado al primer envite.

—Acatamos tu decisión, pero si necesitas algo, lo que sea, no dudes en pedirnoslo, y esta familia acudirá presta a tu llamada —terció mi padre en un alegato que me hizo sentirme orgulloso de ser su hijo.

Tal cual había anunciado, al día siguiente lo ayudé a cargar sus dos baúles en una mula y partió hacia el Barrio Latino. Había contratado una habitación en una posada discreta y poco conocida, en una callejuela pegada a la muralla, próxima a la ermita

de Santa Genoveva. El posadero lo conocía y le prometió que guardaría total discreción y que nadie sabría que se hospedaba allí. La posada disponía de un patio trasero al que se accedía por una puerta semiescondida en un recodo de una calleja apenas transitada, de modo que podía salir y entrar en la posada sin que los allí presentes lo advirtieran. Sólo el posadero, *un* criado que le servía la comida y le lavaba la ropa y yo mismo sabíamos que el «León de París» se hospedaba allí.

Abelardo era consciente de que tenía que andarse con sumo cuidado, pues Fulberto parecía determinado a vengarse de las afrentas sufridas. Pero en ese momento nadie hubiera podido siquiera imaginar el diabólico plan que el canónigo estaba maquinando contra él, porque nadie hubiera podido prever que semejante crueldad pudiera llevarse a cabo por hombre alguno, salvo que lo hubiera poseído la saña del mismísimo Satanás.

CAPÍTULO XX

Abelardo visitaba a Eloísa dos veces a la semana en el convento de Argenteuil, y allí se acostaba con ella. Su pasión carnal era tan febril que incluso copulaban en alguna zona discreta del claustro o en una capilla oscura. Ni siquiera lo sagrado del lugar constituía impedimento alguno para que los dos amantes dieran rienda suelta a la atracción sexual que sentían el uno hacia el otro y que los empujaba a unir sus cuerpos como esposos en cuanto se les presentaba la ocasión.

Fulberto, por ciertos contactos que tenía en aquel convento, se enteró de los frecuentes encuentros amorosos y consideró que al agravio de someter a clausura a su sobrina, Abelardo sumaba el de utilizarla como barragana para su placer. Según una vieja ley, corromper a una virgen podía conllevar la condena a la castración del corruptor y Fulberto decidió tomarse la justicia por su mano. Fue entonces cuando decidió dar al Maestro un escarmiento que no olvidara jamás. Mediante sobornos, consiguió descubrir dónde se hospedaba Abelardo, y hasta la posada envió a dos sicarios para que averiguaran la rutina diaria que éste seguía, dónde dormía y cómo se podía ejecutar su plan de venganza.

En aquellas partes pudendas varoniles, que ni siquiera tienen nombre propio, radicaba, según Fulberto, la causa de todas las afrentas de las que se consideraba objeto, de manera que preparó su venganza para que Abelardo sufriera la pérdida de sus vergüenzas, de sus atributos masculinos; con ello, el canónigo se daría por satisfecho y pagado.

El criado que servía al Maestro era un hombre necio y avaro que tenía el vicio de gastar su dinero con las prostitutas de los burdeles de la puerta de San Víctor, de manera que siempre andaba buscando el modo de conseguir algunas monedas para dilapidarlas yaciendo con las meretrices. Enterado Fulberto de ello, este criado fue presa fácil para el soborno.

Durante un par de meses, el canónigo preparó con toda meticulosidad cómo iba a perpetrar su venganza. Cuatro sicarios fueron instruidos para atacar a Abelardo en la habitación secreta de la posada de Santa Genoveva.

Preparado el plan, los cuatro se dirigieron a la posada a medianoche, cuando El Palatino ya dormía en su habitación. El criado que lo servía aguardaba oculto en la puerta trasera de la posada, por donde solía entrar Abelardo a resguardo de miradas indiscretas. Se había cuidado de que estuviera abierta. Los cuatro sirvientes de Fulberto aparecieron entre las sombras de la noche y el criado de Abelardo los llamó con un silbido.

Entraron en la posada por la puerta de atrás y atravesaron el patio en silencio. El criado les indicó dónde estaba durmiendo Abelardo, y hasta allí se dirigieron los cinco. Habían planeado que lo sorprenderían en la cama y que cuatro de ellos lo

sujetarían por las cuatro extremidades, mientras el quinto le cortaría sus partes varoniles sirviéndose de un cuchillo que se había afilado con precisión.

El Maestro dormía profundamente; es probable que en la cena de aquella noche su criado le hubiera administrado alguna pócima para que su sueño fuera más intenso y no se despertara ante cualquier ruido que pudiera delatar a los asaltantes. Y así fue. Entraron en su habitación y, siguiendo las indicaciones de su criado, lo inmovilizaron por completo. Abelardo, somnoliento y confuso, apenas se resistió. Martín, el criado de confianza de Fulberto, encendió entonces con un pedernal y yesca una linterna y pudo ver por fin la cara del Maestro, apresado por los sicarios. Para evitar que sus gritos alertaran a los vecinos, le habían tapado la boca con un paño.

Los ojos de Abelardo, quien poco a poco fue apercibiéndose de que lo que le estaba ocurriendo no era una pesadilla, reflejaban el terror que sentía en esos momentos, pues creía que aquellos iban a ser los últimos instantes de su vida. Y tal vez hubiera sido mejor que lo hubieran asesinado a lo que le hicieron. A la luz de la linterna, el Maestro identificó a Martín y a su propio criado, pero no pudo averiguar quiénes eran los otros tres, pues mantenían sus rostros ocultos con pañuelos. Sintió entonces que la muerte rondaba muy cerca y se encomendó a Dios. En unos momentos, casi toda su vida pasó por delante de sus ojos: su infancia en Le Pallet, su educación en Loches, en París y en Laón, sus clases en las escuelas, el triunfo ante sus alumnos, sus amores con Eloísa, su hijo Astrolabio...

Observó el brillo metálico de la hoja de acero del cuchillo que empuñaba uno de los atacantes embozados y aguardó a que el tajo, tal vez en el cuello, fuera rápido y limpio y que la muerte le sobreviniera deprisa y sin sufrimiento. Pero el asaltante que portaba el cuchillo no atacó su cuello; con la misma hoja le rasgó, a la altura del bajo vientre, la camisola larga que el Maestro usaba para dormir y éste sintió que le sujetaban sus atributos varoniles con una mano. Entonces lo entendió, y un terror todavía más grande que el que presagia la muerte inundó su corazón y todo su ser.

El tajo fue rápido y eficaz. Por extraño que pueda parecer, Abelardo no sintió dolor alguno, sólo un inmenso vacío y una sensación de cálida humedad que le calaba el vientre y los muslos; era su propia sangre fluyendo a borbotones de la herida donde hacía unos instantes habían estado sus órganos viriles.

A la vista de la efusión de sangre y creyendo que el Maestro iba a morir, los cinco sicarios salieron huyendo, provocando un enorme estruendo que despertó al posadero. En cuanto lo soltaron, Abelardo se incorporó en medio del horror y, a tientas, se palpó el lugar donde el cuchillo había cortado sus vergüenzas. La sangre seguía fluyendo entre sus muslos; en la oscuridad de la habitación, cogió la sábana y se hizo un vendaje intentando taponar la hemorragia a la vez que gritaba en demanda de auxilio.

El mesonero apareció con una lámpara de aceite en una mano y una estaca en la otra, y vio a Abelardo hecho un ovillo sobre la cama ensangrentada.

—¡Me han castrado, me han castrado! ¡Llama a un médico, deprisa, un médico!

Poco después, y siguiendo las indicaciones del propio Abelardo, que se mantenía consciente aunque comenzaba a sentir enormes dolores, llegó uno de sus amigos, profesor del quadrivium en la escuela de Santa Genoveva y afamado experto en la ciencia de Galeno. Este profesor había estudiado medicina en Salerno y en El Cairo, con maestros musulmanes, y era gran conocedor de la anatomía humana.

Le aplicó apósitos y compresas empapados en vino y aceites, consiguió detener la hemorragia y salvó la vida del Palatino.

Yo llegué a la posada a primera hora de la mañana. Me había enterado de lo sucedido por un alumno que se hospedaba cerca de donde vivía Abelardo, que fue quien me avisó de lo ocurrido en cuanto llegué al claustro de la catedral para asistir a la lección de aquel día.

Atravesé el Sena por el Petit-Pont, corrí hacia el Barrio Latino y me presenté jadeando y sudoroso a la puerta de la posada, donde se había arremolinado mucha gente; a la entrada había apostada media docena de guardias de la comuna de París, llamados por el profesor de medicina que había atendido al Maestro.

Me dejaron pasar tras identificarme como el ayudante de clases de Abelardo y me dirigí hasta su habitación; lo encontré recostado sobre dos almohadas y rodeado de media docena de personas. Tenía el semblante blanquecino, como de cera, y dormía.

El profesor de medicina, que también era mi maestro en mis clases de astronomía del quadrivium, que yo estaba cursando entonces, me saludó y, como sabía de mi relación con él, me puso al corriente de lo sucedido.

—He logrado atajar la hemorragia, pero ha perdido mucha sangre y está muy débil. Su vida todavía corre peligro. Ahora duerme porque le he suministrado un brebaje de abrotano, láudano y adormidera. Necesita mucho reposo y tranquilidad.

—¿Es verdad que lo han emasculado? —le pregunté, esperando que los rumores que ya corrían por París no fueran ciertos.

—Por desgracia, así es —me confirmó.

—¿Puede morir?

—Sí, está muy grave. Por fortuna, es un hombre fuerte y sano, pero ha perdido mucha sangre y la gangrena puede aparecer y envenenarle el cuerpo. Si logra salvar la vida, será un verdadero milagro.

—Podemos llevarlo a mi casa, allí estará bien atendido —le propuse al médico.

—Por el momento, es mejor dejarlo aquí, al menos hasta que remita la calentura. Es peligroso moverlo. He logrado cerrar las heridas, aunque no tengo confianza en que sobreviva a ello; hay que evitar que se mueva.

Había hecho un gran trabajo; de no ser por él, Abelardo habría muerto a las pocas horas. Logró detener la pérdida de sangre y cerrar las heridas, y dejar abierto un canal para que el Maestro pudiera orinar, función que ahora tendría que realizar como las mujeres.

Aquel médico había estudiado su oficio en El Cairo, donde es frecuente que algunos jóvenes esclavos sean castrados para dedicarlos al cuidado de los harenes de

los grandes potentados que pueden mantener a varias esposas, y sabía bien cómo tratar un caso de emasculación.

El médico me instruyó sobre lo que debía hacer, como si de una clase de medicina más se tratara.

—Yo me quedaré con él mientras sea necesario.

—Vendré mañana antes de las clases —me dijo.

—¿Se sabe quiénes han sido los culpables de esta villanía? —le pregunté.

—No. El posadero acudió cuando ya se habían marchado y no pudo verlos; pero no aparece el criado que sirve a Abelardo, de modo que se sospecha de él. El oficial de la guardia de la comuna ya está investigando.

Y dicho esto se marchó a descansar, pues parecía agotado.

Yo estaba seguro de que aquella vil acción había sido instigada por Fulberto. El canónigo estaba enamorado de su sobrina, aquel día ya no me cupo ninguna duda, y los celos lo mortificaron desde que se enteró de que Eloísa amaba a Abelardo y de que le había entregado su virginidad.

A los dos días, Abelardo despertó. Yo fui la primera persona que vieron sus ojos, pues no me había separado de la cabecera de su lecho ni de día ni de noche. Muchos estudiantes se acercaron hasta la posada al enterarse de lo ocurrido y varios de ellos se organizaron por turnos para hacer guardia. Todos clamaban justicia y venganza, y unos cuantos se dedicaron a tratar de averiguar por su cuenta quiénes habían sido los canallas que habían castrado al León de París.

Tras abrir los ojos, el Maestro me miró; su mirada era lejana y perdida.

—¿Sigo vivo? —me preguntó balbuciente.

—Sí, Maestro, pero estáis muy grave y no debéis moveros, por el momento.

—Ha sido un sueño; todo esto es una pesadilla, dime que lo es —me conminó.

—No, lo siento, lo siento —barboté entre sollozos, sin ser capaz de articular una frase coherente—; os han herido, lo siento...

Nunca antes había visto un rostro con semejante expresión de agonía y angustia. Abelardo se dio cuenta de que había perdido sus atributos masculinos y de que ya nada volvería a ser igual. Dios creó al hombre varón y lo dotó de partes pudendas distintas a las de la mujer, esas partes que proporcionan placer a los amantes y cuyo uso para el deleite había descubierto Abelardo al acostarse con Eloísa. De repente, ese nuevo mundo de sensaciones que había aparecido ante sus ojos se desvanecía y pasaba a ser un lejano recuerdo cuyas sensaciones nunca podría volver a experimentar. La emasculación le había dejado cicatrices en el cuerpo para siempre, pero creo que sentía mucho más las invisibles huellas que había esculpido en su alma.

CAPÍTULO XXI

Dos semanas después de la castración, Abelardo, ya plenamente consciente y sin fiebre, recordó lo sucedido aquella fatídica noche. En presencia del jefe de la guardia de la comuna acusó a Martín, el siervo de Fulberto, y a su propio criado de haber sido los culpables del delito; sólo pudo identificar a esos dos esbirros.

Los guardias, ayudados por algunos estudiantes, los buscaron por todas partes, y al fin los encontraron. El criado de Abelardo se había ocultado en un burdel cerca de las casas de la encomienda de la Orden del Temple, en la orilla derecha del río, junto al priorato de San Martín; allí fue localizado tras un registro en el que participaron varias decenas de escolares que, en patrullas de seis, peinaban cada casa de París en busca de aquellos delincuentes. El criado se había gastado todo el dinero que le había entregado Fulberto en los servicios de prostitutas y una de ellas lo había denunciado al quedarse éste sin una sola moneda con que pagarle.

A Martín lo apresaron cuando intentaba huir de París. Lo descubrieron oculto en una carreta de heno en el camino de Vincennes, cuando ya creía haber burlado el cerco de los alguaciles de la comuna.

Los dos presos fueron juzgados y sentenciados en unos pocos días. El castigo que se les impuso fue tan terrible como el delito que habían cometido. El juez que los condenó alegó la justicia divina y la ley del talión del libro del *Levítico*, donde se lee que «Quien lesionare la persona de cualquiera de sus conciudadanos se hará con él según hizo». Ojo por ojo, diente por diente; y así fue. Los dos presos resultaron privados de sus genitales y luego les sacaron los ojos. Murieron a las pocas horas entre terribles gemidos de dolor, y sus cuerpos fueron arrojados a la vereda de un camino para que los devoraran los cuervos y las alimañas.

A los otros tres sicarios no los localizaron. Los dos detenidos, a pesar de que fueron torturados antes de su ejecución, no revelaron quiénes habían sido sus tres colegas en el delito, pues en verdad no los conocían o tenían más miedo a confesarlo que a la propia muerte. Y lo cierto es que la justicia de París tampoco hizo mucho más por descubrirlos, quizá porque, además del propio Fulberto, había gente importante detrás de aquella conjura. A veces he pensado que entre los esbirros que lo emascularon tuvo que haber un cirujano, pues, según me relató el médico que lo atendió, el corte era limpio, realizado por alguien que conocía bien cómo amputar un miembro, lo que sólo está al alcance de quienes practican la cirugía.

El caso llegó hasta el propio rey Luis VI, pero su majestad estaba ocupado en fiestas y banquetes, en ese tiempo ya comenzaba a ser llamado «el Gordo» por su afición a las comidas copiosas que le habían desarrollado un enorme corpachón, y no se preocupó por ello, a pesar de tratarse de tan importante asunto.

Fulberto, verdadero instigador de la infamia, tuvo más suerte. Su condición de

canónigo y la ayuda de sus influyentes amigos lo libraron de la muerte, pero todos sus bienes fueron confiscados y fue condenado al destierro; nunca más podría regresar a París. No sé qué fue de él. Unos aseguraron que se había metido monje en una abadía de Borgoña, donde purgó sus pecados y su pena hasta el fin de sus días; otros afirman que lo vieron vagar por los caminos de Francia como mendicante y penitente; y hay incluso quien sostiene que se marchó como peregrino a Tierra Santa y que profesó como fraile en la Orden del Santo Sepulcro en Jerusalén, donde murió amargado y olvidado de todos. No puedo confirmar nada, pero espero que su carne se haya podrido en su tumba y sus huesos ardan eternamente en el infierno, que es donde semejante sujeto debe estar encerrado para siempre.

Tras mejorar de sus heridas corporales, porque de las del alma no se recuperó jamás, Abelardo sintió que una vergüenza inmensa se apoderaba de él. Había sido el más afamado profesor de las escuelas de París, el mayor filósofo del mundo, el más brillante orador, el más profundo pensador, el más contundente dialéctico, el más apuesto y elegante de los hombres, pero ahora se había convertido en un eunuco.

Como varón, había perdido sus partes pudendas y no volvería a poder acostarse con Eloísa, su único deseo sensual, su única debilidad carnal en este mundo. Hombre incompleto, sólo le quedaba un destino: el convento.

Entretanto Abelardo se recuperaba de sus heridas en mi casa, a donde lo trasladamos en cuanto pudo moverse, Eloísa, enterada de la emasculación de su esposo, seguía refugiada en el convento de Argenteuil. Yo fui el encargado por Abelardo de hablar con ella y relatarle en primera persona cuanto había acontecido en aquellas trágicas semanas.

Me dirigí al convento a través de la campiña del Sena y llegué ante su puerta a media mañana a lomos de una mula. La priora, que ya estaba al corriente de mi visita, me recibió muy compungida y lamentó la dramática desgracia del Maestro. Después me condujo ante Eloísa, que aguardaba impaciente mis noticias.

Han pasado cuarenta y seis años de aquel encuentro, pero todavía lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer mismo.

Eloísa, vestida con el hábito de las novicias pero sin el velo característico, estaba sentada en un banco del claustro; en sus manos sostenía un libro que yo conocía bien, el *Ars Amandi* de Ovidio. Al oír mis pasos, levantó la vista de las páginas del códice y lo cerró con cuidado. Me miró y, al hacerlo, pude atisbar en sus pupilas el dolor, la amargura y la soledad que en ellos se habían almacenado en las últimas semanas. Tragué saliva y sentí una aguda punzada en el pecho, como si me lo hubieran atravesado con un fino estilete de metal. Tomé aliento, suspiré hondo y la saludé lo más amable que fui capaz de mostrarme.

—Señora Eloísa, me envía el maestro Abelardo, vuestro amantísimo esposo. Bien sabéis que me hubiera gustado acudir a vos en circunstancias más gozosas, pero Dios ha querido que sea en un momento tan difícil como doloroso. Vuestro esposo se siente avergonzado y humillado y os ruega que seáis misericordiosa y comprensiva

con él.

—Agradezco tus desvelos y los de tu familia por mi esposo. Sé que habéis cuidado de él y que lo habéis refugiado en vuestra casa. Mi gratitud por ello será eterna.

—¡Oh!, es mi maestro, señora. Cuanto conozco se lo debo a él; jamás podré pagarle en este mundo cuanto me ha enseñado. Todo lo que sé es fruto de su generosidad y de su sabiduría.

—¿Qué desea mi esposo que haga? —me preguntó.

—Desea que toméis el velo y profeséis como monja en este convento. Él hará lo propio y también se consagrará a la vida monástica.

—¿Esa es su verdadera voluntad?

—Sí, señora. El Maestro me ha indicado que os lo proponga así mismo.

—¿No piensa venir a verme?

—Claro que sí. Os visitará más adelante, cuando sane por completo de sus heridas. Todavía está convaleciente de ellas y apenas puede moverse.

—De acuerdo, así lo haré. Profesaré como monja y tomaré el velo y los hábitos monásticos para siempre. Yo he sido la culpable de cuanto le ha ocurrido. Yo he sido la causa de todas sus desdichas. Hice brotar la pasión del amor en su corazón, hasta entonces ocupado tan sólo por la filosofía y el afán de conocer. Yo lo seduje con mi cuerpo de mujer; soy la única responsable de su azaroso destino y he de obedecer lo que él estime oportuno. Yo lo conduje al placer y sólo yo debo cargar con la culpa y el dolor. Díselo así.

—Señora, no os sintáis culpable. Los únicos que deben hacerlo son los que han emasculado a vuestro esposo, mi maestro; sólo a ellos ha de achacárseles el delito de lo ocurrido —intenté consolarla, pero era inútil.

—Somos dos almas condenadas a sufrir un eterno desencuentro. Tal vez no debimos amarnos tanto, tal vez no debimos sobrepasar los límites de lo prohibido. Transgredimos una peligrosa línea que no se puede cruzar, pero lo hicimos convencidos de que nuestro amor era algo sublime y limpio. Ahora, los ojos de los hombres nos condenan porque hemos vivido un amor libre y pleno, pero quién sabe si algún día seremos ejemplo para quienes pretendan caminar por la senda del amor verdadero y cambiar el destino al que estamos condenadas las mujeres.

»Yo no he hecho otra cosa que amar a un hombre extraordinario, y si soy responsable de algo, lo soy de haber ido más allá de lo aceptado por los hipócritas. Amo a Abelardo con todo mi ser y lo amaré hasta el fin de mis días, y más allá de la propia muerte; estoy segura. Soy su esposa a los ojos de Dios y a los de los hombres, y si me pidiera que lo siguiera hasta el fuego eterno, allí iría tras él sin demandarle explicación alguna.

—Señora, yo... —balbucí una palabras ininteligibles, ofuscado y emocionado ante la determinación del amor de Eloísa.

—No me resigno a perder su amor, no lo haré nunca, pero obedezco sus deseos.

Además de como mi esposo, lo reconozco como mi maestro y mi señor. Tomaré el hábito monacal pero sólo porque él me lo pide, y lo hago en contra de mi voluntad, como en contra de mi intención accedí a celebrar un matrimonio que sabía que lo iba a perjudicar. Lo hice entonces y lo hago ahora sólo por su amor, no por amor a Dios, sino porque sé que es lo que él desea que haga. Transmíteselo así.

—El Maestro también profesará como monje. Lo hará en el monasterio de Saint-Denis, de cuyo abad es amigo —le dije entre sollozos.

—Cuéntale que lo sigo amando y que lo amaré siempre —me confesó mientras se retiraba caminando orgullosa y elegante, imagino que hacia su celda en el convento.

La vi alejarse por el ala del claustro y desaparecer tras el recodo. Me santigüé, limpié mis ojos de unas lágrimas peregrinas que habían humedecido mis pupilas y, tras despedirme de la priora, regresé a París.

Durante el camino de vuelta no pude apartar de mi mente el rostro limpio y sereno de Eloísa. Sólo por amor, aquella mujer inteligente, joven, hermosa y llena de vigor y de ansias de saber había acatado la voluntad de Abelardo de encerrarse en vida y, en contra de su deseo, recluirse para siempre tras las frías paredes de un convento. Ella, que no había nacido para la meditación y el encierro sino para la brillantez y la sabiduría, aceptaba tomar el velo monacal porque ésa era la voluntad de su amado. ¿Qué mayor prueba de amor total puede darse?

Abelardo, receloso de que Eloísa tomara a otro hombre por esposo, o de que se entregara al placer carnal del que ya había disfrutado con él, quiso que su esposa profesara como monja en Argenteuil. Ella renunció al mundo y a los placeres de la carne pero no renegó al amor que le profesaba al Palatino y que mantendría encendido durante el resto de su vida.

Ante la decisión de ambos, pensé que Abelardo se había portado con egoísmo y que, en cambio, Eloísa había demostrado un desprendimiento y una generosidad sin límites. Él, castrado como estaba, ya no podía acceder a los placeres de la carne, pero ella, joven y plena, podría haber disfrutado de ellos y haberlos encontrado en otro hombre, pero renunció a cualquier dicha futura y se sometió a la voluntad de su esposo convencida de que ésa era la manera en que él se sentiría más confortado. Eloísa había sido suya, plenamente suya, y no estaba dispuesto a que nadie más la poseyera, porque, casi siempre, el enamorado desea que su amada sea de su exclusiva propiedad; hay incluso quien llega a matar por ello.

CAPÍTULO XXII

Cual si se tratara de un milagro, Abelardo sanó por completo gracias a los cuidados de su amigo médico, a las atenciones de mis padres y a su enorme fuerza de voluntad. Hacía ya algunas semanas que Eloísa había profesado sus votos como religiosa cuando Abelardo se dirigió al monasterio de Saint-Denis, al norte de París, para ingresar también como monje, pues en su condición de eunuco quedaba incapacitado para ejercer oficio eclesiástico secular alguno, según dictan las normas canónicas.

San Mateo dice en su *Evangelio* que hay tres tipos de eunucos: los que nacieron así del vientre de su madre, los que han sido castrados por los hombres y los que se castraron a sí mismos por amor al reino de los cielos; pero yo no entiendo por qué alguien que ama de ese modo a Dios y es capaz de mutilarse de semejante manera no pueda servir como ministro del Señor.

Lo acompañé a través de la ciudad primero y de la campiña que se extiende por las laderas de la montaña de Montmartre después, y llegamos a la abadía de Saint-Denis, donde nos esperaban el abad, el hermano clavero y el sacristán del convento. Tras las autoridades del monasterio se arremolinaban casi todos los monjes del cenobio, pues ninguno de ellos quería perderse el espectáculo de ver ingresar en su claustro al más famoso de los filósofos de la cristiandad, aquél cuya fama trascendía los límites de Francia y era reconocida en todas las naciones cristianas.

—Gracias —me indicó de pronto deteniéndome con su brazo.

—Me quedo con vos, todavía necesitáis cuidados. Conozco bien este lugar; aquí estudié mis primeras letras durante varios años, antes de ingresar como alumno en la escuela de Nuestra Señora de París —alegué.

—No. Ya has hecho más por mí de lo que se puede esperar del más generoso de los amigos. Regresa a París. He hablado con el prior de las escuelas y me ha prometido que te mantendrán en el puesto de lector de filosofía. Y en cuanto apruebes el quadrivium, que confío en que superes con brillantez, serás profesor en el claustro de Nuestra Señora, no lo dudo. No hay nadie mejor que tú para sustituirme en las clases de filosofía y retórica.

Viniendo de quien venían, aquellas palabras constituían el mayor de los halagos que puede ofrecerse a un aprendiz de profesor, como lo era yo en aquellos días.

—Gracias, Maestro, pero...

—No. No insistas, por favor. Necesito un tiempo para la reflexión y para el olvido. Te avisaré en cuanto haya superado esta situación.

—Será un honor. Esperaré ansioso vuestra llamada —me resigné ante la determinación del Maestro de quedarse solo.

El abad recibió a Abelardo con un abrazo y un beso en los labios y le dio la bienvenida a Saint-Denis. Los monjes lo contemplaban expectantes, como si

estuvieran en presencia de un alto príncipe, de un rey o del mismísimo santo padre.

Al despedirme del Maestro y observar sus ojos vidriosos, comprendí que aquel ser extraordinario, brillante como ninguno, agudo polemista y sobre todo de espíritu libre, había perdido cualquier atisbo de esperanza, al menos en ese momento. ¡Cuánto talento, Dios mío, podía malgastarse si Abelardo decidía rendirse y pasar el resto de sus días encerrado entre las paredes de aquel cenobio rumiando su desgracia!

Aguardé a que se cerrara la puerta del convento y entraran en él los frailes, pero, poco antes de que así ocurriera, el «León de París» se dio la vuelta, me miró, levantó su mano derecha y me dijo alzando la voz:

—Seguiremos, seguiremos. No lo dudes.

Y entonces me sentí reconfortado porque supe que jamás se rendiría.

* * *

Escribió el clásico que «El amor es una pasión innata que tiene su origen en la percepción de la belleza del otro sexo y en la obsesión por esa belleza». Y en verdad creo que fue así como se encendió al principio la llama del amor entre Eloísa y Abelardo. Ambos eran hermosos, y su belleza física estaba en consonancia con su brillantez intelectual, y cada uno se sintió atraído por el otro de una manera irrefrenable.

No necesitaban de ninguna justificación para amarse, ni siquiera precisaban del matrimonio, que es la condición que pone la Iglesia para consentir en la cópula de hombre y mujer, como ya he dicho. Ellos se acostaban con plena consciencia de su propia libertad y al hacerlo eran todavía mucho más libres. Su amor pertenecía sólo a ellos y no querían que se divulgara entre los demás; se tenían uno al otro y para ambos eso era más que suficiente, porque, como asegura el dicho, «El amor divulgado raramente suele durar». Creo que fueron un modelo de amantes sinceros y libres y que supieron colocar su amor, sobre todo Eloísa, por encima de cualquier otra cosa.

Se suele decir, yo se lo escuché en muchas ocasiones a mis maestros, que aquéllos que andan preocupados por el intelecto acostumbran a renunciar a las pasiones humanas, especialmente al amor, porque se vuelcan en la búsqueda de la sabiduría y en ella depositan todo su vigor. Algo así cuentan que le ocurrió en la Antigüedad al sabio Orígenes, quien, para dedicarse plenamente a la filosofía y evitar que las tentaciones de la carne lo distrajeran, se autocastró; aunque me parece que ese acto no revela precisamente demasiada sapiencia por su parte.

No sé si en otros casos ha sido así, pero, desde luego, puedo confirmar que el esfuerzo intelectual no sólo no fue un antídoto para Eloísa y Abelardo, sino que ambos aumentaron su pasión y su deseo por el otro a medida que crecían su talento y su afán de conocimiento.

Los hombres se creen superiores a las mujeres, y según todos los sabios así es,

pues no en vano Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y antes que a la mujer, y a ésta la formó de una costilla del varón; por eso, el hombre tiene el derecho a dominar sobre la mujer y a dirigir la sociedad de hombres y mujeres. Pero Abelardo me enseñó que la preeminencia del varón cesa por completo en el acto conyugal, y en ese momento se otorga a ambos un poder igual sobre el cuerpo del otro. Es al único maestro al que escuché decir esto y opinar de semejante manera; sólo él se atrevió a afirmar, para gran escándalo de algunos de sus colegas, que en el acto sexual el hombre y la mujer se igualan, y se apoyaba para ello en algunos textos como el *Liber vitae meritorum*, y aseveraba que ambos sexos son complementarios, iguales y libres. Estas ideas le supusieron no pocos quebrantos, pues la mayoría de los sabios y de los hombres santos afirman que el hombre es dueño de la mujer y que el cuerpo de la esposa pertenece al esposo, a quien debe satisfacer por naturaleza. Abelardo creía que ambos esposos debían complacerse por igual y que entre ambos no debía haber diferencias. Hasta entonces, nadie se había expresado así jamás con respecto a la mujer.

PARTE TERCERA

EL CAMINO

CAPÍTULO XXIII

La abadía de Saint-Denis no constituía precisamente un modelo digno de imitación. El viejo abad era un hombre de mala vida y peor fama. La presencia de Abelardo significaba un halo de prestigio para un cenobio que apenas tenía alguno, pues los monjes no eran sino meros émulos de tan burdo abad. La llegada de Abelardo constituyó una suerte para ellos y enseguida le conminaron a que creara allí una escuela monacal que atrajera a nuevos novicios para que se instruyeran a la sombra del gran maestro.

No lo hacían porque en ellos se hubiera despertado de repente una especial atracción por la enseñanza y la búsqueda de la sabiduría, sino porque estimaban que la afluencia de escolares a las clases de Abelardo les proporcionaría unos cuantiosos ingresos con los cuales proseguir con su vida disoluta y regalada.

Abelardo fue consciente de ello enseguida y se alejó de aquellos monjes en cuanto le fue posible. Se ganó pronto la enemistad de la mayoría, pues no perdía oportunidad para censurar su disipado comportamiento, la relajación de la vida monástica que practicaban y sus continuas obscenidades. Comenzó a impartir clases en el claustro del monasterio y a inculcar a sus alumnos austeridad en las costumbres y celo en la religión, y ponía a los monjes de Saint-Denis como ejemplo vivo de cómo no debía comportarse un hombre religioso.

Se refugió en la soledad de su celda, de donde apenas salía. La vida entre aquellos monjes le repugnaba y procuró olvidar la vergüenza de su emasculación entregándose al estudio de los filósofos. En poco más de diez semanas escribió su obra *Logica ingredientibus*, en donde comentaba los escritos sobre lógica de varios filósofos y planteaba que era ésta la más excelsa de las ciencias.

Pese a su reclusión interior, su delicada situación con respecto a la comunidad de monjes del monasterio se tornó todavía más hostil y Abelardo decidió que no podía permanecer entre aquellos brutos de Saint-Denis. Habló de ello con el abad, a quien la presencia del Maestro molestaba por sus constantes recriminaciones y denuncias, y éste le ofreció que se instalara en un discreto y modesto priorato que la abadía poseía en Saint-Ayoul, en una aldea llamada Maisoncelle-Boie, cerca de la ciudad de Provins, en el condado de Champaña. Abelardo aceptó el traslado, pero con la condición de que se le permitiera instituir allí una escuela donde poder enseñar filosofía y teología.

Fue a mediados de año cuando recibí una carta del Maestro en la que me comunicaba que se marchaba a la región de Provins para fundar allí una nueva escuela. También me decía que le hubiera gustado contar conmigo como profesor, pero me indicaba que yo tendría más futuro en París.

Champaña es un país rico y pujante. La bondad de sus campos, la abundancia y

calidad de sus vinos y sus importantes ferias anuales, las más famosas de la cristiandad, pues atraen a comerciantes de Italia, Alemania, Inglaterra, Flandes e Hispania, convierten esta tierra ubicada entre Borgoña y París en un lugar amable y dichoso.

Abelardo el Palatino se instaló en el priorato de Saint-Ayoul, ofertó clases de filosofía y teología y enseguida acudieron allá alumnos de todas partes. Algunos de sus antiguos discípulos en París incluso abandonaron la escuela de Santa Genoveva para trasladarse a Champaña, siguiendo la estela de su maestro. El sustituto de Abelardo, al que yo quedé asignado como lector, perdió a varios de ellos, pero otros colegas perdieron muchos más, lo que provocó el enfado y el malestar de estos profesores, a los que la envidia carcomía. Por ello se dirigieron a los obispos y abades de sus jurisdicciones reclamando que prohibieran a Abelardo el ejercicio de la docencia. Emplearon en esas denuncias argumentos peregrinos y falsos; decían que, como Abelardo era monje pues había tomado los hábitos en Saint-Denis, no le estaba permitido dedicarse a la docencia profana, es decir, a la enseñanza de la filosofía, y alegaron que tampoco podía enseñar teología pues no se le reconocía magisterio alguno en esta disciplina, y alegaban su condición de castrado, que lo inhabilitaba para enseñar.

Algunos obispos y otros altos cargos eclesiásticos le escribieron pidiéndole que renunciara a sus clases y se dedicara a la vida contemplativa y a la oración propias de los monjes enclaustrados, pero Abelardo no podía vivir sin sus clases, que en realidad eran un pretexto para mostrar su sabiduría, su capacidad para la retórica y su rebeldía ante el mundo.

Apenas tres meses después de que hubiera fundado su nueva escuela en el priorato de la región de Provins, ésta ya estaba llena de discípulos, para los cuales escribió un breve tratado titulado *Logica nostrorum petitioni*, donde reelaboró unos comentarios a la lectura de la *Isagoge* de Porfirio y explicó su doctrina sobre los «universales», con la introducción del término *sermo*, es decir, la explicación de los conceptos mediante la lógica, que ya había expuesto en las clases de París. Abelardo estableció que la tarea esencial de la lógica es sentar la veracidad o la falsedad del discurso científico, buscando la verdad a partir de una incesante interrogación.

Comenzó explicando teología, para demostrar que era capaz de argumentar los fundamentos doctrinales de la fe cristiana a partir del uso de la razón humana. Esto no gustó nada a los defensores de la vieja teología, que atacaron a Abelardo con inusitada dureza. Pero el Maestro no se arredró, nunca lo había hecho, y respondió con un arma contundente. Según me confesó él mismo, sus escolares le pidieron que escribiera un tratado de teología en el cual expusiera las razones humanas y filosóficas del gran misterio de la fe cristiana: el dogma de la Trinidad.

Teólogos y filósofos cristianos han debatido durante siglos, y siguen haciéndolo, sobre el misterio de la unidad y la trinidad divina. En el camino, han sido condenados como herejes muchos que han cuestionado la doctrina oficial de la Iglesia sobre la

Trinidad, la que fue fijada hace más de ochocientos años en el concilio de Nicea y que se plasma en el credo que profesamos en la Iglesia católica y romana, el que testimonia que existe un único Dios y tres Personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es decir, un solo Dios pero tres Personas distintas dotadas de la misma e indivisible naturaleza divina.

Muchos teólogos consideran que este misterio es cuestión de la fe y no de la razón, a la que niegan la entrada en estos asuntos. Pero Abelardo no estaba dispuesto a renunciar a la explicación lógica y razonada de la fe.

Él era un racionalista, un filósofo que creía que todo cuanto sucede en este mundo y en el cielo tiene un fundamento que puede ser atendido por la razón, que para eso Dios había dotado al hombre con la capacidad de raciocinio y de libre albedrío.

En unos pocos meses escribió su tratado *De Unitate et Trinitate Divina*, al que subtuló *Teología summi boni*, en el cual comentaba a sus alumnos las preguntas que sobre tan complejo misterio no cesaban de hacerle en las clases. En su *Historia*, me dice que escribió este libro porque sus alumnos le demandaban razones fundamentadas y no meras palabras para entender la Trinidad, pues para creer necesitaban entender.

El libro tuvo un éxito extraordinario. Se copiaron decenas de ejemplares que manejaban sus discípulos, que seguían creciendo de tal modo que oí decir a un mercader recién llegado a París desde Champaña que ya llegaban a dos mil. No sé si esa cifra llegó a ser cierta, pero yo puedo atestiguar que en aquel mismo año los alumnos de las escuelas de París, que en los buenos tiempos de Abelardo eran alrededor de tres mil, se redujeron a menos de dos mil. Parece evidente que muchos de ellos se dirigieron a Provins para asistir a las lecciones del Maestro.

Los que recibieron sus clases en el priorato de Champaña, algunos de ellos eran amigos míos y luego fueron mis colegas como profesores en las escuelas de París, quedaron maravillados con la elocuencia de Abelardo y con su manera de afrontar las lecciones de teología. Y no menos con su generosidad, pues cuando le preguntaron que por qué había escrito ese libro y lo había entregado desinteresadamente a sus alumnos para que realizaran cuantas copias necesitaran, se limitó a citar una sentencia de Cicerón: «La amistad es desinteresada y se busca por ella misma; la causa de la amistad es la virtud».

Cuando hablaba de la Santísima Trinidad, aseguraba que la razón era superior a la autoridad, fundamentaba la fe en razonamientos lógicos y refutaba los errores de los herejes y de los incrédulos por sus planteamientos falsos, pero lo hacía con argumentos filosóficos y no por la fuerza de la negación per se. Era tan arriesgado y valeroso que se atrevía a equiparar la autoridad de los santos con la de los sabios. Enseñaba, siguiendo el método dialéctico que él desarrollara como nadie antes, que la razón era más fuerte que los milagros; explicaba que si los razonamientos contenían errores, se debía a la ignorancia en el arte de argumentar y no a los postulados de la propia razón; y defendía con su vehemencia natural que los dogmas, y especialmente

el de la Trinidad, deben explicarse con argumentos racionales. Sostenía, y así lo escribió en ese libro, que en Dios se distinguen tres cualidades: el poder o autoridad, la bondad o misericordia y la sabiduría u omnisciencia, que están representadas por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, las tres Personas de la Trinidad.

Sus ideas y sus disertaciones eran tan frescas y renovadoras que los escolares asistían boquiabiertos a sus explicaciones porque entendían que el de Abelardo era un discurso nuevo en el cual el hombre ocupaba un lugar central a la hora de entender y de explicar los misterios del mundo. Y con ello dismantelaba a los rancios seguidores del dogma, anclados en el credo frente a la razón.

Y claro, aquellas ideas tan arriesgadas y atrevidas nos seducían a los jóvenes, ávidos de encontrar nuevas respuestas a las viejas preguntas, en la misma medida que irritaban a la jerarquía eclesiástica, que no podía consentir semejante rebeldía. En realidad, las autoridades recelaban del Palatino no porque sus planteamientos fueran heréticos, que creo en conciencia que no lo eran, sino porque el resplandor de su luz oscurecía el efímero brillo de sus mediocres oponentes. Y es que la luminosidad que emanaba de Abelardo era como la del sol en el firmamento, cuyo fulgor hace que desaparezca el tímido titilar de las estrellas.

La alarma sonó entre los adversarios de Abelardo y se organizaron para atacar al Maestro. Dos de sus más enconados enemigos, Alberico y Lotulfo, unieron sus fuerzas contra él. Ambos habían sido compañeros de estudios de Abelardo, de filosofía en París con Guillermo de Champeaux y de teología en Laón con Anselmo. Ambos eran ambiciosos y taimados y los dos ejercían como profesores en Reims. Como suele ocurrir con los mediocres, estos dos aspiraban a sustituir a sus maestros como referentes en la enseñanza de la filosofía y en la teología, más por su servilismo hacia la autoridad que por sus méritos, pues en ese campo Abelardo se elevaba ante ellos como una montaña insuperable.

Consiguieron hacerse con un ejemplar del libro de Abelardo sobre la Trinidad y se dedicaron a instigar contra él ante el arzobispo de Reims, cuya escuela episcopal también estaba perdiendo alumnos en beneficio de la de Champaña. La insistencia de los dos profesores, ahítos de envidia y de recelo, produjo sus frutos y el arzobispo Radulfo de Reims se dirigió al obispo de Palestrina, que era el legado del papa en Francia, para que interviniera contra lo que se consideraban serias desviaciones doctrinales de Abelardo.

CAPÍTULO XXIV

El legado pontificio ordenó que se reuniera un concilio en la ciudad de Soissons, apenas a dos jornadas de camino al oeste de Reims, al cual deberían asistir los dos denunciantes y el denunciado, a fin de juzgar si el libro sobre la Trinidad escrito por Abelardo era conforme a los dogmas de la doctrina de la Iglesia.

Parecía obvio que aquel concilio constituía una encerrona, pero Abelardo, que no se amilanaba ante nada ni ante nadie, acudió a Soissons acompañado de un escogido grupo de sus más cercanos discípulos. Hubiera podido asistir escoltado por varios centenares de jóvenes adeptos, pero se creía con tanto vigor y tan seguro de su fuerza dialéctica que estimó que con una docena sería suficiente.

Entretanto Abelardo viajaba hacia Soissons desde su priorato, sus dos acusadores habían urdido una falaz campaña de calumnias contra él. Varios alumnos de Alberico y de Lotulfo en Reims, algunos originarios de Soissons, difundieron entre sus convecinos que Abelardo era un hereje contumaz y que en un libro instigado por el demonio había escrito que existían tres dioses.

Cuando entraron en Soissons, Abelardo y su pequeña comitiva fueron recibidos por una multitud enardecida y previamente aleccionada que los insultó y los increpó por herejes y paganos. Desde la puerta de la ciudad hasta el monasterio donde se iban a hospedar, el Palatino y sus discípulos fueron amenazados de muerte y algunos de los increpadores les mostraron sus manos provistas de piedras que amagaban con lanzar sobre ellos en cualquier momento.

El ánimo de Abelardo no se quebró ante tan hosco recibimiento, pero quedó algo compungido por el tumulto y las violentas amenazas. Nada más instalarse en sus aposentos, se dirigió al palacio del arzobispo de la ciudad, donde se hospedaba el legado papal, y le entregó una copia del libro que se iba a juzgar, indicándole que, si ese tratado contenía alguna aseveración contraria a la fe de Cristo, estaba dispuesto a corregirlo y enmendarlo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se había puesto en marcha una conspiración contra él, pues a los insultos en la calle se unió el hecho de que sus dos acusadores estuvieran reunidos con el legado papal y el arzobispo de Soissons.

Pese a todo, Abelardo permaneció en la ciudad y asistió a las sesiones del concilio, celebradas en la catedral, donde los dos profesores de Reims no consiguieron demostrar ni una sola de las acusaciones que pendían sobre el contenido del tratado de teología. Las sesiones eran públicas, de manera que todos cuantos a ellas asistieron pudieron comprobar la superior capacidad dialéctica de Abelardo, que fue desmontando con argumentos precisos cada uno de los reproches de sus adversarios, demostrando palmariamente que cuanto se aseveraba en su libro era conforme a la fe cristiana católica y al dogma de la Trinidad.

Muchos de los que lo habían insultado y amenazado a su entrada en la ciudad comentaban, ante la puerta de la catedral y tras cada una de las sesiones del concilio, que era manifiesto que Abelardo tenía razón, lo que no hizo sino incrementar la ira y la envidia de sus adversarios, quienes veían cómo se les escurría de las manos una situación que creían tener controlada.

Como considerara que estaba a punto de perder los debates del concilio, Alberico urdió un plan a la desesperada a fin de desacreditar a Abelardo. Rodeado de varios de sus incondicionales, se dirigió al Maestro con palabras amables pero le anunció que había encontrado en su libro, que denominó *Introducción a la Teología*, una afirmación extraña.

—Aseguras que Dios Padre no ha engendrado a Dios Hijo y que no existe sino un solo Dios; pero, a la vez, niegas que Dios se haya engendrado a sí mismo. ¿Cómo explicas esta evidente contradicción que está escrita en tu libro? —Alberico, que tenía en las manos el tratado sobre la Trinidad de Abelardo, se volvió hacia los suyos mostrando una página y luciendo una irónica sonrisa.

Abelardo se levantó despacio, con una estudiada pausa con la que motivó la atención de todos. Se estiró las mangas de su hábito y dijo:

—Si se me permite, responderé a esa cuestión con un preciso razonamiento.

—No deseo escuchar razones humanas, sino palabras de una autoridad de la Iglesia inspiradas por la gracia de Dios.

—En ese caso, ruego que paséis esa página de mi libro.

Alberico así lo hizo. Abelardo tenía otra copia de su libro que había abierto por esa misma página.

—Ahí se puede leer el argumento de la autoridad que se me reclama. Se trata de una cita del libro primero de *De Trinitate*; lo conoceréis bien, pues lo escribió san Agustín, sobre cuya ortodoxia y magisterio no creo que se albergue duda alguna. Escuchad sus palabras, que yo me he limitado a copiar —Abelardo adoptó una pose solemne y leyó—: «Quien considera que Dios se engendró a sí mismo a partir de su propia potencia, yerra doblemente, no sólo porque Dios no es así, sino porque no es un ser espiritual ni corporal. Por tanto, no es criatura que pueda engendrarse a sí misma».

Cuando los que estaban presentes escucharon la argumentación y la cita de san Agustín en boca de Abelardo, miraron a Alberico desconcertados, con la faz que suelen presentar los que se consideran derrotados.

Alberico estaba nervioso, pues, con aquella cita de san Agustín, sus argumentos contra Abelardo habían quedado destruidos, pero reaccionó y, para ganar tiempo, dijo:

—Es preciso comprender bien esas palabras.

—Me he limitado a mostrar los argumentos de la autoridad que se me demandaba, pero si se quiere una explicación propia, también la daré, aunque no creo que os guste, pues puedo demostrar que sois vos quien ha caído en la herejía que

asevera que el Padre es hijo de sí mismo.

Los discípulos de Abelardo lo aclamaron y aplaudieron, en tanto los de Alberico murmuraron entre ellos. Alberico, rojo de ira y derrotado sin paliativos, perdió los estribos.

—¡Condenado charlatán!, tus palabras son heréticas; no te valdrán ni razones espurias ni citas manipuladas de autoridades de la Iglesia.

Y dando media vuelta se largó encolerizado ante los abucheos y risotadas de los discípulos del Maestro.

—¿Hemos ganado, verdad? —le preguntó sonriente a Abelardo uno de ellos.

—Me temo que no —respondió al darse cuenta de que había despertado en sus contrincantes un odio insuperable.

* * *

Era sábado, a primera hora de la mañana, cuando se abrió la última sesión del concilio, aquella en la que el arzobispo de Soissons, el obispo Godofredo de Chartres y el legado del papa debían dictar sentencia sobre las acusaciones vertidas a cerca de la obra de Abelardo.

Hasta ese momento nadie había logrado hacer mella en las sólidas argumentaciones del Maestro, pero durante las deliberaciones ya se había decidido que debía ser condenado ocurriera lo que ocurriera durante el debate. El obispo de Chartres, el más ilustrado de cuantas dignidades eclesiásticas allí se encontraban, no estaba de acuerdo en castigar a un hombre sin prueba alguna. El prelado de Chartres, rector además de la escuela de teología más famosa de Francia, se levantó de su sitio, ubicado a la izquierda del arzobispo de Soissons, y pidió la palabra.

—Como la mayoría ya sabéis, en Chartres enseña filosofía el gran Bernardo, canciller del cabildo de nuestra catedral. En sus clases suele decir que los contemporáneos somos enanos encaramados a hombros de antiguos gigantes. Con ello nos deja claro que cuanto sabemos se lo debemos a nuestros mayores, sin cuya autoridad seríamos cual niños perdidos en una noche oscura.

»Todos cuantos aquí estamos conocemos la doctrina de este hombre —Godofredo señaló a Abelardo con su brazo extendido y su dedo índice— y sabemos también de su talento, de su fama y de la legión de admiradores que siguen sus enseñanzas. Nos encontramos aquí para juzgar su obra, en la cual no hemos hallado indicio alguno de herejía. Si, pese a ello, lo condenáis, sabed que ofenderéis a sus seguidores, pero, sobre todo, hollaréis a la justicia. Recordad ahora las sabias palabras de san Jerónimo, “La valía evidente siempre suscita la envidia”, y los atinados versos de Horacio, “Los rayos siempre descargan sobre las cimas de las montañas”.

»Antes de condenarlo injustamente, considerad si ese veredicto no perjudicará más a sus acusadores, por tan flagrante desafuero, que al acusado, al que otorgará más fama y renombre. No podéis sancionar a un hombre sin pruebas fehacientes, sin

siquiera indicios de culpabilidad. Tiene derecho a defenderse.

Tras estas palabras de Godofredo, los partidarios de la condena de Abelardo lo increparon, y el propio arzobispo de Soissons terció en el debate.

—Tu consejo es sabio, Godofredo, pero no podemos enfrentarnos a Cristo.

El obispo de Chartres se encogió de hombros como demandando explicaciones, pero el tumulto iba en aumento.

—No es justo condenar así a este hombre; la causa que nos ha congregado aquí es demasiado importante y requiere de un examen mucho más profundo. Por ello solicito que su abad, aquí presente —en efecto, al concilio también había acudido el abad de Saint-Denis—, le ordene regresar al monasterio de Saint-Denis y que allí, una vez reunidas las más doctas autoridades en la materia, sea examinada esa obra de teología con mayor detenimiento y meticulosidad.

El legado papal, para desesperación de los oponentes de Abelardo, estimó que el consejo del obispo de Chartres era el más adecuado y resolvió que el abad de Saint-Denis lo hiciera regresar a la abadía. Después se dispuso a celebrar la misa.

Los detractores de Abelardo quedaron desorientados y se dirigieron al prelado haciéndole ver que esta causa sería revisada y derogada por otro tribunal, y que su autoridad y su prestigio quedarían en entredicho, no en vano era el delegado del santo padre y estaba revestido de autoridad para dictar sentencia; le advirtieron que Abelardo podría intentar huir y buscar refugio lejos de Francia.

El legado recapacitó y, ante la sorpresa de muchos de los que allí estaban, anunció que cambiaba de opinión. Volvió al plenario del concilio y se dirigió a los reunidos.

—Tras escuchar las palabras de todas las partes y sus argumentos, hemos decidido condenar como herético el libro del monje Pedro Abelardo titulado *De Unitate et Trinitate Divina*, que será quemado públicamente, así como todas cuantas copias se encuentren de dicha obra. Baso esta sentencia en el hecho de que el tal Pedro Abelardo haya osado leer en público dicho libro sin autorización expresa de nuestro santo padre Calixto II ni de ninguno de los príncipes de la Iglesia. El dicho denunciado quedará confinado en un monasterio bajo la custodia de su abad.

El legado del papa era un hombre temeroso, débil y poco letrado, y se dejó arrastrar por los consejos del arzobispo de Soissons, a quien, a su vez, convencieron los oponentes de Abelardo de que éste debía ser condenado sin paliativos.

El semblante de Abelardo, que tras la intervención del obispo de Chartres en su favor creía haber ganado el envite, mudó por completo. Sus discípulos, que poco antes lucían amplias sonrisas, se convulsionaron y mostraron signos de desesperación e impotencia.

El prelado del papa suspendió la sesión durante un tiempo y el obispo de Châlons, a cuya diócesis estaba adscrita la escuela de Abelardo en Provins, se acercó hasta el Maestro y le aconsejó que soportara todos aquellos ataques con humildad, como hiciera Cristo con sus acusadores. Tanta envidia sólo podía ir en contra de ellos y a favor de Abelardo; le prometió que, en cuanto a la reclusión en el monasterio, no

debía preocuparse, pues el legado papal le había prometido que en unos pocos días, en cuanto se calmaran las cosas, lo liberaría del confinamiento.

Tras el receso, el legado reanudó la sesión plenaria del concilio. Se había preparado un brasero de bronce que se había colocado en el centro de la nave mayor de la catedral, donde ardían unas astillas de madera. El arzobispo de Soissons conminó a Abelardo a que arrojara a las llamas el ejemplar de su libro que había utilizado durante los debates.

Debió de ser terrible para él. Imagino el dolor que el Maestro sintió cuando con su propia mano depositó en el brasero su libro de teología, el mismo que había escrito a instancias de sus alumnos. Las hojas de pergamino ardieron entre el silencio expectante de cuantos contemplaron tan indigno espectáculo.

Alguno de los allí presentes murmuró que la condena era justa pues en ese libro herético se afirmaba que sólo Dios Padre era todopoderoso. El murmullo llegó a oídos del arzobispo de Soissons y al de algunos otros y se armó una considerable trifulca. Un tal Thierry, director de una escuela episcopal, citó las palabras de san Atanasio: «No son tres todopoderosos, sino uno solo omnipotente». Fue increpado por el legado papal, pero ese maestro no se arredró y lo acusó de haber condenado a un inocente. Otras voces se unieron a la suya pidiendo justicia. La trifulca que se organizó fue tremenda: unos gritaban con voces estridentes, otros pateaban sobre la madera de las tarimas, los más protestaban clamando a favor o en contra de Abelardo, quien, aunque lo intentó en alguna ocasión, no pudo hacer oír su voz ante el clamor allí desatado.

El arzobispo de Soissons se sintió compungido y, aunque certificó la sentencia, le ofreció a Abelardo la oportunidad de defenderse; pero lo que hicieron fue tan sólo permitirle leer la fórmula del credo de san Atanasio, escrita en una tira de pergamino. Aquello significó una nueva humillación para el más grande de los oradores, y Abelardo, cansado y derrotado, leyó la nota entre sollozos.

Se acordó que en vez del de Saint-Denis fuera el abad del monasterio de San Medardo en Soissons, allí presente, quien se hiciera cargo por el momento de Abelardo, que debería quedar encerrado como si de un reo de prisión se tratase. Acto seguido, el concilio se disolvió y cada prelado marchó a su diócesis; dudo que alguno de ellos lo hiciera con la conciencia tranquila.

CAPÍTULO XXV

La acusación más grave que recayó sobre Abelardo fue la de convertir los dogmas de fe en sofismas lógicos; ése fue al menos el dictamen jurídico de los expertos en teología. No creo equivocarme si estimo que en aquella desafortunada sentencia tuvo mucho que ver un taimado personaje que estaba adquiriendo una gran influencia en la Iglesia y que en las dos décadas siguientes sería uno de sus más relevantes teólogos.

Me refiero al monje cisterciense Bernardo, con quien el Maestro coincidiera años atrás como alumno de teología en las clases de Anselmo en la escuela catedralicia de Laón, y que fuera nombrado abad del monasterio de Claraval, fundado por él mismo según la regla de la Orden del Císter. Bernardo se erigió en el verdadero adalid de la intransigencia y en rector del dogma, por cuya intervención se imputó a Abelardo la misma herejía predicada por Sabellins; según este hereje, no existían tres personas en la Trinidad. Desde luego, no era eso lo que había afirmado o escrito Abelardo en su libro, pero nada se podía hacer, pues había sido juzgado y condenado antes del juicio por causa de su éxito, por sus criterios libres y dialécticos, por su manera de concebir la enseñanza de la teología, por utilizar un lenguaje nuevo y provocador, por usar la razón para explicar la fe, por asimilar la religión a la filosofía y por convertir el cristianismo en una religión que se entendiera a la luz del raciocinio humano.

Todo eso era lo que aquellos acomodados obispos y abades no podían consentir. Celosos guardianes de una rancia fe entendida como dogma absoluto, al margen de cualquier reflexión intelectual, condujeron su intolerancia hasta el extremo de lo insensato, a fin de que las conciencias permanecieran vacías y oscuras, alejadas de la inteligente agitación y la brillante claridad que proponía Abelardo.

Tras su condena en el concilio, el Maestro quedó recluido varias semanas en el convento de San Medardo, en Soissons, a la espera de que se calmaran los ánimos, muy alterados tras las discusiones allí celebradas, y sobre todo tras la gresca monumental que se organizó en la última sesión.

El propio legado papal, tal como había prometido que haría ante el obispo de Châlons, se presentó en San Medardo, liberó al Palatino y lo envió al convento de Saint-Denis, donde debería permanecer bajo la vigilancia del abad, aquél cuya vida disipada tanto había criticado. Se le prohibió regresar a su escuela del priorato de Provins, que, carente de su fundador, se disolvió como un copo de nieve en una fogata. Recuperada cierta libertad de movimiento, y seguido por decenas de estudiantes, reanudó su actividad docente en Saint-Denis; de inmediato criticó en el curso de algunas de sus lecciones el fallo del tribunal en el concilio de Soissons, denunciando la falta de ecuanimidad y los errores doctrinales y jurídicos allí cometidos.

En los casi dos años que había estado ausente del monasterio, la actitud de los

monjes y del propio abad no había cambiado nada. Saint-Denis seguía siendo un lugar de perversiones, de corruptelas y de prácticas inmorales, y Abelardo no podía permanecer callado ante lo que estaba viendo, y mucho menos consentir que los monjes prestaran más atención a los asuntos mundanos que a los de Dios.

Como hiciera durante su primera estancia en el convento, poco después de su emasculación, volvió a criticar la vida disipada de los monjes, su actitud de inmoralidad y su carencia de ética. El abad lo reprendió por ello, pero el espíritu de Abelardo se mantenía indomable y no estaba dispuesto a callar ante lo que sus ojos estaban observando cada día. Las denuncias que desvelaba en público, las recriminaciones que imputaba a los monjes que no cumplían con sus obligaciones y las constantes demandas para que el abad impusiera orden y disciplina en el cenobio acabaron por causarle graves problemas.

Sin embargo, fue un asunto aparentemente menor el que desencadenó su violenta ruptura con la comunidad de Saint-Denis. Desde hacía tiempo, y según rezaba una historia que se conservaba escrita en un códice miniado en la biblioteca del monasterio, se creía que el fundador de este importante convento al norte de París había sido el santo Dionisio Areopagita, Denis en la lengua de Francia, cuya biografía resultaba muy relevante, pues había sido primero jefe del Areópago ateniense y después discípulo de san Pablo y obispo de Atenas. Pero Abelardo, en su afán de poner todo en duda, averiguó que esta apreciación era falsa. Estaba leyendo el *Comentario a los Hechos de los Apóstoles* de Beda el Venerable, una gran autoridad en materia de historia, y fue allí donde averiguó que el san Dionisio al que se le atribuía la fundación del monasterio no había sido el famoso y admirado obispo de Atenas, sino otro Dionisio, también santo, que fue evangelizador de la Galia y primer obispo de París en el siglo ni, y que fue martirizado mediante decapitación en la montaña de Montmartre, donde en los tiempos paganos se había erigido un templo romano dedicado al dios Mercurio.

Demostó que la tesis de Beda era la correcta y con ello negó el origen apostólico del monasterio. Expuso esta investigación en una de sus clases y, cuando los monjes se enteraron de que había hecho públicas sus teorías históricas sobre la filiación del convento, se armó un gran revuelo y se promovieron grandes escándalos. Los monjes más vehementes lo persiguieron por los pasillos de la abadía recriminándole su error a voz en cuello y amenazándolo con agredirlo. Abelardo, lejos de mostrar alteración alguna, se limitó a mostrarles el libro de Beda, que nadie había leído pese a estar depositado entre los fondos de la biblioteca desde hacía tiempo, y los acusó de vagos y de iletrados.

Los incultos monjes, obcecados en su error, como suele ocurrir con tanta frecuencia a los ignorantes, le respondieron que Beda era un autor mentiroso y que sus escritos estaban repletos de errores, y le demandaron su opinión sobre la obra de Beda el Venerable. Abelardo, cargado de razones y de argumentos incontestables, les demostró que Beda era un autor fiable, desde luego mucho más que Hilduin, antiguo

abad de Saint-Denis y autor de la falsa historia del convento en la que atribuía a Dionisio Areopagita la fundación de ese monasterio.

La cólera de los monjes, atribulados por las argumentadas razones del Palatino, se desató, y acusaron a Abelardo de pretender desprestigiar no sólo al monasterio, que consideraban el más importante del reino a causa de su fama inmemorial y de sus orígenes antiquísimos, sino a Francia entera, pues san Dionisio era, además, el patrón de todo el país.

Denunciado ante el abad por difamador y falsario, Abelardo fue encerrado en una celda, en tanto el propio abad dirigía al rey Luis VI una carta en la cual solicitaba permiso para vengar las afrentas que el Maestro había causado, no sólo al convento sino a toda Francia.

De nuevo carente de libertad y perseguido por sus opiniones, aguardó paciente un veredicto. Un grupo de monjes, más leales con la verdad que con el abad y sus airados acólitos, le informó de las intenciones del consejo capitular del convento, que pretendía que el rey lo condenara por maledicente y traidor a la corona, lo que, caso de prosperar, significaría su segura ejecución. Abelardo, viéndose reo de muerte, declaró que estaba dispuesto a acudir a la justicia regular para defenderse de las acusaciones, pero fue en vano, pues el abad lo tenía preso bajo su exclusiva jurisdicción eclesiástica y no estaba dispuesto a soltarlo.

Abelardo pidió ayuda a los monjes que lo habían alertado para que lo ayudaran a huir antes de que lo mataran; aquellos monjes se mostraron reticentes a ello, pues se jugaban la vida, pero al final los convenció para que se dirigieran a algunos de sus discípulos en demanda de auxilio, de manera que serían ellos los que lo liberarían, y así los monjes quedarían exentos de cualquier culpa.

Uno de ellos, disfrazado de fraile, se entrevistó con Abelardo, quien le encomendó que me viniera a buscar a París. Este escolar se presentó en mi casa, me explicó la situación y me dijo que el Maestro me necesitaba y que me pedía que elaborara un plan para liberarlo de su prisión en el convento, ante el peligro inminente de muerte que lo acechaba. Dejé mis clases a cargo de un ayudante y me dirigí a Saint-Denis, que se encuentra a media mañana de camino de París. En una posada del pueblo que había crecido al abrigo del monasterio me esperaba medio centenar de escolares dispuestos a todo para salvar a su admirado profesor.

Con la información que me proporcionaron los monjes contrarios al abad, urdí un plan para liberarlo de su prisión y para buscarle un lugar donde pudiera refugiarse una vez fugado. Una noche, mientras el convento dormía, varios discípulos de Abelardo, convenientemente informados y apoyados por los monjes rebeldes, saltamos las tapias y lo sacamos de su celda. Yo conocía bien las estancias del convento, pues no en vano había estudiado allí durante varios años. Lo hicimos tan deprisa como el rayo. Entramos, lo rescatamos y nos fuimos. Los pocos monjes fieles al abad que se dieron cuenta de lo que ocurría nada hicieron por detenernos, pues éramos dos docenas de jóvenes fuertes, decididos y veloces, armados con porras y

estacas, dispuestos a descalabrar a cualquiera que se nos hubiera puesto por delante. Salimos por la puerta principal del convento, donde nos esperaba el resto de los escolares con caballos y mulas, y arrancamos al galope hacia el sur, antes de que clareara el horizonte. No nos detuvimos hasta el amanecer, aprovechando un recodo del camino donde hacían guardia, según lo convenido, otros estudiantes, algunos llevados por mí desde París.

Sólo entonces pude abrazar con tranquilidad al Maestro, que me besó en las mejillas y me acarició el cabello.

—Sabía que no me fallarías —me dijo.

—Siempre estaré donde me necesitéis, Maestro, siempre —le respondí rodeado de medio centenar de escolares que sonreían y se abrazaban por el éxito obtenido.

—Gracias, amigos, gracias a todos; no sé cómo devolveros semejante muestra de generosidad. Os habéis arriesgado mucho por mi libertad. Muchas gracias —gritó dirigiéndose a todos ellos.

—Tu ejemplo es nuestra paga, tu libertad nuestro estandarte —gritó uno de ellos.

—¡Uh!, ¡uh!, ¡uh! —aullaron a coro los demás, y comenzaron a cantar una de las canciones que compusiera Abelardo en los años de su romance con Eloísa.

Es delicia pasear junto a la amada
entre campos floridos por la ribera,
bajo el vuelo de alondras en primavera,
para besar sus labios de enamorada.

Y siguieron más abrazos, y vítores al Maestro, y declaraciones solemnes de hermandad y de camaradería eternas, y cánticos de victoria y de gozo. No habíamos hecho otra cosa que asaltar un convento poco protegido, pero nos sentíamos cual fulgurantes caballeros recién llegados de la más dulce de las victorias en la más trascendental de las batallas.

Con las primeras luces del alba, con el sol rayando en el horizonte, entramos en París por la puerta de San Lázaro, que los guardias abrieron sin mostrar el menor recelo ante nuestra presencia. Creo que todo el mundo sabía que llevábamos con nosotros a Abelardo, pero nadie se acercó a preguntarnos, nadie nos detuvo y nadie se atrevió a demandarnos por nuestra acción. Y si alguien hubiera osado hacerlo, no dudo de que nos hubiéramos enfrentado a él con todas nuestras fuerzas y de que lo hubiéramos doblegado, pues en esos momentos no éramos sólo un grupo de escolares en torno a su profesor, sino verdaderos soldados dispuestos a combatir en cualquier campo de batalla y ante el más temible de los enemigos en defensa del más alto de los ideales.

Escondimos al Maestro, o al menos lo mantuvimos fuera del alcance de los curiosos, un par de días, y al atardecer lo acompañamos lejos de París. Yo había convenido con un alumno relevante, hijo de un noble señor, vasallo del poderoso

conde Teobaldo de Champaña, que su padre intercedería ante el conde para que acogiera a Abelardo en su condado, ofreciéndole ayuda y auxilio. Y así se hizo. El conde permitió que el Palatino se instalara en un monasterio en la ciudad de Provins, a cuyo prior ya conocía y con el que mantenía una vieja amistad.

Yo lo acompañé durante un buen trecho del camino, hasta cerca de la villa de Fontenay; no dije nada, pues estaba dispuesto a seguirlo hasta donde me lo hubiera permitido, pero, una vez más, me detuvo.

—Tu sitio está en París; debes regresar a tu escuela. Gracias otra vez —me dijo.

—¿Por qué no me permitís que vaya con vos a Champaña?; ése es mi deseo —le demandé.

—Nuestros deseos no pueden imponerse a nuestras obligaciones; la tuya es cultivar la semilla que una vez yo planté en París. Tú eres el hortelano que la debe cuidar. No lo olvides nunca.

Me besó, arreó su caballo y continuó por el camino de Champaña.

Yo me quedé en medio del sendero, escoltado por los dos criados que me habían acompañado desde París, mientras él, seguido por varias decenas de discípulos, se perdía tras una curva entre la verde espesura de los álamos que flanqueaban la vereda.

CAPÍTULO XXVI

Con su marcha a Champaña, la animadversión contra Abelardo pareció calmarse. A ello contribuyó el que el torpe abad de Saint-Denis murió y fue sustituido por el joven y activo Suger, a quien el rey Luis premió con ese cargo por los excelentes servicios diplomáticos que le había prestado; a los pocos meses, Luis VI proclamó la abadía de Saint-Denis «Cabeza del Reino» de Francia y le otorgó nuevos dones y privilegios. Probablemente también pesó en ese nombramiento el que la Iglesia y el Imperio firmaran en la ciudad de Worms, en territorio del Sacro Imperio Romano Germánico, un concordato por el cual se puso fin a una enconada disputa que había causado muchos problemas a la cristiandad; me refiero a la querrela por las investiduras, es decir, la pugna por el derecho a nombrar obispos y abades, privilegio que se disputaban el papa y los soberanos de las naciones cristianas, cuyo problema se solucionó, al menos de momento, con ese acuerdo.

Corrían vientos de bonanza para todos. En Tierra Santa se había consolidado el dominio cristiano sobre el reino de Jerusalén, en el cual se habían fundado tres órdenes religiosas para defensa de los Santos Lugares: los hermanos de la Orden del Temple, los hospitalarios de San Juan de Jerusalén y los canónigos del Santo Sepulcro; hoy, todavía siguen las tres presentes en Oriente en defensa de la cruz y de la fe de Cristo. Algunos nobles de Francia habían marchado a la cruzada en Ultramar y otros lo hacían en las tierras de Hispania, donde Guillermo de Aquitania, el abuelo de la gran Leonor, que había tenido que abandonar Toulouse, había luchado al lado del rey de Aragón en una cruenta batalla en la que habían vencido a un poderoso ejército de mahometanos dispuestos a morir combatiendo con la espada en la mano para así alcanzar su sensual y falso paraíso. La sangre de aquellos ilusos riega ahora los campos de Hispania y dudo que uno solo de ellos haya logrado alcanzar ese edén prometido.

Pero mientras fuera de las fronteras de la cristiandad nuestros ejércitos luchaban unidos contra los hijos de Mahoma, aquí los reyes de Francia y de Inglaterra y los señores de la tierra seguían con los enfrentamientos que todavía hoy duran y que no tienen visos de solucionarse. Luis VI de Francia, que cada día engordaba un poco más, fue derrotado en Bremule por Enrique I de Inglaterra, en una batalla en la que estuvo a punto de morir el rey francés. Se tuvo que rendir en Reims, donde el papa Calixto II presidió un concilio en el que se firmó la paz entre las dos grandes naciones cristianas. El gran litigio entre ambos soberanos seguía protagonizado por Normandía, feudo del rey de Francia que ostentaba el rey de Inglaterra, en su condición de duque de esta región, de manera que el rey de Inglaterra era vasallo del rey de Francia por ser aquél duque de Normandía, siendo el vasallo mucho más poderoso que su señor; en fin, paradojas del sistema político que nos gobierna en

estos tiempos, como ya expliqué.

Fue en esa época cuando el que sería gran rival de Abelardo realizó sus primeros milagros. Bernardo de Claraval y Abelardo, que habían coincidido en Laón como alumnos de teología de Anselmo, tal cual ya relaté, mantuvieron alguna disputa dialéctica que se saldó a favor de Abelardo. Ya entonces, el joven monje del Císter había destacado por su radical ascetismo y su extrema austeridad, y en los años que siguieron fue ganando un gran prestigio como teólogo y sus opiniones fueron muy demandadas y aplicadas por papas y obispos.

Había fundado el monasterio de Claraval, de la Orden cisterciense, en cuya fábrica había rechazado cualquier tipo de ornamentación para la decoración de su iglesia y de las demás dependencias monacales, pues afirmaba que la casa de Dios debía estar desprovista de elementos que indicaran lujo u ostentación porque Dios significaba la pureza y sólo a través de la búsqueda de la pureza se podía llegar a Él.

Bernardo había criticado el libro de Abelardo sobre la Trinidad, sin entenderlo. El abad cisterciense era un hombre intransigente, de mente cerrada y hermética, al que repugnaban las ideas abiertas y libres de Abelardo. No comprendía que el Maestro concibiera para con Dios un amor puro, únicamente inspirado en Su inmensidad, Su perfección y Su sacralización, sin necesidad de esperar nada a cambio. Abelardo solía decir que no se debe amar a Dios tan sólo porque Él nos ama, sino que se le debe amar del mismo modo aunque no nos amara. Ese amor puro y desinteresado, el amor por el amor, chocaba con la concepción de Bernardo, que acusaba al Maestro de practicar un escepticismo escandaloso y de convertir su estudio de la fe en una mera opinión en vez de en un dogma.

* * *

El monasterio de Provins, donde habíamos acordado su refugio, no le pareció adecuado para los proyectos pedagógicos que pensaba llevar a cabo allí y Abelardo solicitó al conde de Champaña que le permitiera trasladarse a otro lugar. Al enterarse de esa petición, el consejo del capítulo de monjes estimó que el Maestro pretendía afrentarlos, al no considerarlos dignos de acogerlo en su congregación. Su amigo el abad murió y el nuevo abad se desentendió del asunto. Sirviéndose de su amistad con el obispo de Meaux, Abelardo consiguió que su petición llegara hasta el mismo rey de Francia, quien aconsejó a los monjes que lo dejaran marchar.

Los monjes de Provins accedieron al fin, pero pusieron como condición que el Maestro no profesara como monje en ninguna otra abadía, pues eso hubiera supuesto para ellos un enorme descrédito. Así, no le quedó más remedio que convertirse en un eremita y buscar la soledad.

La encontró en lugar solitario y apartado, cerca de la localidad de Nogent-sur-Seine, en la región de Troyes, donde podría vivir retirado, acompañado únicamente por un clérigo amigo suyo. El terreno que el conde de Champaña había entregado con

la plena propiedad a Abelardo para su refugio mundano y retiro espiritual era una heredad desierta, yerma e inculta en un pago cercano a Nogent-sur-Seine, a orillas del río Ardusson. Aquel lugar carecía de todo, pues ni siquiera había una caseta en la que guarecerse.

Poco le importó al Maestro. Ayudado por el clérigo amigo, levantó con sus propias manos una pequeña cabaña hecha con cañas y barro, de aspecto endeble pero construida con voluntad férrea. Sobre la puerta de aquel humilde oratorio colocó un letrero, pintado sobre una tabla, que rezaba DEUS, UNUS ET TRINUS, con el cual dedicaba la modesta capilla a la Trinidad, precisamente el misterio que había provocado su injusta condena en el concilio de Soissons, una muestra más de su carácter indomable y de su voluntad irreducible.

Aquel lugar era un desierto cuando llegó, pero en unos pocos meses tan inhóspito y desolado espacio se convirtió en un centro de atracción de estudiantes que buscaban la sabiduría de Abelardo. Primero fueron unos pocos, los que lo habían escoltado desde Saint-Denis y París hasta Provins, más tarde se incorporaron decenas y al fin fueron centenares los escolares que acudieron a poblar aquel perdido rincón de Champaña, fundado para ser la morada de un eremita pero no la de un profesor. Construyeron casas y edificios junto a la habitación del Maestro, abrieron fuentes y pozos y cavaron huertos y trigales. Llegaron de Francia, de Borgoña, del Poitou, de Flandes e incluso del otro lado del mar, de la brumosa Inglaterra y de la misteriosa Escocia, y fueron tantos que enseguida construyeron un nuevo oratorio de piedra y madera, sólido y magnífico, al que Abelardo llamó el Paráclito, es decir, «el confortador» o «el que consuela» en la lengua griega, término que suele aplicarse al Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Trinidad. Y para que no hubiera duda alguna de sus intenciones, Abelardo ordenó que sobre la puerta del nuevo templo se labrara una escultura donde destacaba la imagen de Dios Padre con un manto sobre los hombros que desplegaba a ambos lados para cubrir la figura del Hijo, a la derecha, y la del Espíritu Santo, a la izquierda.

Los comienzos en el Paráclito fueron duros y austeros, pues, antes de que fructificara la primera cosecha, sus moradores no comieron otra cosa que frutas, raíces, bayas y pan negro. Todos compartían cuanto poseían, al modo de las primeras comunidades Cristinas, como puede leerse en los *Evangelios* y en los *Hechos de los Apóstoles*, y seguían, ávidos de conocer y de aprender, las lecciones del Maestro sobre filosofía y teología, que los animaba a conllevar las privaciones del cuerpo con el cultivo de la mente. Así fue como aquel salvaje desierto comenzó a convertirse en un frondoso y cultivado vergel, tanto en los frutos del campo como en la inteligencia del hombre.

El Maestro recuperó su ilusión y su fortaleza, y no renunció a explicar que los fundamentos de la fe cristiana podían entenderse mediante la razón. Quería que sus alumnos observaran la verdad con nuevos ojos, que miraran más allá de los dogmas impuestos a fuerza de autoritarismo, que abrieran sus mentes a ideas novedosas, que

renovaran los viejos parámetros anquilosados y rancios. Insistía en sus clases en que la lógica, a la que reiteraba como la primera de las ciencias, y el uso correcto del lenguaje, mediante el recurso de la dialéctica, eran el método más adecuado para superar las viejas ideas que impedían el progreso de los seres humanos. Les enseñó a dudar y, a partir de la duda, a caminar en busca de la verdad mediante la experimentación.

Durante tres años el Paráclito floreció. Otra vez, cual Ave Fénix, Abelardo construyó una escuela de la nada y atrajo a una multitud de estudiantes ansiosos por aprender del maestro más ilustre del siglo. La condena en Soissons y las injurias y maledicciones emitidas contra él no causaron la menor merma en su prestigio. Todo lo contrario; su férrea voluntad de resistir todos los ataques, su enconada defensa de la moralidad y la ética, su firme denuncia de la corrupción y su aventurera huida de Saint-Denis hicieron de Abelardo un paradigma para los jóvenes. Tenía más de cuarenta años y seguía siendo hermoso, fuerte y apuesto, y emanaba la misma serenidad, idéntica seguridad en sí y la misma elocuencia que años atrás lo convirtieron en El León de las escuelas de París.

Hasta entonces se había enfrentado con formidables maestros y hábiles polemistas como Roscelino de Compiègne, Guillermo de Champeaux o Anselmo de Laón, a los que había derrotado, había superado condenas en concilios y encierros en monasterios, había sobrevivido a una traumática castración y había salido airoso de persecuciones y encerronas; parecía invencible e indestructible.

A los ojos de sus discípulos semejava un gigante, uno de aquellos que Bernardo de Chartres citara para explicar la grandeza de los sabios antiguos a cuyos hombros nos teníamos que subir los contemporáneos si queríamos otear el amplio horizonte del saber para intentar acercarnos a comprender el mundo.

Pero Abelardo, el gran profesor, el pedagogo brillante y seductor, había olvidado a Eloísa. Yo conocí a los dos y sé del amor que ambos se profesaron, incluso después de tan terrible separación, y también sé, estoy seguro de ello, que él se equivocó con respecto a su esposa. Mientras Abelardo superaba todos los inconvenientes y seguía adelante con su brillante devenir de polemista invicto, profesor afamado y sabio reconocido, Eloísa sufría en silencio su angustiosa soledad, encerrada en el convento de Argenteuil. A sus poco más de veinte años, una mujer joven, llena de vitalidad e inteligente como el más sabio de los maestros, había asumido por obediencia a su esposo una vida oscura y gris, recluida entre los húmedos muros de un monasterio, condenada a esperar nada y perdida para el mundo.

Durante varios años de soledad y vacío, con la sola compañía de algunas lecturas que mantuvieran su mente activa, la única esperanza de Eloísa fue, tal vez algún día, recibir una carta de Abelardo. Ella, luego lo supo, le escribía con alguna frecuencia, tres o cuatro cartas cada año, que le remitía a través de amigos comunes, pero no recibía ninguna respuesta. Sé que aquellas cartas llegaban a las manos de Abelardo y que las leía con afecto, pero no las contestaba. Para él, aquellos dos intensos años de

amor y de sexo al lado de Eloísa sólo eran historia a la que no quería regresar ni siquiera en un escondido rincón de su memoria. Abelardo brillaba de nuevo en el Paráclito, Eloísa sufría callada en Argenteuil.

Su libro sobre la Trinidad había ardidido, pero las llamas no habían quemado otra cosa que unas páginas de pergamino. Ante la abundancia de estudiantes que se habían instalado en el Paráclito, Abelardo decidió escribir un nuevo tratado en el que exponer sus métodos dialécticos. Decidió llamarlo *Sic et non*, es decir, «Así y no», o «Sí y no», como gusta a algunos; en él, planteaba textos contradictorios sobre centenar y medio de diversas cuestiones discordantes contenidas en las Sagradas Escrituras y en los textos de los Padres de la Iglesia. Se trataba de mostrar un ejercicio con discusiones referentes a afirmaciones y negaciones sobre una misma tesis, un método dialéctico que ahora todos los profesores empleamos en nuestras clases pero que entonces supuso una novedad extraordinaria en los métodos de enseñanza de la teología.

Utilizando algunos planteamientos que ya sugiriera Aristóteles, a pesar de que en esa época no se conocían tantos textos del sabio griego como hoy disponemos gracias a las traducciones realizadas en las escuelas de Toledo y de Palermo, enseñó a sus estudiantes a defender una tesis, el *sic*, y luego a rebatirla, el *non*, haciendo uso de la dialéctica y la retórica. Era la primera vez, según creo, que se establecía una teoría crítica del pensamiento, sólo capaz de ser creada por la mente prodigiosa de su formidable genio. Culminaría este libro cuatro años después, porque lo que ocurrió a continuación le obligó a aplazar su escritura.

La fama de Abelardo y la de su nuevo centro de enseñanza en el Paráclito crecían sin cesar. En poco más de un año su escuela se había convertido en la más relevante de la cristiandad, y su fama había superado a las muy prestigiosas de Reims, Laón, Chartres e, incluso, a las de París. Mis colegas en la escuela de Santa Genoveva, algunos lo habían sido del Palatino y, además, alumnos suyos, sentían una enorme envidia de lo que el Maestro había logrado en su retiro de Champaña, y comenzaron a criticarlo no por sus ideas sino por el recelo que los corroía.

La envidia es mala compañera y empuja al envidioso a cometer felonías que lo delatan; el envidiado es ajeno a la envidia pero, sin culpa alguna por su parte, suele ser objeto de la ira del envidioso cuando éste puede causarle algún mal. Abelardo era envidiado por su éxito como profesor, pero los triunfos del contrario no son causa que justifique un ataque despiadado.

Lo que estaba ocurriendo en el Paráclito levantaba la envidia de todos: de los profesores de las escuelas porque perdían clientes y sufrían las comparaciones con los métodos docentes de Abelardo, y de la jerarquía de la Iglesia porque no era capaz de controlar la enseñanza libre y abierta que allí se propugnaba.

A pesar de que nos creemos el centro del mundo, la mayoría de los profesores de las escuelas del Estudio General de Artes somos irrelevantes y prescindibles. Nuestro papel se reduce a transmitir una cadena de conocimientos y de ideas que otros han

gestado. Sólo de vez en cuando aparece un verdadero sabio que brilla con luz propia en un firmamento en el que todos los demás apenas somos meros reflejos de los verdaderos astros. El método que se puso en marcha en el Paráclito aportaba una nueva luz, poderosa y rutilante, libre y clara, y por eso mismo no podía ser consentida.

La Iglesia, que ha soportado, y lo sigue haciendo, herejías sin cuento, ataques virulentos y corrupciones infinitas, no estaba dispuesta a perder la iniciativa que había logrado con el monopolio de la enseñanza en las escuelas. Lo que estaba ocurriendo en el Paráclito ponía en peligro el control ejercido en la enseñanza de la filosofía y la teología. Abelardo era un nuevo Platón o un nuevo Aristóteles, o una síntesis de ambos, y su Paráclito brotaba como una nueva Academia o un nuevo Liceo, un centro de enseñanza libre al margen de la autoridad eclesiástica. Abelardo era feliz; se sentía como un nuevo Sócrates, dichoso en un lugar donde no había espacio para otra cosa que aprender y educar. Allí enseñaba a sus alumnos a razonar a partir del uso de la lógica, a no creer sin más en lo evidente, a dudar de todo, a pensar y reflexionar sobre cualquier cosa. Y semejante caudal de libertad, según la jerarquía de la Iglesia, no podía consentirse.

Dos formidables oponentes fueron los encargados de acabar con lo que se estaba gestando en el Paráclito: Bernardo de Claraval, a quien supongo todavía herido por las derrotas dialécticas que le infligiera Abelardo en la época en que coincidieron como estudiantes de teología en Laón, y Norberto, un fanático monje que acababa de fundar una nueva orden monástica de canónigos regulares en las intrincadas soledades de un lugar llamado Premontré. Ambos utilizaban un verbo encendido y una palabra fácil y suelta, armas dialécticas con las que atacaron con suma virulencia los métodos de enseñanza del Paráclito y las ideas contenidas en lo que significaba el *Sic et non*.

Bernardo, cuyo convento de Claraval, o Clairvaux, no estaba lejos del Paráclito, había impuesto en ese cenobio cisterciense una severidad y un rigor extremos. Estaba empeñado en acabar con la notabilísima influencia que los textos árabes y griegos ejercían en la teología cristiana, y acusó a Abelardo de herejía por aceptar como válidos algunos de esos textos escritos por paganos y mahometanos. También se le imputó el que hubiera colocado sobre la entrada de la nueva capilla de su centro en Champaña la palabra «Paráclito», lo que también se consideró motivo de herejía, pues lo acusaron de dedicar ese oratorio sólo al Espíritu Santo, en detrimento de las otras dos Personas de la Trinidad. Abelardo se defendió alegando que el Espíritu Santo podía tener su propia dedicación independiente, como la tienen el Padre y el Hijo en tantos otros templos, monasterios y parroquias.

El airado y encendido Bernardo de Claraval era más temido que admirado; tanto, que se dice que había monjes que temblaban ante su intimidadora presencia, a los cuales imponía disciplina y obediencia ciegas y les exigía una entrega total a la Iglesia, de la cual él se consideraba el principal e infalible defensor.

Por el contrario, Abelardo enseñaba a sus alumnos a pensar libremente, les mostraba el camino del conocimiento mediante el uso de la inteligencia y entendía la religión como una ciencia a la que se accedía mediante la comprensión y la razón.

El ataque combinado de Bernardo y de Norberto, ambos muy poderosos e influyentes, acorraló a Abelardo. Desesperado, viendo como no dejaban que el Paráclito floreciera, pensó incluso en emigrar a tierras de los infieles. Me confesó en una ocasión que en aquellos momentos, perdida la protección del conde de Champaña, quien temía que si defendía a Abelardo en contra de Bernardo podía poner en peligro su trono condal, estuvo a punto de exiliarse a vivir entre los paganos, pues le parecía más honesto convivir con idólatras defendiendo a Cristo que morar entre cristianos tan hipócritas como aquéllos.

Al fin, las fuerzas poderosas de sus enemigos consiguieron su propósito y Abelardo tuvo que abandonar el Paráclito, aunque siguió manteniendo su propiedad, ya que le había sido entregado a su persona. Él jamás me lo dijo, pero creo que se sintió traicionado, o al menos muy decepcionado, cuando, atacado de semejante manera, sus discípulos en el Paráclito no salieron en su defensa como lo habían hecho en otras ocasiones. Hilario, uno de sus ayudantes entonces y buen amigo, me confesó en una ocasión que la conducta de algunos escolares comenzaba a ser desordenada, y aquello no le gustó nada al Maestro, que los reprendió por ello. Tal vez ocurrió así y lo venció el desencanto, porque, conociendo su tenacidad, me extraña mucho que no ofreciera una mayor resistencia a los envites de Bernardo y de Norberto. Nadie dio un paso para colocarse a su lado; y se quedó solo.

CAPÍTULO XXVII

Acosado y perseguido, amenazado de muerte por sus enemigos, tildado de hereje y de perverso por sus poderosos detractores, a Abelardo sólo le quedaba un lugar donde refugiarse: su tierra natal en Bretaña, donde conservaba el respeto y el cariño de su familia.

No sé cómo lo hizo, pero consiguió atravesar Francia y llegó a Bretaña en busca de la paz y del sosiego que se le negaban, huyendo de los ataques de los poderosos en un mundo hostil que lo rechazaba, pero al que su sola presencia lo convertía en más luminoso, más brillante y más libre.

Se hospedó durante algunos meses en casa de su hermana en Le Pallet, donde su hijo Astrolabio crecía ajeno a las penalidades que estaban sufriendo sus padres. Supongo que pasaría algún tiempo con el niño, al que le hablaría de su madre Eloísa, recluida en el convento de Argenteuil, y tal vez le enseñara él mismo las primeras letras. Lo supongo, sólo lo supongo, porque en mis conversaciones con el Maestro jamás me habló de su hijo. Imagino que lo amaba, que deseaba lo mejor para él, que estimaba que un padre hostigado, calumniado y condenado no era el mejor ejemplo para un muchacho, pero sólo puedo imaginarlo, porque su corazón, al menos en lo que a mí respecta, siempre se mantuvo cerrado a la expresión de cualquier sentimiento que pudiera albergar hacia su hijo.

Probablemente hubiera encontrado la tranquilidad y un dulce retiro entre sus parientes bretones si hubiera decidido permanecer allí, pero una vida relajada en el hogar familiar, rutinaria y exenta de debates intelectuales, no estaba hecha a la medida de Abelardo. Necesitaba la actividad de las clases, el ardor de los enfrentamientos dialécticos, la polémica filosófica. No podía parar; no podía permanecer quieto, sosegado en un lugar acogedor y cálido. La mayoría de los seres humanos aspira a disfrutar del fuego reparador del hogar y de la relajada placidez de una familia, pero él no; era un espíritu inquieto, libre, rebelde. No, no podía parar.

Le motivaba la vida, pero, sobre todo, encontraba en los grandes retos intelectuales la verdadera razón de su existencia. Necesitaba brillar, ser el centro de su propio mundo, el punto en el que convergen todas las órbitas de las esferas que configuran el universo. Una estrella sin brillo no existe, y, entre todas las estrellas, Abelardo era el mismo sol, y brillaba por encima de todas las demás. Eunuco pero indómito, el vigor de su alma superaba todavía al de su cuerpo.

Eloísa era diferente. No he conocido jamás a una mujer más sabia ni más inteligente, ni más abnegada ni más paciente, ni más enamorada ni más leal. Siempre obedeció a su amante y esposo, pero nunca lo hizo por servidumbre o debilidad, sino por amor y sacrificio. Ella lo amaba como jamás mujer alguna ha amado a un hombre. Su amor era pleno, total, por encima de su propio hijo, de su propia vida, de

su propia alma, de su propia salvación eterna. Ella sabía que su amor desinteresado y absoluto lo confortaba, y que su renuncia al mundo y su encierro en Argenteuil eran lo que Abelardo deseaba. Había sido suya, intensamente suya, y no podía ser de ningún otro hombre. Había sido poseída, amada, acariciada por él, y no habría en adelante ninguna otra mano masculina que la tocara, ningún otro cuerpo varonil que la poseyera. Ella entendía ese amor como el sentimiento más sublime y excelso que podía acontecer sobre la tierra; nada era más intenso. Si hubiera tenido que elegir entre su amor por Abelardo o el amor por Dios, Eloísa hubiera elegido, sin titubear, el de su esposo.

Él la amaba de manera distinta. Mientras fue un hombre completo y pudo culminar el coito, su amor se manifestaba como una pasión sexual desbocada, una tormenta carnal de deseos y querencias irrefrenables, un voluptuoso estallido de relámpagos y rayos, una riada de apetencias y placeres lúbricos, un frenesí de sexo y lujuria. Eloísa significaba, a la vez, la atracción irresistible de la carne femenina, el disfrute en sus cinco sentidos, la deleitosa unión corporal y la mística fusión espiritual, una suerte de atractivo mundano e incorpóreo, que encerraba lo más sublime del gozo sexual y el deleite exquisito de la más excitante sensualidad, unidos a la fusión intelectual de dos almas deseosas de saber y de alcanzar el más elevado conocimiento.

Más egoísta y terrenal el de Abelardo, más generoso y absoluto el de Eloísa, su amor fue sublime, pagano, libre y total, y nuestro mundo no estaba preparado para ello.

* * *

París seguía creciendo y a sus escuelas regresaron muchos de los alumnos que se habían marchado al Paráclito tras la estela de Abelardo, cuando éste tuvo que abandonar Champaña ante el acoso de sus enemigos y la pérdida de la protección del conde Teobaldo.

Los escolares retomados a París lo echaban de menos, pese a que aquí comenzaban a descollar excelentes profesores, como mi compañero el joven Hugo de San Víctor, quien escribió una obra llamada *Didascalion* que dividió en siete libros, tres de ellos dedicados a las artes liberales, tres a la teología y uno a la mística y a la meditación. Hugo llegaría a ser rector de las escuelas años después, tras alinearse con las tesis de Abelardo en la cuestión de los «universales», sobre la que continuábamos debatiendo con vehemencia, de un lado sus antiguos alumnos y de otro los seguidores, que todavía quedaban algunos, de Guillermo de Champeaux.

Como guía para estudiantes, yo mismo me atreví a escribir un opúsculo en el que establecí una sencilla clasificación de las ciencias, a la vez que las definía. Consideré, siguiendo los postulados de Abelardo, la lógica como la primera de todas ellas porque trata de los conceptos y no de los objetos, de manera que es precisa para entender

todas las demás. Agrupé la dialéctica, la retórica y la sofística en torno a la gramática, pues aquí se encierra el arte de la discusión y el debate, imprescindibles para el progreso del intelecto. A la teología, las matemáticas y la física las reuní en el grupo de las ciencias de la teórica, pues todas ellas van destinadas al conocimiento y no a la práctica, a cuyo grupo asigné la ética y la política. El manual tuvo éxito y todavía lo utilizan los escolares para preparar los exámenes del trívium; ha sido mi modesta contribución a perpetuar las enseñanzas del Maestro.

Al margen de las escuelas, París estaba cambiando deprisa, muy deprisa. La convergencia de alumnos de toda la cristiandad y de mercaderes de medio mundo también atrajo a la ciudad a una retahíla de mercachifles, buscavidas, saltimbanquis y ramera, docenas y docenas de ramera. Las calles se llenaron de gentes ociosas en busca de un pedazo de pan, a la vez que los barrios crecían ocupando lo que antaño fueron campos de cereales y viñedos.

La mayoría de sus calles son estrechas y sus edificios están abigarrados y apenas lucen de tan apretados, pero los parisinos se sienten orgullosos de su ciudad, y sobre todo de la permisividad que en ella se respira. Aquí todo es más laxo que en cualquier otra parte: la Iglesia consiente la homosexualidad, que abunda entre hombres de la más variada condición, incluso entre las testas más nobles del reino y entre altos jerarcas eclesiásticos; los escarceos amorosos de damas y caballeros son cotidianos y nadie se escandaliza por ello; el *Ars Amandi* de Ovidio, que tanto influyera en el concepto de amor de Abelardo, es la guía de referencia de los actuales amantes; abundan los libros de amores antaño prohibidos y condenados por sacrílegos y ahora no sólo consentidos sino ensalzados y loados por la nueva literatura; los poetas más procaces declaman coplas y canciones tan obscenas como nadie antes había escrito. Es ésta una ciudad en la que el amor se despliega en todas sus formas con mayor liberalidad que en cualquier otra parte del mundo cristiano.

Las mujeres, cuyo honesto recato y modesto decoro constituían sus mayores virtudes, comenzaron a depilarse con cal viva, pez y otras sustancias abrasivas para que su piel deviniera más fina y atractiva a las caricias de sus amantes; utilizaron una pasta elaborada con almizcle, clavo y nuez moscada para ocultar el molesto sudor y el mal olor del cuerpo; y usaron enjuagues de anís, hinojo y comino para eliminar el mal aliento y así hacer sus bocas más apetecibles y sus besos más dulces y deliciosos para sus enamorados.

Los hombres emplearon navajas y peines para arreglarse el cabello de la cabeza y el de la barba y así lucir más atractivos; se vistieron con suntuosas ropas de primorosos encajes y delicados bordados, en otro tiempo reservados a las damas y a los obispos. Y con ello florecieron las tiendas de telas y de zapatos, muchas de ellas adquiridas por los nobles, que seguían afluyendo en tropel a la ciudad.

El amor carnal y el deleite placentero del sexo se practicaron con libertad, y las canciones amorosas en las que se ensalzaban la unión física de los cuerpos y el coito desinhibido se entonaban alegremente en fiestas y celebraciones sin el menor rubor.

Sólo algunos monjes acibarados se opusieron a aquellas muestras de desbordante sensualidad. Recuerdo que varios frailes orates, vestidos con humildes hábitos de estameña que ceñían a sus cinturas con un grosero cordón de cáñamo, desgredados y sucios, calzados con vastas sandalias de cuero raído, se lanzaron a las calles de París a predicar encendidos sermones en los que amenazaban a los atribulados parisinos y les auguraban que el cielo se había irritado con los hombres de esa ciudad por su desbocada afición a comportarse como mujerzuelas, pues se vestían con sus mismas sedas, bordados y encajes, se cortaban y cuidaban el cabello como las damas y se mostraban en público con gestos amanerados y femeninos. Estos frailes se situaban en el centro de las plazuelas y en las esquinas de las calles más concurridas y lanzaban su reata de jaculatorias a voz en grito, con los brazos alzados al cielo, clamando contra los disolutos y los afeminados, conminándolos a arrepentirse y a rezar si no querían arder y consumirse en el fuego eterno del Infierno.

Su actitud resultaba grotesca, y la mayoría de la gente los observaba entre divertida e indiferente. Desde luego, parecía claro, como así ha sucedido, que aquellos frailes orates tenían perdida la batalla a favor de la austeridad y la abstinencia, pues quienes más dinero se gastaban en joyas, sedas y brocados eran los próceres de la ciudad, los aristócratas, los altos dignatarios eclesiásticos e incluso el obispo y los canónigos, que se vestían con tanto lujo y ornato que en las ceremonias religiosas que presidían semejaban reinas en el momento de su boda o de su coronación.

Aprovecharon que en París se produjo una epidemia de pestilencia y que cayeron enfermos por esa causa unos tres centenares de personas, que se reunieron en la catedral de Nuestra Señora y se colocaron frente a las reliquias que allí se guardan, para intensificar sus diatribas y sus condenas al lujo de los vestidos y a la fornicación de los cuerpos. A cada lado del altar ubicaron las cabezas del apóstol san Felipe y del santo Marcelo, el que fuera obispo de París, y como aquellos enfermos no sanaban y la epidemia seguía causando nuevas víctimas, los frailes agitadores atribuyeron dicha plaga a un castigo divino por la entrega a la lascivia, el afán desmesurado de riqueza, la desbordada sensualidad, el abandono de la penitencia y la oración y la falta de fe de los parisinos.

Pero la epidemia acabó cuando unos médicos de las escuelas evacuaron a los enfermos de la catedral y los condujeron hasta la colina de Santa Genoveva, en medio de una solemne procesión precedida por numerosas ofrendas a la Virgen y a la santa Genoveva, cuyo relicario portaban el obispo y el deán del cabildo, y los instalaron en un ambiente más soleado y aireado, donde la mayoría de los afectados sanó en pocos días.

Sin duda, Abelardo hubiera recriminado la actitud de aquellos encendidos predicadores, que, como suele ocurrir en tantos casos, identificaban la belleza con la maldad. Yo no creo que la belleza y el mal tengan el mismo origen, ni que lo hermoso arrastre necesariamente hacia lo maléfico. Dios es bello y ama la belleza, suelen decir

los mahometanos, y en esa apreciación nuestra religión no debería ser diferente. Gracias a Dios, ahora se entiende así y la nueva catedral que se ha comenzado a construir en París, siguiendo el nuevo estilo que el abad Suger ha impulsado en la nueva iglesia abacial de Saint-Denis, será una de las obras más bellas jamás construidas por el hombre, y se hará en honor de Dios y de Santa María. El rostro de Dios y el de Su madre son sin duda bellos, muy hermosos, y no creo que en el cielo prefieran una cara marcada con señales de viruela y erisipelas o un cuello inflamado con escrófulas y bocio a una faz limpia y tersa, como la de Cristo o la de la Virgen. ¿No estamos hechos a imagen y semejanza de Dios? ¿Cómo es posible entonces que siga habiendo clérigos que aboguen por la fealdad y condenen la hermosura?

Yo vivía al margen de todo aquello y me limitaba a mis clases de lógica en la escuela de Santa Genoveva y a progresar en mis estudios; a mis treinta años de edad, seguía viviendo en casa de mis padres y mantenía el celibato, obligatorio como ya se sabe para ejercer el oficio de profesor y poder recibir las órdenes eclesiásticas. No sentía tentación alguna por recurrir al contacto del cuerpo de una mujer, aunque algunas noches, en la soledad de mi alcoba, la riqueza de mi familia me permitía disponer de una habitación para mí solo, imaginaba cómo sería el amor carnal, la deleitación de besar unos labios femeninos y sentir la piel de una mujer pegada a la mía. Cuando esos pensamientos me asaltaban, me levantaba de la cama, aún en las más gélidas noches de invierno, me postraba de rodillas y rezaba hasta que el cansancio, el sueño y el frío me vencían.

Como la mayoría de los escolares, yo también echaba de menos a Abelardo. Había seguido su trayectoria en el Paráclito y había estado al tanto de la persecución y acoso encabezados por Bernardo de Claraval contra sus métodos de enseñanza y sus postulados teológicos, y sabía que había abandonado su escuela en Champaña y que se había marchado a su Bretaña natal, porque recibí una carta que me envió desde Nantes con un mercader que, desde ese puerto, traía pescado ahumado a París un par de veces al año.

CAPÍTULO XXVIII

Los franceses nos consideramos los más civilizados de los hombres. Por eso alardeamos de nuestro modo de vida y solemos descalificar como patanes a los individuos de las demás naciones; proclamamos alegremente que todos los normandos son feroces piratas, que los ingleses son taimados ladrones, los alemanes bárbaros sin medida, los italianos mentirosos contumaces y los hispanos de poco fiar. Nos sentimos orgullosos de nuestro país, de la frondosidad de sus bosques y de la feracidad de su campiña; cantamos que nuestra tierra es dulce y que no existe en el mundo otra más afortunada.

Los bretones son gente extraña. Ubicado entre Normandía, Francia y Aquitania, en el extremo occidental de las tierras continentales, se dice que el territorio de Bretaña fue habitado antaño por gigantes que construyeron ciclópeos palacios con enormes piedras, cada una de ellas tan grande como una casa, cuyas ruinas todavía pueden verse dispersas por los campos.

La zona bretona más cercana a Francia, al este de las ciudades de Rennes y Nantes, es la más civilizada y allí hablan una lengua similar a la de París, aunque menos refinada, pero en el interior de esa boscosa y escarpada tierra y en las costas abruptas frente al océano farfullan un idioma bárbaro y oscuro que sólo los indígenas conocen.

Se asegura que es la lengua de los antiguos gigantes que la habitaban, los constructores de las casas de piedra.

La mayoría de los bretones se declaran cristianos, pero practican nuestra religión con ritos y ceremonias ancestrales, en las cuales se utilizan símbolos y señales paganas. Es tierra de bosques y florestas habitados por demonios nocturnos que cobran vida en cuanto el sol se oculta y que atormentan a los caminantes que se atreven a desafiar la oscuridad; es el país de los bardos que declaman épicas canciones en las que se narran las hazañas de antiguos héroes, cantadas en los claros de los bosques en las noches de luna llena, y de sabios brujos, a los que llaman druidas, que elaboran misteriosas pócimas y delirantes filtros amorosos para cautivar a quienes pretenden sojuzgar y atraer mediante la pasión amorosa. Lo sé bien porque en una ocasión atendí a un caso en el que se denunció a una bruja bretona que resultó condenada a la hoguera en París por haber utilizado un filtro de amor preparado con la sangre de la menstruación de una virgen, elaborado con la intención de vencer la voluntad de un caballero y atraerlo hacia una mujer que deseaba seducirlo.

En la diócesis de Vannes, una pequeña ciudad ubicada en la costa sur de Bretaña, en donde abundan las ruinas de los palacios de los gigantes, existe un monasterio que se había quedado sin abad. Está dedicado a san Gildas, un beato celta que vivió en Bretaña hace más de quinientos años y al que llamaron el Sabio; se levanta en la

costa de Morbihan, en la península de Rhuys, sobre un promontorio rocoso, frente al mar océano. En otro tiempo había sido asolado por los piratas escandinavos, que recorrieron aquellas costas en busca de los objetos de oro y plata que suelen guardarse en estas abadías.

El convento carecía de abad desde hacía algún tiempo, y sus monjes vivían en un absoluto desorden, al margen de toda regla monástica y carentes de obediencia y de autoridad alguna. El obispo de Vannes no sabía cómo poner freno a tanto despropósito, pues ningún eclesiástico quería responsabilizarse de aquel lugar bárbaro y perdido, donde se había instalado la indisciplina y el caos.

Enterado de que Abelardo, cuya fama lo seguía precediendo, residía en Le Pallet, a dos días de camino al sur de Vannes, al obispo se le ocurrió que el Maestro, que había fundado escuelas en Melun y Corbeil, que había convertido a su escuela de París en la más afamada del mundo, que había superado a los más destacados maestros de su tiempo, que había construido el Paráclito de la nada, bien podría ser el nuevo abad de San Gildas de Morigny. Le envió un emisario con la propuesta, ofreciéndole ese cargo. Para despertar el orgullo de Abelardo e incitarlo a aceptar el puesto de abad, el obispo lo prevenía de la dificultad de la empresa y de que no había nadie en su diócesis con la capacidad suficiente para afrontar semejante encargo.

Ninguna dificultad parecía insuperable para el Maestro, que vio en aquel difícil reto la mejor manera de superar la depresión en la que se había sumido tras la pérdida del Paráclito y su huida de Champaña. Ahora le ofrecían el cargo de abad, la jefatura de una comunidad de monjes, un puesto sólo inferior en categoría, dignidad y mando al de obispo.

No lo pensó. Los retos, y cuanto más difíciles mejor, lo atraían. Y a este desafío monumental nadie se había atrevido a enfrentarse. En su vida había conocido a varios abades; algunos, como el viejo de Saint-Denis, resultaban burdos e iletrados, otros, como el de San Medardo, taimados y sutiles, los menos, como Bernardo de Claraval, fanáticos y alterados; si personajes como ellos podían dirigir una comunidad de monjes, para un ser inteligente como Abelardo constituiría una tarea muy fácil. Al menos eso pensó él, sin conocer en qué avispero se metía.

Se instaló en aquella abadía con el diploma de nombramiento de abad por parte del obispo de Vannes en la mano y la autorización del relevante Suger, el nuevo abad de Saint-Denis, monasterio al que seguía perteneciendo el monje Abelardo, y la aceptación forzada de los monjes de San Gildas, que lo habían admitido ante el contundente requerimiento del obispo; sólo entonces se dio cuenta de la hercúlea tarea que se le presentaba por delante. El monasterio estaba sumido en un absoluto desorden. Unos treinta frailes habitaban las destartadas dependencias monacales sin acatar ninguna regla ni admitir disciplina alguna. Se limitaban a recaudar las rentas eclesiásticas y a dilapidarlas en comida y bebida. Muchos monjes vivían amancebados con sus concubinas, algunos incluso con los hijos y las hijas que habían tenido con ellas.

Ahora no se trataba de enseñar teoría a escolares predispuestos a aprender, sino a meter en disciplina a monjes embrutecidos e ignorantes, algunos de los cuales sólo mascullaban el idioma salvaje y rústico de aquel lugar, que Abelardo no entendía; no sabían latín, no se habían sometido jamás a ninguna norma eclesiástica y ni siquiera eran capaces de repetir las oraciones más simples que se requieren para el desarrollo canónico de la vida monástica.

Además, para mayor dificultad, el obispo no le había advertido que el señor principal de aquellas tierras, un noble aguerrido y pendenciero, había aprovechado la carencia de autoridad al frente de la abadía para apoderarse de los mejores terrenos de cultivo del monasterio y para someter a los monjes a tributos exagerados, como si se tratara de judíos. Así, antes de que pudiera poner en orden los asuntos internos del cenobio y reorganizar la comunidad monástica, tuvo que hacer frente a las quejas de los monjes, que lamentaban el régimen severo que aquel brutal señor les imponía.

Abelardo, a fin de poder defender desde la legalidad las propiedades del monasterio, les pidió que le mostraran los títulos en los que se certificaba la posesión de las parcelas que el noble había requisado, pero le contestaron que esos documentos se habían perdido, pues nadie se había encargado de guardarlos en el archivo. La verdad es que ni siquiera existía archivo alguno. Todos los monasterios disponen de una sala en la que conservan los libros, documentos y diplomas que garantizan la propiedad de las donaciones y bienes que les han sido concedidos. Los monasterios viven de las rentas de las tierras y de los derechos que les han sido legados; sin esos bienes, los monjes no podrían dedicarse a su tarea primordial: la oración en honor y servicio de Dios.

En la biblioteca de San Gildas de Morigny no existía diploma alguno. Ni tan siquiera se conservaban las estanterías de madera donde otrora se depositaban los códices, pues habían sido utilizadas para alimentar el fuego de los hogares; el mismo destino, supongo, que habrían corrido todos los libros y los legajos y documentos de pergamino y vitela.

Comenzó a desesperarse Abelardo y lamentó haber abandonado de manera tan precipitada el Paráclito, donde al menos disfrutaba de lo que más le gustaba hacer: la enseñanza. En San Gildas, entre aquellos rudos monjes, ni podía enseñar ni le dejaban organizar la comunidad monacal, y, además, el señor del territorio, consentido por el duque de Bretaña, del cual era fiel vasallo, seguía esquilmando con total impunidad las rentas y bienes del monasterio, para desconuelo de Abelardo y miseria de la comunidad monacal. Sin rentas no podía reconstruir los edificios y la iglesia, abandonados y en situación de ruina inminente, y sin posibilidad de ejercer su magisterio, su espíritu decayó hasta sumirse en una rutina que lo abocaba al embrutecimiento y a la inanidad.

Como consuelo y refugio de su desesperanza, le quedaba la opción de escribir. Había llevado con él algunos libros de los que no solía separarse: una Biblia, las *Cartas* de san Jerónimo y la *Historia eclesiástica* de Eusebio. Con ellos como bagaje,

comenzó a redactar un tratado de ética que le ocuparía ocho años y que tituló *Ethica* o *Scito te ipsum*, es decir, «Ética» o «Conócete a ti mismo», parafraseando la más conocida de las sentencias de Sócrates, transmitida por Platón. También redactó su *Expositio in Epistulam Pauli ad Romanos*, en donde afirma que el magisterio de Cristo constituye el centro de la Redención, pues el Hijo de Dios salvó a los hombres con Su sangre y con Su mensaje.

Claro que todo esto les traía sin cuidado a los monjes de San Gildas y al obispo de Vannes, quien no tardó en desentenderse de la demanda de ayuda que le hiciera Abelardo.

Pero un acontecimiento inesperado vino a alterar la vida rutinaria y anodina a la que casi se había resignado. El monasterio de Saint-Denis adquirió la abadía de Argenteuil, donde Eloísa permanecía recluida. Eloísa, a la que Abelardo había abandonado a su suerte, y a pesar de ello lo seguía amando, se había convertido en la priora de la comunidad femenina de Argenteuil, puesto al que había accedido por su sabiduría y su superior capacidad.

En contra de lo que esperaba Abelardo, Suger de Saint-Denis, necesitado de rentas para construir la iglesia abacial que proyectaba, ordenó a la comunidad de monjas regentada por Eloísa que abandonara el cenobio. Así, aquellas pobres mujeres se vieron expulsadas de los edificios que habían ocupado en Argenteuil y quedaron privadas de cualquier medio de subsistencia y de un lugar para su cobijo.

Desesperada y con dos docenas de mujeres a su cargo, algunas de ellas muy ancianas, Eloísa vino a verme a París. No sabía qué hacer ni a dónde dirigirse. Hacía un mes que vagaba con sus monjas de un lado para otro, malviviendo de la caridad y de las limosnas de los dadivosos, durmiendo en pajares y en chozas cuando no debajo de puentes o en abrigos rocosos y cuevas. Comían lo que les ofrecían los campesinos o los burgueses de la ciudad y no poseían otra cosa que sus hábitos, su miseria y su hambre.

Ella me esperaba a la puerta de mi casa. Recuerdo que aquella tarde era gris; no llovía, pero las nubes estaban tan bajas que rezumaban una especie de rocío que calaba todo. Yo regresaba de mi clase en Santa Genoveva cuando la vi apoyada junto a la puerta de mi casa, arrebujaada en un manto marrón, empapada, abatida y triste. Tenía algo más de veinticinco años y se mantenía lozana y joven a pesar de tanto sufrimiento y tanta renuncia.

—¡Señora Eloísa! —exclamé en cuanto la reconocí.

—Buenas tardes —me respondió; en su voz aprecí una inmensa tristeza.

—¿Pero cómo estáis ahí, tan mojada...? Pasad, por favor, pasad.

En esa fecha yo vivía solo con dos criados. Mi padre había muerto al regreso de un viaje a Italia, a la ciudad de Florencia, a donde se había trasladado para comprar unas delicadas telas que se fabricaban en unos nuevos telares que habían inventado unos artesanos toscanos, y mi madre lo había seguido a la tumba pocas semanas después, creo que apesadumbrada por la pérdida de su esposo, al que tanto amaba.

Entramos en casa; uno de los criados me indicó que aquella mendiga había preguntado por mí hacía un rato, pero que la había echado de allí. Lo recriminé por ello y lo reprendí por no ser capaz de distinguir a una honorable priora de una vagabunda buscona; el criado se encogió de hombros y bajó la mirada. Le ordené que trajera de inmediato una escudilla con sopa caliente, pan blanco, un pedazo de queso y vino templado especiado con miel y canela.

Eloísa, que estaba demacrada y tenía unas ojeras muy marcadas, se comió todo en un momento. Lo hizo deprisa pero con elegancia, intentando disimular cuán voraz era su apetito. Tal vez resultara fruto de mi imaginación, pero tras ingerir aquellos alimentos recobró su lozanía y su frescura en un instante.

—Decidme, señora, ¿qué os ha ocurrido para que os encontréis en esta terrible situación? —le pregunté en cuanto acabó el último sorbo del jarrillo de vino.

—Hace un mes se presentaron en Argenteuil unos fámulos de la abadía de Saint-Denis; traían una carta sellada del abad Suger en la que se nos conminaba a abandonar aquel cenobio en el plazo de un día, alegando que todos aquellos edificios y terrenos y cuanto contenían habían sido adquiridos por la comunidad de Saint-Denis. Venían con ellos seis oficiales del rey, armados con espadas y lanzas. Nos dijeron que todo cuanto allí había era de su propiedad, de modo que sólo nos permitieron llevar nuestros hábitos y una cesta con comida para un par de días.

»Desde entonces vagamos por la campiña del Sena, malviviendo de las limosnas.

—¿Cuántas sois?

—Hemos quedado diecisiete hermanas, las que no sabíamos ni teníamos adonde ir. Las que tenían familia o parientes cerca se han refugiado en sus casas.

—Procuraré encontrar un lugar para que no os veáis obligadas a humillaros, en tanto intentamos encontrar una solución estable. Vos podéis quedaos en mi casa, si no os importa; el resto de las hermanas se hospedarán en las dependencias de la ermita de Santa Genoveva; no creo que el rector, que es buen amigo mío y antiguo alumno de vuestro esposo, ponga impedimento alguno.

»Concededme un poco de tiempo para alcanzar una salida definitiva y honrosa a vuestra situación.

La solución que yo pensaba pasaba por Abelardo. Sabía por una de sus cartas que regía una comunidad de monjes en la diócesis de Vannes, en Bretaña, de modo que cogí mi mula y, acompañado por uno de mis criados, marché hacia el país de los bretones en busca del Maestro.

CAPÍTULO XXIX

Apenas me costó esfuerzo encontrar el monasterio de San Gildas de Rhuys o de Morigny; al observarlo me llevé una impresión lamentable. La iglesia tenía las paredes de piedra y eran sólidas —desde luego, en Bretaña sabían trabajar bien las rocas que aparecen por todas partes—, pero el tejado, o lo que quedaba de él, era de madera y paja y tenía unos enormes agujeros por donde penetraban el agua de lluvia, el frío y los pájaros. Si no había ardido aún era porque en aquel templo hacía tiempo que no se encendía una vela o una lámpara y porque la humedad lo empapaba todo.

El templo estaba rodeado por media docena de pequeños edificios, entre los que destacaba uno algo más amplio y sólido, que no era sino el palacio abacial, y otro que había sido un enorme establo, ahora vacío de animales, pienso y granos pero lleno de polvo, suciedad y despojos.

Entre los edificios correteaban varios chiquillos desgredados y sucios, los hijos de los monjes, y unas mujeres se arremolinaban a la puerta de la iglesia ante la curiosidad que despertaba la llegada de dos forasteros, como era mi caso y el de mi criado.

Componían aquella extraña comunidad un grupo de frailes estúpidos, embrutecidos por la falta de disciplina, la relajación moral y la inanidad de sus cuerpos y sus conciencias. Aquellos lerdos pasaban el tiempo tumbados ante la lumbre de las chimeneas o buscando un poco de comida en las aldeas de los alrededores, a donde acudían todas las semanas en demanda de las rentas que les debían los campesinos y que luego les confiscaba el señor secular de aquel territorio.

Al llegar ante el grupo de mujeres, las prostitutas que vivían en concubinato con los monjes, les pregunté por el abad; una de ellas, regordeta y atrevida, que vestía una saya bermeja muy gastada y lucía un amplio escote que mostraba buena parte de sus generosos pechos, me respondió que el abate Abelardo siempre estaba recluido en su palacio y me señaló el tercero en tamaño de los edificios del complejo, después del templo y del establo, al lado de un pequeño claustro adosado al ala sur de la iglesia.

Allí me dirigí y, ante la puerta, descendí de mi mula y le entregué las riendas a mi criado, que montaba otra acémila. Me quité el sombrero de fieltro de ala ancha, uno de esos que se usan en los largos viajes porque igual protegen del sol que de la lluvia, y llamé a la puerta golpeando varias veces con la mano abierta; enseguida se abrió, tras un chirrido agudo, pues, al parecer, ni siquiera tenían dinero para engrasar las bisagras.

En el umbral apareció Abelardo. Apuesto y elegante, pese a la rudeza del lugar y a la sencillez de su hábito, firme y erguido como un ciprés, se sorprendió al verme y a punto estuvo de perder su compostura, pero enseguida reaccionó y me dio un fuerte abrazo.

—Te he dicho varias veces que tu sitio está en París. ¿Qué haces en este perdido rincón del fin del mundo?

—Nunca os he pedido nada, Maestro, pero hoy lo voy a hacer por primera vez, y no podéis negármelo.

Me invitó a pasar y le indicó a mi criado que llevara los animales a un pequeño pajar que había tras el edificio abacial.

Abelardo, el León de París, vivía en la más absoluta indigencia. El que otrora quizá fuera un palacio de poderosos abades se había reducido a una sala de diez pasos de ancho por unos veinte de largo en cuyo centro se alzaba una gruesa columna coronada por un capitel del que surgían varios nervios de piedra que sujetaban una tosca bóveda de losas de pizarra. En uno de los lados, frente al de la puerta, había una chimenea de piedra, en cuyo centro colgaba del techo una cadena de hierro con un gancho; en otro, una gruesa tabla de cuatro palmos de ancha y seis codos de larga, apoyada en un bastidor de madera, que hacía las veces de escritorio y de mesa de comedor, y a su lado una alacena con una docena de libros, varios pliegos de pergamino, un tintero y unas cuantas plumas de ganso; y en el cuarto, un camastro de tablas con un colchón de heno y a su cabecera un baúl de láminas de madera y una pequeña puerta que daba acceso al claustro.

—Eloísa... —farfullé al pronunciar el nombre de su esposa— ha sido expulsada de Argenteuil con toda la comunidad de monjas a su cargo. El monasterio de Saint-Denis es el nuevo propietario de ese lugar y el abad Suger las ha obligado a salir de allí; ahora no poseen nada y han quedado sumidas en la pobreza.

—No pensé que Suger pudiera comportarse así. Es un hombre joven y educado; no es propio de él un comportamiento tan ruin. ¿Dónde están las monjas ahora? —me preguntó Abelardo, quien por primera vez parecía preocupado por alguien que no fuera él mismo.

—Vuestra esposa Eloísa...

—Antaño fue mi esposa, ahora es mi hermana en Cristo —me corrigió con seriedad.

—Vuestra hermana en Cristo está alojada en mi casa en París y el resto de las hermanas han quedado instaladas de momento en unas dependencias del priorato de Santa Genoveva, pero no podrán permanecer allí por mucho tiempo. Y en cuanto a la hermana Eloísa, si continúa en mi casa habrá murmuraciones, y ya sabéis cuánto daño pueden hacer las calumnias.

Abelardo se sentó, pensativo.

—Irán al Paráclito —asentó de pronto—. Ese lugar es de mi plena propiedad y el obispo de la diócesis es un buen amigo. No pondrá ningún impedimento para que las monjas expulsadas de Argenteuil se establezcan en el Paráclito. Haremos las cosas bien; para que nadie pueda volver a expulsarlas, pediré al obispo que solicite al papa la confirmación de la donación que me hizo el conde de Champaña. Por lo que sé, Honorio II es un pontífice sensato, atenderá esta petición porque es justa.

»Nos vamos —me indicó con el brazo.

—¿Nos vamos? —le pregunté sorprendido.

—Sí, nos vamos a París.

Aquél sí era de nuevo Abelardo. En un instante, su faz sombría y derrotada se había tornado en un rostro luminoso y feliz. Se sentía útil, necesario, importante otra vez. Podía sacar de la miseria y la mendicidad a aquellas mujeres, entre las que se encontraba la que tanto había amado, y para él aquella nueva circunstancia constituía una oportunidad de brillar, de escapar de aquella maldita abadía que le consumía el cuerpo y el alma.

Pidió permiso al obispo de Vannes para ausentarse del monasterio de San Gildas y, con energía renovada, partimos hacia París, a donde llegamos sin apenas descanso. No creo que nadie haya hecho jamás tan largo camino en menos tiempo. Antes de partir, paseando bajo las desvencijadas naves del claustro, fue cuando me confesó que pensaba escribir la historia de sus desdichas, como ya señalé.

CAPÍTULO XXX

Eloísa había cuidado de mi casa con la misma diligencia que lo hacía de sus hermanas y de su convento; estaba más limpia y aseada, tanto que casi parecía nueva.

El encuentro de los esposos no fue como yo lo había imaginado. Hacía unos diez años que no se habían vuelto a ver y ambos sabían bien que al vestir el hábito del convento habían renunciado a cualquier futura relación amorosa entre ellos, de modo que se limitaron a saludarse con distancia. Ella agachó la cabeza en señal de respeto y él entornó los ojos. Aquella mujer que tanto había amado ya no era su objeto de deseo. Él no era un hombre completo; ahora era un eunuco, un castrado, y no podía mirarla ni como mujer ni como esposa, sólo con los ojos del monje que no ve en una hembra atractiva sino una hermana en Cristo.

Y ni siquiera le quedaba la esperanza de amarla en la vida futura, pues, a una pregunta de unos saduceos sobre de quién sería esposa una mujer que se hubiera casado con siete hermanos y hubiera enviudado de los siete, Cristo dejó bien claro en los *Evangelios* que, tras la resurrección de los cuerpos, ni los hombres tomarán mujer ni las mujeres tomarán marido, porque en la vida eterna todos serán como los ángeles de Dios en el cielo. Para quien lo dude, Cristo dejó bien claro que las relaciones sexuales se acaban en este mundo y que no son una de las dichas que pueden disfrutarse en la vida eterna.

—Mi corazón se alegra de verte sano y fuerte —le dijo ella.

—Y yo me congratulo por tu buen aspecto —comentó él.

—¿Tienes noticias de nuestro hijo? —preguntó Eloísa.

—Sigue en Le Pallet, en casa de mi hermana, donde se cría fuerte y robusto. Mis parientes lo cuidan bien y lo alimentan con sus mejores bocados. El aire de Bretaña es saludable y su queso y su carne son muy nutritivos.

—Tiene once años, nuestro niño... —a Eloísa se le quebró la voz y sus ojos se humedecieron, aunque sus mejillas no fueron recorridas por ninguna lágrima.

—Se encuentra bien y sano; no debes preocuparte por él; mi hermana procura que crezca sin contratiempos.

Aquella frase de Abelardo le hubiera partido el corazón a cualquier madre, pero Eloísa asintió con la cabeza; para ella, el que fuera su esposo siempre tenía razón, y no le preocupaba otra cosa que cumplir sus deseos.

—Agradezco tu interés por acabar con la desgracia de nuestra comunidad —dijo Eloísa.

—Te lo debo. Lo que ha hecho el abad de Saint-Denis no va contra vosotras, sino contra mí. Suger sabe que tú eras la priora y ha pretendido hacerme daño infligiéndotelo a ti. Es mi obligación procurar tu bienestar, de modo que te entrego mi propiedad en el Paráclito, en Champaña. Allí disponéis de todo lo necesario para

comenzar una nueva vida en comunidad. Aquel cenobio será vuestro para siempre; nadie os podrá expulsar de ese lugar.

»Reúne a tus hermanas. Yo mismo os acompañaré. El obispo de Meaux es mi amigo, a él encomendaré vuestra protección. El conde de Champaña, aunque no me defendió como yo esperaba cuando sufrí el ataque de Bernardo de Claraval, me debe una satisfacción por ello y también procurará vuestro bienestar.

—Eres muy generoso —asentó Eloísa.

—Es de justicia.

La instalación de la comunidad de las hermanas de Eloísa en el Paráclito fue un nuevo aliciente para Abelardo, que recuperó su energía, dedicándola ahora a consolidar el nuevo convento de mujeres.

Todavía ostentaba el cargo de abad de San Gildas de Rhuys y se debía a su monasterio, pero, ante la imposibilidad de cambiar las torcidas costumbres de los monjes a su cargo, dedicó mucho tiempo a que floreciera el Paráclito femenino.

Eloísa demostró enseguida su eficiente disposición para organizar una comunidad monacal. Era una mujer de inteligencia extraordinaria y con una capacidad de convicción fuera de lo común. A pesar de que los primeros momentos fueron difíciles, al cabo de un año el Paráclito femenino se había convertido en un floreciente centro de vida monástica, donde las monjas expulsadas de Argenteuil encontraron hogar, cobijo y sustento.

Varios obispos, abades de otros monasterios cercanos, condes y señores acudieron en ayuda de Eloísa, a quien estimaban por su sabiduría, y, dada su clarividencia, comenzaron a pedirle consejos. El Maestro pensaba, y así lo escribió en su *Historia*, que la mujer es más débil que el hombre y que no posee su inteligencia. Mucho peor para la mujer es lo que opinan, como ya he señalado, muchos sabios de la Antigüedad y casi todos nuestros contemporáneos. Pero en este siglo descuellan mujeres de una agudeza como no he conocido en muchos hombres. Eloísa ha sido una de ellas.

Gracias a su dirección, el Paráclito recuperó la intensa vida de que había disfrutado cuando lo fundara Abelardo. Eloísa no sólo se preocupó por el alimento, el vestido y un techo para sus hermanas, también les ofreció consejo, educación y auxilio espiritual. Impuso unas horas para el trabajo, otras para la oración y otras para el estudio. Ella misma, utilizando los métodos que había aprendido de su esposo cuando éste era su profesor en París, impartía clases de lógica, ética y teología a las hermanas, que la veneraban como a una santa.

En mi condición de albacea del Palatino, conservo todavía unas cartas que Eloísa le envió desde el Paráclito y aseguro que están escritas con una sutileza delicadísima. Sólo una mujer de su valía, su dedicación y su clarividencia pudo escribir unos textos tan exquisitos y bellos como éstos. Maravilla el conocimiento que tenía de autores antiguos como Boecio, Séneca, Cicerón, Lucano, del que era capaz de recitar su obra *Farsalia* de memoria, y de autoridades cristianas como san Agustín, san Ambrosio y san Gregorio. La Biblia no guardaba secretos para ella.

En esas cartas se refleja el drama, la tragedia aun, en que se convirtió la vida de Eloísa desde que se separó de Abelardo. En su corazón se fundieron el amor, al que nunca renunció, y el deber, al que se enfrentó en aterradora soledad. A veces he imaginado su inconsolable dolor y la he compadecido. Mujer de espíritu libre, de mente abierta y de sabiduría excelsa, renunció a la gloria del mundo, a la dulzura del amor, a las caricias de su esposo y al cuidado de su propio hijo, y todo ello para cumplir los deseos de Abelardo.

Ahora, cuando mi edad me permite mirar hacia atrás con la perspectiva que sólo otorgan el tiempo y la experiencia de una larga vida y contemplar las cosas desde la lejanía de los años pasados, creo que Abelardo se equivocó. Estoy convencido de que vivió al margen de su época, como le ocurría a Eloísa, cuya mente era más abierta que la que correspondía a una mujer de su generación. Sí, eso es, ambos amantes sufrieron el infortunio de nacer y crecer en un tiempo que no los entendía. Debieron haberlo hecho algunos años más tarde, quizás hoy mismo, y tal vez las cosas hubieran sido diferentes, quién sabe.

CAPÍTULO XXXI

Ocupado en ayudar a Eloísa y a las monjas de su congregación, Abelardo quedó al margen de la polémica que sus métodos de enseñanza y las ideas contenidas en sus libros habían suscitado. En esos años estaban sucediendo muchas cosas en el mundo y sus enemigos lo dejaron en paz..., por un tiempo.

Había muerto Guillermo IX, el atrevido duque de Aquitania que se empeñó en convertir la práctica del amor en algo libre y placentero, y cuyos poemas y modo de vida escandalizaron a medio mundo; Inglaterra y Francia estaban enfrentadas por la posesión de la región del Vexin; Enrique I gobernaba Inglaterra con mano firme y justiciera y se empeñaba en que cada cual cumpliera su palabra, incluso llegó a cegar a uno de sus caballeros por no respetar un acuerdo; Luis VI de Francia se había puesto tan gordo como un boto de buey hinchado y apenas podía moverse por sí mismo; París se había convertido al fin en sede permanente de la corte de Francia, lo que dio un nuevo impulso a su notable crecimiento; y en Tierra Santa, la presencia cristiana se había consolidado en varios Estados, como el reino de Jerusalén, el condado de Edesa y el principado de Antioquía, defendidos por nobles caballeros que portaban en sus sobrevestas el símbolo de la cruz, aunque muchos de ellos no se comportaban precisamente como piadosos cristianos.

La cristiandad seguía prosperando: las periódicas hambrunas, otrora endémicas, habían desaparecido; las cosechas se multiplicaban y los campos rebosaban de mieses, frutos y vides; el clima era suave y benigno en invierno, lluvioso en primavera y caluroso y sereno en verano; el comercio abastecía de todo tipo de productos a los mercados de las ciudades; los artesanos labraban muebles delicados, tejían telas primorosas y curtían cueros y pieles con los que cosían elegantes vestidos y capas; los señores levantaban con piedras labradas y bien escuadradas formidables fortalezas y ricos palacios como hacía siglos que no se veían; las rentas de la Iglesia crecían y crecían, lo que permitía sustituir los viejos templos de madera y mampuesto por unos nuevos con muros de sillares y cubiertos con bóvedas de piedra, en un estilo que pretendía emular la grandiosidad y el arte de los gigantescos edificios de los romanos, así como levantar abadías y monasterios en pagos desiertos que volvían a la vida.

Incluso Bernardo de Claraval casi se olvidó de su gran enemigo, y no porque no tuviera ganas de seguir atacando a Abelardo, sino porque durante algún tiempo estuvo muy ocupado en promocionar a los caballeros del Templo, «la milicia de los pobres caballeros de Cristo», como el pelirrojo abad denominó a los caballeros del Templo del rey Salomón, una de las órdenes monásticas fundadas en Tierra Santa tras la conquista cristiana de Jerusalén.

En efecto, poco después de que Abelardo tuviera que abandonar el Paráclito, se

presentó en Francia un caballero llamado Hugo de Payns, natural de Champaña, acompañado de algunos de sus colegas. Hacía nueve años que habían fundado en Jerusalén, sobre el solar donde se dice que se levantó el Templo de Salomón, un convento de frailes cuya misión consistía en proteger a los peregrinos cristianos que viajaban hasta Tierra Santa en busca de las huellas de Jesús.

En verdad que cada día eran más los cristianos que mostraban su intención de cumplir la gran peregrinación, unos para pedir el perdón por sus pecados, otros para colmar sus deseos de gloria, otros en busca de fama y fortuna, los menos, creo, para encontrarse con Dios en la tierra donde murió Su Hijo para la redención del género humano. Reyes y príncipes, como Luis VII de Francia y su primera esposa la gran Leonor, también han viajado hasta aquellas tórridas tierras, que siguen ejerciendo una considerable atracción sobre muchos cristianos.

Los caballeros de Hugo de Payns se constituyeron como una orden y se llamaron a sí mismos «los pobres caballeros de Cristo», pero, comoquiera que habitaban el solar del Templo, enseguida fueron conocidos como «los caballeros del Temple».

Durante los primeros nueve años de vida de esa orden apenas constituyeron un puñado, no más de quince, según se cuenta, pero tras su visita a Francia, la orden creció de tal modo y tan deprisa que hoy es la más poderosa de la cristiandad. Los templarios poseen varios castillos en Tierra Santa y centenares de encomiendas en occidente, y son varios miles los caballeros y sargentos que la componen.

Y en ese éxito tan fulgurante tuvo mucho que ver la ayuda que les ofreció Bernardo de Claraval. Él fue quien protegió, avaló y guió a los templarios cuando llegaron a Francia. El espíritu que había impulsado a los fundadores del Temple era el mismo que defendía Bernardo. Los templarios son monjes sometidos a una rígida disciplina, dispuestos a obedecer hasta la muerte las órdenes de su maestre, en un servicio ciego y total a la Iglesia, sólo sometidos a la voluntad del papa y de su maestre.

De este modo concebía Bernardo a los hombres religiosos, y ésa era la disciplina que exigía a quienes profesaban en su monasterio. Por eso, desde que llegaron a Francia, Bernardo se entusiasmó con los templarios y con su ideal. Los introdujo ante reyes, nobles y obispos, entre los cuales el abad cisterciense gozaba de gran influencia, y los ayudó a conseguir cuantiosos recursos e ingentes donaciones.

Él fue el principal instigador de que un concilio reunido en Troyes en enero de 1129 aprobara la regla por la que se rige desde entonces el Temple, a pesar de que no pudo acudir en persona porque en esas fechas estaba enfermo y tuvo que permanecer convaleciente en su monasterio. No obstante, su pasión por el ideal que proclamaban los templarios fue tal que al año siguiente escribió un libro titulado *Elogio de la nueva milicia templaria*, en el cual alaba a estos monjes que tienen más de guerreros que de hombres de religión. En ese libro, del que se hicieron numerosísimas copias para enviar a los obispos y monarcas cristianos, plantea ideas contrarias a las de Abelardo, que no obstante, aunque sé que lo leyó, se abstuvo de atacarlo, pues estaba

interesado en que la comunidad del Paráclito siguiera adelante sin injerencias ajenas.

Todo volvía a estar en calma. Bernardo de Claraval, ocupado en promocionar a los templarios, se había olvidado por el momento de su gran rival, que pasaba el tiempo entre su monasterio de San Gildas, donde a pesar de sus esfuerzos no lograba poner orden, y sus viajes, cada vez más frecuentes, al Paráclito, que Eloísa había sacado adelante con gran éxito y gobernaba con sabia prudencia y notable eficiencia. En apenas tres años, el cenobio regido por Eloísa se había convertido en uno de los centros más prestigiosos de toda Francia, donde no cesaban de llegar peticiones de novicias para entrar a formar parte de su claustro, lo que reportaba abundantes donaciones que las novicias aportaban como dote al ingresar en la comunidad de monjas.

Y todavía se hizo más apreciado y prestigioso cuando el nuevo papa Inocencio II ratificó la fundación del monasterio femenino y el conde de Champaña lo adoptó bajo su directa protección.

Abelardo ya no era el centro del pequeño mundo de los pensadores de Francia, y pese a ello parecía dichoso por primera vez en mucho tiempo. En sus frecuentes viajes al Paráclito desde Bretaña, solía detenerse en París para visitarme, cosa que yo agradecía muchísimo pues aprovechaba aquellas ocasiones para pedirle consejo y demandarle ayuda en mis clases, y porque durante una conversación con el Maestro se aprendía tanto como en muchos días de estudio. En las cenas, que compartíamos en mi casa, donde él se hospedaba cuando pasaba por París, me relataba con orgullo los progresos del Paráclito, la diligencia y eficacia de Eloísa, los elocuentes sermones que dirigía a la comunidad de hermanas, los acertados consejos espirituales y temporales que les dispensaba y la delicada atención y el cuidado celo que prestaban aquellas mujeres a sus explicaciones. ¡Cuánto le agradaba todo aquello!

Era feliz de nuevo, pero sus detractores no consentían en dejarlo tranquilo. Abelardo estorbaba, siempre estorbaba. Es cierto que le atraía la polémica, que la buscaba, que disfrutaba en el enfrentamiento dialéctico, al que nunca renunciaba, pero no lo dejaban en paz. Sus ideas nuevas, sus planteamientos a favor de la razón frente al dogma, su sentido de la libertad y la rebeldía, estorbaban. Molestaban a la jerarquía eclesiástica, que pretendía domar las conciencias a fuerza de eliminar la crítica; molestaban a los poderosos del mundo, que buscaban el dominio sobre los demás mediante la justificación divina de su poder; molestaban a todos los que no entendían ni querían entender que existía la posibilidad de un mundo diferente y mejor. Por eso volvieron contra él con la intención de destruirlo, definitivamente.

El pretexto que encontraron, desde luego a falta de éste hubieran argüido cualquier otro, fue que las abundantes visitas de Abelardo al Paráclito no estaban motivadas por su piedad religiosa sino por su incontinencia carnal y su incurable lascivia. No importaba que fuera un eunuco y que sus apetencias sexuales, en otro tiempo tan intensas hacia Eloísa, hubieran desaparecido con su castración, lo que pretendían era difamarlo, calumniarlo y hacerle todo el daño posible porque no

consentían que su mente y su espíritu fueran libres.

De nuevo lanzaron contra él toda una catarata de infundios y patrañas, y levantaron una montaña de escándalos y mentiras. Lo presentaron como un ser ávido de sexo, lascivo y lujurioso, que visitaba a las monjas para dar rienda suelta a su desbocada pasión carnal. Pero no era sino un eunuco, un pobre castrado, un hombre incompleto. ¿Quién hubiera podido lanzar una acusación semejante sin estar lleno de maldad?

Abelardo se defendió de aquellas nuevas injurias. Alegó que su habitual presencia en el Paráclito se debía únicamente a la profunda caridad que sentía hacia aquellas desvalidas mujeres; citó a san Jerónimo para recordar que el camino hacia el cielo pasa a veces por tener que soportar una mala reputación; aludió a que los eunucos son, precisamente, los seres más adecuados para proteger a las mujeres, pues están exentos de cualquier tentación carnal; volvió a recordar al filósofo cristiano Orígenes de Alejandría, quien obedeció al pie de la letra el versículo doce del capítulo diecinueve del *Evangelio* de san Mateo, en el que se lee que «Hay algunos que se han convertido en eunucos por el bien del reino del cielo» y se autocastró para no sentir atracción hacia las mujeres; y adujo comentarios de san Agustín, Eusebio y el papa León IX para intentar demostrar no sólo que un eunuco no puede tener trato carnal con mujeres, sino que grandes hombres de la Iglesia, e incluso los mismos apóstoles, se habían ocupado también de las almas de las mujeres y del bienestar de los monasterios femeninos, sin que nadie hubiera recelado de ellos por eso.

No era así, doy fe de ello, pero la imagen de la perversión precedía al Palatino. La gente ignorante, por envidia o por recelo, suele dar pábulo a los rumores con los que se pretende ensuciar la fama de los grandes hombres. Abelardo lo era; era grande por su sabiduría y también por sus muchos conocimientos, pero su principal motivo de grandeza radicaba en su sentido de la libertad.

Un refrán alemán muy común en estos tiempos asevera que «el aire de la ciudad hace al hombre libre», y puede que así sea. No en vano, muchas ciudades están constituyendo concejos de hombres libres que han aprendido a gobernarse al margen de mandatos de señores y de obispos, y que se han dotado de cartas y fueros en los que no se admite otro dueño que el rey o el soberano de su nación. Estos ciudadanos son libres, sí, pero su libertad está contenida en una carta de pergamino y sujeta a los avatares de la política y de la historia. En Abelardo era libre su misma alma; por eso molestaba, por eso no lo dejaron jamás en paz.

El propio Bernardo de Claraval, que en apoyo a los templarios y al rey de Francia recorrió los Estados, diócesis y abadías más importantes del occidente cristiano, visitó a Abelardo en el monasterio de San Gildas. El abad cluniacense estaba empeñado en recaudar fondos para los caballeros del Temple y acudió a Abelardo para extorsionarlo con el fin de que le entregara algunas rentas para la causa de Tierra Santa. Mas cuando comprobó que la situación del monasterio de Rhuys era una verdadera ruina, comprendió que la pobreza del lugar no soportaría un donativo y se

limitó a recriminar a Abelardo su actitud y sus constantes visitas al Paráclito, insinuando que no lo hacía para ayudar a las monjas sino para encontrarse con Eloísa.

En su *Historia*, Abelardo recuerda esa nueva campaña de acusaciones personales como una persecución implacable contra su persona. Me confesó que se sentía un fugitivo y un vagabundo, que arrastraba la maldición de Caín. Pero, aunque él no había matado a ningún hermano, sí parecía condenado a vivir errante sobre la tierra, como le ocurriera al primogénito de Adán y Eva.

Acosado y perseguido, señalado con el estigma del mal, como el propio Caín también lo fuera por la señal divina marcada en su frente, Abelardo se vio obligado a abandonar sus visitas al Paráclito y se recluyó en el monasterio de San Gildas, aquel lóbrego lugar en la costa bretona cuyos monjes no eran sino verdaderos desechos de la humanidad, necios haraganes que vivían embrutecidos por el vino y la lujuria.

Alejado del Paráclito, aun cuando las visitas a ese monasterio constituían la única ilusión que lo había mantenido esperanzado en los últimos años, procuró un nuevo intento para imponer la disciplina en San Gildas. Ordenó arreglar la iglesia del monasterio y sanear el granero, despidió a algunas de las concubinas de los monjes y expulsó a los frailes más revoltosos y corruptos. Contó para ello con el auxilio del duque de Bretaña, que puso a su servicio algunos criados armados para que lo ayudaran y sobre todo lo protegieran de las iras de los monjes díscolos.

Pero aquellos brutos no soportaron la regla que Abelardo les impuso y tramaron un plan para asesinarlo. No podían acabar con él sin más, pues en ese caso la justicia del duque habría caído sobre ellos con toda su fuerza, habrían sido cegados y les habrían cortado la lengua y las orejas y hasta las manos antes de quemarlos en la hoguera. Idearon, pues, acabar con la vida del Maestro mediante el veneno.

Enterado de estas maquinaciones —entre los confabuladores cobardes siempre hay algún traidor dispuesto a delatar a sus colegas y uno de ellos informó de esas intenciones a Abelardo—, puso mucho cuidado en lo que bebía y en lo que comía, e incluso revisaba el cáliz en el momento de la consagración del vino en la eucaristía, que él celebraba como abad del convento, porque en una ocasión advirtió que en la sagrada copa había un sospechoso polvo blanco, tal vez un veneno.

Sus recelos se vieron confirmados durante un viaje a la ciudad de Nantes. El duque de Bretaña había caído enfermo y estaba recluido en su palacio, y hasta allí fue Abelardo, convertido ya en uno de sus consejeros áulicos, a visitarlo. En Nantes vivía Dagoberto, uno de los hermanos de Abelardo, que era caballero del duque de Bretaña.

El Maestro se instaló en casa de su hermano y se dispusieron a cenar. Uno de los sirvientes que lo escoltaban, aprovechando su puesto y sobornado por los monjes despechados, roció con un fuerte veneno el alimento del plato destinado a Abelardo, que los criados de la casa sirvieron por error a uno de los monjes fieles que lo acompañaba, el cual, nada más comer un pedazo de carne, cayó al suelo entre convulsiones terribles; a los pocos momentos estaba muerto. El criado traidor huyó,

pero la evidencia de que pretendían asesinar al Maestro resultó incontestable.

Ante semejante riesgo, no podía regresar a su abadía, de manera que se estableció en un recinto fortificado que le ofreció el duque, acompañado por unos pocos monjes que le permanecían fieles. Refugiado en esa fortificación, donde se construyeron algunas celdas para los monjes que lo habían seguido, se sintió acosado, pues se enteró de que los monjes rebeldes habían puesto precio a su vida y algunos malhechores estaban dispuestos a acabar con él si se lo encontraban en algún camino.

El duque le entregó un caballo veloz y poderoso, como los que se emplean en las batallas, para que pudiera huir al galope si se veía acosado por alguno de aquellos bandidos. Pero era un animal inquieto y de difícil doma, y aunque Abelardo había sido instruido durante su infancia, tal cual he relatado, para ejercer como soldado y sabía montar, un día, de regreso a su morada, el caballo lo derribó, provocándole la fractura de una vértebra del cuello.

En tan penosas condiciones, pues apenas se podía mover, recabó la ayuda del duque y de los obispos de Vannes y de Nantes, quienes, preocupados por lo que estaba ocurriendo, se presentaron en la abadía de San Gildas al frente de un escuadrón de soldados y expulsaron a los monjes contrarios a Abelardo, reintegrándole el dominio abacial y todas sus posesiones. Los monjes, recriminados por una carta del propio papa Inocencio II que confirmaba a Abelardo como abad, se sometieron y prometieron que no perturbarían más la paz del monasterio. Y así lo cumplieron por algunos meses, pero enseguida regresaron a sus conspiraciones y a sus amenazas.

Una tarde, ya recuperado de la rotura del hueso del cuello, de la que sanó gracias a su legendaria fortaleza, regresaba al monasterio tras una visita de inspección a unas propiedades de la abadía. En el camino fue interceptado por cuatro antiguos monjes que habían huido del cenobio y que no le perdonaban el que hubiera acabado con su disipado modo de vida. Lo asaltaron en un recodo del sendero, donde lo aguardaban escondidos tras unos árboles. Abelardo, confiado por el apoyo de los obispos y del duque, viajaba acompañado por un único criado, que fue inmovilizado por dos de los asaltantes, en tanto los otros dos sujetaron su caballo y lo amenazaron con sendas espadas.

Se vio perdido y dio por finalizada su vida encomendándose a Dios. Y con Él se hubiera encontrado aquel mismo día de no haber sido porque, en ese preciso momento, apareció un noble caballero que regentaba un pequeño feudo cerca del convento y que, al ver al abad, a quien conocía, en ese delicado trance, desenvainó su espada y provocó la huida de los traidores, que lograron escabullirse entre la espesura del bosque.

En aquellos días, yo andaba sumido en ciertas tribulaciones que me agobiaban. Mi situación profesional era magnífica, pues acababa de ser nombrado rector de la escuela de Santa Genoveva, la más prestigiosa, junto con la de San Víctor, de cuantas había abiertas en París. Con mi colega y amigo Hugo, rector de San Víctor, y algunos

profesores con los que me reunía ciertas tardes junto al Petit-Pont, estábamos debatiendo la posibilidad de acordar una especie de alianza general de las escuelas de la ciudad, de manera que entre todas se elaborara un plan común de estudios. No todos estaban de acuerdo, pues es bien conocida la altanería de algunos profesores que se dicen superiores en méritos y saberes a los demás cuando en realidad son mediocres que temen que sus métodos sean comparados con otros mucho más eficaces.

No obstante, un grupo de nosotros estaba dispuesto a participar en esa unión y presentamos el proyecto al obispo, que lo vio con muy buenos ojos. Tardamos algunos años más en conseguirlo, pero hoy ya está constituido el primer Estudio General de la cristiandad en París, y en ello quieren emularnos escuelas de otras ciudades famosas por sus centros de enseñanza como Bolonia, en la Lombardía italiana, donde aseguran que fueron ellos los pioneros, u Oxford, una pequeña ciudad en el centro de Inglaterra.

Como quiera que mis colegas me comisionaron para que fuera yo quien redactara los primeros estatutos de ese futuro Estudio General, tuve que recurrir a no pocos amigos para llevar a buen puerto mi misión. Tenía claro que la opinión de Abelardo sería una de las más importantes y, desde luego, la que a mí me parecía más relevante; y no sólo porque yo seguía sus métodos, sino porque él había sido capaz de fundar varias escuelas con éxito notable y, sobre todo, con un espíritu de universalidad que superaba las mezquinas posturas localistas de algunos profesores. Abelardo aspiró en vida a que sus alumnos adquirieran los más profundos conocimientos de las materias que explicaba, pero en igual medida buscaba dotar a sus discípulos de espíritu crítico y de sentido universal de la existencia.

Abrumado por la tarea que me habían encomendado, escribí una extensa carta que le envié a la abadía de San Gildas de Morigny, donde Abelardo había regresado bajo la protección ya más eficaz del obispo de Vannes y del duque de Bretaña, pero donde seguía pesaroso por las amenazas recibidas y por los dos intentos de asesinarlo, que a punto habían estado de tener éxito. En aquella misiva le expuse mi pesadumbre por el trabajo que se me avecinaba y le pedí consejo y ayuda para redactar los estatutos del futuro Estudio General de París.

Recibí su respuesta unos meses después. Y no contenía precisamente lo que yo le había pedido, sino que se trataba de una larga carta escrita en varios pergaminos cosidos en forma de rollo en donde me relataba lo que él mismo llamaba *Historia calamitatum*, es decir, «Historia de las calamidades», la crónica de sus desdichas, aquella que me había anunciado en el claustro de San Gildas. En ningún momento aludía a los consejos que yo le había demandado.

En esa larga misiva, partes de cuyo contenido he citado ya antes, Abelardo narraba un relato de su vida desde su nacimiento en Le Pallet hasta ese momento en el que su horizonte vital parecía cerrarse en la abadía de San Gildas en Rhuys, un lugar en el que no puede decirse que estuviera siendo dichoso.

Imagino que mi petición de ayuda y mis agobios por la tarea que yo tenía que afrontar le parecieron una minucia comparados con los avatares y las desgracias que el Maestro había tenido que soportar a lo largo de su existencia. O tal vez sintiera la necesidad de confesar a alguien sus penalidades para de alguna manera liberarse de los fantasmas que atormentaban su alma. Ignoro cuál fue su verdadera motivación, pero recibí ese texto alborozado y al desplegarlo me sentí muy confortado, pues, dada su extensión, creí en un primer momento que se trataba de un estatuto completo y no sólo de un listado de consejos para la organización del Estudio General. Sin embargo, en cuanto me puse a leerlo, mi ánimo se fue encogiendo, pues nada tenía que ver su respuesta con mi demanda.

Muchas de las cosas allí contenidas yo ya las conocía, pues no en vano había sido su alumno, su ayudante y creo que su mejor amigo y más íntimo confidente, pero no dejó de sobresaltarme su absoluta sinceridad y la descarnada manera en que relataba el drama de su existencia, y la valentía para afrontar, mirando hacia delante, lo que le restara de vida, pues al final me decía que a los hombres no nos queda más remedio que acatar la voluntad de Dios, soportar con paciencia todo aquello que nos sobrevenga y consolarnos, sabedores de que nada acontece en este mundo en contra de los planes divinos, aunque a veces esos planes se gesten sobre acciones perversas protagonizadas por seres humanos que cometen terribles injusticias en personas inocentes. Acababa su larga confesión con una cita del libro de los *Proverbios* del rey Salomón, a quien Abelardo siempre consideró el más sabio de los hombres, que reza así: «Nada de cuanto acontece al sabio podrá entristecerlo».

Leí la *Historia* de Abelardo varias veces seguidas, creo recordar que no menos de media docena en apenas dos meses, y me creí en la obligación de mostrársela a Eloísa, pues ella aparece en muchas ocasiones a lo largo del relato. Convencido de que era lo más apropiado, cogí mi mula y marché hacia el Paráclito. Aquel viaje cambiaría muchas cosas.

PARTE CUARTA

LA MUERTE

CAPÍTULO XXXII

El rey Luis estaba tan gordo que no podía ni levantarse de la cama por sí solo. Pesaba lo que dos hombres fornidos pero sus carnes no eran duras y tersas como las de un guerrero, sino mórbidas y flácidas. Apenas podía respirar y sus médicos, entre los que se encontraba un reputado judío, estimaron que con tanto sobrepeso no viviría demasiado tiempo.

Viéndose en semejante estado, el rey debería haber abdicado en su hijo y heredero Luis el Joven, pero éste sólo tenía catorce años y no estaba preparado para reinar. Su hijo primogénito, Felipe, había muerto al desnucarse en una caída del caballo, lo que no hizo sino acentuar el desánimo del soberano y aumentar su dejadez y apatía. Por fortuna, el consejero más cercano al rey era Suger, el ambicioso abad de Saint-Denis, monasterio al que seguía perteneciendo Abelardo, que convenció al obeso soberano para que se pusiera bajo el patronato y la protección precisamente de san Dionisio. El abad Suger era el hombre más influyente de Francia y logró que Luis VI otorgara a su abadía diversos privilegios y propiedades que la convirtieron en la más rica y poderosa de todo el reino; en 1124 había logrado que Luis VI declarara a Saint-Denis «Cabeza del Reino»; su feria de San Juan, que se celebra a fines de junio, es una de las más concurridas de esta región del mundo y deja grandes beneficios a la abadía gracias a las exenciones de las que disfruta. Suger era hijo de modestos y humildes campesinos, pero su agudeza y su determinación política lo encumbraron a lo más alto. Gracias a su habilidad para la diplomacia, que era proverbial, encabezó varias embajadas a Roma, saldadas con notable éxito, y fue ahí donde se ganó la confianza del rey.

Con el soberano de Francia inmovilizado a causa de su obesidad en el real palacio de París, ya sede definitiva de la corte francesa, y el príncipe heredero en minoría de edad, a finales de aquel año de 1135 murió Enrique I de Inglaterra, que había gobernado a su pueblo con firmeza, sensatez y justicia. A la muerte de Enrique I Beauclerc, Inglaterra carecía de un heredero varón. El único hijo de Enrique y de su esposa la reina Edith había muerto en el naufragio del *Barco Blanco*; la heredera era la princesa Matilde, quien fuera esposa del emperador Enrique V de Alemania y después, tras quedar viuda de éste, se casara con Godofredo Plantagenet, conde de Anjou.

Matilde se proclamó reina de Inglaterra, pero Esteban de Blois, hijo de Adela, esposa del conde Thibaud de Blois y nieto de Guillermo I el Conquistador, también reclamó el trono. Esteban de Blois fue más rápido y se presentó de inmediato en la abadía de Westminster, donde fue coronado nuevo rey de Inglaterra. Con los dos parientes pugnando por el trono, estalló una guerra civil que se extendió a los territorios de los soberanos ingleses en el continente, en las mismas fronteras de

Francia, y que, con su rey postrado en cama, parecía muy probable que también quedara implicada en el conflicto; no en vano, los reyes de Francia seguían siendo señores de los duques de Normandía, a su vez reyes de Inglaterra, y por el derecho feudal de ayuda y auxilio que debían a sus vasallos podían verse sumidos en medio de la contienda.

Inglaterra se estaba convirtiendo en una gran nación. Consolidada su unidad en torno al rey Eduardo, la conquista de Guillermo I había supuesto la unión política de Inglaterra y de varios Estados en el continente bajo la corona de un mismo soberano. Por eso necesitaban un rey fundador, y lo encontraron en Arturo gracias a la pluma de Geoffrey de Montmouth, que hace unos años escribió una *Historia de los reyes de Britania* en la que Arturo, al que los demás soberanos ingleses han pretendido emular, aparece como el primer gran rey que unificó a esa nación.

No sé si ese Arturo fabuloso, que hoy cantan nuestros poetas y cuyas gestas se narran en poemas y relatos, existió en verdad o lo inventó algún avisnado cronista, pero fuera o no una figura de carne y hueso, lo cierto es que no conozco rey cristiano que no haya soñado alguna vez con emular sus hazañas y convertirse en su réplica, hacer de su corte una copia del legendario reino de Camelot y emular en sus dominios la isla de Avalon. Abelardo, siempre con su espíritu crítico, me aseguró en una ocasión que ese rey nunca había existido y que no era sino fruto de la imaginación de Montmouth, pero hace unos años unos monjes aseguraron haber encontrado su tumba y sus restos ososos en un cementerio de un lugar apartado del brumoso y remoto país que llaman Gales, al oeste de Inglaterra. ¿Quién sabe qué habrá de verdad o de ficción en todo esto?

Mientras estas cosas ocurrían, yo ya había regresado a París, tras visitar a Eloísa en el Parálito para mostrarle el relato que me había enviado Abelardo. Eloísa quedó compungida con su lectura y me pidió una copia de la *Historia calamitatum*. No sé si obré bien, pues el Maestro me había confiado sus confesiones y yo no tenía su autorización para mostrarlas a nadie, ni siquiera a la propia Eloísa, pero creí necesario que ella las conociera, pues figuraba como la principal protagonista, y ambos eran los padres de Astrolabio, que acababa de cumplir los dieciocho años y que había expuesto a su tía, en cuya casa de Le Pallet continuaba viviendo, el deseo de profesar como religioso en un convento.

Eloísa fue quien me instó a hacer lo posible para rescatar a su esposo del monasterio de San Gildas, donde, a pesar de ser el abad y de contar con el apoyo del duque de Bretaña, se consideraba como un desgraciado prisionero. Le prometí que haría cuanto estuviera a mi alcance y me dirigí a Saint-Denis en busca del abad Suger, que tenía en sus manos el poder de hacer regresar al Maestro.

Suger me recibió en la abadía una mañana de invierno. Los campos estaban cubiertos de nieve, los caminos helados y hacía un frío muy intenso, pero me arrebujé en mi manta de viaje, me calé mi sombrero de ala ancha y a lomos de mi mula cabalgué hasta Saint-Denis, apenas a media mañana de camino al norte de París.

Tuve que aguardar un buen rato a que Suger acabara de despachar con su maestro de obras, y soporté bien la espera gracias a una humeante escudilla de sopa de carne aromatizada con hierbas que uno de los monjes me sirvió muy caliente.

—Querido amigo —me dijo Suger al verme—, me alegro mucho de vuestra visita. Es un honor tener entre nosotros al rector de la escuela de Santa Genoveva.

Yo me incliné respetuoso y besé el anillo abacial de Suger con reverencia.

—Gracias, mi señor abad, pero la honra es mía.

—Ya me perdonaréis que os haya hecho esperar. Estoy empeñado en sustituir esta oscura iglesia por un nuevo templo en el que la luz lo inunde todo. Hace algún tiempo que no paro de darle vueltas a una idea que me ronda la cabeza. Nuestras iglesias son lúgubres; para poder soportar esas pesadas bóvedas —Suger me señaló la cubierta de piedra de la iglesia de la abadía, bajo la cual estábamos pasando en ese momento— son precisos esos enormes muros macizos y sin apenas vanos. Este no parece el luminoso reino de Dios, sino el tenebroso averno mismo. Dios es la luz y la luz procede de Dios, como bien sabéis, de manera que es preciso que la luz divina inunde nuestras iglesias, y para ello son precisos grandes ventanales.

»Hace ya unos meses que propuse al maestro de obras de la abadía que ideara una solución para poder abrir esos ventanales y que la luz penetre a raudales en el interior; hoy, al fin, me la ha presentado.

Suger estaba radiante. Salimos de la iglesia y atravesamos el claustro hasta la entrada del escritorio, en cuyo centro había una gran mesa de madera y sobre ella varios pergaminos desplegados.

—Es un gran día —le dije.

—El más importante de mi vida; más aún que aquél en el que su majestad el rey Luis me nombró consejero del reino, más incluso que cuando tuve la oportunidad de besar la mano del papa Inocencio por primera vez.

»Venid, os mostraré la solución arquitectónica que ha propuesto mi maestro de obras para que puedan abrirse grandes ventanas en los muros sin que las bóvedas de piedra se vengán abajo —de repente, Suger se detuvo y me sujetó por el brazo—. Pero antes habéis de jurarme que no le contaréis a nadie este secreto.

—Tenéis mi palabra de cristiano.

Entramos en el escritorio de los monjes y nos colocamos junto a la mesa.

—Mirad.

Suger me enseñó unos dibujos que el maestro de obras de Saint-Denis había realizado con un carboncillo sobre unos pergaminos.

—Nunca había visto nada parecido —le dije.

—Porque no lo hay. Se trata de un arco de doble centro, que, como podéis observar, produce esa forma aguda, como de punta de lanza. Gracias a ese nuevo arco se podrán construir muros de una enorme altura y será posible rasgarlos de arriba abajo para abrir enormes huecos por donde penetre la luz.

—Pero esas paredes no podrán soportar el peso de las bóvedas, que se

desplomarán sin remedio —le comenté.

—Ahí está la solución —Suger me mostró otro pergamino—. Las bóvedas se construirán por tramos, y no corridas como ahora; se trazarán con arcos cruzados, como veis aquí, y cada extremo de la cruz descansará en un pilar, que al exterior de la iglesia se corresponderá con un contrafuerte, de tal manera que entre contrafuerte y contrafuerte podrá vaciarse toda la pared para abrir ventanas tan grandes como sea factible construir.

—Desde luego, todo esto es muy novedoso y si se puede edificar así se producirá un cambio extraordinario en la forma de las iglesias.

—Se puede, se puede. Esta abadía será la primera en disponer de una nueva iglesia cuyo modelo, estoy seguro, se extenderá por toda la cristiandad. Serán los templos de la luz frente a los de la oscuridad. La luz de Dios tendrá al fin la casa que se merece.

En esos momentos, Suger me pareció un orate visionario, pero ahora, treinta años después, me rindo ante su clarividencia. La nueva iglesia abacial de Saint-Denis es un prodigioso edificio cuyo interior se inunda de la luz que atraviesa sus amplios ventanales, cerrados con vidrieras multicolores. Siguiendo el modelo de esa nueva arquitectura, mi obispo don Mauricio acaba de colocar, hace escasos meses, la primera piedra de la nueva catedral de Nuestra Señora de París, la que será la más grande, alta y magnífica iglesia de toda la cristiandad de occidente, en la cual la luz multicolor también lo impregnará todo.

Pero yo no había ido hasta Saint-Denis para ver aquellos dibujos ni para recibir una lección sobre la nueva arquitectura de la luz, sino para mediar ante Suger por Abelardo.

—Estos proyectos son ambiciosos, y os deseo, para mayor gloria de Dios, que se culminen con todo éxito, mi señor abad, pero ya os adelanté en mi carta que mi visita se debe a la amistad que me une con mi maestro Abelardo y a mi petición para que pongáis fin a la mucha aflicción que lo atormenta.

—Sí, sí, en cuanto recibí vuestra carta me informé de cuál es la situación del León —Suger llamó así a Abelardo—, y tenéis razón, no podemos dejar que un genio como el suyo se dilapide en un infecto rincón del extremo del mundo.

—Vos, mi señor abad, estáis al cabo de los nuevos tiempos, y vuestro proyecto del templo de la luz os engrandece a los ojos de Dios y de los hombres, por eso sería un gran gesto por vuestra parte que permitierais regresar al maestro Abelardo...

—No gastéis más energías en convencerme, ya os he dicho que es mi deseo que vuelva a París y que abandone el abadiato de San Gildas. No sois vos el único que me lo ha solicitado.

—¿Habéis recibido alguna petición más en este sentido? —le pregunté extrañado.

—Sí, una carta de la abadesa del Paráclito; creo que la conocéis bien.

—¡Eloísa!

—En efecto, Eloísa. Me pide que libre de la reclusión en San Gildas al que fuera

su esposo. Su carta es extraordinaria y rebosa sensatez y afecto. Os confieso que me ha conmovido. Además, así paliaré en alguna medida el desalajo a que me vi obligado a someter a su comunidad cuando este monasterio se hizo con la propiedad de Argenteuil. Sé que me comporté de modo injusto con las monjas, pero necesitaba esas rentas para construir una nueva iglesia. Ordenaré de inmediato que Abelardo deje su puesto de abad en Bretaña y regrese a Saint-Denis.

—Pero yo pensaba que podría volver a París, a su puesto de profesor...

—Así será, pero antes deberá pasar un tiempo en esta abadía.

Acaté la voluntad de Suger y le di las gracias. Salí del escritorio, lo dejé ensimismado entre los dibujos de la que iba a ser su gran iglesia y partí de regreso a París, pues en esas fechas del invierno los días son muy breves y quería llegar a mi casa antes de que cayera la noche, que prometía ser muy fría.

CAPÍTULO XXXIII

No sé cuál fue mayor al abrazarnos, si mi alegría desbordada y febril o la suya, serena y reposada.

En cuanto me enteré del regreso del Maestro, salí a su encuentro por el camino de Bretaña que llega a la puerta de San Germán y lo encontré a unas pocas millas al oeste de París. Al contemplar el inconfundible perfil de su figura, alto, apuesto y elegante, pese a las penalidades sufridas, a sus cincuenta y siete años y a sus heridas en el cuerpo y en el alma, salté de mi mula y eché a correr hacia él, que descendió de su caballo con parsimonia y me esperó sonriente con los brazos abiertos y los ojos humedecidos.

Confieso que lloré; sí, lloré como un niño, como una mujer, como un idiota; lloré y no me importó que me vieran hacerlo los dos criados de la abadía que acompañaban a Abelardo y la docena de escolares que habían venido conmigo a su encuentro. Tras un largo y fortísimo abrazo, el Maestro me besó en la frente.

—Gracias, gracias otra vez —me dijo—. Creo que te debo una nueva vida.

En el camino desde París yo había preparado un breve discurso de bienvenida que pensaba ofrecerle en cuanto me encontrara con él, pero en esos momentos no pude articular palabra alguna. Me limité a repetir como un bobo «Maestro, Maestro», mientras él sonreía y miraba al frente esperando vislumbrar en cualquier momento los campanarios de las torres de París.

Nos detuvimos un día entero en mi casa y a la mañana siguiente, muy temprano, partimos hacia Saint-Denis. Como estaba previsto, Suger lo recibió a la puerta de la abadía «Cabeza del Reino», cuya vieja iglesia comenzaba a ser demolida, y le pidió que permaneciera unas semanas en el convento.

Por fin, tras casi tres meses recluido en el monasterio de Suger, Abelardo recibió permiso para trasladarse a París, donde le asignamos la tarea de impartir las clases de dialéctica en la escuela de Santa Genoveva.

Su primera lección de esta nueva etapa levantó una expectación extraordinaria, pues su fama no se había olvidado. Tuvimos que improvisar un aula en la iglesia de la parroquia de San Hilario, que estaba llena de alumnos ansiosos por escucharlo. Las naves del claustro también rebosaban de gente y fueron muchos los que se quedaron fuera, pese al frío que hacía, ante la imposibilidad de acceder al abarrotado interior de la parroquia.

Allí estábamos muchos de sus antiguos discípulos, ahora profesores de las escuelas, clérigos de diversa condición, altos cargos eclesiásticos y cortesanos, y escolares recién llegados de todas partes, entre los que se encontraban dos jóvenes brillantísimos que luego se han convertido en famosos pensadores; me refiero a Arnaldo de Brescia y a Juan de Salisbury, e incluso estaba presente el futuro papa

Celestino II.

Juro por lo más sagrado que se me puso la piel de gallina y el corazón comenzó a latirme con la cadencia del de un caballo a pleno galope cuando subí al estrado que habíamos colocado junto a la mesa del altar y anuncié en latín, con voz solemne pero tocada por la emoción, que iba a impartir su primera lección el nuevo profesor Pedro Abelardo Palatino.

El Maestro se levantó del banco que ocupaba al lado, me saludó y ocupó mi lugar en la tarima, a la derecha del altar, mientras yo me sentaba en el banco. Reinaba un silencio absoluto y los ojos de todos los presentes lo observaban con verdadera devoción y no poco asombro.

—Me gustaría comenzar mi primera clase en mi regreso a la docencia en París con el rezo de un padrenuestro; pero no quiero hacerlo según la versión tradicional, la que se contiene en el *Evangelio* de san Lucas, sino según la que nos enseña el de san Mateo, porque el apóstol Mateo escuchó esta oración de los labios de Nuestro Señor Jesucristo y en cambio san Lucas la oyó de los de san Pablo, que, como es bien sabido, tampoco llegó a conocer en persona al Señor.

Siempre nos sorprendía, y ese día volvió a hacerlo con aquel padrenuestro. Después de la oración, comenzó su clase. A pesar del tiempo transcurrido desde que impartiera su última lección, nos maravilló a todos con su brillantísima elocuencia, su finura mental, su agudeza expositiva y aquella sensación de seguridad, firmeza y libertad que transmitía.

Acabada la lección, se me acercó Juan de Salisbury, un joven inglés al que acabábamos de admitir como alumno en Santa Genoveva y que no tenía más de dieciséis años pero ya destacaba por sus extraordinarias condiciones en el estudio de las disciplinas del trívium.

—¡Profesor, profesor! —me llamó.

—¿Sí, Juan, qué deseas?

—Ser como él. ¿Qué debo hacer? —me preguntó.

Me quedé en silencio por unos momentos y le respondí:

—Dudar, pensar, razonar y... sentirte libre, libre; no lo olvides, Juan.

Juan de Salisbury me miró con sus vivaces ojos en un rostro limpio y sereno que denotaba inteligencia, como luego ha demostrado, sonrió y repitió mis palabras:

—Libre, sentirme libre, claro, eso es, eso es.

Se colocó su sombrero de escolar y se marchó pensativo camino de su siguiente clase.

El regreso a la docencia le devolvió la sensación de estar vivo, y Abelardo el Palatino redactó una nueva versión del libro que escribiera años atrás para sus alumnos del Paráclito y que había titulado *Sic et non*. Durante unas semanas lo revisó e introdujo algunos cambios. Mantuvo la idea original de presentarlo como un modelo para enseñar a sus estudiantes a defender con argumentos dialécticos una tesis determinada, *sic*, y luego rebatirla con argumentos contrarios, *non*.

También puso al día un tratado sobre la dialéctica que había iniciado mientras enseñaba en París por primera vez y que se vio obligado a interrumpir cuando se produjo su castración. Lo retomó en el Paráclito y ahora lo quería adaptar como manual para la asignatura que impartía. Lo presentó como una especie de memorando sobre la lógica, dedicado a los hijos de su hermano Dagoberto, dividido en cinco partes; en este libro, hoy muy usado en el Estudio General de París, donde lo llamamos *Logica nova* para diferenciarlo de la *Logica vetus* con que aludimos a la obra de Aristóteles, desarrolla la doctrina del término «universal», el tema de sus enfrentamientos con sus antiguos maestros Roscelino de Compiègne y Guillermo de Champeaux.

Entre los escolares, volvió a sentirse bien. Otra vez era el León de París, el gran profesor de sus escuelas. Durante aquel primer curso remitió varias cartas, que yo conservo, a Eloísa, quien seguía dirigiendo con acierto y eficiencia el monasterio femenino del Paráclito.

En una carta de respuesta, Eloísa le comentaba que había leído su *Historia*, la que yo le enseñé, y le declaraba que lo amó sin límites, mostrándose todavía dispuesta, si él se lo pedía, a hacer cuanto le demandara. Confesaba que nunca buscó en él otra cosa que a él mismo y afirmaba que siempre había preferido el amor al matrimonio y la libertad al vínculo conyugal. También le decía que antes prefería ser su ramera que la emperatriz del mundo. Se mostraba orgullosa por las canciones que le había compuesto Abelardo, y que se cantaban en todas las regiones de Francia, de manera que cuando un enamorado se las recitaba a su amada, en cierto modo eran ellos los que volvían a unirse en el amor de todas las parejas del mundo.

Con su exquisita elegancia, Eloísa le pedía que, si no podía gozar de su presencia, al menos la reconfortara acordándose de ella. La carta comenzaba con una frase en la que se dirigía a Abelardo como «dueño, padre, marido, hermano» y la acababa con un «Adiós, mi único amor».

Abelardo contestó a aquella misiva llamándola «hermana en Cristo», recomendándole que hiciera oración y pidiéndole que, si él moría, llevaran su cadáver al Paráclito para enterrarlo en su cementerio. Y se despedía diciéndole que siguiera adelante con su labor como abadesa pero que se acordara de él.

Eloísa lo llamaba «mi único y solo amor» y le decía que fue su amor y no el de Dios el que la impulsó a tomar el hábito religioso. Abelardo se dirigía a ella como «la esposa de Cristo», en su condición de monja, y renegaba de sus actos carnales con ella, considerando que su castración había sido un justo castigo divino a su debilidad como pecador.

Algunas de esas cartas contienen consejos e instrucciones de Abelardo para la buena organización del convento del Paráclito, y no sólo en lo que respecta a la dirección espiritual, sino también en cuestiones cotidianas, como las necesidades de agua y alimentos o los cargos que son necesarios para el correcto funcionamiento de un monasterio de monjas.

Entusiasmado con los progresos de Eloísa al frente del Paráclito, el Maestro decidió visitarla allí de nuevo. Lo hizo después de dedicar un tiempo a preparar un reglamento para su comunidad de monjas, adaptando la regla de san Benito e introduciendo elementos de la regla de Pacomio y consejos extraídos de las obras de san Agustín y de san Jerónimo.

Lo recuerdo ilusionado y feliz el día en que, acompañado de dos discípulos, partió hacia el Paráclito, pero desconozco cómo se desarrolló el reencuentro de los dos esposos tras tanto tiempo sin haberse visto. ¿Se avergonzó Abelardo a la vista de Eloísa?, ¿sintió Eloísa alguna atracción carnal hacia el hombre que tanto amaba pero que ya no podía satisfacerla como mujer? No lo sé. Ella lo seguía amando, desde luego, y, aunque había renunciado al placer de la carne, no lo había hecho al amor del alma y no se avergonzaba del pasado; él, por el contrario, había renunciado al amor del espíritu y procuraba evitar cualquier recuerdo de ese mismo pasado, del que en cierto modo sí se arrepentía.

CAPÍTULO XXXIV

Bernardo de Claraval, siempre atento a que la ortodoxia cristiana no sufriera el menor envite, se enteró de que Suger había recuperado a Abelardo, y el abad cisterciense decidió acudir al Paráclito para entrevistarse con él. Mediante un enviado, el monje pelirrojo anunció su visita a Eloísa, que se había reunido con Abelardo para tratar asuntos de la organización del cenobio.

El abad de Claraval, que había mostrado su intención de zanjar los problemas que lo habían enfrentado con Abelardo, fue recibido con todos los honores en el Paráclito. Bernardo quería comprobar que los años de silencio y de retiro en Bretaña habían apaciguado el espíritu crítico y polémico del Maestro, pero se llevó una sorpresa monumental.

A la puerta del Paráclito lo esperaban la abadesa Eloísa y todas las monjas, perfectamente alineadas, y a su lado estaba Abelardo, cuyo rostro ya mostraba algunas arrugas y su pelo no pocas canas. El porte distinguido y poderoso del Maestro chocaba con la imagen débil y de extrema delgadez del cisterciense, cuya barba, antaño totalmente roja, y su pelo dorado y rojizo comenzaban a vestirse de mechones canos y cuyas mejillas cerúleas se marcaban en los pómulos cual un pergamino raído, y tenían tan poco color que parecían carecer de vida.

Las monjas cantaron un salmo mientras entraban en procesión en la iglesia del monasterio, donde estaba previsto celebrar una oración de bienvenida en honor del abad de Claraval.

De pronto, el padrenuestro sonó en las voces de las monjas, y Bernardo abrió los ojos atónito ante lo que sus oídos estaban escuchando. El texto del padrenuestro no era el de san Lucas, el oficial en la Iglesia católica, sino el de san Mateo. Como ya hiciera en su clase en París con sus alumnos, Abelardo había convencido a las monjas para que rezaran el padrenuestro según la versión de san Mateo, la más fiel a la que dictó Jesucristo.

El rostro del cisterciense se crispó y apretó las mandíbulas con fuerza, pero mantuvo la compostura y aguardó con medido temple a que finalizara el oficio religioso matutino.

—Deseo hablar enseguida con vos, Abelardo —propuso Bernardo.

—Estoy a vuestra disposición, señor abad.

Bernardo se excusó ante Eloísa y se dirigió con Abelardo a un lugar discreto en una capilla de la iglesia del Paráclito.

—¿Qué pretendéis? ¿Qué significa ese padrenuestro que he escuchado rezar a las monjas?

—Imagino, mi señor abad, que lo habréis identificado enseguida; se trata del texto del padrenuestro del evangelista san Mateo, el mismo que salió de los labios de

Nuestro Señor.

—La Iglesia nos ha enseñado a rezar según lo escribió san Lucas —alegó Bernardo.

—Sí, lo sé perfectamente, pero, como bien conocéis, san Lucas no estaba presente cuando Cristo enseñó a sus discípulos esa oración, y san Mateo sí, porque era uno de los doce primeros elegidos, junto con Pedro, Andrés, Santiago el de Zebedeo, Juan, Felipe, Bartolomé, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón y Judas —recitó de memoria los nombres de los doce primeros apóstoles—. Por tanto, creo que la versión de san Mateo es más acertada y próxima a la que enseñó Jesús que la de san Lucas, que no escuchó a Cristo y lo aprendió de san Pablo.

—¿Con qué derecho habéis enseñado a estas hermanas ese rezo, abad Abelardo?

—Con el derecho de la razón, como os acabo de argumentar —contestó el Maestro.

Bernardo se mordió los labios y calló; los argumentos de Abelardo eran incontestables y, como siempre, los sostuvo con una contundencia y una seguridad apabullantes.

—Me han dicho que en vuestras clases en París habéis vuelto a utilizar ese diabólico método que ya empleasteis en este mismo monasterio y por el cual tuvisteis que renunciar a la enseñanza —Bernardo cambió de tema de conversación al sentirse derrotado con el asunto del padrenuestro.

—Es lo que sé hacer y lo que me dicta mi conciencia.

—Algunos amigos me han hablado de vuestra reincidencia en el error, especialmente con esos dos textos que habéis escrito, titulados *Introducción a la Teología y Teología para escolares*. En ellos afirmáis que la razón da paso a un desarrollo de la inteligencia que supera a la propia teología.

—He escrito esos libros para que mis alumnos aprendan a pensar y reflexionar sobre lo divino y puedan enfrentarse a la herejía con argumentos contundentes que se sostengan en la lógica y en la razón.

—La fe no necesita de ningún argumento; no es necesario razonar, sólo es preciso creer —asentó Bernardo.

—Pero si se acompaña con la razón, la fe se sostiene mucho mejor.

—En esos dos escritos tratáis las Sagradas Escrituras como si fueran meros textos dialécticos y no como lo haría un discípulo de Cristo.

—No estoy de acuerdo con vuestra apreciación, mi señor abad Bernardo.

—Os insto a revisar esos escritos, corregirlos en la buena dirección y modificar las aseveraciones que hablan de que la lógica de la razón es superior a la teología de la fe, tal cual se acordó hace ya quince años en el concilio de Soissons. Prometedme que lo haréis y podréis seguir con vuestras clases con libertad —lo amenazó Bernardo.

—Tenéis un sentido muy restringido de la libertad. Deberíais leer con más cuidado y atención a san Pablo, que nos enseñó que la verdad hace libres a los

hombres. En su *Primera epístola a Timoteo* nos recuerda que sólo se alcanzará la verdad acudiendo al conocimiento, y en la *Segunda epístola a los corintios* nos señala que la libertad está allá donde se encuentra el espíritu del Señor. Así pues, la libertad no existe fuera de la fe. Seguid esas enseñanzas y seréis libre —insistió Abelardo ante el rostro crispado y contrariado de Bernardo.

—Esto no quedará así —amenazó el cisterciense antes de dar media vuelta y marcharse de modo precipitado.

Acabada esta conversación, Abelardo acudió al encuentro con Eloísa.

—Pareces contento —le dijo la abadesa al que fuera su esposo.

—Creo que he convencido a ese petulante pelirrojo de que la oración más correcta para rezar el padrenuestro es la versión de san Mateo.

—¿Te ha acusado de algo?

—No. Nuestra conversación ha discurrido en un tono familiar y amistoso.

Abelardo le mintió porque no quería intranquilizarla, pero el final del encuentro entre los dos hombres de religión había resultado muy tenso. Y las cosas, desde luego, no iban a quedar ahí.

CAPÍTULO XXXV

De no haber sido por el encontronazo con Bernardo, aquellas semanas en el Paráclito hubieran constituido un tiempo dichoso para el Maestro, que regresó a sus clases de París convencido de que sus enemigos tramaban una nueva conjura contra él.

—Yo creía que mis ideas estaban a salvo de los ataques a los que en otra época fueron sometidas, pero me temo que las posturas de los intransigentes han variado poco —me confesó un día en París mientras desayunábamos juntos en una posada del Barrio Latino, después de asistir a los oficios religiosos del domingo por la mañana.

—Más despacio de lo que algunos quisiéramos, pero las cosas están cambiando, y creo que a mejor —le comenté.

—No seas iluso, amigo. Yo no siento ningún deseo de hostilidad hacia nadie; sólo defendiendo mi independencia de criterio y mi libertad de pensamiento. Y eso es precisamente lo que les molesta, lo que les causa tamaña pesadumbre. No consienten, ni lo harán jamás, la tranquila discusión de las ideas, porque no admiten el valor de la lógica y de la razón —me contradijo.

—Soplan otros aires, Maestro. El abad Suger es un hombre abierto y tolerante que cree en nuevas ideas y las está llevando a cabo en su abadía. Nuestro joven monarca Luis VII —que acababa de ser proclamado rey de Francia a la muerte de su obeso padre, al cual se le paró el corazón incapaz de latir un instante más— lo ha ratificado como principal consejero. Francia es ahora mucho más grande y poderosa gracias a la unión con Aquitania —días antes de ceñir la corona, el joven Luis se había casado con Leonor, la duquesa de Aquitania cuyo padre, Guillermo X, había fallecido en el curso de una peregrinación a Santiago de Compostela—. Y los ingleses y los normandos, enfrascados en sus disputas internas, parecen dispuestos a dejarnos en paz. Todo esto indica que se avecinan buenos tiempos.

—Tal vez, como dices, sea así con las cosas de este mundo, pero los asuntos de Dios no mejoran. En las órdenes monásticas, tanto en las nuevas que se están forjando como en las antiguas, campea a sus anchas la corrupción; para obtener una dignidad eclesiástica hay que ser familiar o amigo del que la concede, pues no importan los méritos sino el servilismo; obispos, abades y párrocos viven sumidos en la concupiscencia, ansiosos por poseer bienes terrenales y por disfrutar de los placeres carnales; las indulgencias no se conceden a los justos arrepentidos sino a los que las compran con dinero; Roma, a pesar de las reformas que impulsara Gregorio VII, no es sino una guarida de corruptelas donde reinan la simonía y el engaño. De nada valen la ciencia y el estudio; son los menesterosos de sabiduría y los hipócritas de corazón quienes obtienen la gloria y el dinero.

Acabado el desayuno, dimos un largo paseo por la ribera del Sena.

—¿Sabes que el abad Suger está escribiendo la historia de Luis VI? —me

preguntó.

—No, lo desconocía.

—Me han dicho que con esa historia trata de ensalzar la monarquía de los Capeto y de justificar la primacía de la dinastía reinante en Francia sobre todos los demás señores territoriales, y para ello justifica la legitimidad de este linaje remontándose hasta los tiempos de Clodoveo, el unificador del pueblo franco, y de Carlos el Grande, el restaurador del Imperio y cuyas reliquias se veneran precisamente en Saint-Denis. Suger pretende instaurar un nuevo y gran Estado que abarque todas las tierras entre los Pirineos y Flandes y el Océano y Alemania, una gran y poderosa Francia, basada en la historia y en la fe. Brillante, ¿no te parece?

Hasta ese día yo apenas había oído a Abelardo disertar sobre cuestiones de política, pues parecía que las cosas cotidianas de este mundo no iban con él, pero demostró que estaba al corriente de lo que ocurría y que no le resultaban ajenos los principales aspectos de la política de su tiempo.

—Sí, un gran proyecto, pero no creo que sea tan fácil convencer a los señores de Normandía, de Borgoña, de Provenza o de los Estados del Mediodía para que acaten sin más el poder del rey de Francia sobre todos ellos. Es verdad que, nominalmente al menos, todos son sus vasallos, pero, en realidad, cada uno por sí solo es más poderoso y fuerte que el rey —alegué.

—Tienes razón, pero la unión matrimonial con Aquitania cambia mucho las cosas. El futuro heredero de Luis el Joven y de Leonor gobernará el reino más rico de toda la cristiandad, y a partir de ahí será más fácil construir ese gran Estado al que aspira Suger. No en vano, fue él quien acordó el matrimonio de los herederos de Francia y de Aquitania.

Atravesamos unos campos en los que varias decenas de campesinos preparaban la tierra para la siembra y recordé una canción que los goliardos solían cantar para burlarse de su trabajo:

Son patanes los rústicos,
de generación impura, torpes y pérfidos,
agrestes como sus campos,
cruelles e inhumanos,
falaces e inmundos,
mendaces y contumaces,
siempre en el vicio pertinaces.
Se cubren con pieles, cual asnos,
pero son como lobos,
ladran cual perros.
¡Oh, infelices!

Viéndolos trabajar, sudorosos y cubiertos de polvo, aquella canción me pareció

injusta. Gracias al esfuerzo de los labradores, comemos pan y bebemos vino; por su labor se sostiene toda la sociedad; son imprescindibles. Como ya escribiera en un poema el obispo Adalberón de Laón, sin los campesinos, los clérigos que rezan y los soldados que luchan no podrían sobrevivir.

Carpe diem, «Aprovecha el día», reza un verso del poeta Horacio. Y son precisamente los campesinos quienes siguen al pie de la letra esta sentencia, pues nunca están ociosos y no cesan de trabajar para que los demás dispongamos de comida. Los goliardos también cumplen esta máxima, pero lo hacen en un sentido bien distinto, pues aseguran que sólo hay un tiempo para el amor y el regocijo, que es preciso aprovechar cuando se presenta.

Tras el largo paseo por la campiña, regresamos a París. Pese a la larga caminata, el Maestro no mostraba el menor signo de cansancio, y en cambio yo, quince años más joven, sólo pensaba en llegar a casa para aliviar mis pies en un balde de agua templada.

CAPÍTULO XXXVI

Aquel año de 1137, ya tan lejano, la Iglesia celebró un concilio en la basílica romana de San Juan de Letrán. En ese sínodo se tomaron decisiones importantes y los altos dignatarios eclesiásticos legislaron ampliamente sobre el matrimonio; obviamente, lo allí acordado ya llegaba tarde para Eloísa y Abelardo.

El Maestro corrigió algunas cuestiones de su tratado sobre la ética y acabó al fin su libro *Scito te ipsum*, es decir, «Conócete a ti mismo», cuya primera redacción escribiera en el monasterio de San Gildas. Es en esa obra donde asegura que los vicios del alma son los que empujan a la voluntad hacia lo que de ningún modo debe hacerse, pero también afirma que ninguna delectación de la carne se ha de considerar como pecado y que no es pecado desear a la mujer del prójimo, sino consentir en ese deseo, pues querer no es lo mismo que realizar.

Abordó así la cuestión del pecado, tan importante para la Iglesia Católica. Según Abelardo, el pecado está en la suma de la intención y la acción; por sí solas, la intención y la acción no constituyen una falta, aseveraba. En mi humilde opinión, la aportación más importante de este libro es la exhortación que contiene para que cada hombre indague en el conocimiento de sí mismo mediante una reflexión profunda y seria de la conciencia del yo.

Así, presenta la ética como una cuestión personal e individual, de modo que el mérito o la culpa dependen de cada persona. Esta aportación a la historia del conocimiento filosófico no tiene precedentes. De un plumazo, con esta propuesta Abelardo ponía fin a los postulados de los moralistas, que identifican la práctica de la moral con el ejercicio de la penitencia, y superaba de una vez el pesimismo existencial de san Agustín. Siguiendo su método lógico y racional a la hora de afrontar cualquier problema, abordaba los conceptos de «pecado» o de «virtud» como nunca antes se había hecho.

Para Abelardo, san Agustín se equivocó en su concepción del pecado original de Adán y Eva. El pecado no significa nada, pues pertenece a la categoría del no-ser, y el vicio es una inclinación al pecado, mas no es pecado. De tal modo, concluyó que el vicio es el impulso que conduce a realizar una mala acción y el pecado el cumplimiento de esa inclinación. La ejecución de la acción depende de la decisión moral del hombre, y es un acto que cada individuo decide libremente.

Desde luego, en la tradición de los moralistas cristianos nunca se había escrito algo semejante y tan original, pues los autores contemporáneos que han tratado sobre este asunto se han limitado a recopilar y reiterar citas de textos de escritores antiguos, sin realizar ninguna aportación novedosa.

También corrigió, pues su afán de perfección le impulsaba a revisar una y otra vez sus escritos, la *Expositio in Epistulam Pauli ad Romanos*, libro en el que comentaba

la carta de san Pablo a los romanos, afirmando que el magisterio de Cristo constituye el eje de la redención del hombre y que la salvación del género humano la realizó Jesús a través de su sangre y de su mensaje. Así pues, dedujo que Cristo no murió por el perdón de nuestros pecados, sino que lo hizo por amor hacia los hombres y para enseñarnos a amarnos mejor.

La publicación de estas dos obras, además de *Sic et non*, de las que realizamos abundantes copias en París, escandalizaron a Bernardo de Claraval y a toda su cohorte de acólitos, que jaleaban cualquier iniciativa del abad pelirrojo, verdadero corifeo de una manera de entender el magisterio de la Iglesia que Abelardo rechazaba por su rigidez y su falta de ambición.

Las obras del Palatino abrían una nueva línea de pensamiento en la que se primaba la crítica y la razón, en tanto Bernardo encarnaba la ortodoxia más rancia y la imposición de la fe, por las buenas o a la fuerza si fuera necesario.

Si Abelardo se atrevió a publicar aquellas obras y a exponerlas en sus clases en París, fue porque se sentía seguro y protegido. A pesar de los viejos enfrentamientos y problemas, su principal apoyo era ahora el del abad Suger, verdadero gestor de la acción política de la casa real francesa, pues Luis VII y su esposa Leonor, recién casados, sólo tenían diecisiete años y carecían de experiencia de gobierno. Luis no destacaba por una fogosa naturaleza, y Leonor era una joven espléndida y vital; se había educado en la corte de Poitiers, en el palacio de los duques de Aquitania, en un ambiente repleto de exquisitos trovadores, en una sociedad como la aquitana, donde primaban las cortes de amor, el gusto por los placeres de la vida y la atracción de una refinada sensualidad. Leonor era una mujer del sur, tierra de sol luminoso y azules cielos resplandecientes, de inviernos templados y veranos calurosos, de poetas que cantan a la dulzura del amor y a las delicias de la vida.

El espíritu de Abelardo, a pesar de su origen bretón, estaba más próximo al de Leonor que al de Luis VII. Ya no podía disfrutar de Eloísa y de su sexo, como hiciera tan reiteradamente antes de su emasculación, pero su concepto de la libertad humana y de la responsabilidad individual lo acercaban al sentido de la existencia que primaba en la corte de Aquitania.

Todo iba bien, y aunque Bernardo de Claraval estaba furioso, nada podía hacer ante la protección que el poderoso abad Suger suponía para un agigantado Abelardo; mas pocas dichas son duraderas, y las cosas iban a empeorar.

La idea de Suger para crear una Francia grande y poderosa se puso en marcha de un modo contundente. Una mañana, al dirigirme hacia mis clases, me crucé con el ejército real. Lo encabezaba el propio rey Luis, todavía un joven de dieciocho años; salía de su palacio al frente de una comitiva de unos doscientos caballeros a los que esperaban en las afueras de París varios centenares más de escuderos, arqueros, ballesteros y peones. El soberano se dirigía hacia Poitiers, la capital de Aquitania, donde los burgueses se habían organizado en una comuna y habían proclamado un nuevo gobierno para la ciudad.

A las pocas semanas, Luis VII regresó victorioso; Poitiers se había rendido a su duque, la revuelta urbana había sido sofocada y los cabecillas fueron castigados, unos con la muerte en el patíbulo y otros mutilados y torturados. Suger estuvo detrás de todo aquello, pues había puesto todo su empeño en construir la Francia que pretendía, y, en sus planes, la autoridad real debía imponerse a cualquier otro poder, y a cualquier precio.

* * *

El Maestro, ajeno a las cosas de este mundo pero ansioso por dar a conocer sus conocimientos, decidió escribir un libro en forma de diálogo entre tres personajes: un filósofo, un cristiano y un judío. Acabábamos de recibir varios códices desde Hispania, que compramos para la biblioteca de la escuela de la catedral y que Abelardo devoró con fruición en apenas tres meses. Se trataba de traducciones al latín de textos escritos en árabe, a su vez traducidos del griego, realizadas en las ciudades de Toledo y Tarazona. Entre ellos había un par de obras de Aristóteles hasta entonces desconocidas, una colección de relatos orientales y dos tratados de filosofía escritos en forma dialogada, que fue la fórmula que aplicó Abelardo para su nueva obra, a la que tituló *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*.

En realidad, el filósofo imaginario que utilizó en esa obra era un sabio musulmán que en sus postulados recogía no sólo el pensamiento islámico sino también el estoicismo de Cicerón. Entre aquellos nuevos libros había un tratado de filosofía de Avicena, uno de los más notables sabios musulmanes, profundo comentarista de la obra de Aristóteles; Abelardo se inspiró precisamente en Avicena para crear el personaje de su filósofo. Gracias a él pudimos conocer el libro *Política* del Estagirita, su obra más importante.

Para escribir el *Diálogo*, el Maestro visitó en varias ocasiones a los judíos de París, que vivían agrupados en un pequeño barrio en el centro de la isla de la Cité, entre el Pont-au-Change y el Petit-Pont; allí siguen todavía, donde disponen para su culto de dos templos, que ellos llaman sinagogas. La judería de París no es extensa, pero es muy notable, pues constituye una especie de enlace entre los judíos del norte y los del sur de Europa.

Acompañé a Abelardo en alguna de sus visitas a la sinagoga mayor, donde Simeón Leví, su rabino principal, que es como los hebreos llaman a sus sacerdotes, predicaba la Torá. Era un hombre pequeño y delgado, completamente calvo, que siempre cubría su cabeza con un bonete de lana blanca, todavía me pregunto cómo se lo sujetaba al cráneo ante la carencia de cabello, pero con una poblada barba absolutamente cana.

Los judíos de París hablan nuestra lengua y muchos de ellos saben latín, aunque en sus oraciones religiosas y en sus ceremonias rituales utilizan su idioma propio, el hebreo, que lamento desconocer. Se comportan con discreción y se dedican al

comercio, a la medicina, ciencia en la que son verdaderos maestros, y a la cábala, una disciplina en la que mezclan las matemáticas con la religión, según me han dicho.

Si no fuera por la forma de vestir de sus mujeres y de sus rabinos, los judíos pasarían inadvertidos entre nosotros, pues incluso han adoptado muchas de nuestras costumbres, aunque mantienen algunas de las suyas, sobre todo en la celebración de las festividades religiosas, en las formas de comportamiento en la intimidad de la vida familiar y en la preparación de los alimentos para las comidas, en cuya elaboración siguen un ritual muy preciso que nunca desatienden, de manera que disponen de su propia carnicería, pues tienen prohibido comer la carne de algunos animales, y los que pueden ser consumidos deben ser sacrificados según un complejo ritual, lo que a veces es motivo de ciertos abusos y engaños por parte de los mercaderes cristianos.

El rabino Simeón agradeció mucho las visitas de Abelardo; ambos eran grandes maestros, uno en la escuela de la catedral y otro en la de la sinagoga, de manera que se entendieron enseguida, porque, mediante el diálogo, los hombres sensatos saben superar barreras que resultan insalvables para los estúpidos y los lerdos; incluso llegaron a compartir una clase, pues en el curso de una de aquellas visitas, el rabino estaba impartiendo una lección sobre la Biblia a un grupo de escolares e invitó a Abelardo a que les explicara esa misma lección según su punto de vista como cristiano, lo cual hizo con agrado.

Cuando el libro del *Diálogo* se publicó y mis alumnos lo leyeron, uno de ellos llegó a decirme que los cristianos sentamos a nuestros hijos en los bancos de las escuelas no por amor a Dios, sino por ánimo lucrativo, porque lo que nos mueve es el afán de riqueza. En cambio, admitió estar convencido de que los judíos llevan a sus hijos a las escuelas de las sinagogas impulsados por la piedad religiosa y el amor a la ley del Señor, y no para alcanzar ventajas materiales; y es por eso por lo que también lo hacen con sus hijas, lo que está prohibido a los cristianos, cuyas mujeres no pueden estudiar en las escuelas catedralicias.

Es verdad que los cristianos rechazamos a los judíos porque los consideramos responsables directos y principales de la pasión y muerte de Cristo, cuestión harto difícil de sostener porque, como me explicó el Maestro, los judíos no podían ser deicistas porque no sabían que Cristo era el mismo Dios hecho hombre. En verdad, no los conocemos bien, los ignoramos cuando menos y los hemos perseguido en ciertas ocasiones. Y es verdad, también, que ellos buscan y propician la exclusión, en tanto se consideran el único pueblo elegido de Dios, aunque ahora vivan castigados a vagar en un tercer exilio, como lo hicieron en los dos anteriores en los cautiverios en Egipto y en Babilonia, y por ello consideran que el verdadero y único Dios es sólo el suyo. Para Abelardo, esas disputas constituían cuestiones menores; según él, los hombres eran más valiosos que los símbolos y que las ideas.

Cuando Bernardo de Claraval se enteró de la publicación de este nuevo libro, su inquina contra Abelardo aumentó de manera notable. Desconozco si llegó a leerlo o

si alguno de sus colaboradores le explicó el contenido, pero sólo el título y el mensaje que encerraba debió de producirle un sarpullido considerable.

CAPÍTULO XXXVII

El sistema del diálogo se convirtió en un método muy eficaz en la impartición de nuestras clases. Los profesores seguíamos siendo la referencia, por supuesto, y dictábamos las lecciones desde el sitial de la cátedra, pero Abelardo nos enseñó un método para que los escolares participaran activamente en las clases y que expusieran su opinión sobre las tesis enunciadas y defendidas por el profesor. Instauró un sistema por el cual él impartía por la mañana una lección magistral, en la que explicaba una tesis o a un autor, y por la tarde reunía a sus alumnos para comentar lo explicado por la mañana, de manera que pudieran intervenir en un debate o discusión con plena libertad. Así pudimos darnos cuenta enseguida de la brillantez de alumnos como Juan de Salisbury, aquel colegial inglés que el día en que asistió a su primera clase como alumno del Maestro me aseguró que quería ser como Abelardo; o como Rodolfo Diceto, que ha obtenido una canonjía en la catedral de San Pablo de Londres, donde participa con gran éxito en los debates de gramática y retórica que allí y en San Martín el Grande se celebran.

Recuerdo que también fue alumno nuestro durante dos años el inglés Tomás Becket, aunque tuvo que regresar a Londres sin completar el trivium, y muy a su pesar, porque su familia no pudo seguir costeándole los estudios. Tiempo después, Becket fue nombrado canciller de Inglaterra y arzobispo de Canterbury por Enrique II. Hace muy poco no ha querido secundar los planes ilegítimos de su monarca; este mismo año ha tenido que marchar al exilio porque su vida peligraba y se ha refugiado en Francia, bajo la protección de nuestro buen rey Luis.

Hace unas semanas me visitó en mi casa acompañado de Juan de Salisbury, que es su secretario y lo ha seguido en el exilio. Estuvimos conversando los tres durante toda la tarde, recordando los viejos tiempos en que eran estudiantes en París.

Me alegra mucho, en mi ancianidad, encontrarme con antiguos alumnos, pues siempre es confortable y reparador recordar épocas de juventud en las que nuestros ideales primaban sobre nuestros intereses mundanos. Mi satisfacción por volver a abrazar a mis dos célebres alumnos ingleses, convertidos en personajes tan destacados, ha constituido un verdadero placer, porque he comprobado que el espíritu de amor a la verdad y a la libertad que nos inculcó Abelardo sigue prendido en sus corazones.

La escuela de Santa Genoveva, con Abelardo al frente, era de nuevo la más prestigiosa del mundo. Yo seguía adelante con la redacción de esos dichosos estatutos para constituir el que iba a ser primer Estudio General de la cristiandad, aunque debo reconocer que en aquellos meses avancé muy poco, pues las opiniones que demandaba de colegas, de consejeros del rey y del propio obispo eran dispares y contradictorias. Algunos incluso se enojaron conmigo cuando les comenté que en la

ciudad de Bagdad, que está en el oriente, en Mesopotamia, y de la que se cuenta que es la mayor y más poblada del mundo, existe un Estudio General donde se enseñan todas las artes y las ciencias; la llaman «la Casa de la Sabiduría». Planteé que podríamos tomarla como modelo para el Estudio General de París, pero unos canónigos muy influyentes me respondieron que de los mahometanos nada debíamos aprender los cristianos, pues su profeta Mahoma era la misma encarnación del demonio y, por tanto, todo cuanto viniera de ellos constituía algo diabólico.

La polémica lo perseguía, o él era la polémica misma, no podría asegurar una cosa o la otra, pero el Palatino se sumergió de lleno en un nuevo combate dialéctico. No tenía bastante con que todo el mundo, hasta sus más furibundos enemigos, lo reconocieran como el principal maestro en lógica, necesitaba vivir instalado en el debate. Y si no lo tenía cerca, iba a buscarlo, como ocurrió con la secta de los «cornificienses», que debatían cuestiones tan ridículas como las siguientes: «¿De quién es un cerdo conducido al mercado para ser vendido, del hombre que lo lleva o del cordel que lo sujeta?»; «¿cuándo se compra una capa, se compra también la capucha?». La verdad es que no entiendo cómo el Maestro perdió su tiempo en debatir majaderías como éstas con aquella pandilla de alelados.

El prestigio de Abelardo volvió a ser tan grande como en su primera época en París. Rodeado de sus fieles, de numerosos alumnos y de jóvenes profesores que lo reconocíamos como el gran maestro, reivindicó su propio pasado: en una conferencia arremetió contra la resolución que años atrás había condenado su obra en el concilio de Soissons; la tildó de injusta y mendaz, y se ratificó en su idea de que la razón y la lógica eran superiores al dogma y a la fe.

Había recuperado el vigor y la energía de la juventud, y se mostró seguro, firme y contundente; tanto, que algunos consideraron que, con aquella muestra de altanería, estaba desafiando a la Iglesia. Aquella demostración de soberbia fue definitiva para que sus enemigos reaccionaran contra él con toda su fuerza. En esta ocasión, el encargado de desencadenar el primer ataque fue Guillermo, abad del monasterio de Saint-Thierry y hombre muy cercano a Bernardo de Claraval, el principal instigador, otra vez, de la nueva conjura que se preparaba. Guillermo había sido, en otro tiempo, un entusiasta admirador de Abelardo, pero sus deseos de medrar para ocupar un alto cargo en la Iglesia y de agrandar al poderoso abad de Claraval le hicieron mudar de opinión y se convirtió en un furibundo detractor del Maestro.

Durante varios meses, Guillermo de Saint-Thierry, por encargo directo de Bernardo, revisó las obras de Abelardo *Sic et non* y *Conócete a ti mismo*, anotó los errores doctrinales que creyó encontrar en ellas y los agrupó en diecisiete proposiciones, a las que calificó como heréticas.

El abad de Saint-Thierry se presentó en París con un memorando en el cual había escrito esas diecisiete proposiciones. Se entrevistó con Abelardo y le pidió que se retractara, que aceptara sus errores y los corrigiera, cosa que el Maestro no hizo. Entonces, Guillermo vino a mí, pues todos sabían que yo era el discípulo más dilecto

de Abelardo, e intentó, utilizando toda suerte de artimañas dialécticas y no pocas promesas para ganar así mi voluntad, convencerme para que lo disuadiera de sus ideas y que lo instara a adoptar posturas más ortodoxas que lo alinearan con los dogmas de la Iglesia.

No supe qué hacer. Si me presentaba ante el Maestro y, aprovechando mi amistad, le recomendaba que olvidara sus ideas y acatara lo que pretendían Bernardo de Claraval y los suyos, lo estaría traicionando y también me traicionaría a mí mismo, pero si no lo prevenía, toda la fuerza de la Iglesia caería sobre él y sería perseguido y condenado, tal vez como hereje contumaz y relapso. Me encontraba sumido en esa dicotomía cuando una tarde, al regreso de mis clases, Abelardo me abordó cerca del Petit-Pont.

—Me he enterado de que ese dichoso abad, al que han comisionado mis enemigos para que me rinda, ha estado hablando contigo; imagino que ha tratado de convencerte para que medies ante mí y me reconduzcas por la senda correcta, que obviamente es la que él traza. ¿Me equivoco? —me preguntó.

Dudé antes de contestar, pero no podía mentirle.

—No, Maestro, no os equivocáis; así ha sido.

—Y claro, no sabes qué hacer.

Creo que me ruboricé un poco y de nuevo titubeé.

—En una ocasión me dijisteis que os sentíais como aquel gobernante de la Antigüedad que, tras alcanzar el trono y creerse con el poder absoluto en sus manos, se dio cuenta de que una amenazadora espada pendía sobre su cabeza y que debía pensar muy bien cada una de sus decisiones antes de emitirlas, so pena de que la espada cayera sobre él si tomaba la decisión equivocada.

—«La espada de Damocles», sí, recuerdo que hablamos de ello.

—Pues así me siento, Maestro, como si una espada pendiera sobre mi cabeza. Mi corazón me indica que os diga una cosa y mi cabeza se inclina por la contraria.

—Dudas.

—Vos me habéis enseñado a dudar. Y ahora tengo miedo.

—Recuerda: *sic et non*; ahí debes buscar la respuesta a tu dilema y la victoria sobre tus temores.

Si Eloísa hubiera estado en mi lugar, hubiera aconsejado lo mejor para su esposo. Traté de ponerme en su sitio, pero para un humilde profesor de filosofía es muy difícil meterse en la cabeza de una abadesa enamorada de un hombre extraordinario al que han castrado por amarla y al que sigue amando pese a tan crueles vicisitudes.

—Creo que no deberíais retractaros —hablé al fin—. Yo soy un cobarde y soy capaz de vivir rumiando mi cobardía, pero vos no podéis arredraros porque vuestros hombros son los que sustentan la dignidad del mundo, y lo sabéis y no renunciaréis a que esa dignidad se disipe como la bruma primaveral al calor de los primeros rayos de sol.

—¿Crees que el sacrificio de un solo hombre puede cambiar el mundo? —me

preguntó.

—Hubo una época en que así fue —le contesté.

—Ese hombre también era Dios, y yo no lo soy.

—Pero Jesús murió como hombre y con su muerte nos redimió a todos. Estoy satisfecho por haber aprendido vuestras enseñanzas, sólo lamento no poseer ni vuestro valor ni vuestra determinación. Lo siento, lo siento... —balbucí estremecido por el dolor y avergonzado por mi cobardía; en cierto modo me sentía como san Pedro cuando negó a Cristo por tres veces para salvarse.

Puso su mano en mi hombro y me abrazó; después dibujó una sutil sonrisa y se marchó, caminando junto al pretil de piedra del puente, en dirección hacia el Barrio Latino.

Volví a hablar con Guillermo de Saint-Thierry, quien me preguntó si le había transmitido a Abelardo sus demandas. Le confesé que sí, aunque mentí en lo que le había aconsejado.

—Hará lo que le dicte su conciencia; es un hombre libre —me limité a comentar.

A los pocos días, el abad se entrevistó por segunda vez con Abelardo, al que creía ya sometido y doblegado tras las amenazas con que lo increpó en la primera cita. Iba acompañado de un secretario que tomó nota de la conversación.

—¿Habéis decidido ya sobre mis propuestas? —le preguntó.

—Sí. Me reprocháis el que utilice la dialéctica excluyendo cualquier otra vía para comprender los asuntos de Dios; pues bien, mantengo que para creer es necesario entender.

—Eso que afirmáis es herético —asentó el abad—; y es un insulto para todos aquellos hombres y mujeres de religión que buscan en la mística el camino hacia Dios.

—No niego el valor de la mística, mi señor abad, pero afirmo que lo que yo creo es fruto de la razón, y, como tal, esa creencia jamás puede ser herética. Si la razón constituyera en sí misma una fuente de herejía, Dios sería herético, y eso, señor abad, es imposible.

—Cuanto decís es blasfemo y escandaliza a los buenos cristianos.

—Yo no lo entiendo así, mi señor abad.

—¿Insistís en no retractaros de vuestros errores?

—Insisto en no retractarme del uso de la razón y del valor de la inteligencia.

—En ese caso, ateneos a las consecuencias.

El abad de Saint-Thierry redactó un sesgado informe de aquellas dos entrevistas y ordenó que se hicieran varias copias que envió a algunos obispos de Francia y al propio Bernardo de Claraval, quien, al comprobar la contumacia de Abelardo y su determinación en mantener su postura, supo que estaba a punto de doblegar a su gran adversario.

En cuanto recibió el informe de Guillermo de Saint-Thierry, Bernardo de Claraval redactó su propio memorando, que remitió al papa en Roma, incluyendo una

recriminación acusatoria de herejía y una petición de condena. El tono del escrito de Bernardo era, como el de sus sermones, terrible, encendido y procaz.

No contento con ello, Bernardo escribió varias cartas en las que arremetía sin argumento alguno contra las ideas de Abelardo, las cuales, yo leí varias de ellas, rezumaban un odio visceral. Lo acusaba de enemigo de la fe y de la cruz, de parecer un monje por fuera pero ser un hereje por dentro, de carecer de regla alguna, de abad indisciplinado y desobediente y de contumaz en el error.

Una de aquellas tremebundas cartas fue dirigida al papa Inocencio II, de la que realizó copias para varios obispos. En ella, Bernardo equiparaba al Palatino con un dragón que devora a sus presas en las tinieblas, una culebra tortuosa que sale de su caverna para devorar a los hombres y una hidra cuya cabeza, a pesar de ser cortada como ocurrió en el concilio de Soissons, se reproducía una y otra vez. La solución no consistía en cercenar una parte del mal, sino en liquidar todo el mal a un tiempo, igual que Hércules acabó con la hidra de las siete cabezas del lago de Lerna tajándolas todas de un único golpe.

Bernardo se presentó en París con el memorando acusador en mano y visitó a Abelardo. Le pidió que se retractara y que corrigiera los errores doctrinales insertos en sus libros, pues, según el abad, contenían afirmaciones claramente heréticas. El Maestro se limitó a responderle que había buscado en la lógica y en ella había encontrado las respuestas. Y entonces, el cisterciense le tendió una trampa: le dijo que en la fe se creía y que no había por ello lugar a disputa alguna. Abelardo le respondió que estaba dispuesto a debatir con él en una asamblea al respecto de esas tesis. El abad de Claraval no aceptó; a cambio le planteó que, si se lo proponía, él no acudiría al debate, pero que enviaría a otro en su lugar. Cuando me contó lo ocurrido, Abelardo estaba seguro de que el abad Bernardo tenía miedo a enfrentarse con él en una disputa teológica, pero yo le aconsejé que no provocara ese debate público, pues me olía que todo aquello encerraba una celada. No me hizo caso.

Bernardo se quedó algunos días más en París y pronunció un par de sermones en los que exhortó a los jóvenes a abandonar la vida regalada de la ciudad para marchar con él a las soledades donde se erigían los monasterios de su orden, que se estaban fundando en las zonas más solitarias de la cristiandad. Un puñado de iluminados lo acompañó cuando regresó a su cenobio.

* * *

Acababa de cumplir sesenta años pero mantenía la energía suficiente para enfrentarse de nuevo a un gran debate. Seguro de sus fuerzas, Abelardo exigió que sus ideas fueran confrontadas en una gran discusión pública con las de Bernardo de Claraval.

El anuncio que hizo de que quería debatir públicamente con el abad cisterciense convulsionó a toda Francia. Nadie se había atrevido a retar al poderoso Bernardo en un envite semejante. El abad de Claraval era un hombre colérico y terrible, su verso

era encendido y no admitía réplica alguna. Se sentía tocado por la mano de Dios y elegido para imponer el mensaje divino por encima de cualquier otra cosa. Su aparente endeblez física y su extrema delgadez no impedían una especie de metamorfosis que se producía cuando subía a un púlpito a predicar la palabra de Dios, convirtiéndose entonces en un verdadero titán.

Reyes, nobles, obispos y abades lo temían, y nunca osaban contradecir sus opiniones. Todos lo buscaban a la hora de pedir consejo, e incluso el papa Inocencio II seguía sus indicaciones y acataba todas sus instrucciones.

Bernardo se apoyaba en la cada vez más poderosa Orden del Cister, dueña de numerosos monasterios, abadías y granjas, que día a día se fundaban por toda Francia y ya comenzaban a extenderse a otros países de la cristiandad, y en la Orden de los caballeros del Temple, que gracias a él se había convertido en la más importante de Tierra Santa y cuyos tentáculos se ramificaban por todos los reinos cristianos de occidente.

Frente a la influencia y al poder de los que podía alardear el abad, Abelardo se encontraba solo; bueno, contaba con algunos seguidores, casi todos sus alumnos, claro, y unos cuantos profesores y filósofos audaces y polemistas, antiguos notables discípulos suyos, como Arnaldo de Brescia, que no eran esquivos a la búsqueda de la verdad aunque supusiera encender un foco de controversia en el seno de la Iglesia. Y pese a semejante desigualdad de fuerzas y de aliados, el Maestro estaba dispuesto a luchar con su palabra como única arma contra tanto poderío de su enconado enemigo. Arnaldo acababa de ser nombrado profesor de teología en mi escuela y fue uno de los pocos que animó al Maestro a acudir a ese debate.

Abelardo, en cuyo corazón pesaba más el orgullo que la sensatez, escribió una carta al arzobispo de Sens, metropolitano de la diócesis de París, solicitando que organizase una asamblea para que pudiera exponer ante obispos y abades del reino sus ideas y así disponer de una oportunidad para defenderse de los ataques que estaba sufriendo.

Corrían los días de la Pascua de Pentecostés cuando el arzobispo leyó esa carta, que rápidamente puso en conocimiento de Bernardo de Claraval. En su escrito, Abelardo sostenía que con la celebración de ese sínodo o concilio sólo pretendía demostrar la pureza de su fe y cómo se situaba al margen de toda herejía, y pedía que estuviera presente Bernardo de Claraval, ya que era el principal acusador.

El Maestro había caído en una emboscada, que se fue cerrando sobre él como la araña logra envolver a su presa con su tela.

El arzobispo Enrique aceptó organizar un concilio en la catedral de Sens e invitó formalmente a Bernardo, quien con su habilidad y su pericia política respondió que rehusaba asistir, para lo cual alegó que carecía de experiencia en debates públicos y que no consideraba digno de un servidor de Dios convertir los asuntos divinos en un espectáculo escolar, ya que la razón humana no estaba capacitada para debatir acerca de los designios del Altísimo.

No obstante, el abad de Claraval escribió a todos los obispos implicados una carta en la que los animaba a acudir al concilio y los prevenía para que estuvieran preparados para escuchar a un enemigo astuto y pérfido, cuya lengua era tan artera como su comportamiento y sus actos. A la vez, se dirigió a todos sus partidarios para que también asistieran al concilio, y así preparó un ambiente hostil a Abelardo.

La trampa estaba dispuesta. Todos los potenciales participantes en el concilio de Sens recibieron la invitación del arzobispo Enrique a principios del mes de mayo; en la carta se los convocaba a asistir a una sesión en la catedral de Sens, donde debían presentarse el primer domingo de junio.

Abelardo me mostró la carta de citación; lo encontré muy excitado. Le recomendé que anduviera con cuidado y que considerara la posibilidad de que esa asamblea fuera en realidad un gran engaño o, peor, una encerrona. Como ocurriera unas semanas antes, no me hizo el menor caso. Estaba tan seguro de sus razonamientos y de su capacidad dialéctica que no dudaba de su victoria. Intenté persuadirlo, alegando que, aunque la razón estuviera de su parte y sus argumentos fueran incontestables, el poder y la ventaja quedaban del lado de Bernardo y que el poder del abad cisterciense era ciego y sordo, y, además, jugaba con una ventaja difícilmente superable.

Siguió sin atender mis consejos, que se habían convertido en súplicas, y se dispuso a preparar su viaje a Sens, a tres días de camino al sureste de París. Propuse acompañarlo y le comenté que hablaría con alumnos y profesores para organizar una comitiva que lo escoltara y lo arropara, pero se negó con rotundidad.

—Esto debo hacerlo yo solo —sentenció tajante, y no admitió réplica alguna.

Nunca he tenido dotes proféticas y si alguna vez he intentado vaticinar algo casi siempre me he equivocado, pero en aquella ocasión, para disgusto mío y desgracia de Abelardo, no erré en mis predicciones.

Bernardo de Claraval había convertido el concilio de Sens en una batalla trascendental en su enfrentamiento con el Palatino. Era el hombre más influyente de la Iglesia, más incluso que el propio papa, y ocupaba la cúspide del poder eclesiástico. No podía perder el debate en aquel concilio, de modo que puso en marcha todo su poder para que Abelardo resultara hundido y humillado en la formidable disputa dialéctica que se avecinaba. Se ha dicho muchas veces que no hay espacio en el cielo para dos soles, y Bernardo, que se consideraba el único sol que iluminaba la Iglesia, no podía admitir que un astro más brillante y de luz más limpia y clara lo eclipsara.

Han pasado casi veinticinco años de aquella jornada, pero la recuerdo con toda nitidez. Era un martes de fines de mayo. Caía una fina lluvia que apenas mojaba la ropa pero que humedecía el suelo y refrescaba el aire cálido del último mes de primavera. Algo más de dos centenares de alumnos y profesores de la escuela de Santa Genoveva acudimos a esperar al Maestro a la puerta de su residencia en el Barrio Latino, donde se hospedaba desde que regresara a sus clases en París, pues no aceptó mi ofrecimiento para quedarse en mi casa. En nombre de todos ellos, le di los

buenos días y le anuncié que, ya que no nos permitía acompañarlo a Sens, sus discípulos queríamos caminar a su lado al menos hasta los límites de la comuna de París.

Aceptó, y fuimos tras él hasta Créteil, a cinco millas de camino; allí nos detuvo y nos conminó a regresar. Nadie se movió. Él insistió, pero ninguno de nosotros dio un paso atrás.

—Queridos amigos, apreciados alumnos —gritó para que todos lo oyeran—: esto debo hacerlo yo solo. Entendedme, es mi derecho. Os lo exijo, os lo ordeno. Quedaos aquí.

Se giró hacia mí, me dio un abrazo, con el que abrazaba a todos, y continuó andando. Todos lo seguimos. Volvió a detenerse y nos habló de nuevo.

—De acuerdo. Elegiré a doce de vosotros para que me acompañéis a Sens. A Cristo le bastó este número de apóstoles para vencer al mal.

Entre los doce estaba yo, lo que me llenó de satisfacción y orgullo, y también el combativo Arnaldo de Brescia, su más ferviente seguidor. Cuando volvió a ponerse en marcha, muchos más hicieron ademán de seguirlo pero yo extendí mis brazos y los detuve; sólo partimos con él los doce elegidos. Los demás se quedaron en silencio, parados en medio del camino un buen rato, hasta que las figuras del Maestro y de sus doce discípulos nos perdimos en la lejanía tras la cima de una cuesta del sendero que ascendía una suave loma.

Los que continuamos hasta Sens también lo hicimos en silencio. Poco antes de llegar a las primeras casas del burgo del norte de la ciudad arzobispal, unos alumnos comenzaron a cantar una canción que había compuesto Abelardo. Ya no recuerdo la letra, pero sí que hablaba de una utópica tierra feliz donde un día serían posibles la verdad y el amor sincero.

CAPÍTULO XXXVIII

No sé cómo había imaginado Abelardo el desarrollo de aquel concilio, pero no creo que sospechara la trampa que le habían preparado sus enemigos. La ciudad de Sens estaba llena de gente, como si se fuera a celebrar la más concurrida de las ferias. No quedaba una sola cama libre en ninguna posada ni hospital y se habían tenido que abrir las iglesias de las parroquias y de los monasterios y conventos para que los visitantes consiguieran dormir bajo techo. Nosotros pudimos pernoctar en un priorato del monasterio de Cluny, cuyos monjes nos acogieron con gusto, pues a los cluniacenses les agradaba mucho la idea de que el abad más famoso de la orden cisterciense, su gran rival, pudiera ser derrotado en ese sínodo.

Habían acudido todos los arzobispos, obispos y grandes abades del reino de Francia, numerosos maestros de teología de diversas escuelas e incluso los mismísimos reyes Luis el Joven y su esposa la reina Leonor, que llegaron a Sens rodeados de decenas de cortesanos, nobles, pajes y escuderos. Incluso se habían personado con sus insignias y estandartes los miembros de la gran cofradía de Nuestra Señora de París, a la que pertenecían los principales magnates de la ciudad y el mismo rey de Francia.

Sólo faltaba el papa, aunque había enviado a Godofredo de Chartres, su más fiel legado, para que lo representara. Desde los tiempos de Carlos el Grande, no se habían vuelto a ver juntos tantos excelsos personajes y tantas altas dignidades.

La primera sesión del concilio tuvo lugar en la catedral, por la mañana. Abelardo entró por la puerta principal del templo, iluminado por decenas de cirios, seguido por los doce discípulos que había seleccionado. Caminábamos erguidos y ufanos como los apóstoles o, más aún, como los caballeros de la Mesa Redonda del rey Arturo. El Maestro, arrogante y fatuo para unos y elegante y majestuoso para otros, se sentó en el sitio que le indicaron en el centro de la nave, bajo el crucero, y sus alumnos lo hicimos en unas sillitas a la derecha del presbiterio, justo tras él. Presidían la sesión el legado del papa y el arzobispo Enrique de Sens, sentados en el centro del altar en sendos tronos de madera sobredorada. Los jóvenes reyes de Francia ocupaban otros dos tronos a la izquierda, bajo un dosel de tela adamascada con los emblemas de Francia bordados en azul y plata. Luis VII mostraba un rostro serio y rígido, casi monacal, mientras la hermosa Leonor, aunque creo que se aburría, lucía una sonrisa radiante, como si se hubiera traído en sus ojos toda la luz de Aquitania.

Un dulzón olor a incienso inundó las naves del templo a la vez que el arzobispo comenzó a rezar una oración que repitieron todos los asistentes, mientras unos engolados presbíteros mostraban las sagradas reliquias de la catedral entre plegarias, letanías monocordes y músicas de armonio y flautas. Acabado el rezo, el legado pontificio alzó su mano derecha y declaró abierto el concilio.

—Estamos reunidos en la casa de Dios para dirimir los errores doctrinales que se atribuyen al maestro en filosofía Pedro Abelardo Palatino, natural de la aldea de Le Pallet, en el ducado de Bretaña. Ha sido acusado de herejía por algunas de las afirmaciones que ha enunciado en sus clases en la escuela de Santa Genoveva de París y por el contenido de sus obras. Para ejercer la acusación, la Santa Iglesia Romana ha delegado en nuestro dilecto hermano Bernardo, abad del monasterio de Claraval.

Un murmullo recorrió toda la catedral. El propio Bernardo había declarado que no se personaría en el concilio para debatir con Abelardo; algunos habían supuesto que tenía miedo a enfrentarse con el gran maestro de la dialéctica, pero al fin decidió presentarse como acusador, provocando un tremendo golpe de efecto y desbaratando la táctica que había preparado su adversario. El cisterciense entró en el templo caminando muy despacio, con dos libros en sus manos. Su cara mostraba el mismo aspecto agrio de siempre; el dolor crónico de estómago, que le sobrevinía de manera periódica a causa de su deficiente y escasa alimentación, había vuelto a manifestarse y se reflejaba en la amarga expresión de su rostro.

Se acercó parsimonioso hasta el altar, se inclinó respetuoso ante el sagrario y se dirigió a una silla ubicada justo enfrente de la que ocupaba Abelardo.

Ambos contendientes se miraron desafiantes a los ojos; los del Maestro parecían serenos, pero los de Bernardo mostraban una enorme excitación. Sin duda, recordaba aquellos días en que ambos compartieron en Laón las clases de teología de Anselmo, y la prueba que superó con tanto éxito Abelardo cuando Bernardo le propuso que explicara aquella complicada visión profética contenida en el libro de Ezequiel del Antiguo Testamento.

—Con la venia de vuestras eminencias —tronó Bernardo a la vez que se incorporaba y avanzaba amenazador hacia Abelardo señalándole con su dedo índice—:

»Yo acuso a este hombre, llamado Pedro Abelardo, de haber emitido al menos diecisiete proposiciones heréticas en estas dos obras suyas —el abad mostró dos de los libros de Abelardo, *Sic et non* y *Conócete a ti mismo*—. En ellas, y en sus clases ahora en París y antes en el monasterio del Paráclito, reincide en planteamientos heréticos en los que ya cayeron herejes contumaces como Arrio, que negó la Trinidad al afirmar que Cristo sólo era un hombre creado por Dios; como Sabelio, que negó la existencia de tres personas distintas en la Trinidad al señalar que no había distinción entre las tres; como Nestorio, que afirmó que en Cristo había dos naturalezas separadas, una humana y otra divina; o como Pelagio, que no aceptó la existencia del pecado original y negó la gracia divina otorgada por Cristo con el bautismo para liberar al género humano de esa mancha.

»Yo acuso a Pedro Abelardo de propagar estos postulados heréticos entre sus incautos alumnos, lo acuso de contaminar y confundir con ellos a sus inocentes discípulos y de reincidir en sus errores pese a las recriminaciones y advertencias de la

Iglesia.

»Yo acuso a este hombre de enseñar que el pecado no reside en el hecho material, sino en la voluntad, en la intención y en el asentimiento.

»Por todo ello, solicito de este sagrado concilio que se proceda a la lectura de las diecisiete proposiciones que he resumido en este informe para que se demuestre su herejía y su contumacia.

Entre el tumulto de los asistentes, Bernardo entregó a un secretario un rollo de pergamino que contenía las diecisiete proposiciones que Guillermo de Saint-Thierry, por encargo de Bernardo, había extraído de esas dos obras de Abelardo, y que habían sido consideradas como heréticas.

El secretario comenzó a leer:

—Pedro Abelardo, monje de la abadía de Saint-Denis, ha prometido a sus discípulos explicarles los misterios más sagrados y profundos de la fe. Afirma que el Espíritu Santo no es de la misma sustancia que el Padre y el Hijo; dice que el poder pertenece al Padre y la sabiduría al Hijo; se empeña en cristianizar a Platón y lo que hace es convertirse él en un pagano; niega que Dios se hiciera hombre para liberarnos; asegura que ni la obra hecha, ni la voluntad, ni la concupiscencia, ni la deleitación excitada por la lascivia constituyen pecado...

—¡Alto! —el Maestro alzó la mano, interrumpió la lectura de las acusaciones al poco tiempo de haberla iniciado el secretario y se puso en pie.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el arzobispo.

—Yo no he venido aquí a someterme a un juicio sobre mí o sobre mi obra, sino a participar en un concilio en el que se iban a debatir mis ideas y en el que yo tendría la oportunidad de defenderlas. Además, no reconozco como mías las frases que se me atribuyen en esas presuntas *Disertaciones* que se estaban leyendo. Niego ser el autor de esos escritos.

—Habéis sido acusado de un delito muy grave; deberéis escuchar a la acusación —intervino el arzobispo.

—Yo mismo fui quien solicité la celebración de este concilio; por tanto, no se trata de celebrar un juicio sino de participar en un debate.

—Deberéis ateneos al procedimiento que este tribunal ha establecido.

—Este tribunal, como vos lo llamáis, no es un tribunal canónico, y yo no puedo reconocerlo. No admito a otro juez que al papa, al que me encomiendo. Protesto por este engaño y, con la venia de sus eminencias, me retiro de esta farsa.

Abelardo se levantó orgulloso, inclinó la cabeza ante el altar, luego hizo una reverencia a los jóvenes reyes de Francia, que asistían entre aburridos y resignados al concilio, y salió de la catedral en medio de un imponente silencio. Lo seguimos sus doce alumnos, que nos marchamos tras él con la misma altivez con la que habíamos entrado. Su figura era formidable y su caminar elegante y firme, y nosotros éramos sus discípulos. Nadie nos detuvo.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó con voz muy baja el legado del papa al

arzobispo.

—El secretario continuará con la lectura de las acusaciones —ordenó el arzobispo ante la mirada inquisidora de Bernardo y la sonrisa irreverente de la reina Leonor, que al fin parecía divertirse con aquella farsa.

Acabada la lectura de las diecisiete proposiciones, se pasó a debatir sobre ellas. Las dignidades eclesiásticas allí reunidas decidieron que catorce de las diecisiete contenían graves errores doctrinales y que, en consecuencia, se planteaba condenarlas como heréticas por ser contrarias al dogma católico de la Trinidad.

Pasado el mediodía, los estómagos de los prelados rugieron de hambre y se suspendió la sesión para comer. Hacía ya un buen rato que los reyes de Francia habían abandonado su sitio en el templo.

Mediada la tarde, regresaron a la catedral. Nadie avisó a Abelardo de lo que había sucedido y se dio orden a los guardias de que no lo dejaran entrar si aparecía por allí.

Bernardo expuso ante los padres del concilio los errores cometidos por Abelardo, tal cual estaban contenidos en las proposiciones leídas en la sesión de la mañana.

—La fe ha de ser admitida sin necesidad de explicación alguna. Ante la fe y el dogma, la razón carece de autoridad. Por eso, propongo que las doctrinas de Pedro Abelardo sean condenadas en este concilio, que se le imponga la pena de silencio perpetuo y que se le prohíba enseñar y escribir. También solicito de este concilio que se comunique el fallo al santo padre en Roma para su confirmación apostólica.

Obviamente, Bernardo de Claraval ya tenía todo preparado para que el papa certificara lo que, a su propuesta, aprobara el concilio, dada la autoridad y la influencia que el cisterciense ejercía en la Santa Sede.

Al día siguiente, el primer lunes de junio, Abelardo fue citado para una nueva sesión en la catedral. Creyendo que podría alegar en su defensa, acudió puntual, aunque aquella mañana se sintió enfermo y algo mareado, según me confesó poco después del desayuno.

Acudimos al concilio y, pese a las promesas, no se le concedió la menor posibilidad de defensa. Bernardo pronunció un feroz y demoledor alegato contra Abelardo en un encendido sermón, lleno de ira y odio, tras el cual conminó al Maestro a retractarse y a arrepentirse, sin entrar en debates ni en discusiones.

Abelardo quiso refutar las aseveraciones del cisterciense, pero no se lo permitieron. Se sentía débil y confuso, y se limitó a alegar que apelaría al papa y que no reconocía la autoridad de aquel sínodo. Entre los nuestros, Arnaldo de Brescia perdió los nervios y maldijo a Bernardo, que lo miró con gesto condenatorio. El abad cisterciense no olvidaría aquella afrenta.

La alegría de los detractores del Maestro fue enorme. Bernardo incluso dibujó en sus afilados labios una sutil sonrisa, y sus partidarios consideraron que Dios había obrado un nuevo milagro, pues había hecho callar a quien con tanta habilidad y durante tantos años había empleado la palabra en defensa de la razón y a favor de la agitación de los espíritus y la convulsión de las conciencias.

El legado del papa, tras la negativa de Abelardo a retractarse, declaró que sus ideas sobre la Trinidad, la fe, la gracia y el pecado eran opuestas a la doctrina de la Iglesia, contrarias a la verdad católica y claramente heréticas. Una salva de vítores y aplausos cerró las palabras del nuncio de Roma.

Todavía hoy, un cuarto de siglo después, me pregunto por qué calló Abelardo en aquel concilio. No creo que se sintiera temeroso al verse allí rodeado de enemigos, pues así lo quiso y así lo procuró. Tampoco creo que lo intimidara la aparición sorpresiva de Bernardo, pues la capacidad dialéctica del Maestro era muy superior a la del cisterciense, y de ello eran conscientes los dos. Tal vez tuvo miedo a que, ante sus argumentos, la gente del pueblo que asistió al concilio se rebelara contra la Iglesia y promoviera una insurrección, que, dada la presencia del rey, hubiera sido sofocada con un baño de sangre. Sigo sin entender qué le ocurrió, a menos que el malestar que sintió aquella mañana hubiera sido provocado por algún veneno o bebedizo que le hubieran administrado y que ofuscó su capacidad para el debate, porque lo vi mareado y descompuesto, y al salir del templo vomitó cuanto había desayunado. En el Palatino, la pasión solía imponerse a la voluntad, de modo que también pudo macharse al entender que los allí reunidos no eran dignos de debatir con él.

Es probable que sea cierta la explicación que dio a Eloísa sobre su postura; en una carta a su esposa, justificaba su abandono de la lucha alegando que en Sens había preferido renunciar a Aristóteles, y con ello a la razón y a la lógica, antes que ser considerado como separado de Cristo. Proclamaba su creencia en la Trinidad y en un único Dios, tal cual se aprobó en el credo de Nicea: Tres Personas distintas y un solo Dios verdadero, y Cristo, nacido unigénito del Padre, engendrado y no creado, de la misma sustancia que el Padre, consustancial con Él. Finalizaba esa misiva confesándole a su esposa que no temía a la muerte.

Abelardo había confiado en que el cardenal Guido Castello, antiguo alumno suyo e integrante de la Curia pontificia romana, lo apoyaría ante el papa y le procuraría la absolución, pero la influencia de Bernardo era mucho mayor que la del cardenal Castello, que no estaba dispuesto a jugarse su cargo en la curia por defender a su antiguo profesor; el abad cisterciense había estado viajando durante seis años por media cristiandad abogando en defensa de los intereses del papa Inocencio II, que le debía por ello muchos favores.

Aquella misma tarde le comunicaron la sentencia condenatoria: no podía volver a dar clases ni a escribir ninguna obra nueva. Abelardo, a quien vi ojeroso y con algo de fiebre, alegó que la recurriría ante el papa y que saldría presto camino de Roma para exponer al santo padre en persona sus argumentos de defensa.

—Bernardo de Claraval ha obrado con precipitación, ligereza y temeridad. Partiré de inmediato hacia Roma. Acompañadme cuatro de vosotros, y el resto regresad a París.

—Yo iré —le dije con tanta rotundidad que no pudo negarse.

Me miró como un padre lo hace con el hijo voluntarioso y me abrazó. Eligió a

tres discípulos más y nos dispusimos a preparar el viaje a Roma.

* * *

Pocos días después, todo su plan se vino abajo. Si algunas esperanzas albergaba el corazón de Abelardo de que el papa desautorizara las resoluciones del concilio de Sens, se disolvieron cuando Inocencio II, en una decisión rapidísima, pues llegó apenas dos meses después de acabado el sínodo, ratificó la condena allí impuesta, aunque el santo padre moderó en su lenguaje las acusaciones de Bernardo, cuyo celo en la vigilancia del dogma y de la fe ponderó como propio de un campeón de la Iglesia.

Bernardo se había adelantado y había enviado a un mensajero a toda prisa con una carta en la que explicaba al papa lo sucedido en Sens y solicitaba su ratificación, además de acusar a Abelardo de ignorante, impío, calumniador y blasfemo. Ese mismo mensajero, imagino que reventando caballos en su carrera, regresó ocho semanas después con un breve papal fechado el 16 de julio, ¡sólo mes y medio después de acabado el concilio!, en el que Inocencio II ratificaba lo acordado en Sens, es decir, la condena de Abelardo por hereje, la imposición de silencio eterno y la prohibición a perpetuidad para ejercer la docencia en cualquier escuela de la cristiandad. La sentencia se hacía extensible a Arnaldo de Brescia, mi colega en París, amigo de Abelardo y profesor de teología, y a todos los seguidores y defensores de sus errores, a los que también se aplicaba la excomunión. No, Bernardo no se había olvidado de Arnaldo. Mi nombre no figuraba entre los de los condenados; ignoro el porqué. Probablemente me defendió alguno de los amigos del obispo de París instalados en la curia de Roma, o tal vez me consideraron tan insignificante que ni se preocuparon de incluir mi nombre entre los represaliados.

Nos enteramos de la ratificación condenatoria firmada por el papa en el monasterio de Cluny, a donde nos habíamos dirigido al iniciar el camino hacia Roma, dada la amistad que Abelardo mantenía con su abad, el honesto Pedro el Venerable, un hombre que merecería alcanzar la santidad antes que Bernardo. El correo pontificio nos anunció que todos los libros del Maestro que se encontraron en Roma habían sido quemados en público en un brasero en la basílica de San Pietro in Vincoli, donde se guardan las cadenas con las que fue amarrado en su martirio el primero de los apóstoles.

Al conocer la decisión papal, Abelardo quedó completamente abatido.

—Esta sentencia del santo padre no admite apelación alguna. Marchaos, marchaos todos a París —nos ordenó desconsolado.

—Somos vuestros discípulos, nos quedaremos con vos hasta que esto se solucione. El papa recapacitará y...

—¡No! —exclamó tajante—. Con dos condenados y ocho excomulgados ya es suficiente. Regresad y salvad lo que podáis de nuestras ideas. Y tú, Arnaldo, huye,

busca refugio en las montañas de Suiza, allí hay valles donde no se reconoce otra autoridad que la de los propios lugareños.

No hubo manera de convencerlo y tuvimos que regresar a París; Arnaldo de Brescia se quedó en Cluny unas semanas más, pero, ante las amenazas que pendían sobre él, acabó siguiendo el consejo de Abelardo y se exilió a las montañas de los Alpes en Suiza. Antes de partir, el abad Pedro el Venerable me aseguró que haría todo lo posible para que Abelardo estuviera bien atendido en Cluny y que intercedería por él y por la salvación de su alma ante el papa Inocencio. Me aseguró que se encomendaría a san Cristóbal para que muriera como cristiano, acogido en el seno de la Iglesia.

Nos despedimos a la puerta monumental de la gigantesca abadía, la más rica y grandiosa de la cristiandad. Abelardo nos estrechó en un abrazo uno a uno a los cuatro que nos habíamos quedado con él; a mí me abrazó en último lugar y me besó en las mejillas.

—Sigue adelante en la búsqueda de la verdad, y hazlo a la luz de la razón, pero procura que no te persigan; no cometas los errores que yo he cometido; no dejes que se apague la pequeña luz que hemos encendido; y perdona mis pecados y mis errores.

Aquella fue la última vez que lo vi. Tenía sesenta años y, pese al sufrimiento padecido, la rotura de las vértebras del cuello y la emasculación, Abelardo seguía siendo el hombre más apuesto que he conocido en toda mi vida. Vestía el hábito de los monjes negros de Cluny, pero parecía el más formidable de los caballeros o el más majestuoso de los reyes.

CAPÍTULO XXXIX

París no era lo mismo sin él.

Cuarenta años después de que el Maestro llegara aquí como alumno, la ciudad había crecido mucho, como sigue haciéndolo. La isla de la Cité configuraba el centro de la urbe, con sus palacios, iglesias, pequeños monasterios, las casas de los canónigos y de los ricos mercaderes y la judería, pero ya se había extendido por las dos orillas del Sena, disponía de un gran puerto fluvial en la ribera derecha, nuevos palacios del rey, del obispo y de los nobles, que habían seguido a la corte en su traslado desde Orleáns; también se habían edificado grandes templos, como el de San Esteban, San Gervasio, Santiago y San Germán de Auxerre, en la margen derecha, mientras en la izquierda el Barrio Latino se desarrollaba hacia el sur y las viñas de la ladera de la colina de Santa Genoveva estaban siendo sustituidas por casas de artesanos y mercaderes, residencias de estudiantes y profesores, posadas y hostales. Las abadías de Santa Genoveva y de Saint-Germain-des-Près y los prioratos de San Víctor y San Lázaro ya habían quedado rodeados de edificios vecinales. Las vetustas ruinas romanas, que hasta hace poco eran visibles entre las viñas, también fueron engullidas por las nuevas construcciones y ya casi nada queda de ellas.

La ciudad florecía gracias a la afluencia de estudiantes pero también al comercio y a las ferias que se celebran en San Lázaro y en Saint-Germain-des-Près, a las que acuden mercaderes de toda la cristiandad.

Muchas de las piedras de los edificios romanos han sido reutilizadas en las nuevas casas, que antaño eran de madera, pero desde que se produjera hace treinta años el pavoroso incendio que destruyó la ciudad de Londres, todos los concejos procuran que las nuevas viviendas se construyan de piedra, ladrillo y adobe, y que sus tejados se cubran con tejas de terracota. Así lo hacen los nobles que levantan aquí sus mansiones, a los que tratan de emular los artesanos y mercaderes más ricos.

Derrotado y con la más profunda amargura llenando mi corazón, regresé a París, que me pareció una urbe más oscura y menos dichosa. Sabía que jamás se volvería a escuchar en sus escuelas la voz de Abelardo enseñando lógica y dialéctica, teología y retórica a sus alumnos, y esa sensación de vacío me agobiaba el alma.

Eloísa observaba apenada desde su retiro como abadesa del Paráclito cuanto le estaba ocurriendo a su esposo. Yo mantuve con ella una intensa correspondencia a través de la cual la informaba de cómo se desarrollaban los acontecimientos tras aquel concilio que había devenido enjuicio.

Seguía enamorada de Abelardo y siempre lo tenía en su cabeza. Eloísa me confesó que su verdadera vida sólo comenzó cuando lo conoció, que floreció el tiempo que estuvieron juntos y que se marchitó y se ajó cuando se separaron de manera tan traumática. Fue la más dichosa de las mujeres mientras lo tuvo a su lado y

la más infeliz cuando se separaron. Desde entonces, vivió pendiente de sus cartas, que releía una y otra vez y que estrechaba en su pecho recordando los años en que se amaron y se deleitaron con el placer más sublime: la fusión de sus cuerpos y de sus almas.

Jamás se arrepintió de la pasión que sintió hacia él y nunca renunció ni al amor ni a la esperanza. El de Eloísa fue un amor puro, intenso, total, más allá de la vida y de la muerte, y no permitió que nadie lo mancillara ni lo alterara. Nunca admitió que su amor fuera el culpable de tantas desdichas, ni consideró que hubiera cometido pecado alguno por amar de esa manera tan absoluta a ese hombre. Pese a tantos sufrimientos y tantas amarguras, ella siguió amándolo.

Consideraba que Abelardo la había amado tanto que había sido capaz de renunciar a las dignidades que le correspondían por su valía para que ella pudiera ser reconocida como digna esposa, y no como madre soltera, y valoraba la resignación de su amado, que incluso llegó a aceptar su emasculación como un justo castigo por haber transgredido las normas.

En una de sus cartas más desgarradoras, Eloísa escribió que su rebeldía contra el mundo aumentaba por momentos a medida que crecía su angustia, y que jamás perdonaría ni a su tío, el principal culpable de sus calamidades, ni a la Iglesia, que había perseguido con saña al más brillante de sus fieles, ni al mismísimo Dios, que había permitido que les sucedieran tantas desgracias a dos de sus hijos.

En el monasterio de Cluny, el Maestro encontró al final de sus días la paz que no había alcanzado en toda su vida. Pedro el Venerable lo acogió y le ofreció su hospitalidad, y a la vez le pidió que se retractara de sus errores a fin de que pudiera presentarse ante Dios limpio de corazón y sin tacha en el alma. Convenció a Abelardo para que aceptara celebrar un nuevo encuentro con Bernardo, para así reconciliarse con él, alegando que esa reconciliación entre los dos hombres más grandes de la Iglesia en este siglo constituiría un ejemplo para la unidad de los cristianos.

El monasterio de Cluny, la casa madre de la orden de los monjes negros, acogió la reunión de Abelardo y Bernardo de Claraval, con su abad Pedro como mediador. Los antiguos adversarios se saludaron con un leve abrazo y se sentaron frente a frente, como habían hecho en situación bien distinta en la catedral de Sens. El Maestro aseguró ante los dos abades, el cisterciense y el cluniacense, que renunciaba al mundo, a la docencia en las escuelas y a la defensa de sus viejas ideas, y dijo que sólo aguardaba la llegada del fin de sus días en la tranquilidad del monasterio, rezando a Dios por la salvación de su alma y la paz de su espíritu.

Abelardo redactó un escrito que llamó *Confesión de fe*, en él asumía los errores doctrinales cometidos, declaraba una especial retractación y pedía perdón por sus pecados, a la vez que solicitaba humildemente ser aceptado de nuevo en el seno de la Iglesia. «Quien escribe muchos libros tiene frente a sí a muchos jueces», decía, citando a san Jerónimo, y señalaba que «En el mucho hablar siempre hay pecado», pero que «Callar era como confesar». Finalizaba la misiva quejándose de que el libro

de sentencias que le atribuían no lo había escrito él. Se ratificaba en la fe del credo de Nicea, asumía que la gracia de Dios es necesaria para la salvación y acataba las jerarquías de la Iglesia y su herencia apostólica. Asumía la autoría de *Teología, Sic et non* y *Conócete a ti mismo*, pero rechazaba ser autor de un libro llamado *Sentencias*, que sus enemigos le atribuían.

Creo que el Maestro tuvo miedo, un miedo ancestral, atávico, pues fue Bernardo quien le recordó que los eunucos no podían ejercer el sacerdocio, según Dios ordenó a Moisés, tal cual se puede leer en el libro del *Levítico*, donde también se ordena que no se ofrecerán a Dios en sacrificio animales que tengan los testículos cortados; lo llegó a amenazar incluso con que los castrados no podían entrar en el reino de los cielos.

Pedro el Venerable escribió al papa para pedirle que perdonara a Abelardo, pues estaba haciendo penitencia y contrición en la abadía de Cluny y había acatado en todos sus términos la pena impuesta por el concilio de Sens y ratificada por el papa Inocencio II; y le solicitaba al santo padre que le permitiera acabar sus días en Cluny.

El abad de Claraval se sintió reconfortado y triunfante con aquella retractación de su enemigo. Al fin había quebrado la voluntad de aquel ser que parecía indomable. El cisterciense escribió al papa y lo mismo hizo Pedro de Cluny, informándole ambos de que el condenado había recapacitado y estaba en condiciones de regresar al seno de los hijos católicos de Dios. La respuesta de Inocencio II no se hizo esperar. El sumo pontífice perdonó a Abelardo, lo exoneró de su condena y le permitió permanecer en el monasterio de Cluny como monje ilustre y maestro, a la vez que lo animó a que retomara sus trabajos y los adecuara a la verdadera doctrina, siguiendo la senda de los Padres de la Iglesia y de la fe.

A los ojos de la Iglesia, las cosas volvían a estar en su sitio.

* * *

Recuerdo aquella fría tarde de fines de año. La nieve había cubierto las calles de París, ya centro del pensamiento de toda la cristiandad, y un viento helador ululaba en los aleros de los tejados. Unos golpes sonaron a mi puerta y uno de mis criados abrió. Un mensajero traía una bolsa de cuero que contenía varios libros; venía del monasterio de Cluny, de parte del monje Pedro Abelardo.

Me apresuré a abrir aquella bolsa y extraje todos aquellos libros de su interior. Eran las obras del Maestro, que me las remitía con una carta personal. En ella me aclaraba que había tenido que retractarse de sus ideas ante el papa, pero me rogaba que, a pesar de todo, los profesores que habíamos aprendido con él siguiéramos explicando a los jóvenes escolares que «la razón es suficiente para entender la naturaleza».

Me pedía que no le recriminara haber renunciado de palabra, al fin de sus días, a sus posiciones éticas, porque lo había hecho para no morir apartado como un

apestado y condenado como un hereje. Me decía que, si se había retractado, lo había hecho por el bien de su hijo Astrolabio y de su esposa Eloísa, me extrañó que la llamara así, pues desde que ambos profesaron en sus conventos no había vuelto a hacerlo de este modo, y para evitar que las autoridades eclesiásticas persiguieran a quienes habíamos sido sus discípulos.

«Mantén las brasas encendidas y vivas, pero que no se vea el fuego que las alienta, para que nadie tenga la tentación de apagarlo, y, así, algún día quizá vuelva a lucir el resplandor de la razón», me recomendaba al final de su carta. Me enviaba sus libros, tal cual habían salido de su pensamiento, para que no se perdieran, pues en ellos se contenía cuanto a lo largo de su vida había procurado enseñar. También me decía que el papa lo había conminado a que reescribiera esos libros, corrigiendo los errores por los que habían sido condenados. «Pero no puede haber errores en la razón —se justificaba—, de modo que guárdalos y procura que los brutos insensatos no los destruyan, es lo único que quedará de mí cuando muera, pues siento que la parca Atropos, la que según los antiguos corta el hilo de la vida, está a punto de cumplir con su macabro cometido».

No lloré, pero mis ojos se humedecieron. Guardé aquellos libros en lugar seguro y quemé la carta de mi maestro. Algo me dijo en mi interior que el mundo empezaba a ser más oscuro.

CAPÍTULO XL

La primavera apareció radiante y espléndida. Un novicio recién llegado de Cluny para cursar los estudios del trívium me trajo novedades de Abelardo. Había pasado el invierno entre no pocos achaques, cumpliendo con humildad y austeridad la regla de los monjes negros, que así es como llaman a los cluniacenses para distinguirlos de los cistercienses, quienes habían adoptado el hábito blanco como símbolo de pureza y renovación.

Me informó de que, en cuanto se retiraron los hielos, el Maestro había enfermado y por ello lo habían trasladado, siguiendo la recomendación de Pedro el Venerable, al priorato de San Marcelo, una granja que la abadía de Cluny posee cerca de la localidad borgoñona de Chalons-sur-Saône, un lugar apacible y hermoso donde las aguas son excelentes y el aire más cálido. En un primer momento me sentí reconfortado por las palabras del novicio, pero enseguida me asaltó una duda: si había sido trasladado a otro lugar, es que su salud se había quebrantado. Y así era.

La temida y esperada carta de Pedro el Venerable me llegó a principios de mayo. Era muy escueta, escrita en una tira de pergamino de apenas cuatro dedos de ancho por un palmo de largo y con sólo cinco líneas. El abad de Cluny me comunicaba que el día 21 de abril del año del Señor de 1142, en el priorato de San Marcelo, el maestro Pedro Abelardo había fallecido tras recibir los auxilios espirituales de un capellán de la orden cluniacense. «Murió dulcemente y humilde de corazón; Dios ya lo acoge en su gloria», finalizaba la carta.

Apreté aquel escrito contra mi pecho, me tambaleé como un borracho y lloré amargamente.

Pocos días después recibí otra carta; era de Eloísa. También me comunicaba la muerte de su esposo, ella siempre lo consideró así, y relataba que en las últimas semanas de la vida del Maestro le había sobrevenido una enfermedad que le inflamó los ganglios, le causó accesos de fiebre, le provocó sudoraciones nocturnas y le produjo unos terribles picores en la piel, tan dolorosos que le impedían descansar. Me informaba de que Pedro el Venerable le había escrito una carta en la que le relataba con qué piedad y humildad afrontó Abelardo sus últimos meses de vida, cómo no dejó ni un solo día de leer, estudiar y escribir, y cómo hizo profesión de fe y confesión de los pecados antes de recibir el viático para prepararse para el buen morir. Culminaba la misiva asegurando que Dios lo había acogido en su seno y allí la aguardaba a ella para compartir la dicha eterna.

Durante varios días no supe qué hacer. Impartí mis clases sin ningún ánimo y tras cada una de ellas me retiré a la oscuridad de una capilla para rezar por el Maestro y llorar mi desconsuelo y mi cobardía. Y recordé una y otra vez los muchos momentos vividos a su lado, su audacia de espíritu, su valentía de león, su brillante retórica, su

inquietud por aprender cada día, su fortaleza y determinación ante los poderosos, su entusiasmo y magisterio ante sus discípulos, su atrevimiento frente a la ruindad, su inconformismo ante la injusticia, sus emociones, su sufrimiento, su valor, su sentido de la libertad... Y lo vi de nuevo en el interior de mi cabeza, poderoso y magnífico, en pie en el centro de un semicírculo de escolares, con su elegante apostura y su sonrisa enigmática pero sincera... Y entonces comprendí que habíamos perdido la luz para siempre.

* * *

Salí de París camino del Paráclito. Eloísa me había enviado una carta en la que me comunicaba que el papa, aconsejado por el abad Pedro el Venerable, había autorizado el traslado del cadáver de Abelardo desde la abadía de San Marcelo al monasterio del Paráclito.

Cuando llegué, algo más tarde de lo previsto, pues el rey Luis el Joven reclamaba el dominio del condado de Toulouse para la corona de Francia y los caminos hacia el sur no eran demasiado seguros, el cuerpo del Maestro ya yacía enterrado en el Paráclito.

Eloísa me recibió con su amabilidad y dulzura legendarias. Tenía algo más de cuarenta años pero su rostro se mantenía terso y brillante. Sus ojos, los ojos de una mujer eternamente enamorada, estaban tristes aunque luminosos. Las huellas del tiempo y del dolor no habían surcado su rostro pero bajo su tocado de monja pude ver a los lados de la frente algunos cabellos canos, fruto sin duda del intenso sufrimiento que había tenido que soportar en sus últimos veinticinco años de vida.

—Madre Eloísa, constituye de nuevo una bendición de Dios poder saludaros —le dije tras besarle la mano e hincar la rodilla ante ella.

—Te agradezco la visita; ya sabes cuánto te apreciaba mi esposo.

—Siento no haber podido llegar antes, pero el rey...

—Lo sé, lo sé; aunque este lugar está apartado del mundo, las noticias llegan con prontitud.

—¿Descansa en paz el Maestro? —le pregunté.

—Sí; acompáñame. A pesar de que teníamos permiso del santo padre para trasladarlo, tuvimos que sacar el cuerpo de mi esposo de la abadía de San Marcelo en secreto, lo que fue posible gracias a la ayuda de Pedro el Venerable. Temíamos que incluso muerto pudieran atentar sus enemigos contra su cuerpo. Este hombre se portó con mi esposo como ninguna dignidad eclesiástica lo había hecho antes. El abad de Cluny ha sido mi principal apoyo y le estaré eternamente agradecida.

Salimos del claustro y nos dirigimos al exterior de la cabecera de la iglesia de piedra, la que comenzaran a construir los alumnos de Abelardo cuando acudieron en masa tras su estela. Justo bajo la ventana central del ábside se ubicaba la tumba del León de París. Era un modesto sepulcro carente de adorno alguno y cubierto por una

sencilla lápida. Me arrodillé ante la tumba de mi maestro, al que veneré durante toda su vida y quería seguir haciéndolo tras su muerte, y recé el padrenuestro tal cual él me lo había enseñado; es decir, según la versión de san Mateo. Eloísa se arrodilló a mi lado y me acompañó en el rezo.

Me persigné y leí la inscripción que se había grabado sobre la lápida de caliza: EST SATIS IN TUMULO: PETRUS HIC IACET CUM SOLUI SCIBILE QUIDQUID ERAT.

—«Al fin descansa en su tumba: aquí yace Pedro, baste con conocer todo cuanto significaba». ¿Quién ha escrito esto? —pregunté a Eloísa.

—Ha sido idea de Pedro el Venerable; él se encargó personalmente de redactar este epitafio.

—Creo que es el que le hubiera gustado al Maestro —supuse.

Entonces, Eloísa rompió a llorar y a lamentarse.

—¿Qué puedo esperar ahora que lo he perdido para siempre? Ya no tengo ningunas ganas de continuar en esta dolorosa peregrinación por la vida. Sólo en él, sólo sabiendo que vivía, tenía yo esperanza para seguir viviendo, a pesar de no poder disfrutar de los placeres carnales que me proporcionó mientras fue un varón completo. ¡Oh!, esposo amado, te prometí que te procuraría, tras tu muerte, el descanso que no pudiste alcanzar en este mundo. ¡Tantas injusticias se han cometido sobre ti que mereces un celestial descanso! La Iglesia, a la que serviste con lealtad, no ha reconocido tus desvelos en busca de la verdad que tanto pregona y que tú perseguiste como ningún otro sabio. Lejos de reconocer tu valía y tus brillantes y luminosas ideas, te persiguió como a un hereje, te sometió a tremendas injusticias a las que hiciste frente con el valor de un héroe legendario, fuiste coherente y fiel a tus pensamientos y no adulaste a las autoridades para medrar en este mundo de mediocres. Y cuando lo consideraste oportuno y justo, te enfrentaste con los poderosos sin importarte el desacuerdo con ellos, fueran papas, reyes u obispos.

Tras acabar su agónico lamento, cogí a Eloísa por el hombro. Ella, desconsolada, apoyó su cabeza en mi pecho. Sentí su corazón palpar y vi unas lágrimas recorrer sus tersas mejillas, y sentí una enorme piedad y compasión por aquella mujer, que seguía enamorada de un espectro.

—¿Murió con serenidad? —le pregunté mientras le ofrecía un pañuelo para que se secara las lágrimas, según la moda que han impuesto los elegantes en París.

—En paz, sereno y reconfortado con Dios y con la Iglesia. Pedro el Venerable, a instancia mía, emitió un documento en el que absolvió a mi esposo de todos sus pecados. He ordenado que se hagan varias copias que remitiré al papa, al rey de Francia, al abad Bernardo de Claraval, al arzobispo de Sens y a los obispos de París, Chartres y Nantes.

—¿Y vuestro hijo? Por lo que sé, quiere entrar en religión, según me confesó vuestro esposo la última vez que lo vi.

—Sí, así es. Astrolabio es un joven —en esa época era un hombre de veinticinco años, pero las madres tratan a sus hijos como si fueran jóvenes durante toda la vida—

cándido y pudoroso; será un buen hombre de Dios. He pedido a Pedro el Venerable que le consiga una prebenda eclesiástica en alguna catedral. Necesitará esa recomendación, pues siendo el hijo de Abelardo no tendrá fácil ser admitido. Claro que me ha pedido que tenga paciencia, pues en estos tiempos no es fácil obtener esas prebendas, ya que los obispos, para no ser acusados de simonía o de nepotismo, son renuentes a concederlas. No obstante, dada la valía de Astrolabio y su linaje, y la influencia del abad de Cluny, creo que lo logrará.

Sé que Abelardo sintió por Eloísa una inevitable atracción física, una pasión carnal impetuosa e irrefrenable, un amor absoluto que unos malditos sicarios a sueldo de un canalla cercenaron una noche en aquella posada de París. Pero sé también que Eloísa amó a su esposo por encima de cualquier otro ser en este mundo, y en esa intensidad de amar, él no estuvo a la altura de ella.

PARTE QUINTA

LA TUMBA

CAPÍTULO XLI

Una vez visitada la tumba de Abelardo, regresé a París, poco antes de que se echaran encima los grandes fríos del invierno, y retomé mis clases en Santa Genoveva. Me recliné en ellas, en la atención a los alumnos y en la lectura de los grandes filósofos, cuyas nuevas obras continuaban llegando hasta nosotros en traducciones elaboradas en las escuelas de traductores de Hispania e Italia. Gracias a los textos conservados por los árabes, pudimos conocer varios tratados de Platón, Aristóteles y otros grandes pensadores del mundo antiguo y de los propios sabios del islam. Fueron muchas las ocasiones en las que imaginé, en la soledad de mi gabinete, qué brillantes comentarios hubiera podido hacer Abelardo tras la lectura de tantas aportaciones novedosas, que él no alcanzó a conocer, e intenté poner en práctica en mis clases lo que él hubiera hecho de haber estado allí presente. Pero me resultaba imposible; por mucho que me esforzaba, por mucho que estudiaba, leía y reflexionaba, jamás pude alcanzar la clarividencia y la sabiduría del Maestro.

Los años que siguieron a su muerte transcurrieron en medio de acontecimientos extraordinarios.

El abad Suger inauguró al fin su esplendorosa iglesia de Saint-Denis, edificada en el nuevo arte de la luz, con la presencia de los reyes Luis y Leonor de Francia. Lo recuerdo bien porque yo estuve allí, ubicado en una de las tribunas de madera que se levantaron para los cientos de invitados, en el sector destinado a los profesores de las escuelas catedralicias de Francia. Aquel día, Suger apareció radiante porque al fin había alcanzado su gran sueño: construir un edificio en el que los muros no fueran de piedra, sino de vidrios de colores, y la luz creadora y vital de Dios atravesara las vidrieras multicolores e inundara sus naves de su fuerza y su vigor, el templo de la luz, la casa verdadera de Dios. Suger se presentó en la misa que culminó el acto de consagración de su iglesia como un revivido san Dionisio, el sagrado patrón de Francia; en realidad, aquel día el abad de Saint-Denis era la encarnación de la nueva Francia y su abadía sí era en verdad la «Cabeza del Reino».

Veo ahora, entre mis más preclaros recuerdos, la cara de asombro y ensimismamiento de aquellas gentes venidas de toda Francia, de Inglaterra, de Alemania y de Italia, arrobadas ante la asombrosa visión, casi irreal de tan sutil y grácil, de la nueva iglesia abacial, elevada hacia el cielo de Saint-Denis como una borbotada catarata de espuma de piedra, y sus etéreas ventanas cubiertas de coloridas vidrieras, y los rictus de envidia dibujados en los rostros de los numerosos obispos y abades que asistieron a aquellos festejos, presididos por la oriflama real de Francia, que ondeaba por todas partes en el exterior de Saint-Denis y cubría el interior del templo, donde sonaban los rítmicos cánticos de las escolanías polifónicas de la catedral de Nuestra Señora de París y de la propia abadía de Saint-Denis; aún me

parece aspirar la fragancia de las fumatas del aromático incienso, que en etéreas volutas de humo ascendían entre las airosas naves, arrobándonos a todos los presentes.

Al año siguiente del gran triunfo de Suger, nació María, la primera hija de Luis y de Leonor. Tras ocho años de matrimonio sin hijos habían comenzado a circular rumores de que la reina era estéril, pero se acallaron cuando vino al mundo esta niña. La ley sálica que rige en Francia impide que las mujeres hereden el trono de los Capeto, de manera que la alegría en el reino no fue tan grande como se esperaba en caso de que hubiera nacido un varón, pero, al menos, se había demostrado que Leonor era fértil y que podría dar más hijos a Luis VII.

En los días de celebración de los festejos por el nacimiento de la hija primogénita de los reyes de Francia recibí una nueva carta de Eloísa. Me informaba de que su hijo Astrolabio, por cuya ausencia nunca sintió especial nostalgia aunque sí preocupación por su futuro, había seguido la carrera eclesiástica bajo la protección de Porcario, uno de los hermanos de Abelardo, que había obtenido una canonjía en la catedral de Nantes. El tío Porcario lo había acogido bajo su protección, le había conseguido una renta como beneficiado de la catedral de Nantes y le prometía a Eloísa que haría lo posible para que Astrolabio lo sucediera como canónigo. En los años siguientes, Astrolabio, perdonados ya los pecados de su padre, fue creciendo en autoridad y dignidad eclesiásticas y ahora rige, como abad, el monasterio de Hauterive, asentado en un valle entre las altas montañas de Suiza. Sé que allí se encontró con Arnaldo de Brescia, quien le contaría la grandeza que alcanzó su padre. Desde que pasó por mi casa de París para ir a tomar posesión de su abadía, hace ya algunos años, no he vuelto a ver al hijo de Abelardo y Eloísa, pero lo imagino en la soledad de su celda abacial, preguntándose el porqué de una vida tan azarosa, y echando de menos una infancia dichosa al lado de sus padres, a los que apenas conoció.

Bernardo de Claraval se consagró como el predicador más influyente e indiscutido de la Iglesia. Erigido como máximo defensor de la pureza de la cristiandad, escribió varios tratados sobre la Virgen María y, ante la pérdida de fuerza de los cristianos en Tierra Santa, predicó una segunda cruzada, a la que acudieron los reyes Luis VII y Leonor de Francia. El rey Luis se vio obligado a realizar el voto de cruzada porque varias decenas de personas murieron quemadas en la iglesia de la localidad de Vitry, en la que se habían refugiado ante la amenaza de las tropas reales.

Esa cruzada acabó en un fracaso militar y un fiasco político, y de ella regresaron enfrentados Luis y Leonor. Hay quien asegura que Leonor se enamoró en aquellas tórridas tierras de ultramar de su apuesto tío Raimundo de Antioquía, algunos años mayor que ella, con el cual, dicen, habría vivido un romance apasionado que desató los celos y la ira del rey Luis. No lo sé; en estos tiempos corren demasiadas habladurías y es difícil discernir lo cierto de lo fabulado. A Leonor se le atribuyen muchas aventuras, y yo puedo asegurar que algunas de ellas no son sino calumnias de gentes interesadas que no han soportado que Leonor se separara de Luis, que se

casara en segundas nupcias con Enrique Plantagenet y que sea ahora la reina de Inglaterra.

Lo cierto es que, al regreso de la cruzada, el desencuentro de los dos reales esposos era tan grande que el propio papa Eugenio III medió como reconciliador y les preparó en Frascati, una ciudad italiana donde recibió a los reyes, un pabellón recubierto de seda y joyas que mandó impregnar con los perfumes más exóticos y embriagadores que pudo encontrar y que surtió de comidas y bebidas afrodisíacas. El papa les pidió que pusieran fin a sus rencillas matrimoniales y actuó como un verdadero casamentero, alcahuete dirían algunos más audaces que yo. Fruto de aquella noche de amor en tan lujoso pabellón fue la concepción de Alicia, la segunda hija de los soberanos de Francia, otra niña que tampoco podía reinar.

En ausencia de los monarcas, el abad Suger había gobernado el reino en su calidad de regente de Francia. Durante su mandato, Gilberto de Poitiers, antiguo admirador de Abelardo y fiel defensor de la especulación filosófica y teológica, se retractó de sus erradas teorías sobre la Trinidad y se sometió a la Iglesia. Ese mismo año falleció un clérigo al que conocí en París, donde se detuvo unos días camino de la abadía de Cluny. Su lúcida clarividencia me sorprendió en extremo. Se llamaba Malaquías y, desde luego, era un hombre santo. Procedía de la lejana y ventosa isla de Irlanda, en donde era obispo en una remota y modesta diócesis, de nombre tan enrevesado en el gutural idioma céltico que hablan aquellas gentes, que no acierto siquiera a pronunciar. Mientras conversábamos en latín en la escuela de Santa Genoveva, me confesó que acababa de escribir una especie de tratado en el que revelaba una profecía sobre los papas, donde se desvelaba el fin de los tiempos. La verdad es que, aunque me pareció un tipo interesante, no presté demasiada atención al relato que me contó sobre sus visiones y augurios. Me limité a escuchar sus excentricidades, fruto según él de revelaciones que le sobrevenían durante el sueño, y a prestarle acomodo en París hasta que siguió su ruta hacia Cluny. Por lo que sé, murió en ese monasterio al poco tiempo de llegar. Imagino que allí dejaría su libro de las profecías, y espero que los monjes hayan sabido custodiarlo convenientemente.

Tras unos meses de intenso trabajo, al fin pude presentar al obispo de París un texto con la propuesta de los estatutos del que iba a ser primer Estudio General de Artes de la cristiandad. Incorporé los consejos de universalidad y apertura de miras que años atrás me sugiriera Abelardo, aunque moderé su contundencia para que pudieran ser aprobados por el obispo y el cabildo de canónigos de la catedral de Nuestra Señora. El señor obispo me felicitó por el trabajo realizado y, sobre todo, por convencer a los rectores de las diversas escuelas parisinas para que admitieran que todas ellas fueran gobernadas por los mismos estatutos y normas. Aquello fue lo que más trabajo me costó y más sudores me causó; sin duda, la influencia del obispo fue determinante para que semejante milagro se produjera, pues no fueron pocas las fuerzas y los argumentos que tuve que emplear para que los rectores renunciaran al individualismo y a la soberbia propios de la mayoría de los pensadores, a fin de que

aceptaran integrarse en un proyecto común y mucho más ambicioso en el que perdían parte de su autonomía y de su protagonismo en beneficio de todos.

Un día de primavera, luminoso y azul lo recuerdo, el obispo de París declaró solemnemente que todas las escuelas de la ciudad quedaban desde ese momento incluidas en el Estudio General de Artes, la primera universidad del mundo cristiano, integrada por profesores y estudiantes, aunque también en la ciudad italiana de Bolonia, como ya dije, aseguran los maestros de sus escuelas que fueron ellos los primeros en constituirse como Estudio General; quién sabe... Yo sonreí, pues aunque las autoridades lo pasaron por alto, aquél constituía al fin el verdadero triunfo de Abelardo, cuyo espíritu alentaba detrás de aquella idea ya convertida en realidad.

La guerra vino a despertarnos de una manera repentina y cruel. Acababa de morir el altivo Godofredo Plantagenet, y su joven hijo Enrique fue proclamado duque de Normandía y conde de Anjou; era un muchacho de dieciocho años, altanero, arrogante e impetuoso. Nuestro rey Luis invadió Normandía para meter en vereda a su irreverente vasallo, pero Enrique no se arrugó y le plantó cara. Luis, amedrentado, se retiró sin ofrecer batalla.

La situación era crítica y el mismísimo papa se vio obligado a terciar ante el enfrentamiento que se avecinaba entre los dos soberanos cristianos. Luis y Enrique se entrevistaron en el palacio real de París en busca de una solución al conflicto por Normandía, y allí fue, en el verano de 1151, cuando las miradas de la reina Leonor y del duque Enrique Plantagenet se cruzaron. Eran almas gemelas, ardientes, pasionales e impulsivas, pero once años de edad los separaban: Leonor tenía treinta años y Enrique diecinueve. El amor, que acecha en cualquier lugar y nunca avisa de su presencia hasta que se manifiesta impetuoso y torrencial, prendió en sus ávidos corazones.

Luis VII sospechó que algo había ocurrido entre su esposa y su vasallo, y decidió acabar con aquella situación que lo colocaba en entredicho a los ojos de toda Francia.

Lo cierto es que Leonor fue del agrado del pueblo francés. Ella es una mujer del sur, de sangre caliente, corazón encendido y pasiones tumultuosas. Luis es taimado y muy religioso, de conducta casi monacal. Frente al sosegado rey de Francia, el joven duque de Normandía era una tempestad de deseos y ambiciones, justo el tipo de hombre que desea una mujer como Leonor.

Como era previsible, los reyes de Francia se separaron tras pasar juntos la corte de Navidad en Limoges. Un año después, un concilio reunido en Beaugency dictaminó la nulidad del matrimonio de Luis VII de Francia y Leonor de Aquitania.

Leonor abandonó París, se dirigió a su amada Aquitania, cuya soberanía ducal seguía ejerciendo, y se estableció en Poitiers. Y entonces se produjo el gran escándalo que sacudió a la cristiandad entera. Apenas un mes después de sentenciarse la nulidad de su matrimonio con Luis VII, Leonor anunció que se casaba con Enrique de Normandía y de Anjou.

Afirman algunos que lo conocen bien que Enrique Plantagenet rió, y que lo hizo a

carcajadas. Y todavía rió más fuerte cuando, dos años después de su matrimonio con Leonor, el pacato rey Esteban de Inglaterra desheredó al pusilánime príncipe Eustace, fallecido de un atracón, o al menos eso se cuenta, y poco antes de morir designó como su sucesor a Enrique.

Así fue como Enrique Plantagenet se coronó rey de Inglaterra, título que añadió a los de duque de Normandía y conde de Anjou, recibidos de su herencia paterna, y al de duque de Aquitania por su matrimonio con Leonor, convertida a su vez en reina de Inglaterra. Un verdadero cataclismo recorrió la cristiandad. Enrique II, llamado «el León», se había erigido en apenas dos años en el monarca más poderoso de toda Europa, soberano de Inglaterra y de la mitad de las tierras sobre las que el rey de Francia reclamaba en vano su predominio. La idea imperial bulle en su cabeza y tiene el poder, la fuerza y el dinero suficiente para lograr construir el imperio con el que ha comenzado a soñar. Y la magnífica Leonor, la musa de los trovadores, es su reina.

Leonor y Enrique ríen. En nuestro tiempo, la risa se considera una señal diabólica, un síntoma inequívoco de que el diablo ha poseído el alma de esa persona, aunque reír es propio del hombre. Comenta Aristóteles, según he leído, que entre todos los animales de la creación, únicamente el hombre es capaz de reír. Pero Dios no ríe, Cristo jamás rió, no se sabe de rey cristiano, de hombre piadoso o de papa alguno que hayan reído. Una sola vez dibujó una leve sonrisa en sus labios el beatífico Bernardo de Claraval, al conseguir que el rebelde Abelardo fuera condenado. Ningún poderoso ríe; sólo Leonor y Enrique se atreven a reír a carcajadas.

Luis VII se siente perdido y desorientado. El abad Suger, su preclaro consejero, el asesor al que acudía en caso de duda sobre el gobierno del reino, hace algunos años que ha muerto. El rey de Francia está solo, meditabundo y melancólico. Y entre tanto, el rey y la reina de Inglaterra, los formidables Leonor y Enrique, ríen, ríen, ríen...

Su palacio se ha convertido en una nueva Camelot, la corte fabulosa de Arturo de Bretaña y de su reina Ginebra; con ellos, la legendaria isla de Avalon parece resurgir de las brumas del pasado para regresar a este tiempo luminoso. Al abrigo de su mecenazgo acuden caballeros de toda Europa, prestos a ofrecer sus espadas al servicio de la más rutilante y triunfal pareja de enamorados que ha conocido el mundo, y trovadores brillantes, solícitos a proclamar en sus versos y canciones el amor de los más alegres soberanos que el mundo ha conocido.

¡Cuán diferente fue la vida de Eloísa y Abelardo de la de Leonor y Enrique! Las dos parejas se han amado con una intensidad casi enfermiza, pero una ha sido desbaratada por la injusticia y la inquina de torvos maldicientes y otra reina en una corte de maravillas en la que florecen los poetas, triunfan los trovadores y destacan hermosas damas y arrojados caballeros.

¡Ah!, todavía están impresas en mis pupilas las prodigiosas imágenes de la entrada triunfal en París de Tomás Becket, entonces canciller de Inglaterra y amigo de su monarca, que acudió al frente de una embajada en nombre de su rey Enrique.

Jamás se había visto un desfile semejante. Doscientos cincuenta y seis pajes y escuderos, impecablemente formados en dieciséis escuadrones de a dieciséis en cuadro, abrían la comitiva cantando canciones de los más destacados trovadores aquitanos: del intenso Macabré, del irreverente pero lírico Guillermo IX y del exquisito, erótico y refinado Jaufré Raudel. Tras ellos desfilaron decenas de monteros que portaban veloces halcones, majestuosas águilas y enormes buitres sobre sus antebrazos enguantados de cuero. Después venían varios carros repletos de todo tipo de objetos preciosos, telas maravillosas, jarrones delicadísimos, alfombras orientales y muebles de taracea. A continuación, arrastrado por cuatro formidables percherones cubiertos con gualdrapas con los colores y emblemas de Inglaterra, rodaba el carro con la capilla itinerante del canciller Becket, pintada de vivos colores, estofada con pan de oro y decorada con apliques de plata pura; brillaban como reflejos solares los ejes dorados y asombraban las telas riquísimas en tonos escarlatas que colgaban de los laterales a modo de cortinajes. Cada uno de doce mulos cargaba dos cofres de madera reforzados con bandas de hierro, repletos de tesoros, y a su alrededor correteaban, cual los más ágiles volatineros, varios monos sujetos a los mulos con cordones dorados y collares tachonados de clavos de bronce bruñido, escoltados por soldados armados con lanzas y espadas, todos uniformados con los colores heráldicos de Inglaterra, Normandía y Aquitania. Y al fin, cerrando la comitiva, cabalgaba Tomás Becket sobre una formidable yegua blanca, rodeado de sus más estrechos colaboradores, consejeros y secretarios, vestidos con ampulosos ropajes de pieles de armiño, elegantes telas con brocados adamascados y recamadas de hilo de oro y plata y tocados con sombreros adornados con gráciles plumas de brillantes colores. Toda la gloria del mundo se mostraba ante nuestros ojos asombrados.

Anulado su matrimonio con Leonor y carente de un heredero varón, Luis VII de Francia se volvió a casar, primero con Constanza de Castilla, de la que tuvo dos hijas, de nuevo inhábiles para reinar, y hace cuatro años con Adela de Champaña, que ahora está embarazada; ojalá lleve en su vientre un varón para que continúe gobernando Francia el linaje de los Capeto.

Leonor le ha dado varios hijos a Enrique II, y ambos reinan dichosos aunque contrariados por la decisión de Tomás Becket, quien, tras haber sido nombrado arzobispo de Canterbury y primado de Inglaterra, se ha enfrentado con su rey por la administración de los bienes de la Iglesia inglesa. Becket, que ha sido el más íntimo consejero y amigo de Enrique, se ha refugiado en Francia, acogido a la protección de nuestro rey Luis, pues teme por su seguridad.

CAPÍTULO XLII

Miro hacia atrás y, desde mi ancianidad, advierto que todos estos años han pasado como un susurro. París ha seguido creciendo y aquí radica ahora la corte de Francia, pues hace diez años Luis VII proclamó esta ciudad «principal sede real». El Estudio General de Artes, pese a las dificultades y a las zancadillas que muchos han puesto en su inseguro comienzo, camina con sus primeros pasos firmes hacia el futuro, que espero lleno de éxitos.

Hace unos meses recibí una carta en la escuela de Santa Genoveva. Acababa de impartir una clase en la iglesia, pues la catedral de París ha sido derribada para construir el nuevo templo en el arte de la luz, y a la salida me esperaba un mensajero recién llegado de Champaña. Traía una misiva firmada por la nueva abadesa del convento del Paráclito y en ella me comunicaba que Eloísa acababa de fallecer. Me informaba de que la muerte le había sobrevenido de manera sosegada y sin dolor, y que poco antes de morir, presintiendo ya su inmediato óbito, la esposa de Abelardo le había pedido que me escribiera esa carta, a la vez que solicitaba ser enterrada en el mismo sepulcro que su esposo. La tildaba de mujer abnegada y sublime, que supo sobrellevar su drama con una entereza y un valor encomiables.

Pese a mi edad y a mis achaques, ya he superado seis décadas de vida, me duelen las rodillas y apenas puedo mantener recta la espalda, partí de inmediato hacia el Paráclito. Cuando llegué, Eloísa había sido enterrada en una fosa al lado de su esposo, pero no en la misma tumba. Tomé entonces una decisión por mi cuenta a la que no se opuso la nueva abadesa. Recordé una frase de una carta de Eloísa en la que le decía a su esposo que «La religiosa es de Dios; la mujer es tuya», para después declarar su amor inextinguible, su fidelidad eterna y su anhelo infinito de volver a reunirse algún día con él.

Propuse que ambos cadáveres debían yacer en el mismo ataúd, juntos para siempre, como había manifestado Eloísa en su última voluntad, y que la eternidad los acogiera abrazados, ya que, en vida, los hombres se habían encargado de separarlos.

Desenterramos el cadáver de Eloísa, que conservaba toda la encarnadura y apenas se había descompuesto; la abadesa me confesó que había ordenado embalsamarlo con aceites aromáticos, cera y cremas vegetales. Después abrimos la fosa en la que reposaba Abelardo desde hacía más de veinte años; el cadáver del Maestro era sólo huesos y algunos jirones de piel reseca.

Con sumo cuidado, depositamos el cuerpo de Eloísa junto al de su esposo, y juro ante Dios Todopoderoso, que me ha de juzgar en breve, que los brazos de hueso de Abelardo se alzaron en ese momento para acoger, como en un abrazo largamente esperado, el cuerpo de la mujer que tanto había amado.

Aquello nos sobresaltó a cuantos asistíamos a la inhumación de los esposos y nos

pareció un milagro. Cuando nos repusimos de la impresión, alguien explicó que los huesos están unidos por ciertas articulaciones y sujetos por tendones que, según como se presione sobre ellos, pueden moverse como si de una palanca se tratara, y que no había nada sobrenatural en aquello. Puede que así sea, pero yo prefiero pensar que Abelardo aguardaba ansioso a su esposa y que, desde el otro mundo, provocó que su cadáver se moviera para recoger, en un abrazo amoroso, el cuerpo de Eloísa.

Sellamos el ataúd, ahora con los dos cuerpos dentro, uno junto al otro, con una losa de piedra y colocamos encima la sencilla lápida de caliza con el epitafio que escribiera Pedro el Venerable, al que ordené que le añadieran la frase ET UXOR SUA ELOÍSA.

La abadesa rezó una oración y recordó con cuánto acierto, respeto y dulzura había gobernado Eloísa aquel monasterio.

Cuando nos retirábamos hacia el interior del convento, volví la cabeza y contemplé la tumba de los dos amantes y esposos.

—¡Un momento! —exclamé—. Falta algo muy importante.

—¿Qué es? —me preguntó la abadesa.

—Flores, faltan flores. Plantaremos un rosal aquí mismo —indiqué señalando la cabecera de la tumba. Recordé entonces que, en una ocasión, Eloísa me confesó que le gustaría reposar para siempre junto a su esposo bajo un lecho de rosas.

Y así lo hicimos. Con la ayuda de una monja, que cuidaba los jardines del claustro y el huerto del monasterio, planté un rosal con mis propias manos, que regué con un cubo de agua para que el esqueje arraigara y floreciera la próxima primavera.

Ahora estoy seguro de que así será, y que cada año, tras los fríos del invierno y los hielos de enero y febrero, a principios de abril florecerán las rosas que perfumarán la tumba de los dos enamorados, cuya lápida estará cubierta, al menos por muchas semanas, de aterciopelados pétalos rojos.

EPÍLOGO

Mis días están llegando a su final. Me siento viejo y cansado, y ya nada me entretiene. Ni siquiera las jocosas fiestas del asno, el pobre animal sobre el que los escolares aúpan al monaguillo al que convierten en obispillo una vez al año; ni el divertido carnaval de los locos, en el que se subvierte todo orden social y se altera la disciplina de los estamentos al menos por un día; ni las alegres parodias ni las atrevidas farsas que los estudiantes festejan dentro de las iglesias en medio de grandes alborotos, burlándose de los fatuos poderes terrenales y de los efímeros bienes de este mundo.

Soy un anciano agotado cuya tenue estela vital se extingue; incluso he tenido que dictar este libro a uno de mis discípulos porque la luz de mis ojos se apaga y apenas puedo distinguir poco más allá de manchas borrosas y colores desvaídos.

He sentido la necesidad de escribir cuanto aquí se contiene porque es preciso que, en el devenir de los tiempos futuros, las gentes puedan comprender cuán grande fue el amor de Eloísa y Abelardo, una pasión que estremeció y conmovió al mundo. Desde luego, sin Eloísa y Abelardo la vida de todos nosotros hubiera sido diferente y la humanidad tendría muchos menos motivos para la esperanza.

Bernardo de Chartres nos ha enseñado que los hombres actuales no somos otra cosa que enanos subidos en los hombros de los sabios gigantes de antaño; y así es. Abelardo fue uno de esos atlantes, tal vez el único titán de nuestra época, y sólo encaramados a las espaldas del Maestro podremos atisbar un futuro luminoso más allá del horizonte limitador.

* * *

Yo lo amé.

Amé a Abelardo tanto como a mi vida, y por ello mi alma está surcada de profundas heridas que no cicatrizarán hasta que me alcance la muerte reconfortadora y el Salvador me acoja generoso, si es que he atesorado méritos suficientes para ello, en Su celestial seno.

Amé su delicada tolerancia hacia cualquier idea; amé su desprendida generosidad y su fecundo magisterio para con sus alumnos; amé su inmenso saber y su brillante inteligencia; amé su profundo pensamiento dialéctico y su extraordinaria capacidad para la lógica; amé su incesante búsqueda de la verdad; amé su genio indomable; amé su encendida pasión por enseñar y por aprender; amé su espíritu libre y su alma generosa; amé su rebeldía ante la injusticia y la sinrazón.

Yo fui discípulo de Abelardo.

NOTA DEL AUTOR

Pedro Abelardo el Palatino (1079-1142), el León de las escuelas de París, escribió hacia 1134 una larga carta dirigida a un amigo anónimo que tituló *Historia calamitatum*, es decir, «Historia de las calamidades», o de sus desgracias. Es probable que ese amigo fuera imaginario y que Abelardo utilizara el recurso de ese desconocido destinatario como una mera argucia literaria para justificar la escritura de una autobiografía en la que confesarse consigo mismo.

La *Historia* de Abelardo contiene un relato en el que el sabio filósofo narra en primera persona sus principales peripecias vitales, sus enfrentamientos intelectuales con sus maestros, sus viajes por diversas escuelas de Francia, su triunfo en París, sus amores con Eloísa (1101-1163), su castración y las persecuciones que tuvo que sufrir desde entonces a causa de sus renovadoras ideas y de sus novedosos planteamientos filosóficos.

En cualquier caso, esa licencia literaria del Maestro me ha venido bien para idear esta novela, cuya autoría he atribuido a la pluma de ese presunto amigo anónimo al que dirigió tan emotiva y reveladora misiva.

Los acontecimientos que aquí relato son absolutamente acordes a la documentación que se conserva de la época, así como a las crónicas y anales de ese tiempo. Obviamente, he tenido en cuenta que lo que reflejan esos textos estaba condicionado por la voluntad de los poderes políticos y eclesiásticos que los auspiciaban.

Eloísa y Abelardo son dos personajes plenamente históricos que vivieron en el siglo XII, fueron amantes, esposos y brillantes intelectuales. El amor que sintieron el uno por el otro alcanzó tales niveles de pasión que nunca antes se había manifestado de semejante manera. Sus sentimientos se reflejan en una serie de cartas que ambos se cruzaron una vez producida su separación a causa de la castración de Abelardo por unos sicarios enviados por Fulberto, canónigo de la catedral de París y tío de Eloísa, al que he supuesto enamorado de su sobrina porque creo que realmente lo estuvo.

Esas cartas son consideradas auténticas por unos estudiosos, aunque quizá retocadas en su estilo en el siglo XIII; en cambio, para otros se trata de una obra exclusiva de Abelardo; e incluso hay quien asegura que son epístolas ficticias que se escribieron en el monasterio del Paráclito ya en pleno siglo XIII. Las he estudiado con profusión para trazar el perfil psicológico de ambos personajes y para completar algunas lagunas en la documentación y en las crónicas de la época; en ellas se refleja la triste existencia que ambos amantes soportaron desde su traumática separación. A mí me parecen demasiado sinceras como para ser fruto de una intervención posterior, de modo que estimo que la mayor parte de su contenido es auténtica.

En su tiempo, los desdichados amores de Eloísa y Abelardo provocaron una

conmoción extraordinaria. Esa nueva forma de amar cambió para siempre la concepción del amor entre hombre y mujer, y es probable que sin Eloísa y Abelardo no hubieran sido posibles las novelas de Chrétien de Troyes ni los amores ficticios de Erec y Enic, de Tristán e Isolda o de Lancelot y Ginebra, ni incluso los reales de Enrique Plantagenet y Leonor de Aquitania.

Abelardo fue un hombre que trascendió a su propio tiempo; tan amado y admirado como odiado y perseguido, a nadie dejó indiferente. Eloísa fue una mujer culta y educada que renunció a todo por obedecer a su amado. Vivieron en una época en la que Europa despertó de siglos de letargo y comenzó a disfrutar de un primer renacimiento intelectual. Sus vidas se adelantaron unas décadas al triunfo del amor y de la mujer, creando el precedente de una forma de amor entre hombre y mujer que triunfó unos decenios más tarde.

Los amores de Eloísa y Abelardo han superado a su tiempo y a sus protagonistas. El amor de Eloísa es trascendente, desprendido, sublime, universal y está cargado de tanta pureza e intensidad que estremece leer las cartas que envió a su esposo, en las cuales muestra una sensibilidad cuajada de exquisita delicadeza. El amor de Abelardo, sin duda más carnal y prosaico, se cercenó con su castración, que lo arrastró a zanjarse su relación amorosa con la mujer a la que tanto había deseado y con la que tanto había gozado.

El representa el amor terrenal, pasional, sujeto a la carne, al momento concreto y a lo posible; ella encarna el amor absoluto, atemporal, total, lleno de integridad, desinterés y entrega. El amor de Abelardo fue un amor físico y secular, el de Eloísa fue un amor sublime y eterno.

La tragedia de la vida de Abelardo no ha apagado su brillantez como intelectual y filósofo. Durante su vida, su fama y su prestigio fueron extraordinarios y atrajo a su alrededor a miles de jóvenes dispuestos a aprender que la razón y la lógica podían ser más fuertes que el oscurantismo y el dogma.

Destacó sobre todo por su elocuencia, que convirtió en un verdadero arte con el que sedujo a sus alumnos y asombró al mundo, y no menos por su sentido de la independencia y de la libertad, que visto desde los ojos de los seres humanos del siglo XXI puede parecer poco original pero que en su época supuso una verdadera revolución intelectual.

Al Maestro, como se lo llamó en su tiempo, se le han adjudicado calificativos contradictorios por cuantos se han acercado a estudiar su obra y su vida. Se le ha denominado sensitivo y cerebral, apasionado y meditabundo, voluptuoso y austero, revolucionario y crítico, genial y original, independiente y provocador, innovador e incómodo, brillante y contradictorio, audaz y tímido, orgulloso y egoísta, imaginativo y sutil, penetrante y superficial...

No inventó nada, pero renovó los estudios de filosofía como hacía siglos que nadie ponía en práctica; fue como una brillante luz en la penumbra del Medievo y sistematizó ideas, opiniones y razonamientos lógicos que despertaron a la adormilada

capacidad de los seres humanos para el raciocinio.

Se enfrentó al principio de autoridad, prácticamente incuestionable en su tiempo, y racionalizó la teología, hasta entonces basada exclusivamente en la fe indiscutible, colocando la razón por encima del radicalismo religioso y del credo fanático. Redefinió la ética e introdujo una nueva manera de entender la moral; no en vano ha sido considerado como el pensador que marcó el fin del pensamiento ético de la Antigüedad.

Su formación fue amplísima y conocía bien las Sagradas Escrituras y a numerosos autores clásicos y eclesiásticos; su mayor déficit fueron la geometría y las matemáticas, que no las entendía, como él mismo confesó.

En la primera mitad del siglo XII muchas de las obras de los autores clásicos griegos y latinos todavía no se conocían en Occidente, pues tardaron en traducirse y no llegaron a las escuelas de París hasta mediados del siglo XIII. No obstante, Abelardo pudo acceder a las obras de Beda el Venerable, *Comentario de los Hechos de los Apóstoles* e *Historia anglorum*, a las *Collationes* de Casiano, a *Tusculanae disputationes* y *De inventione rethorica* de Cicerón, a varias obras de Platón, Catón, Diógenes Laercio, Juvenal, Eusebio, Terencio, Flavio Josefo, Lucano, Macrobio, Orígenes de Alejandría (ninguna de cuyas obras originales se ha conservado), Quintiliano, Séneca, Virgilio, a *De remedio amoris*, *Ars amandi* y *Metamorfosis* de Ovidio, a la *Isagoge* de Porfirio y a las *Institutiones grammaticae* de Prisciliano. Por supuesto que entre sus lecturas estuvieron las grandes obras de los Padres de la Iglesia, como *La ciudad de Dios*, *De Trinitate*, *Sermones*, *De bautismo*, *De bono viduitatis*, *Retractaciones*, *De medicina paenitentiae*, *Quaestiones*, *Ad simplicianum*, *Ordo monasterio* y *Confesiones* de san Agustín, *De penitentia* de san Ambrosio, la *Regla* de san Benito, *Diálogos*, *Homilías*, *Homilía in Lucas*, *Pastoral* y *Moralia* de san Gregorio, *Cartas*, *Contra fovinianum*, *Vita Pauli primi eremithae* y *Homilía VII a la Epístola a los hebreos* de san Jerónimo, y los *Sermones* de san Juan Crisóstomo. Los textos de Aristóteles sólo los conoció por comentarios de otros autores y por fragmentos de algunos de sus escritos.

Eloísa tuvo una formación similar en cuanto a lecturas, primero como alumna de Abelardo y después como priora del monasterio de Argenteuil y abadesa del Paráclito; en sus cartas cita con solvencia *De interpretatione* de Boecio, *In Catilinam* y *De inventione rethorica* de Cicerón, la *Farsalia* de Lucano, a Virgilio, a Ovidio, *Cartas a Lucilio* de Séneca y varias obras de san Agustín, san Ambrosio y san Gregorio.

Abelardo fue autor de una amplia producción filosófica y teológica, que corrigió continuamente a lo largo de su vida.

Escribió la *Historia calamitatum* (1134), una autobiografía en forma de carta dirigida a un amigo, y varias *Cartas* (1125-1140), remitidas a su esposa Eloísa, unas personales y otras con consejos para la organización del monasterio femenino del Paráclito; de éstas se conservan doce códices, de los cuales sólo está completo el de

Troyes (BM, ms. 802, con 88 folios); existen otros códices en París (BNF, ms. Lat. 1.873 y 2.923) y Oxford (Bodl. Lib. Add. 271).

Sus obras dedicadas a la Lógica son *Introductiones parvulorum* (1102-1112), que contiene cinco glosas breves a la *Isagoge* de Porfirio, a las *Categorías* ya *De interpretatione* de Aristóteles y al *De divisione* de Beocio; la *Logica ingredientibus* (1117-1118), donde continúa los comentarios anteriores; la *Lógica nostrorum petitioni* (1121), en la que reelabora la lectura de Porfirio y anuncia la doctrina de los universales, con la aparición del concepto *sermo*; y la *Dialéctica* (iniciada en 1118, reescrita en 1121 y 1124 y revisada en 1136), un tratado de lógica articulado en cinco partes, del cual se ha perdido la introducción, en donde desarrolla la doctrina del término «universal».

En cuanto a Teología, escribió *De unitate et trinitate divina* o *Theologia summi boni* (1119-1120), un opúsculo condenado en el concilio de Soissons (1121), para uso de sus estudiantes, que le pedían explicaciones sobre la Trinidad; *Theologia Christiana. Introductio ad theologiam* (1122-1127), una «summa» de la que se conserva el primer tercio y algunas sentencias que fueron condenadas en Sens (1140); *Theologia scholarium* o *Introductio ad Theologiam* (1134-1136), donde justifica que la razón dialéctica da paso a una inteligencia que la supera; *Sic et non* (1129-1136), un texto sobre 158 cuestiones teológicas de textos discordantes sobre las Sagradas Escrituras y los Padres de la Iglesia, que contiene discusiones sobre afirmaciones y negaciones de la misma cosa, un método dialéctico, anticipación a la *quaestio* escolástica; *Expositio in Epistulam Pauli ad Romanos* (1128-1137), articulado en cinco libros, en el cual expone que el magisterio de Cristo es el centro de la Redención y que Cristo salvó a los hombres con su sangre y con su mensaje; *Expositio in Hexaemeron* (1140), un comentario en forma de poema a los primeros capítulos del *Genesis*.

Sobre ética y apologética escribió la conocida *Ethica* o *Scito te ipsum* (comenzada hacia 1128 y concluida en 1136), varias de cuyas sentencias fueron rechazadas en el concilio de Sens (1140), y *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano* (hacia 1138).

Abelardo fue también un notable compositor de música y magnífico poeta. Se sabe que compuso varias canciones dedicadas a Eloísa, que se hicieron muy populares en París pero que no se han conservado. Escribió unos cien himnos litúrgicos para ser cantados en los monasterios, numerosos poemas y seis *planctus* (lamentos) bíblicos, muy originales, en los cuales se inspiraron compositores de lais y de canciones en los siglos XII y XIII; 133 de sus poemas e himnos litúrgicos se conservan reunidos en un códice de la Biblioteca Nacional de Francia en París (Ms. Lat. 3.126).

Ambos amantes y esposos, como se relata en esta novela, recibieron sepultura juntos en el monasterio del Paráclito, tras morir Eloísa a finales de 1163.

La tumba de Eloísa y Abelardo se conservó en ese mismo cenobio durante siglos.

En 1792, durante la Revolución Francesa, la comunidad monástica del Parálito fue suprimida y sus bienes vendidos; los restos de los dos esposos se trasladaron al Museo de los Monumentos Franceses, ubicado en el convento de los agustinos de París. Pocos años más tarde se depositaron en el famoso cementerio parisino del Padre Lachaise. Desde el 6 de noviembre de 1817, allí está instalado su sepulcro, bajo un discreto mausoleo neogótico que es visitado por parejas de enamorados de todo el mundo. Casi todos los días, delante de una lápida en la que reza la inscripción ETERNAMENTE UNIDOS, suelen depositarse flores frescas.

Pese a los siglos transcurridos desde su muerte, continúa habiendo enamorados que consideran que la de Eloísa y Abelardo constituye la forma más completa de amor que pueda sentirse entre un hombre y una mujer.

BIBLIOGRAFÍA

Aunque no es habitual incluir bibliografía académica en una novela, algunas de las denominadas históricas sí lo hacen. En esta ocasión he preferido ofrecer una selección de trabajos de colegas historiadores e historiadoras que he utilizado para escribir esta novela. Obviamente, la interpretación del tiempo y de los personajes que ofrezco es responsabilidad exclusiva mía, así como mi percepción del sentido del amor de Eloísa y de Abelardo, que cada época ha entendido de una manera diferente. También expongo una relación de las obras más asequibles editadas de Abelardo, por si el lector quisiera acudir a ellas. Recomiendo vivamente la lectura de la *Historia calamitatum*, pero sobre todo la de las *Cartas* de Eloísa, un verdadero monumento a la sensibilidad y al amor. No creo que nadie haya expresado jamás sus sentimientos amorosos de una manera tan elegante y sutil como lo hizo esta desafortunada mujer.

Obras generales sobre la cultura y el amor en el siglo XII

- BERMEJO, J. M., *La vida amorosa en la época de los trovadores*, Madrid, 1996.
- BERTINI, F., *La mujer medieval*, Madrid, 1989.
- BLUMENKRANZ, B., *Les auteurs chrétiens latins du Moyen Age sur les juifs et le judaïsme*, París-La Haya, 1963.
- CAHILL, Thomas, *Los misterios de la Edad Media*, Barcelona, 2007.
- DAHAN, G., *Les intellectuels chrétiens et les juifs au Moyen Age*, Paris, 1990.
- CÁTEDRA, Pedro, *Amor y pedagogía en la Edad Media*, Salamanca, 1989.
- DUBY, Georges, *El amor en la Edad Media y otros ensayos*, Madrid, 1990.
- , *Damas del siglo XII*, Madrid, 1996.
- GILSON, E., *La Filosofía en la Edad Media*, Madrid, 1966.
- LE GOFF, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, 1986.
- LEWIS, C. S., *La alegoría del amor*, Buenos Aires, 1969.
- LIDA DE MALKIEL, M. R., *La dama como obra maestra de Dios*, México, 1980.
- LOEB, J., «La controverse religieuse entre les chrétiens et les juifs au Moyen Age», *Revue d'Histoire des Religions*, XVII (1888), pp. 311-317.
- PAUL, Jacques, *Historia intelectual del Occidente Medieval*, Madrid, 2003.
- PERNOUD, Régine, *La mujer en el tiempo de las catedrales*, Barcelona, 1982.
- RUIZ DE CONDE, J., *El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*, Madrid, 1984.
- RUIZ-DOMÉNEC, José-Enrique, *El juego del amor como representación del mundo*, Barcelona, 1979.

- , *El despertar de las mujeres. La mirada femenina en la Edad Media*, Barcelona, 1999.
- SARAYANA, Joseph-Ignasi, *La filosofía medieval*, Pamplona, 2007.
- ZUMTHOR, Paul, *Le Puits de Babel*, París, 1979.

Ensayos sobre Abelardo y su obra

- AGÍS VILLAVERDE, Marcelino, «Ética de la interpretación según Pedro Abelardo. Lectura desde la hermenéutica contemporánea», *II Congreso Nacional de Filosofía Medieval*, Zaragoza, 1996, pp. 147-159.
- ANNA, G. d', «Abelardo e Cicerone», *Studi Medievali*, 3, X (Spoleto, 1969), pp. 333-419.
- BACIGALUPO, L. E., *Intención y conciencia en la Ética de Abelardo*, Lima, 1992.
- BADINTER, E., *L'amour en plus*, París, 1980.
- BALLANTI, Graziella, *Pietro Abelardo. La rinascitá scolastica del XII secolo*, Florencia, 1995.
- BETERLLONI, Francisco, «Pars destruens. Las críticas de Abelardo al realismo en la primera parte de la *Logicae Ingredientibus*», *Patristica Mediaevalia*, 7 (1986), pp. 47-64.
- BONI, Luis Alberto, «A etica de Pedro Abelardo», *Leopoldianum. Revista de Estudos e Comunicações*, XVII (1990), pp. 89-120.
- BONANNI, Sergio Paolo, *Abelardo. Invito alla lettura*, Milán, 2003.
- BUYTAERT, E. M., «The Aninymous Capitula Haeresum Petri Abelardi», *Antonianum*, XLIII (1968), pp. 419-460.
- BUYTAERT, E. M., «Peter Abelard ant the Concept of Subjetivity», en *Peter Abelard*, Lovaina, 1974.
- CANO ALCORCÓN, José María, «Las fuentes de la moralidad según Pedro Abelardo», *AHIG*, 3 (1994), pp. 301-330.
- , «La teología moral fundamental de Pedro Abelardo», en *Excerpta et dissertationibus in Sacra Teología*, 29 (1996), pp. 9-98, Pamplona.
- CHARRIER, Ch., *Héloïse dans l'histoire et la legende*, Ginebra, 1977 (París, 1933).
- CLANCHY, Michael Thomas, *Abelard. A Medieval Life*, Oxford-Cambridge, 1997.
- CORRAL, José Luis, «Abelardo: el filósofo que enamoró a Eloísa», *Historia National Geographic*, 62 (2009), pp. 12-16.
- CROCCO, A., «Le cinque rególe ermeneutiche del Sic et non», *Riv. Critice di Storia della Filosofia*, XX-XXI (1979), pp. 452-458.
- DAVIES, S., «The unity of virtues in Abelard's Dialogue», *Proceeding of the Patristic Mediaeval and Renaissance Conference*. Manuscripta, XXXII (1988), pp. 64-89.

- DRONKE, P., *Abelard and Héloïse in Medieval Testimonies*, Glasgow, 1976.
- ERNST, Stephan, *Petrus Abelardus*, Münster, 2003.
- FILIPPI, Silvana, «La moralidad de los actos humanos en la doctrina de Pedro Abelardo», en *Metafísica y Antropología en el siglo XII*, Pamplona, 2005, pp. 233-250.
- FUMAGALLI, María Teresa, «Sull'unitá dell'opera adelardina», *Riv. Critica di Storia della Filosofia*, XXXIV (1979), pp. 429-438.
- , *Introduzione a Abelardo*, Roma-Bari, 1988.
- GANDILLAC, M. y otros, *Abélard, le Dialogue, la Philosophie de la Logique*, Ginebra, 1981.
- GARCÍA-JUNCEDA, José Antonio, «El problema de los universales. La modernidad dialéctica del siglo XI», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, I (Madrid, 1980), pp. 37-56.
- GILSON, Etienne, *Eloísa y Abelardo*, Pamplona, 2004 (París, 1938).
- GÓMEZ, María del Carmen, *Petrus Abelardus compositor*, Barcelona, 1982.
- GONZÁLEZ SERRANO, Urbano, «Bocetos filosóficos. Abelardo», *Revista Contemporánea*, XXVIII, n.º 622, t. CXXIV, c. II (Madrid, 15 de febrero de 1902), pp. 169-187.
- GRABOÏS, A., «The Hebraica Veritas and Jewish-Christian Intellectual Relations in the Twelfth Century», *Speculum*, L, 4 (1975), pp. 613-634.
- GRANE, Leif, *Peter Abelard*, Londres, 1970.
- GUILLOUX, R., «Abélard et le couvent du Paraclet», *Revue d'Histoire Ecclesiastique*, XXI (1925), pp. 445-478.
- GUIZOT, M. y Mme., *Abailard et Héloïse. Essai historique*, Paris, 1853.
- , *Abelardo y Eloísa*, Madrid, s. a.
- GUYS, J. B., *Abailard et Héloïse*, Londres, 1752.
- HAMILTON, E., *Héloïse*, Paris, 1966.
- JOLIVET, Jean, «Abélard et le philosophie (Occident et l'Islam au douzième siècle)», *Revue de l'Histoire des Religions*, CLXIV (1963), pp. 181-189.
- , *Arts du langage et théologie chez Abélard*, París, 1969.
- , «Abélard entre chien et loup», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 1977, pp. 307-322.
- , *La Théologie d'Abélard*, París, 1977.
- , coord., *Pierre Abélard. Colloque International de Nantes*, Rennes, 2003.
- LASERRE, P., *Abelardo contra san Bernardo*, Madrid, 1942.
- LLOYD, R., *Peter Abelard: an Orthodox Rebel*, Londres, 1947.
- LOHR, Ch., «Peter Abelard und die Scholastische Exegese», *Freiburger Zeitschrift für Philosophie und Theologie*, XXVIII (1981), pp. 95-132.
- LUSCOMBE, D. F., *The School of Peter Abelard*, Cambridge, 1964.

- MARENBOON, John, *The Philosophy of Peter Abelard*, Cambridge-Nueva York, 1997.
- MATA, Pedro, *Abelardo y Eloísa*, 1850.
- MCCLEOD, E., *Héloïse*, Londres, 1971.
- MEWS, C., «On Dating the Works of Peter Abelard», *Archives d'Histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Age*, LII (1985), pp. 73-134.
- , «The Lists of Heresies Imputed to Peter Abelard», *Revue Bénédictine*, XCV (1985), pp. 73-110.
- MUKLE, M. J. T., «Abelard's Setter of Consolation to a Friend (*Historia calamitatum*)», *Medieval Studies*, XII (Toronto, 1950), pp. 163-213.
- , «The Personal Setter between Abelard and Heloise», *Medieval Studies*, XV (Toronto, 1953), pp. 47-94.
- , *The Story of Abalard's Advdersities*, Toronto, 1954.
- MURRAY, V., *Abelard and Saint Bernard*, 1967.
- MONTOYA SÁENZ, José, «Pedro Abelardo y el descubrimiento del individuo en el siglo XII», *II Congreso Nacional de Filosofía Medieval*, Zaragoza, 1996, pp. 37-49.
- ORLANDI, G., «Per una nuova edizione del Dialogus di Abelardo», *Riv. Critica di Storia della Filosofia*, XX-XXI (1979), pp. 474-494.
- ORTEGA Y FRÍAS, Ramón, *Abelardo y Eloísa. Historia de dos mártires*, Buenos Aires, 1867.
- OTTAVIANO, M., *Pietro Abelardo: la vita, le opere, il pensiero*, Roma, 1931.
- PERNOUD, Régine, *Abelardo y Eloísa*, Madrid, 1973.
- PINZANI, Roberto, *The Logical Grammar of Abelard*, Londres, 2003.
- RAMÓN GUERRERO, Rafael, «La afirmación del yo en el siglo XII: Pedro Abelardo y san Bernardo», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 12 (Madrid, 1995), pp. 11-32.
- RAÑA DAFONTE, César, *Pedro Abelardo (1079-1142)*, Madrid, 1998.
- REINHARDT, Elisabeth, «El comentario de Pedro Abelardo a la carta a los romanos y su posible influencia en la ética luterana», *II Congreso Nacional de Filosofía Medieval*, Zaragoza, 1996, pp. 439-445.
- REMUSAT, *Abelard*, 2 vols., París, 1842.
- ROBERTS, D. de, «Il senso della propia storie ritrovata traversa i classici nella *Historia calamitatum* di Abelardo», *Mata*, XVI (1964), pp. 6-54.
- SANTIAGO OTERO, Horacio, *Pedro Abelardo y la «licencia docendi»*, Madrid, 1984.
- SIKES, J. G., *Peter Abailard*, Cambridge-Nueva York, 1932.
- TRUC, G., *Abélard avec et sans Héloïse*, Paris, 1956.
- VACANDARD, E., *Abélard, su doctrine, sa méthode*, Paris, 1891.
- VERBERE, G., «Peter Abelard and the Concept of Subjetivity», en *Peter Abelard*, ed. de E. M. Buytaert, Lovaina, 1974, pp. 2-4.

- VERGER, Jacques, *L'amour castré. L'histoire d'Héloïse et Abélard*, Paris, 1996.
- VIGNAUD, Jean, *Les amours d'Héloïse et d'Abailard*, Paris, 1819.
- VILLAFRAÑE, José G., *Abelardo y Eloísa: amor en los tiempos oscuros*, Madrid, s. a. VV. AA., *Peter Abelard*, La Haya, 1974.
- , *Pierre Abélard. Pierre le Venerable*, París, 1975.
- , *Petrus Abëlardus. Person, Werk und Wirkung*, Tréveris, 1980.
- , *Abélard et son temp*, París, 1979 (1908).
- , *Le Dialogue. La Philosophie de la logique*, Neuchâtel, 1981.
- ZUMTHOR, P., «Héloïse et Abélard», *Revue des Sciences Humaines*, 1958, pp. 313-332.

Obras de Abelardo editadas

Antologías:

- Introduction aux ouvrages inédits de Abailard*, I (*Introducción; Sic et non; Dialéctica; Fragmento sobre los géneros y las especies; Glosas de Porfirio; Categorías; Libro de la interpretación; Tópicos de Boecio*), ed. de V. Cousin, París, 1836.
- Introduction aux ouvrages inédits de Abailard*, II (*Cartas de Abelardo y Eloísa; Problemas de Eloísa; Sermones; Introducción a la Teología; Teología cristiana; Ética; Diálogo entre un judío, un filósofo y un cristiano*), ed. de V. Cousin, París, 1859.
- Opera Omnia*, en *Patrología Latina*, t. 178, ed. de J. P. Migne, Bruselas-París, 1885.
- Ouvres choisies d'Abélard*, ed. de M. de Gandillac, París, 1945.

Epistolario:

- Abelardo et Eloísa. Lettere* (latín e italiano), ed. de Nada Capelletti, Turin, 1979.
- Cartas*, ed. de P. Gautier, París, 1864 (1826).
- Cartas*, ed. de Cristina Peri-Rossi, Barcelona, 1982.
- Cartas de Abelardo y Eloísa*, Buenos Aires, 1864.
- Cartas de Abelardo y Eloísa*, Madrid, 1983.
- Cartas de Abelardo y Eloísa*, Madrid, 2002.
- Cartas de Abelardo y Eloísa*, ed. de Carmen Riera y Paul Zumthor, Palma, 1982.
- Cartas de Abelardo y Eloísa*, ed. de Pedro R. Santidrián, Madrid, 2002.
- Epistolario completo*, ed. de C. Octaviano, Palermo, 1934.
- Lettres complètes d'Abélard et d'Héloïse*, ed. de O. Gréard, Paris, 1934 (1859).
- Lettres d'Abélard et d'Héloïse*, ed. de Sylvain Piron, Paris.
- Lettres véritables d'Héloïse et Abélard*, ed. de D. Gervaise, Paris, 1723.
- The Letters of Abelard and Héloïse*, ed. de Betty Radice y M. T. Clanchy, Londres, 2003.

Comentario a la epístola de san Pablo a los romanos:

«Comentarium in Epistula Pauli ad Romanos», en *Corpus Christianorum*, 10-11, Turnhout, 1970.

Comentarius Cantabrigiensis in Epistolas Pauli et Schola Petri Abelardi, ed. de A. Landgraf, Paris, 1973.

Dialéctica:

Dialectica, ed. de Van Coscum, Arsen, 1956.

Dialectica, ed. de L. M. de Rijk, Paris, 1970.

Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano:

Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano, Zaragoza, 1988.

Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano, ed. de Silvia Magnavacca, Buenos Aires, 2003.

Dialogus, ed. de R. Thomas, Stuttgart, 1970.

Ética o Conócete a ti mismo:

Conócete a ti mismo, ed. de Pedro R. Santidrián, Madrid, 1990.

Conócete a ti mismo, Madrid, 1994.

Ética o Conócete a ti mismo, ed. de A. J. Capelletti, Buenos Aires, 1971.

Ethica (latín e inglés), ed. de D. E. Luscombe, Oxford, 1979.

Ética, Madrid, 1970.

Nosce te ipsum. Die Ethik des Peter Abelard, ed. de P. Hommel, Berlin, 1947.

Historia de mis calamidades:

Historia calamitatum, ed. de J. Monfrin, Paris, 1962.

Pedro Abelardo. Historia de mis desventuras, ed. de J. M. Ciguela, Buenos Aires, 1967.

Lógica:

«Logica Ingredientibus», ed. de Clemente Fernández, en *Los filósofos medievales. Selección de textos*, vol. II, Madrid, 1980.

Nostrorum petitioni sociorum, 4 vols., ed. de B. Geyer, en *Peter Abaelards philosophische Schriften*, Münster, 1919, 1921, 1923 y 1933.

Peter Abaelards philosophische Schriften, ed. de B. Geyer, Münster, 1919-1933.

Sic et non:

Sic et non, Chicago-Londres, 1976.

Teología:

Theologia Summi Boni (o *De unitate et trinitate divina*), Münster, 1935.

Poesía y música:

Pedro Abelardo. Poemas, ed. de E. Ferrari, Madrid, 1884.

Obras de Eloísa

Lettres d'Héloïse, ed. de M. Jouhandeau, Paris, 1959.

CRONOLOGÍA DE ELOÍSA Y ABELARDO, Y SU ÉPOCA

Las vidas de Eloísa y Abelardo son conocidas, sobre todo, gracias a la *Historia calamitatum*, escrita por el propio Abelardo, en la que apenas incluye referencias cronológicas, y a las cartas que se cruzaron entre ambos. Los diversos historiadores que han abordado sus biografías mantienen algunas diferencias al respecto, sobre todo en lo referente al tiempo en que Abelardo escribió algunas de sus obras. La cronología que aquí se ofrece es la que se sigue en la novela, y considero que es la más ajustada a la realidad histórica.

1066: Guillermo, duque de Normandía, conquista Inglaterra

1079: Pedro (Abelardo) nace en Le Pallet (Bretaña), hoy despoblado al sureste de Nantes

1095: El papa Urbano II predica la Primera Cruzada

1096: Abelardo estudia en Loches con Roscelino de Compiègne

1098: Estudia en París con Guillermo de Champeaux

1099: Los cruzados conquistan Jerusalén

1101: Abelardo regresa a Le Pallet; Eloísa nace en París

1102: Enseña en Melun

1103: Enseña en Corbeil

1104: Escribe *Fragmentos sobre los géneros y especies* 1105: Se restablece de una enfermedad en Le Pallet

1108: Regresa a París; aprueba el trívium

1111: Vuelve a enseñar en Melun

1112: Regresa a Bretaña; escribe *Introducciones para los alumnos*

1113: Aprueba el quadrivium y estudia teología en Laón con Anselmo

1114: Enseña dialéctica y teología en París; es llamado el «León de las Escuelas de París»

1115: Nombrado prior de la escuela de Nuestra Señora de París; da clases particulares a Eloísa; Bernardo es nombrado abad de Claraval

1116: Eloísa se instala en Le Pallet, donde da a luz a Astrolabio

1117: Matrimonio de Eloísa y Abelardo

1118: Emasculación de Abelardo

1119: Fundación en Jerusalén de la Orden del Temple; Eloísa ingresa en el monasterio de Argenteuil; Abelardo ingresa en el monasterio de Saint-Denis; escribe *Lógica para los ingredientes*

1120: Abelardo se traslada a Champaña; funda una escuela en un priorato cerca de Provins; escribe *De la Unidad y Trinidad divinas*

1121, primavera: En el concilio de Soissons se condena el libro sobre la Trinidad de

- Abelardo; escribe *Lógica a petición de los nuestros*
- 1122: Preso en el convento de San Medardo de Soissons; regresa a Saint-Denis
- 1123: Huye de Saint-Denis; funda el monasterio del Paráclito cerca de Troyes; Suger nombrado abad de Saint-Denis
- 1124: Escribe *Dialéctica*; Eloísa es priora de Argenteuil
- 1126: Escribe *Introducción a la Teología*
- 1127: Ataques de Bernardo de Claraval a Abelardo, que abandona el Paráclito
- 1128: Es nombrado abad de San Gildas de Rhuys, en Bretaña
- 1129: Eloísa recibe de Abelardo el Paráclito y es nombrada abadesa
- 1132: Intento de envenenamiento de Abelardo
- 1133: Se hiera de gravedad al caer de un caballo en Bretaña
- 1134: Escribe *Historia calamitatum*, en forma de carta a un amigo anónimo
- 1135: Abandona el monasterio de San Gildas
- 1136: Vuelve a enseñar en la escuela de Santa Genoveva de París; publica *Conócete a ti mismo* y *Sic et non*
- 1137: Escribe *Exposición de la Epístola de san Pablo a los romanos*; matrimonio de Luis el Joven de Francia y Leonor de Aquitania
- 1138: Escribe *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*
- 1139: Sufre los ataques de Guillermo de Saint-Thierry y de Bernardo de Claraval
1140. 2-3 de junio: Concilio de Sens, Abelardo es condenado por herejía; escribe el poema didáctico *Comentario en Hexaemeron*; julio, intenta viajar a Roma; ratificación de su condena por el papa Inocencio II
- 1141: Vive refugiado en Cluny; se reconcilia con Bernardo de Claraval
- 1142, 21 de abril: Muere en el priorato de San Marcelo, cerca de Châlons-sur-Saône
- 1147: Luis VII de Francia y Leonor de Aquitania participan en la Segunda Cruzada
- 1151: Separación matrimonial de Leonor y Luis VII
- 1152: Matrimonio de Leonor de Aquitania y Enrique de Anjou (Plantagenet)
- 1154: Enrique Plantagenet y Leonor de Aquitania, reyes de Inglaterra
- 1163: Eloísa muere en el monasterio del Paráclito, en Nogent-sur-Seine
- 1164: Eloísa y Abelardo son enterrados juntos en el monasterio del Paráclito.



JOSÉ LUIS CORRAL (Daroca, 1957) es el autor español más notable en novela histórica y el de mayor proyección internacional; ha sido traducido a varios idiomas.

Catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Zaragoza, ha publicado dos centenares y medio de libros y artículos, ha dirigido programas de radio y escrito guiones para radio y televisión. Ha colaborado con TVE, Antena 3 TV, Aragón TV, Cadena SER, Radio Nacional de España, *El País*, *El País Semanal*, *El Mundo*, *El Cultural*, *El Periódico*, *Heraldo de Aragón*, *Historia National Geographic*, *Clio*, *La aventura de la Historia* y *Muy Historia*. En 1992 obtuvo la medalla de plata en el XXXIV Festival Internacional de Cine y Televisión de Nueva York y fue asesor histórico de la película *1492. La conquista del Paraíso*, dirigida por Ridley Scott.

En su obra literaria destacan las novelas *El salón dorado* (1996), *El amuleto de bronce* (1998), *El invierno de la Corona* (1999), *El Cid* (2000), *Trafalgar* (2001), *Numancia* (2003), *El número de Dios* (2004), *¡Independencia!* (2005), *El caballero del Templo* (2006) y *El rey felón* (2009), editadas por Edhasa.

En Marlow ha publicado *Fulcanelli*, *El dueño del secreto* (2008) y *Fátima. El enigma de las apariciones* (2009), novelas de intriga que han alcanzado gran éxito.

Sus obras son estudiadas en universidades europeas y americanas.